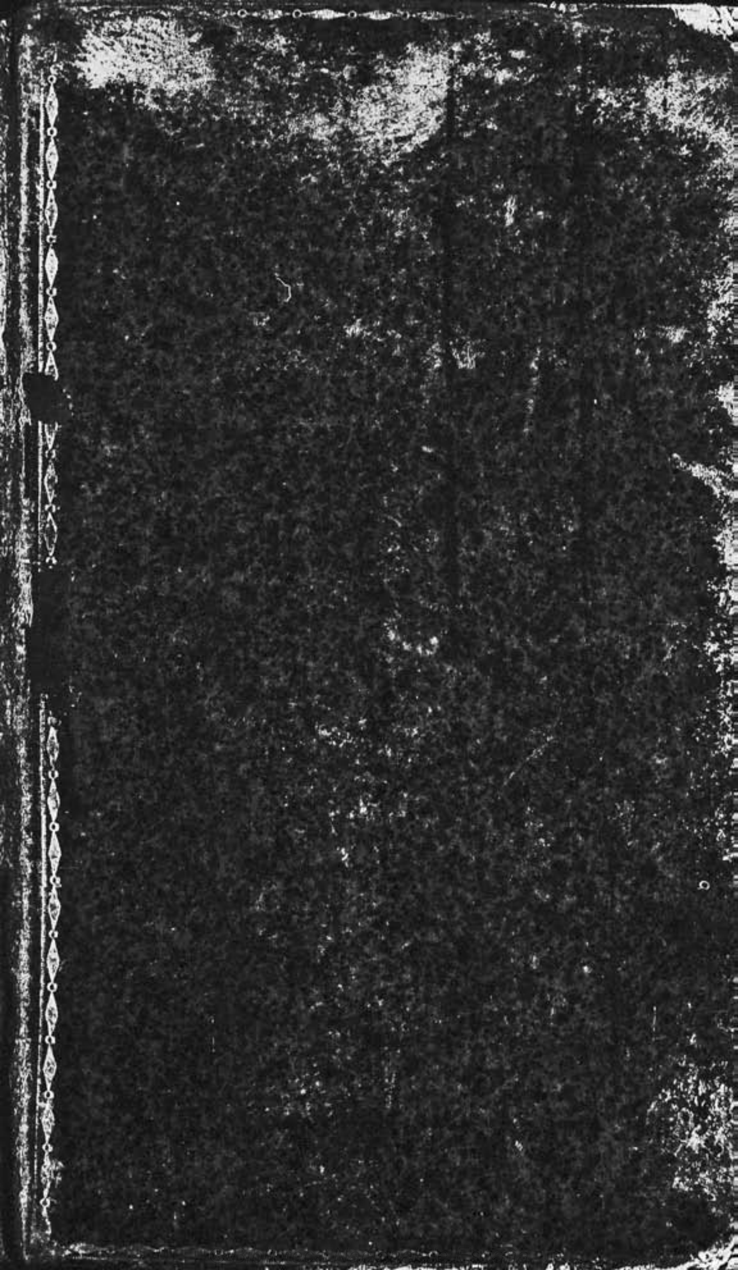
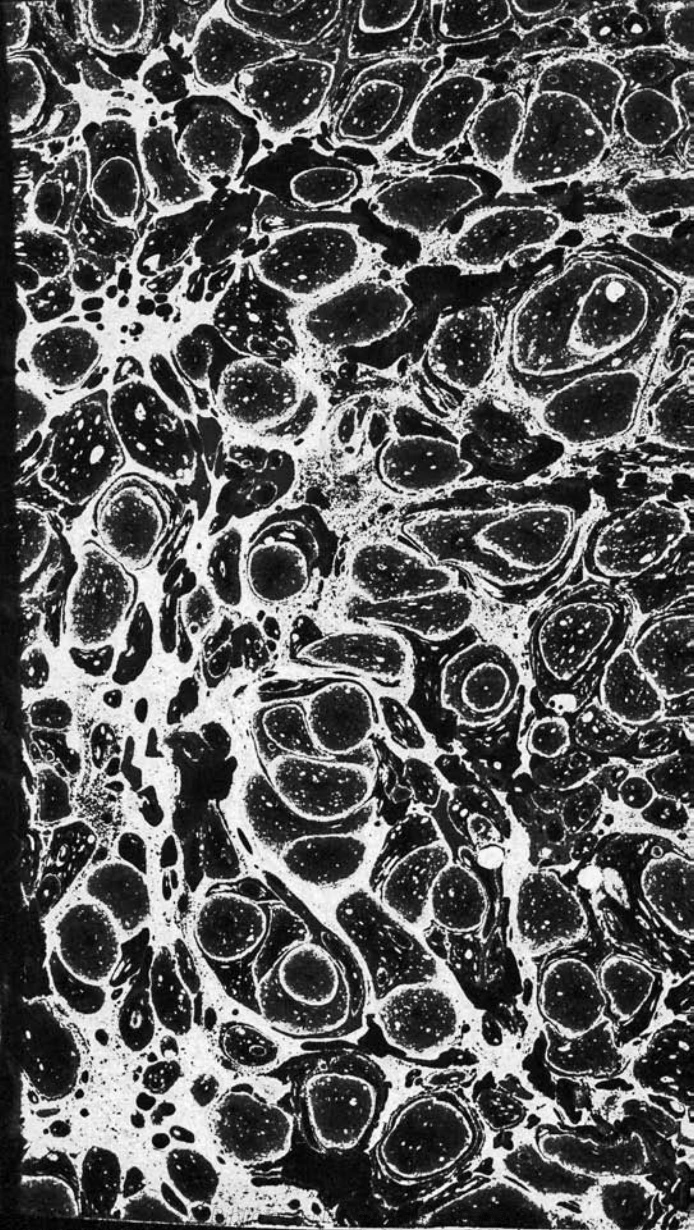



3
7819



HISTORIA VERDADERA

DE LA CONQUISTA

DE LA NUEVA ESPAÑA.

IMPRENTA DE A. EVERAT Y C^a,
Calle del Cuadrante, 16.

HISTORIA VERDADERA

DE LA CONQUISTA

DE LA NUEVA ESPAÑA,

ESCRITA

Por el Capitan Bernal Diaz del Castillo,

uno de sus conquistadores.

NUEVA EDICION CORREGIDA.



TOMO III.

PARIS,

LIBRERIA DE ROSA.

1837.

HISTÓRIA VERDADERA

DE LOS SUCESOS DE LA CONQUISTA

DE LA NUEVA ESPAÑA.

CAPITULO CXXX.

como fuimos á la provincia de Tepeaca, y lo que en ella hicimos, y otras cosas que pasáron *.

Como Cortés habia pedido á los Caciques de Tlascala, ya otras veces por mí nombrados,

* En ninguna situacion como en la de esta infeliz retirada, se manifiesta, mas el caracter de Cortés; siempre firme su espíritu, y siempre superior á la adversidad, no cedió de sus proyectos; antes bien redoblando el vigor, se le ve caminar á su empresa sobre otro plan de vasta estension. Para sostener su opinion, y la de su ejército en el concepto de los Americanos, harto menguada despues de la salida de Méjico, determinó las espediciones de que habla Castillo en este, y siguientes capitulos, con el fin de castigar los pueblos y provincias donde hubiesen muerto Españoles, y de preparar la ejecucion de sus ideas contra el Señorío de Méjico: por los medios del terror, escarmiento, agrado y clemencia, resortes que supo manejar con la mayor destreza, se propuso traer á sí unas Naciones, arrancar otras de la dominacion Mejicana, y valerse de todas para coronar su designio. En una palabra, si se observan desde ahora las ope-

cinco mil hombres de guerra, para ir á correr, y castigar los pueblos adonde habian muerto Españoles, que era á Tepeaca, y Cachula, y Tecamachalco, que estaria de Tlascala seis ó siete leguas, de muy entera voluntad tenian aparejados hasta quatro mil Indios : porque si mucha voluntad teniamos nosotros de ir á aquellos pueblos, mucho mas gana tenian el Maseescaci, y Xicotenga el Viejo, porque les habian venido á robar unas estancias, y tenian voluntad de enviar gente de guerra sobre ellos, y la causa fué esta. Porque como los Mexicanos nos echáron de México, segun y de la manera que dicho tengo en los capítulos pasados que sobre ello hablan, y supiéron que en Tlascala nos habiamos recogido, y tuviéron por cierto, que en estando sanos, que habiamos de venir con el poder de Tlascala á correlles las tierras de los pueblos que mas cercanos confinan con Tlascala : á este efecto enviáron á todas las provincias, adonde sentian que habiamos de ir, muchos esquadrones mexicanos de guerreros, que estuviesen en guarda y guarniciones : y en Tepeaca estaba la

raciones de Cortés, se echará de ver, que en un estado tan deplorable, formó un plan atrevido, y sin ejemplo; y fué segun se llega á entender de la serie de sucesos que se vieron despues, el de bloquear, ó sea estrechar el Imperio de Méjico, que este nombre doy al proyecto de quitarle aliados, y recursos aun en sus sus mismos vasallos, hasta reducirle á una angustia, cual se verá.

mayor guarnicion dellos. Lo qual supo el Maseescaci, y el Xicotenga, y aun se temian dellos. Pues ya que todos estábamos á punto, comenzamos á caminar, y en aquella jornada no llevamos artillería, ni escopetas, porque todo quedó en las puentes; é ya que algunas escopetas escapáron, no teniamos pólvora, y fuímos con diez y siete de acaballo, y seis vallestas, y quatrocientos y veinte soldados, los mas de espada y rodela, y con obra de quatro mil amigos de Tlascala, y el bastimento para un dia, porque las tierras adonde íbamos, era muy poblado, y bien bastecidos de maiz, y gallinas, y perrillos de la tierra: y como lo teniamos de costumbre, nuestros corredores del campo adelante, y con muy buen concierto fuimos á dormir obra de tres leguas de Tepeaca. E ya tenian alzado todo el fardaxe de las estancias, y poblacion por donde pasamos, porque muy bien tuviéron noticia como íbamos á su pueblo: é porque ninguna cosa hiciésemos, sino por buena órden, y justificadamente, Cortés les envió á decir con seis Indios de su pueblo de Tepeaca, que habiamos tomado en aquella estancia, que para aquel efeto, los prendimos, é con quatro sus mugeres, como íbamos á su pueblo, á saber, é inquirir quién, y quántos se halláron en la muerte de mas de diez y ocho Españoles, que matáron sin causa ninguna, viniendo camino para México: y tambien veniamos á saber qué causa tenian agora

nuevamente muchos esquadrones mexicanos, que con ellos habian ido á robar y saltear unas estancias de Tlascala nuestros amigos: que les ruega, que luego vengan de paz adonde estábamos, para ser nuestros amigos, y que despidan de su pueblo á los Mexicanos, sino, que iremos contra ellos como rebeldes, y matadores, y salteadores de caminos, y les castigaria á fuego y sangre, y los daria por esclavos: y como fuéron aquellos seis Indios, y quatro mugeres del mismo pueblo, si muy fieras palabras les enviáron á decir, mucho mas bravosa nos diéron la respuesta con los mismos seis Indios, y dos Mexicanos que venian con ellos; porque muy bien conocido tenian de nosotros, que á ningunos mensageros que nos enviaban, haciamos ninguna demasía, sino ántes dalles algunas cuentas para atraellos: y con estos que nos enviáron los de Tepeaca, fuéron las palabras bravosas dichas por los Capitanes mexicanos, como estaban vitoriosos de lo de las puentes de México: y Cortés les mandó dar á cada mensagero una manta, y con ellos les tornó á requerir, que viniesen á le ver, y hablar, y que no hubiesen miedo, é que pues ya los Españoles que habian muerto, no los podian dar vivos, que vengan ellos de paz, y se les perdonará todos los muertos que matáron, y sobre ello se les escribió una carta: y aunque sabiamos que no la habian de entender, sino como vian papel de

Castilla, tenian por muy cierto, que era cosa de mandamiento, y rogó á los dos Mexicanos, que venian con los de Tepeaca, como mensageros, que volviesen á traer la respuesta, y volviéron; y lo que dixéron era, que no pasemos adelante, y que nos volviésemos por donde veniamos, sino que otro dia pensaban tener buenas hartazgas con nuestros cuerpos, mayores que las de México, y sus puentes, y la de Obtumba: y como aquello vió Cortés, comunicólo con todos nuestros Capitanes y soldados, y fué acordado, que se hiciese un auto por ante Escribano, que diese fe de todo lo pasado, y que se diesen por esclavos á todos los aliados de México, que hubiesen muerto Españoles: porque habiendo dado la obediencia á Su Magestad, se levantáron, y matáron sobre ochocientos y sesenta de los nuestros, y sesenta caballos, y á los demas pueblos, por salteadores de caminos, y matadores de hombres: é hecho este auto, enviéseles á hacer saber, amonestándolos, y requeriendo con la paz: y ellos tornáron á decir, que si luego no nos volviamos, que saldrian á nos matar, y se apercibiéron para ello, y nosotros lo mismo. Otro dia tuvimos en un llano una buena batalla con los Mexicanos, y Tepeaquenos, y como el campo era labranzas de maiz, é maqueyales, puesto que peleaban valerosamente los Mexicanos, presto fuéron desbaratados por los de á caballo . los que no los teniamos, no es-

tábamos de espacio : pues ver á nuestros amigos los de Tlascala, tan animosos, como peleaban con ellos, y les siguiéron el alcance : allí hubo muertes de los Mexicanos, y de Tepeaca muchos, y de nuestros amigos los de Tlascala tres, y hiriéron dos caballos, el uno se murió, y tambien hiriéron doce de nuestros soldados, mas no de suerte que peligró ninguno. Pues seguida la victoria, allegáronse muchas Indias, y muchachos que se tomáron por los campos, y casas, que hombres no curábamos dellos, que los Tlascaltecas los llevaban por esclavos. Pues como los de Tepeaca viéron, que con el bravear que hacian los Mexicanos que tenian en su pueblo, y guarnicion, eran desbaratados, y ellos juntamente con ellos, acordáron, que sin decilles cosa ninguna, viniesen adonde estábamos : y los recibimos de paz, y diéron la obediencia á Su Magestad, y echáron los Mexicanos de sus casas, y nos fuimos nosotros al pueblo de Tepeaca, adonde se fundó una villa, que se nombró la villa de Segura de la Frontera, porque estaba en el camino de la Villa Rica, en una buena comarca de buenos pueblos, sujetos á México, y habia mucho maiz, y guardaban la raya nuestros amigos los de Tlascala : y allí se nombráron Alcaldes y Regidores, y se dió órden en como se corriese los rededores sujetos á México, en especial los pueblos adonde habian muerto Españoles : y allí hiciéron hacer el hierro

con que se habian de herrar los que se tomaban por esclavos, que era una G., que quiere decir guerra *. Y desde la villa de Segura de la Frontera corrimos todos los rededores, que fué Cachula, y Tecemechalco, y el pueblo de las Guayavas, y otros pueblos, que no se me acuerda el nombre, y en lo de Cachula fué adonde habian muerto en los aposentos quince Españoles, y en este de Cachula hubimos muchos esclavos, de manera que en obra de quarenta dias tuvimos aquellos pueblos pacíficos y castigados. Ya en aquella sazon habian alzado en México otro Señor por Rey, porque el Señor que nos echó de México, era fallecido de viruelas : y aquel Señor que hiciéron Rey, era un sobrino ó pariente muy cercano de el gran Montezuma, que se decia Guatemuz, mancebo de hasta veinte y cinco años, bien gentil hombre, para ser

* Justifícase este procedimiento de Cortés con sus mismas palabras ; « en cierta parte de esta provincia (Tepeaca) que es donde « matáron aquellos diez Españoles, porque los naturales de allí « siempre estuviéron muy de guerra, y muy rebeldes, y por « fuerza de armas se tomáron, hice ciertos esclavos, de que se « dió el quinto á los oficiales de Vuestra Magestad : porque demas de haber muerto á los dichos Españoles, y rebeládose « contra el servicio de vuestra Alteza, comen todos carne humana ; por cuya notoriedad no envio á vuestra Magestad pro« banza de ello. Y tambien me movió á facer los dichos esclavos, « por poner algun espanto á los de Culua, y porque tambien hay « tanta gente, que si no ficiese grande, y cruel castigo en ellos, « nunca se emendarian jamas. » *Cortés, Carta II.*

Indio, y muy esforzado, y se hizo temer de tal manera, que todos los suyos temblaban dél, y estaba casado con una hija de Montezuma, bien hermosa muger para ser India: y como este Guatemuz, Señor de México, supo como habiamos desbaratado los esquadrones mexicanos que estaban en Tepeaca, y que habian dado la obediencia á Su Magestad del Emperador Cárlos Quinto, y nos servian, y daban de comer, y estábamos allí poblados, y temió, que les correriamos lo de Guaxaca, y otras provincias, y que á todos les atraeriamos á nuestra amistad; envió á sus mensageros por todos los pueblos, para que estuviesen muy alerta con todas sus armas: y á los Caciques les daba joyas de oro, y á otros perdonaba los tributos, y sobretodo mandaba ir muy grandes Capitanes, y guarniciones de gente de guerra, para que mirasen no les entrásemos en sus tierras: y les enviaba á decir que peleasen muy reciamente con nosotros, no les acaeciese como en lo de Tepeaca, adonde estaba nuestra villa doce leguas. Para que bien se entiendan los nombres destos pueblos, un nombre es Cachula, otro nombre es Guacachula. Y dexaré de contar lo que en Guacachula se hizo hasta su tiempo y lugar, y diré, como en aquel tiempo é instante viniéron de la Villa Rica mensageros, como habia venido un navío de Cuba, y ciertos soldados en él.

CAPITULO CXXXI.

Como vino un navío de Cuba, que enviaba Diego Velazquez, é venia en el por Capitan Pedro Barba, y la manera que el Almirante que dexó nuestro Cortés por guarda de la mar, tenia para los prender, y es desta manera.

Pues como andábamos en aquella provincia de Tepeaca castigando á los que fuéron en la muerte de nuestros compañeros, que fuéron diez y ocho los que matáron en aquellos pueblos, y atrayéndolos de paz, y todos daban la obediencia á su Magestad, viniéron cartas de la Villa Rica, como habia venido un navío al puerto, y vino en él por Capitan un hidalgo que se decia Pedro Barba, que era muy amigo de Cortés: y este Pedro Barba habia estado por Teniente del Diego Velazquez en la Habana, y traia trece soldados, y un caballo, y una yegua, porque el navío que traia era muy chico: y traia cartas para Panfilo de Narvaez, el Capitan que Diego Velazquez habia enviado contra nosotros, creyendo que estaba por él la Nueva-España; en que le enviaba á decir el Diego Velazquez, que si acaso no habia muerto á Cortés, que luego se le enviase preso á Cuba, para envialle á Castilla, que ansi lo mandaba Don Juan Rodriguez de Fonseca, Obispo de Burgos, y Arzobispo de Rosano, Presidente de Indias, que luego

fuese preso, con otros de nuestros Capitanes; porque el Diego Velazquez tenia por cierto que eramos desbaratados, ó á lo ménos que Narvaez señoreaba la Nueva-España. Pues como el Pedro Barba llegó al puerto con su navío, y echó anclas, luego le fué á visitar, y dar el bien venido el Almirante de la mar que puso Cortés, el qual se decia Pedro Caballero, ó Juan Caballero, otras veces por mí nombrado, con un batel bien esquifado de marineros, y armas encubiertas, y fué al navío de Pedro Barba, y despues de hablar palabras de buen comedimiento, qué tal viene V. merced, y quitar las gorras, y abrazarse unos á otros, como se suele hacer; preguntó el Pedro Caballero por el Señor Diego Velazquez Gobernador de Cuba, que tal queda, y responde el Pedro Barba, que bueno: y el Pedro Barba, y los demas, que consigo traian, preguntan por el Señor Pánfilo de Narvaez, y cómo le va con Cortés: y responden, que muy bien, é que Cortés anda huyendo, y alzado con veinte de sus compañeros, é que Narvaez está muy próspero, é rico, y que la tierra es muy buena: y de plática en plática, le dicen al Pedro Barba, que allí junto estaba un pueblo, que desembarque, é que se vayan á dormir, y estar en él, que les traerán comida, y lo que hubieren menester, que para solo aquello estaba señalado aquel pueblo: y tantas palabras les dicen, que en el batel, y en otros que luego allí venian de

los otros navíos que estaban surtos, les sacáron en tierra, y quando los viéron fuera del navío, y tenian copia de marineros junto con el Almirante Pedro Caballero, dixéron al Pedro Barba; sed preso por el señor Capitan Cortés mi señor: y ansi los prendiéron, y quedaban espantados, y luego les sacaban del navío las velas y timon y agujas, y los enviaban adonde estábamos con Cortés en Tepeaca, por los quales habiamos gran placer con el socorro que venia en el mejor tiempo que podia ser, porque en aquellas entradas que he dicho, que haciamos, no eran tan en salvo, que muchos de nuestros soldados no quedábamos heridos, y otros adolescian del trabajo: porque de sangre y polvo que estaba cuajado en las entrañas, no echábamos otra cosa del cuerpo, y por la boca, como traiamos siempre las armas á cuestas, y no parar noches, ni dias; por manera que ya se habian muerto cinco de nuestros soldados de dolor de costado en obra de quince dias. Tambien quiero decir, que con este Pedro Barba vino un Francisco Lopez vecino y Regidor que fué de Guatimala, y Cortés hacia mucha honra al Pedro Barba, y le hizo Capitan de vallesteros, y dió nuevas que estaba otro navío chico en Cuba, que le queria enviar el Diego Velazquez con cabi y bastimentos; el qual vino dende á ocho dias, y venia en él por Capitan un hidalgo natural de Medina del Campo, que se decia Rodrigo Morejon de Lobera, y

traia consigo ocho soldados, y seis vallestas, y mucho hilo para cuerdas, é una yegua: y ni mas ni ménos que habian prendido al Pedro Barba, ansi hiciéron á este Rodrigo de Morejon; y luego fuéron á Segura de la Frontera, y con todos ellos nos alegramos, y Cortés les hacia mucha honra, y les daba cargos: y gracias á Dios ya nos íbamos fortaleciendo con soldados, y vallestas, y dos ó tres caballos mas. Y dexallo he aquí, y volveré á decir lo que en Guacachula hacian los exércitos Mexicanos que estaban en frontera: y como los Caciques de aquel pueblo viniéron secretamente á demandar favor á Cortés para echallos de allí.

CAPITULO CXXXII.

Como los de Guacachula viniéron á demandar favor á Cortés, sobre que los exércitos Mexicanos los trataban mal, y los robaban, y lo que sobre ello se hizo.

Ya he dicho que Guatemuz, Señor que nuevamente era alzado por Rey de México, enviaba grandes guarniciones á sus fronteras, en especial envió una muy poderosa y de mucha copia de guerreros á Guacachula, y otra á Ozucar, que estaba dos ó tres leguas de Guacachula; porque bien temió que por allí le habiamos de correr las tierras y pueblos sujetos á México: y parece

ser que como envió tanta multitud de guerreros, y como tenian nuevo Señor, hacian muchos robos y fuerzas á los naturales de aquellos pueblos adonde estaban aposentados, y tantas, que no les podian sufrir los de aquella provincia, porque decian, que les robaban las mantas, y maiz, y gallinas, y joyas de oro, y sobre todo las hijas y mugeres, si eran hermosas, y que las forzaban delante de sus maridos, y padres y parientes; como oyéron decir, que los del pueblo de Cholula estaban todos muy de paz, y sosegados. despues que los Mexicanos no estaban en él, y agora ansi mesmo en lo de Tepeaca, y Tecamachalco y Cachula, á esta causa viniéron quatro Principales muy secretamente de aquel pueblo, por mí otras veces nombrado, y dicen á Cortés, que envie Teules y caballos á quitar aquellos robos, y agravios que les hacian los Mexicanos, é que todos los de aquel pueblo, y otros comarcanos, nos ayudarian, para que matásemos á los esquadrones Mexicanos: y de que Cortés lo oyó, luego propuso, que fuese por Capitan Christobal de Oli, con todos los mas de á caballo, y vallesteros, y con gran copia de Tlascaltecas, porque con la ganancia que los de Tlascala habian llevado de Tepeaca, habian venido á nuestro Real, é villa, muchos mas Tlascaltecas: y nombró Cortés para ir con el Christobal de Oli á ciertos Capitanes de los que habian venido con Narvaez, por manera que llevaba en su compañía sobre

trecientos soldados, y todos los mejores caballos que teniamos. E yendo que iba con todos sus compañeros camino de aquella provincia, pareció ser, que en el camino dixéron ciertos Indios á los de Narvaez, como estaban todos los campos, y casas llenas de gente de guerra de Mexicanos, mucho mas que los de Obtumba, y que estaba allí con ellos el Guatemuz Señor de México, y tantas cosas dicen que les dixéron, que atemorizáron á los de Narvaez, y como no tenian buena voluntad de ir á entradas, ni ver guerras, sino volverse á su isla de Cuba, y como habian escapado de la de México, y Calzadas, y Puentes, y la de Obtumba, no se querian ver en otra como lo pasado; y sobre ello dixéron los de Narvaez tantas cosas al Christóbal de Oli, que no pasase adelante, sino que se volviese, y que mirase no fuese peor esta guerra que las pasadas, donde perdiesen las vidas: y tantos inconvenientes le dixéron, y dabanle á entender, que si el Christóbal de Oli queria ir, que fuese en buen hora, que muchos dellos no querian pasar adelante; de modo que por muy esforzado que era el Capitan que llevaban, aunque les decia, que no era cosa volver sino ir adelante, que buenos caballos llevaban, y mucha gente, y que si volviesen un paso atras, que los indios los ternian en poco, é que en tierra llana era, y que no queria volver, sino ir adelante, y para ello de nuestros soldados de Cortés le ayudaban á decir,

que no se volviese, y que en otras entradas, y guerras peligrosas se habian visto, é que gracias á Dios habian tenido vitoria, no aprovechó cosa ninguna con quanto les decian, sino por via de ruegos le trastornáron su seso, que volviesen, y que desde Cholula escribiesen á Cortés sobre el caso, y así se volvió: y de que Cortés lo supo se enojó, y envió á Christóbal de Oli otros dos vallesteros, y le escribió, que se maravillaba de su buen esfuerzo y valentía, que por palabras de ninguno dexase de ir á una cosa señalada como aquella: y de que el Christóbal de Oli vió la carta, hacia bramuras de enojo, y dixo á los que tal le aconsejáron, que por su causa habia caido en falta: y luego sin mas determinacion les mandó fuesen con él, é que el que no quisiese ir, que se volviese al Real por cobarde, que Cortés le castigaria en llegando: y como iba hecho un bravo leon de enojo con su gente camino de Guacachula, ántes que llegasen con una legua, le saliéron á decir los Caciques de aquel pueblo, de la manera y arte que estaban los de Culua, y como habia de dar en ellos, y de qué manera habia de ser ayudado: y como lo hubiéron entendido, apercibió los de á caballo y vallesteros y soldados, y segun y de la manera que tenian en el concierto, da en los de Culua, y puesto que peleáron muy bien por un buen rato, y le hiriéron ciertos soldados, y matáron dos caballos, y hiriéron otros ocho en unas fuerzas

y albarradas que estaban en aquel pueblo, en obra de una hora estaban ya puestos en huida todos los Mexicanos: y dicen que nuestros Tlascaltecas que lo hiciéron muy varonilmente, que mataban, y prendian muchos dellos; y como les ayudaban todos los de aquel pueblo y provincia, hiciéron muy grande estrago en los Mexicanos, que presto procuráron retraerse, é hacerse fuertes en otro gran pueblo, que se dixe Ozucar*, donde estaban otras muy grandes guarniciones de Mexicanos, y estaban en gran fortaleza, y quebráron una puente, porque no pudiesen pasar caballos, ni el Christóbal de Oli, porque como he dicho, andaba enojado, hecho un tigre, y no tardó mucho en aquel pueblo, que luego se fué á Ozucar con todos los que le pudiéron seguir, y con los amigos de Guacachula pasó el rio, y dió en los esquadrones Mexicanos, que de presto los venció; y allí le matáron dos caballos, y á él le diéron dos heridas y la una en el muslo, y el caballo muy bien herido, y estuvo en Ozucar dos dias: y como todo los Mexicanos fuéron desbaratados, luego viniéron los Caciques y Señores de aquel pueblo, y de otros comarcanos á demandar paz, y se diéron por vasallos de nuestro Rey y Señor: y como todo fué pacifico, se fué con todos sus soldados á nuestra villa de la Frontera. Y porque yo no fuí en esta entrada,

* Izzucan le llama Cortés.

digo en esta relacion, que dicen que pasó lo que he dicho: y nuestro Cortés le salió á recibir y todos nosotros, y hubimos mucho placer: y reiamos de como le habian convocado á que se volviese, y el Christobal de Oli tambien reia, y decia que mucho mas cuidado tenian algunos de sus minas y de Cuba, que no de las armas: y que juraba á Dios, que no le acaeciese llevar consigo, si á otra entrada fuese, sino de los pobres soldados de los de Cortés, y no de los ricos que venian de Narvaez, que querian mandar mas que no él. Dexemos de platicar mas desto, y digamos como el Coronista Gomara dice en su historia, que por no entender bien el Christóbal de Oli á los Naguatatos é intérpretes, se volvia del camino de Guacachula, creyendo que era trato doble contra nosotros: y no fué ansi como dice, sino que los mas principales Capitanes de los del Narvaez, como les decian otros Indios, que estaban grandes esquadrones de Mexicanos juntos, y mas que en lo de México y Obtumba, y que con ellos estaba el Señor de México, que se decia Guatemuz, que entónces le habian alzado por Rey, como habian escapado tan mal parados de lo de México, tuviéron grande temor de entrar en aquellas batallas, y por esta causa convocáron al Christóbal de Oli, que se volviese, y aunque todavía porfiaba de ir adelante: esta es la verdad. Y tambien dice que fué el mismo Cortes á aquella guerra, quando el

Christóbal de Oli se volvia, no fué ansi, que el mismo Christóbal de Oli Maestre de Campo, es el que fué como dicho tengo. Tambiendice dos veces, que los que informáron á los de Narvaez, como estaban los muchos millares de Indios juntos, que fuéron los de Guaxocingo, quando pasaban por aquel pueblo. Tambien digo que se engañó, porque claro está, que para ir desde Tepeaca á Cachula, no habian de volver atras por Guaxocingo, que era ir como si estuviésemos agora en Medina del Campo, y para ir á Salamanca, tomar el camino por Valladolid; no es mas lo uno en comparacion de lo otro. Y dexemos ya esta materia, y digamos lo que mas en aquel instante aconteció, é fué que vino un navío al puerto del Peñol, del nombre feo, que se decia el tal de Bernal, juntó á la Villa Rica, que venia de lo de Panuco, que era de los que enviaba Garay, y venia en él por Capitan uno que se decia Camargo, y lo que pasó adelante diré *.

* Cortés por este tiempo comenzaba ya á percibir los frutos de su política, y antes de retirarse de la villa de Segura de la Frontera á Tlascala, acudieron muchos pueblos á prestar vasallage, « viniéron asimismo, *dice*, á se ofrecer por vasallos de vuestra « Magestad, el Señor de una ciudad, que se dice Guaxocingo, « y el Señor de otra ciudad que está á diez leguas de esta de Izzucan, y son fronteros de la tierra de México. Tambien viniéron de ocho pueblos de la provincia de Coastoaca, que es una de « que en los capítulos ántes de este hice mencion, que habian « visto los Españoles, que yo envié á buscar oro á la provincia

CAPITULO CXXXIII.

Como aportó al Peñol y puerto que está junto á la Villa-Rica un navío de los de Francisco Garay, que habia enviado á poblar el rio de Panuco, y lo que sobre ello mas pasó.

Estando que estábamos en Segura de la Frontera, de la manera que en mi relacion habrán oido, viniéron cartas á Cortés, como habia apor-

« de Zuzula, donde, y en la de Tamazula, porque está junto á ella, « dixe que habia muy grandes poblaciones y casas muy bien obra- « das, de mejor canteria, que en ninguna de estas partes se habia « visto; la qual dicha provincia de Coastoaca está quarenta le- « guas de allí de Izzucan: é los naturales de los dichos ocho pue- « blos se ofreciéron asimismo por vasallos de vuestra Alteza, é « dixéron que otros quatro que restaban en la dicha provincia « vernian muy presto; é me dixéron que les perdonase, porque « ántes no habian venido, que la causa habia sido no osar, por te- « mor de los de Culua, porque ellos nunca habian tomado armas « contra mí, ni habian sido en muerte de ningun Español; é que « siempre, despues que al servicio de vuestra Alteza se habian « ofrescido, habian sido buenos y leales vasallos suyos en sus vo- « luntades, pero que no las habian osado manifestar por temor de « los de Culua. De manera que puede vuestra Alteza ser muy « cierto, que siendo nuestro Señor servido en su real ventura, « en muy breve tiempo se tornará á ganar lo perdido, ó mucha « parte de ello, porque de cada dia se vienen á ofrecer por vasa- « llos de vuestra Magestad, de muchas provincias y ciudades, que « ántes eran sujetas á Muteczuma, viendo que los que así lo ha- « cen, son de mí muy bien rescibidos y tratados, y los que al « contrario, de cada dia destruidos ». *Cortés Carta II.*

tado un navío de los que el Francisco de Garay habia enviado á poblar á Panuco, é que venia por Capitan uno que se decia fulano Camargo, y traia sobre sesenta soldados y todos dolientes, y muy amarillos, é hinchadas las barrigas: y que habian dicho, que otro Capitan, que el Garay habia enviado á poblar á Panuco, que se decia fulano Alvarez Pinedo, que los Indios del Panuco los habian muerto, y á todos los soldados y caballos que habia enviado á aquella provincia, y que los navíos se los habian quemado: y que este Camargo, viendo el mal suceso se embarcó con los soldados que dicho tengo, y se vino á socorrer á aquel puerto, porque bien tenian noticia que estábamos poblados allí, y á causa que por sustentar las guerras con los Indios, no tenian que comer; y venian muy flacos y amarillos é hinchados. Y mas dixéron que el Capitan Camargo habia sido Frayle Dominico, é que habia hecho profesion, los quales soldados con su Capitan, se fuéron luego su poco á poco á la villa de la Frontera, porque no podian andar á pie de flacos: é quando Cortés los vió tan hinchados y amarillos, que no eran para pelear, harto teniamos que curar en ellos; al Camargo hizo mucha honra, y á todos los soldados: y tengo que el Camargo murió luego, que no me acuerdo bien qué se hizo, y tambien se muriéron muchos soldados, y entónces por burlar les llamamos, y pusimos por nombre los Panzaverde-

tes, porque traian las colores de muertos, y las barrigas muy hinchadas: y por no me detener en contar cada cosa en qué tiempo y lugar acontecian, pues eran todos los navíos que en aquel tiempo venian á la Villa-Rica, del Garay, y puesto que se viniéron los unos de los otros un mes delanteros, hagamos cuenta que todos aportáron á aquel puerto, agora sea un mes ántes los unos que los otros: y esto digo, porque vino luego un Miguel Diaz de Auz Aragones, por Capitan de Francisco de Garay, el qual le enviaba para socorro al Capitan fulano Alvarez Pinedo, que creia que estaba en Panuco: y como llegó al puerto de Panuco, y no halló ni pelo de la armada de Garay, luego entendió por lo que vido, que le habian muerto, porque al Miguel Diaz le diéron guerra luego que llegó con un navío los Indios de aquella provincia, y por aquel efecto vino á aquel nuestro puerto, y desembarcó sus soldados, que eran mas de cincuenta, y mas siete caballos, y se fué luego para donde estábamos con Cortés, y este fué el mejor socorro, y al mejor tiempo que le habiamos menester. Y para que bien sepan quién fué este Miguel Diaz de Auz, digo yo que sirvió muy bien á su Magestad en todo lo que se ofreció en las guerras y conquistas de la Nueva-España, y este fué el que traxo pleyto despues de ganada la Nueva-España con un cuñado de Cortés, que se decia Andres de Barrios, natural de Sevilla, que llamá-

bamos el Danzador, sobre el pleyto de la mitad de Mestitan, que se sentenció despues, con que le den la parte de lo que rentare el pueblo mas de dos mil y quinientos pesos de su parte, con tal que no entre en el pueblo por dos años, porque en lo que le acusaban era que habia muerto ciertos Indios en aquel pueblo, y en otros que habian tenido. Dexémos de hablar desto, y digamos que desde á pocos dias que Miguel Diaz de Auz habia venido á aquel puerto, de la manera que dicho tengo, aportó luego otro navío que enviaba el mismo Garay en ayuda y socorro de su armada, creyendo que todos estaban buenos y sanos en el rio de Panuco, y venian en él por Capitan un viejo que se decia Ramirez, é ya era hombre anciano; y á esta causa le llamamos, Ramirez el viejo, porque habia en nuestro Real dos Ramirez, y traia sobre quarenta soldados, y diez caballos, é yeguas, y vallesteros y otras armas; y el Francisco de Garay no hacia sino echar unos navios tras de otros al perdido, y todo era favorecer y enviar socorro á Cortés, tan buena fortuna le ocurria, y á nosotros era de gran ayuda: y todos estos de Garay que dicho tengo, fuéron á Tepeaca, adonde estábamos: y porque los soldados que traia Miguel Diaz de Auz, venian muy recios y gordos, les pusimos por nombre, los de los lomos recios, y los que traia el viejo Ramirez traian unas armas de algodon, de tanto gordor, que no las pasara ninguna flecha,

y pesaban mucho, y pusímosles por nombre, los de las albardillas : y quando fuéron los Capitanes que dicho tengo delante de Cortés, les hizo mucha honra. Dexémos de contar de los socorros que teniamos de Garay, que fuéron buenos, y digamos como Cortés envió á Gonzalo de Sandoval á una entrada á unos pueblos, que se dicen Xalacingo y Cacatami.

CAPITULO CXXXIV.

Como envió Cortés á Gonzalo de Sandoval á pacificar los pueblos de Xalacingo y Cacatami, y llevó docientos soldados, y veinte de á caballo y doce vallesteros, y para que supiese qué Españoles matáron en ellos : y que mirase qué armas les habian tomado, y qué tierra era, y les demandase el oro que robáron, y de lo que mas en ello pasó.

Como ya Cortés tenia copia de soldados, y caballos, é vallestas, é se iba fortaleciendo con los dos navichuelos que envió Diego Velazquez, y envió en ellos por Capitanes á Pedro Barba, y Rodrigo de Morejon de Lobera, y traxéron en ellos sobre veinte y cinco soldados, y dos caballos y una yegua; y luego viniéron los tres navíos de los de Garay, que fué el primero capitan que vino Camargo, y el segundo Miguel Diaz de Auz, y el postrero Ramirez el Viejo, y traian entre todos estos Capitanes que he nombrado, sobre ciento y veinte soldados, y diez y siete ca-

ballos é yeguas, é las yeguas eran de juego, y de carrera; y Cortés tuvo noticia, de que en unos pueblos, que se dicen Cacatami y Xalacingo, é en otros sus comarcanos habian muerto muchos soldados de los de Narvaez, que venian camino de México, é ansi mesmo, que en aquellos pueblos habian muerto y robado el oro á un Juan de Alcántara, é á otros dos vecinos de la Villa Rica, que era lo que les habia cabido de las partes á todos los vecinos que quedaban en la misma villa, segun mas largo lo he escrito en el capítulo que dello se trata, y envió Cortés para hacer aquella entrada por Capitan á Gonzalo de Sandoval, que era Alguacil mayor, y muy esforzado, y de buenos consejos, y llevó consigo docientos soldados todos los mas de los nuestros de Cortés, y veinte de á caballo, é doce vallesteros y buena copia de Tlascaltecas *: y ántes que llegase á aquellos pueblos, supo que estaban todos puestos en armas, y juntamente tenian consigo guarniciones de Mexicanos, é que se habian muy bien fortalecido con albarradas y pertrechos, porque bien habian entendido, que por las muertes de los Españoles que habian muerto, que luego habiamos de ser contra ellos

* Parece que Sandoval salió de la villa de Segura de la Frontera, provincia de Tepeaca, para esta jornada antes de mediado Diciembre de 1520. « *Cortés Carta II.* Importaba castigar y su« jetar estas provincias, para asegurar la comunicacion con « Vera-Cruz ».

para los castigar, como á los de Tepeaca y Cachula, y Tecamachalco: y Sandoval ordenó muy bien sus esquadrones y vallesteros, y mandó á los de á caballo, cómo y de qué manera habian de ir y romper: y primero que entrasen en su tierra, les envió mensageros á decilles, que viniesen de paz, y que diesen el oro, y armas que habian robado, é que la muerte de los Españoles se les perdonaria. Y á esto de les enviar mensageros á decilles que viniesen de paz, fuéron tres ó quatro veces, y la respuesta que les enviaban era, que allá iban, que como habian muerto, é comido los Teules que les demandaban que ansi harian al Capitan, y á todos los que llevaba; por manera, que no aprovechaban mensages: y otra vez les tornó á enviar á decir, que él les haria esclavos por traydores y salteadores de caminos, y que se aparejasen á defender, y fué Sandoval con sus compañeros, y les entró por dos partes, que puesto que peleaban muy bien todos los Mexicanos, y los naturales de aquellos pueblos, sin mas referir lo que allí en aquellas batallas pasó, los desbarató, y fuéron huyendo todos los Mexicanos y Caciques de aquellos pueblos, y siguió el alcance, y se prendiéron muchas gentes menudas, que de los Indios no se curaban, por no tener que guardar: y halláron en unos Cues de aquel pueblo muchos vestidos, y armas, y frenos de caballos, y dos sillas y otras muchas cosas de la gineta,

que habian presentado á sus Idolos: y acordó Sandoval de estar allí tres dias, y viniéron los Caciques de aquellos pueblos á pedir perdon y á dar la obediencia á su Magestad Cesarea: y Sandoval les dixo, que diesen el oro que habian robado á los Españoles que matáron é que luego les perdonaria: y respondiéron que el oro que los Mexicanos lo hubiéron, y que lo enviáron al Señor de México, que entonces habian alzado por Rey, y que no tenian ninguno: por manera, que les mandó que en quanto el perdon, que fuesen adonde estaba el Malinche, é que él les hablaria é perdonaria: y ansi se volvió con una buena presa de mugeres y muchachos que echáron el hierro por esclavos: y Cortés se holgó mucho quando le vió venir bueno y sano, puesto que traia cosa de ocho soldados mal heridos y tres caballos menos, y aun el Sandoval traia un flechazo: é yo no fuí en esta entrada, que estaba muy malo de calenturas, y echaba sangre por la boca, é gracias á Dios estuve bueno, porque me sangráron muchas veces. E como Gonzalo de Sandoval habia dicho á los Caciques de Xalacingo é Zacatami, que viniesen á Cortés á demandar paces, no solamente viniéron aquellos pueblos solos, sino tambien otros muchos de la comarca, y todos diéron la obediencia á su Magestad, y traian de comer á aquella villa adonde estábamos. E fué aquella entrada que hizo de mucho provecho, y

se pacificó toda la tierra: y dende en adelante tenia Cortés tanta fama en todos los pueblos de la Nueva-España, lo uno de muy justificado, y lo otro de muy esforzado, que á todos ponia temor, y muy mayor á Guatemuz, el Señor y Rey nuevamente alzado en México: y tanta era la autoridad, ser y mando que habia cobrado nuestro Cortés, que venian ante él pleytos de Indios de lejas tierras, en especial sobre cosas de Cacicazgos y Señoríos: que como en aquel tiempo anduvo la viruela tan comun en la Nueva-España, fallecian muchos Caciques, y sobre á quien le pertenecia el Cacicazgo, y ser Señor, y partir tierras ó vasallos ó bienes venian á nuestro Cortés, como á Señor absoluto de toda la tierra, para que por su mano é autoridad alzase por Señor á quien le pertenecia, Y en aquel tiempo viniéron del pueblo de Ozucar y Guacachula, otras veces ya por mí nombrado, porque en Ozucar estaba casada una parienta muy cercana de Montezuma con el Señor de aquel pueblo, y tenian un hijo, que decian era sobrino del Montezuma, é segun parece, heredaba el Señorio, é otros decian que le pertenecia á otro Señor, y sobre ello tuviéron muy grandes diferencias, y viniéron á Cortés, y mandó que le heredase el pariente de Montezuma, y luego cumpliéron su mandado, é ansi viniéron de otros muchos pueblos de á la redonda sobre pleytos, y á cada uno mandaba dar sus tierras y vasallos, segun sentia

por derecho, que les pertenecia. Y en aquella sazon, tambien tuvo noticia Cortés, que en un pueblo que estaba de allí seis leguas, que se decia Cocotlan, y lo pusimos por nombre Castil-Blanco (como ya otras veces he dicho, dando la causa por qué se le puso este nombre) habian muerto nueve Españoles, envió al mismo Gonzalo de Sandoval para que los castigase y los traxese de paz: y fué allá con treinta de á caballo, y cien soldados y ocho vallesteros, y cinco escopeteros y muchos Tlascaltecas, que siempre se mostráron muy aficionados y eran buenos guerreros. Y despues de hechos sus requerimientos y protestaciones que viéron, y les enviáron á decir otras muchas cosas de cumplimientos con cinco Indios principales de Tepeaca, y si no venian que les daria guerra, y haria esclavos. Y pareció ser estaban en aquel pueblo otros esquadrones de Mexicanos en su guarda y amparo, y respondiéron, que Señor tenian, que era Guatemuz, que no habian menester, ni venir, ni ir á llamado de otro Señor, que si allá fuesen, que en el campo les hallarian, que no se les habian ahora fallecido las fuerzas ménos que las tenian en México, y puentes y calzadas, é que ya sabian á que tanto llegaban nuestras valentías. Y quando aquello oyó Sandoval, puesta muy en órden su gente como habia de pelear, y los de á caballo, y escopeteros, y vallesteros, mandó á los Tlascaltecas que no se metiesen

en los enemigos al principio; porque no estorbasen á los caballos, y porque no corriesen peligro ó hiriesen algunos dellos con las vallestas y escopetas, ó los atropellasen con los caballos, hasta haber rompido los esquadrones, y quando los hubiesen desbaratado, que prendiesen á los Mexicanos y siguiesen el alcance, y luego comenzó á caminar hácia el pueblo: y salen al camino y encuentro dos esquadrones de guerreros junto á unas fuerzas y barrancas, y allí estuviéron fuertes un rato, y con las vallestas y escopetas les hacian mucho mal: por manera, que tuvo Sandoval lugar de pasar aquella fuerza é albarradas con los caballos, y aunque le hiriéron nueve caballos, y uno murió, y tambien le hiriéron quatro soldados, como se vió fuera de mal paso, é tuvo lugar por donde corriesen los caballos, y aunque no era buena tierra, ni llano, que habia muchas piedras, da tras los esquadrones, rompiendo por ellos que los llevó hasta el mismo pueblo adonde estaba un gran patio, y allí tenian otra fuerza, y unos Cues adonde se tornáron á hacer fuertes, y puesto que peleaban muy bravosamente, todavía los venció, y mató hasta siete Indios, porque estaban en malos pasos: y los Tlascaltecas no habian menester mandalles que siguiesen el alcance, que con la ganancia, como eran guerreros, ellos tenian el cargo, especialmente como sus tierras no estaban muy lejos de aquel pue-

blo. Allí se hubiéron muchas mugeres y gente menuda, y estuvo allí el Gonzalo de Sandoval dos dias, y envió á llamar los Caciques de aquel pueblo con unos principales de Tepeaca, que iban en su compañía, y viniéron y demandáron perdon de la muerte de los Españoles; y Sandoval les dixo, que si daban las ropas y hacienda que robáron de los que matáron, que se les perdonaria, y respondiéron que todo lo habian quemado, y que no tenian ninguna cosa, y que los que matáron, que los mas dellos habian ya comido, y que cinco Teules enviáron vivos á Guatemuz su Señor, y que ya habian pagado la pena con los que agora les habian muerto en el campo y en el pueblo; que les perdonase, é que llevarian muy bien de comer, y bastecerian la villa donde estaba Malinche. Y como el Gonzalo de Sandoval vió que no se podia hacer mas, les perdonó, y allí se ofreciéron de servir bien en lo que les mandasen; y con este recaudo se fué á la villa, y fué bien recebido de Cortés, y de todos los del Real. Donde dexaré de hablar mas en ello, y digamos como se herráron todos los esclavos que se habian habido en aquellos pueblos y provincia, y lo que sobre ello se hizo.

CAPITULO CXXXV.

Como se recogiéron todas las mugeres y esclavos de todo nuestro Real, que habiamos habido en aquello de Tepeaca y Cachula, Tecamechalco, y en Castil-Blanco, y en sus tierras para que se herrasen con el hierro en nombre de su Magestad, y lo que sobre ello pasó.

Como Gonzalo de Sandoval hubo llegado á la villa de Segura de la Frontera de hacer aquellas entradas, que ya he dicho, y en aquella provincia todos los teniamos ya pacíficos, y no teniamos por entónces donde ir á entrar, porque todos los pueblos de los rededores habian dado la obediencia á Su Magestad; acordó Cortés con los oficiales del Rey, que se herrasen las piezas y esclavos que se habian habido para sacar su quinto, despues que se hubiese primero sacado el de Su Magestad, y para ello mandó dar pregones en el Real é villa que todos los soldados llevásemos á una casa que estaba señalada para aquel efecto, á herrar todas las piezas que tuviesen recogidas, y diéron de plazo aquel dia que se pregonó y otro : y todos ocurrimos con todas las Indias muchachas y muchachos que habíamos habido, que de hombre de edad no nos curábamos dellos que eran malos de guar-

dar, y no habiamos menester su servicio, teniendo á nuestros amigos los Tlascaltecas. Pues ya juntas todas las piezas, y hecho el hierro, que era una G como esta, que queria decir guerra, quando no nos catamos, apartan el Real quinto, y luego sacan otro quinto para Cortés; y demas desto la noche ántes quando metimos las piezas, como he dicho, en aquella casa habian ya escondido, y tomado las mejores Indias, que no pareció allí ninguna buena, y al tiempo del repartir, dábannos las viejas y ruines, y sobre esto hubo muy grandes murmuraciones contra Cortés, y de los que mandaban hurtar y esconder las buenas Indias, y de tal manera se lo dixéron al mismo Cortés soldados de los de Narvaez, que juraban á Dios que no habian visto tal, haber dos Reyes en la tierra de nuestro Rey y Señor, y sacar dos quintos: y uno de los soldados que se lo dixéron, fué un Juan Bono de Quexo, y mas dixo, que no estarian en tal tierra, y que lo haria saber en Castilla á Su Magestad, y á los de su Real Consejo de Indias: y tambien dixo á Cortés otro soldado muy claramente, que no bastó repartir el oro que se habia habido en México, de la manera que lo repartió, y que quando estaba repartiendo las partes decia, que eran trecientos mil pesos los que se habian llegado: y que quando salimos huyendo de México, mandó tomar por testimonio que quedaban mas de setecientos mil, y que agora el pobre soldado que

habia echado los bofes, y estaba lleno de heridas por haber una buena India, y les habian dado enaguas y camisas, habian tomado y escondido las tales Indias; y que quando diéron el pregon para que se llevasen á herrar, que creyéron que á cada soldado volverian sus piezas, y que apreciarian que tantos pesos valian, y que como las apreciasen pagasen el quinto á Su Magestad, y que no habria mas quinto para Cortés, y decia otras murmuraciones peores que estas : y como Cortés aquello vió, con palabras algo blandas dixo, que juraba en su conciencia (que aquesto tenia costumbre de jurar) que de allí adelante no seria, ni se haria de aquella manera, sino que buenas ó malas Indias sacallas al almoneda, y la buena que se venderia por tal, y la que no lo fuese por ménos precio, y de aquella manera no tenian que reñir con él. Y puesto que allí en Tepeaca no se hiciéron mas esclavos, mas despues en lo de Tezcuco casi que fué desta manera, como adelante diré. Y dexaré de hablar en esta materia, y digamos otra cosa casi peor que esto de los esclavos : y es, que ya he dicho en el capítulo que dello habla, quando la triste noche que salimos de México huyendo, como quedaban en la sala donde posaba Cortés muchas barras de oro perdido que no lo podian sacar, mas de lo que cargáron en la yegua y caballos, y muchos Tlascaltecas, y lo que hurtáron los amigos y otros soldados

que cargáron dello: y como lo demas se quedaba perdido en poder de los Mexicanos, Cortés dixo delante de un Escribano del Rey, que qualquiera que quisiese sacar oro de lo que allí quedaba, que se lo llevase mucho en buena hora por suyo, como se habia de perder: y muchos soldados de los de Narvaez cargáron dello, y asimismo algunos de los nuestros, y por sacallo, perdiéron muchos dellos las vidas, y los que escapáron con la presa que traian, habian estado en gran riesgo de morir, y saliéron llenos de heridas. Y como en nuestro Real y villa de Segura de la Frontera, que así se llamaba, alcanzó Cortés á saber, que habia muchas barras de oro, y que andaban en el juego, y como dice el refran, que el oro y amores son malos de encubrir, mandó dar un pregon so graves penas, que traigan á manifestar el oro que sacáron, y que les dará la tercia parte dello, y si no lo traen que se lo tomará todo: y muchos soldados de los que lo tenian no lo quisiéron dar, y á algunos se lo tomó Cortés, como prestado, y mas por fuerza que por grado: y como todos los mas Capitanes tenian oro, y aun los oficiales del Rey muy mejor, que hiciéron sacos dello, se calló lo del pregon, que no se habló en ello; mas pareció muy mal esto que mandó Cortés. Dexémoslo ya de mas declarar, y digamos como todos los mas Capitanes y personas principales de los que pasáron con Narvaez, demandáron licencia á

Cortés para se volver á Cuba, y Cortés se la dió, y lo que mas acaeció.

CAPITULO CXXXVI.

Como demandáron licencia á Cortés los Capitanes y personas mas principales de los que Narvaez habia traido en su compañía para se volver á la Isla de Cuba, y Cortés se la dió, y se fuéron: y de como despachó Cortés Embaxadores para Castilla, y para Santo Domingo y Jamayca, y lo que sobre cada cosa acaeció.

Como viéron los Capitanes de Narvaez que ya teniamos socorros, así de los que viniéron de Cuba, como los de Jamayca, que habia enviado Francisco de Garay para su armada, segun lo tengo declarado en el capítulo que dello habla, y viéron que los pueblos de la provincia de Tepeaca estaban pacíficos, despues de muchas palabras que á Cortés dixéron, con grandes ofertas y ruegos, le suplicáron, que les diese licencia para se volver á la Isla de Cuba, pues se lo habia prometido, y luego Cortés se la dió, y les prometió que si volvia á ganar la Nueva-España y ciudad de México, que al Andrés de Duero, su compañero, que le daria mucho mas oro que le habia de ántes dado: y así hizo otras ofertas á los demas Capitanes, en especial á Agustin Bermudez, y les mandó dar matalotage

que en aquella sazon habia, que era maiz, y perrillos salados, y algunas gallinas, y un navío de los mejores; y escribió Cortés á su muger Catalina Juarez la Marcayada, y á Juan Juarez, su cuñado, que en aquella sazon vivia en la Isla de Cuba, y les envió ciertas barras y joyas de oro, y les hizo saber todas las desgracias y trabajos que nos habian acaecido, y como nos echáron de México. Dexemos esto, y digamos las personas que pidiéron la licencia para se volver á Cuba, que todavía iban ricos: y fuéron Andrés de Duero, y Agustin Bermudez, y Juan Bono de Quexo, y Bernardino de Quesada, y Francisco Velazquez el corcobado, pariente del Diego Velazquez, el Gobernador de Cuba, y Gonzalo Carrasco, el que vive en la Puebla, que despues se volvió á esta Nueva-España, y un Melchor de Velasco, que fué vecino de Guatimala, y un Ximenez que vive en Guaxaca, que fué por sus hijos, y el Comendador Leon de Cervantes que fué por sus hijas, que despues de ganado México las casó muy honradamente: y se fué uno que se decia Maldonado, natural de Medellin, que estaba doliente: no digo Maldonado el que fué marido de Doña María del Rincon, ni por Maldonado el ancho, ni otro Maldonado, que se decia Albaro Maldonado el Fiero, que fué casado con una señora que se decia María Arias: y tambien se fué un Vargas vecino de la Trinidad, que le llamaban en Cuba Vargas el Galan, no

digo el Vargas, que fué suegro de Christóbal Lobo, vecino que fué de Guatimala: y se fué un soldado de los de Cortés, que se decia Cárdenas, piloto: aquel Cárdenas fué el que dixo á un su compañero. que como podiamos reposar los soldados, teniendo dos Reyes en esta Nueva-España. Este fué á quien Cortés dió trecientos pesos para que se fuese con su muger é hijos. Y por escusar prolixidad de ponellos todos por memoria, se fuéron otros muchos, que no me acuerdo bien sus nombres: y quando Cortés les dió la licencia, diximos que para que se la daba, pues que eramos pocos los que quedábamos? y respondió que por escusar escándalos é importunaciones, y que ya veiamos que para la guerra algunos de los que se volvian á Cuba no lo eran, y que valia mas estar solos que mal acompañados: y para los despachar del puerto envió Cortés á Pedro de Alvarado, y en habiéndolos embarcado le mandó que se volviese luego á la villa. Y digamos ahora que tambien envió á Castilla á Diego de Ordas, y á Alonso de Mendoza, natural de Medellin, ú de Cáceres con ciertos recaudos de Cortés, que yo no sé otros que llevase nuestros, ni nos dió parte de cosa de los negocios que enviaba á tratar con su Magestad, ni lo que pasó en Castilla, yo no lo alcancé á saber, salvo que á boca llena decia el Obispo de Burgos delante del Diego de Ordas, que así Cortés como todos los soldados que pa-

samos con él, éramos malos y traidores, puesto que el Ordas sé cierto respondia muy bien por todos nosotros: y entónces le diéron al Ordas una Encomienda de Señor Santiago, y por armas el volcan que está entre Guaxocingo y cerca de Cholula: y lo que negoció adelante lo diré, segun lo supimos por carta. Dexemos esto aparte, y diré como Cortés envió á Alonso de Avila, que era Capitan, y Contador desta Nueva-España, juntamente con él envió otro hidalgo, que se decia Francisco Alvarez Chico, que era hombre que entendia de negocios: y mandó que fuesen con otro navío para la Isla de Santo Domingo á hacer relacion de todo lo acaecido á la Real Audiencia que en ella residia, y á los Frayles Gerónimos que estaban por Gobernadores de todas las Islas, que tuviesen por bueno lo que habiamos hecho en las conquistas, y el desbarate de Narvaez: y como habia hecho esclavos en los pueblos que habian muerto Españoles, y se habian quitado de la obediencia que habian dado á nuestro Rey y Señor, y que así se entendia hacer en todos los mas pueblos que fuéron de la liga y nombre de Mexicanos: y que suplicaba que hiciese relacion dello en Castilla á nuestro gran Emperador, y tuviesen en la memoria los grandes servicios que siempre le haciamos, y que por su intercesion y de la Real Audiencia fuésemos favorecidos con justicia contra la mala voluntad, y

obras que contra nosotros trataba el Obispo de Burgos y Arzobispo de Rosano: y tambien envió otro navío á la Isla de Jamayca por caballos é yeguas, y el Capitan que con él fué, se decia fulano de Solís, que despues de ganado México le llamamos Solís el de la huerta, yerno de uno que se decia el Bachiller Ortega. Bien sé que dirán algunos curiosos Lectores, que sin dineros, como enviaba al Diego de Ordas á negocios á Castilla, pues está claro que para Castilla, y para otras partes son menester dineros: y que asimismo envió á Alonso de Avila y á Francisco Alvarez Chico á Santo Domingo á negocios, y á la Isla de Jamayca por caballos é yeguas. A esto digo que como al salir de México salimos huyendo, la noche por mí muchas veces referida, que como quedaban en la sala muchas barras de oro perdido en un monton, que todos los mas soldados apañaban dello, en especial los de á caballo, y los de Narvaez mucho mejor: y los oficiales de su Magestad, que lo tenian en poder y cargo lleváron los fardos hechos. Y demas desto, quando se cargáron de oro mas de ochenta Indios Tlascaltecas, por mandado de Cortés, y fuéron los primeros que saliéron en las puentes, vista cosa era que salvarian muchas cargas dello, que no se perderia todo en la calzada: y como nosotros los pobres soldados que no teniamos mando, sino ser mandados, en aquella sazon procurábamo

de salvar nuestras vidas, y despues de curar nuestras heridas, á esta causa no mirábamos en el oro, si saliéron muchas cargas dello en las puentes ó no, ni se nos daba mucho por ello : y Cortés con algunos de nuestros Capitanes lo procuráron de haber de algunos de los Tlascaltecas que lo sacáron, y tuvimos sospecha que los quarenta mil pesos de las partes de los de la Villa Rica, que tambien lo hubo, y echó fama que lo habian robado, y con ello envió á Castilla á los negocios de su persona, y á comprar caballos, y á la Isla de Santo Domingo á la Audiencia Real; porque en aquel tiempo todos se callaban con las barras de oro que tenian, aunque mas pregones habian dado*. Dexemos esto, y digamos; como ya estaban de paz todos los pueblos comarcanos de Tepeaca, acordó Cortés que quedase en la villa de Segura de la Frontera por Capitan un Francisco de Orozco, con obra de veinte soldados que estaban heridos y dolientes, y con todos los mas de nuestro exército fuimos á Tlascala, y se dió órden que se cortase madera para hacer trece vergantines para ir otra vez sobre México; porque hallábamos por muy cierto, que

* Aun cuando fuese cierta la sospecha de Castillo, los negocios de Cortés eran en beneficio y gloria de la Nacion y utilidad de la conquista, y de los conquistadores : vease el principio del Capítulo CXXIX. donde Cortés queda justificado; el hecho fué demasiado público y funesto, pues perecieron cincuenta Españoles en este robo y asalto de los Mexicanos. *Cortés Carta II.*

para la laguna sin vergantines no la podiamos señorear, ni podiamos dar guerra, ni entrar otra vez por las calzadas en aquella gran ciudad, sino con gran riesgo de nuestras vidas : y el que fué maestro de cortar la madera, y dar el galivo y cuenta y razon, como habian de ser veleros y ligeros para aquel efeto, y los hizo, fué un Martin Lopez, que ciertamente, demas de ser un buen soldado, en todas las guerras sirvió muy bien á su Magestad. En esto de los vergantines trabajó en ellos como fuerte varon : y me parece que si por dicha no viniera en nuestra compañia de los primeros, como vino, que hasta enviar por otro maestro á Castilla, se pasara mucho tiempo, ó no viniera ninguno. Volveré á nuestra materia, é digamos ahora, que quando llegamos á Tlascala* ya era fallecido de viruelas nuestro gran amigo, y muy leal vasallo de su Magestad Maseescasi, de la qual muerte nos pesó á todos, y Cortés lo sintió tanto, como él decia, como si fuera su padre, y se puso luto de mantas negras, y asimismo muchos de nuestros Capitanes y soldados, y á sus hijos, y parientes del Maseescaci, Cortés y todos nosotros les haciamos mucha honra : y porque en Tlascala habia diferencias sobre el mando y Cacicazgo, señaló y mandó que lo fuese un su hijo legítimo del Maseescaci, porque así se lo habia mandado su

* Cortés marchó de Segura de la Frontera para Tlascala á mediados de Diciembre de 1520. *Cortés Carta III.*

padre ántes que muriese : y aun dixo á sus hijos y parientes, que mirasen que no saliesen del mandado de Malinche y de sus hermanos, porque ciertamente eramos los que habiamos de señorear estas tierras, ý les dió otros muchos buenos consejos. Dexémos ya de contar del Maseescaci, pues ya es muerto, y digamos de Xicotenga el Viejo, y de Chichimecatecle, y de todos los demas Caciques de Tlascala, que se ofreciéron de servir á Cortés, así en cortar la madera para los vergantines, como para todo lo demas que les quisiesen mandar en la guerra contra Mexicanos ; é Cortés los abrazó con mucho amor, y les dió gracias por ello, especialmente á Xicotenga el Viejo, y á Chichimecatecle : y luego procuró que se volviese Christiano, y el buen Viejo de Xicotenga de buena voluntad dixo que lo queria ser, y con la mayor fiesta que en aquella sazon se pudo hacer en Tlascala, le bautizó el Padre de la Merced, y le puso nombre Don Lorenzo de Vargas. Volvamos á decir de nuestros vergantines, que el Martin Lopez se dió tanta priesa en cortar la madera con la gran ayuda de los Indios que le ayudaban, que en pocos dias la tenian ya cortada toda, y señalada su cuenta en cada madero, para que parte y lugar habia de ser, segun tienen sus señales los oficiales maestros y carpinteros de ribera : y tambien le ayudaba otro buen soldado, que se decia Andres Nuñez, é un viejo carpintero que

estaba coxo de una herida, que se decia Ramirez el Viejo : y luego despachó Cortés á la Villa Rica por mucho hierro y clavazon de los navíos que dimos al traves, y por áncoras y velas, é xarcias y cables y estopa, y por todo aparejo de hacer navíos, y mandó venir todos los herreros que habia, y á un Hernando de Aguilar que era medio herrero que ayudaba á machacar : y porque en aquel tiempo habia en nuestro Real tres hombres que se decian Aguilar, llamamamos á este Hernando de Aguilar, majahierro : y envió por Capitan á la Villa Rica por los aparejos que he dicho para mandallo traer á un Santa Cruz Burgales, Regidor que despues fué de México, persona muy buen soldado y diligente : y hasta las calderas para hacer brea, y todo quanto de ántes habian sacado de los navíos, truxo con mas de mil Indios, que todos los pueblos de aquellas provincias enemigos de Mexicanos luego se los daban para traer las cargas. Pues como no teniamos pez para brear, ni aun los Indios lo sabian hacer, mandó Cortés á quatro hombres de la mar que sabian de aquel oficio, que en unos pinares cerca de Guaxocingo, que los hay buenos, fuesen á hacer la pez. Pasemos adelante, puesto que no va muy á propósito de la materia en que estaba hablando, que me han preguntado ciertos caballeros curiosos que conocian muy bien á Alonso de Avila, que como siendo Capitan y muy esforzado, y

era Contador de la Nueva-España, y siendo belicoso, y de su inclinacion mas para guerra que no para ir á solicitar negocios con los Frayles Gerónimos que estaban por Gobernadores de todas las Islas, por qué causa le envió Cortés, teniendo otros hombres que estaban mas acostumbrados á negocios, como era un Alonso de Grado, ó un Juan de Cáceres el Rico, y otros que me nombráron. A esto digo que Cortés le envió á el Alonso de Avila, porque sintió dél ser muy varon, y porque osaria responder por nosotros conforme á justicia, y tambien le envió por causa, que como el Alonso de Avila habia tenido diferencias con otros Capitanes, y tenia gran atrevimiento de decir á Cortés qualquiera cosa que veia que convenia decille, y por escusar ruidos, y por dar la Capitanía que tenia á Andres de Tapia, y la Contaduría á Alonso de Grado, como luego se la dió, por estas razones le envió *. Volvamos á nuestra relacion. Pues viendo Cortés que ya era cortada la madera para los vergantines, y se habian ido á Cuba las personas por mí nombradas, que eran de los de Narvaez, que los teniamos por sobre huesos, especialmente poniendo temores que siempre nos ponian, que no seriamos bastantes para resistir el

* Un hombre de esta condicion, á título de sostener las pretensiones de los soldados, era bastante para turbar el buen órden del ejército, y desorganizarle, en un tiempo que siendo pocos toda su fuerza estaba en la disciplina.

gran poder de Mexicanos, quando oian que deciamos que habiamos de ir á poner cerco sobre México; y libres de aquellos temores, acordó Cortés que fuésemos con todos nuestros soldados á Tezcuco, é sobre ello hubo grandes y muchos acuerdos; porque unos soldados decian que era mejor sitio y acequias, y zanjas para hacer los vergantines en Ayocingo, junto á Chalco, que no en la zanja y estero de Tezcuco: y otros porfiaban que mejor seria en Tezcuco, por estar en parte y sitio, y cerca de muchos pueblos, y que teniendo aquella ciudad por nosotros, desde allí hariamos entradas en las tierras comarcanas de México; y puestos en aquella ciudad tomariamos el mejor parecer, como sucediesen las cosas. Pues ya que estaba acordado lo por mí dicho, viene nueva y cartas que truxéron tres soldados, de como habia venido á la Villa Rica un navío de Castilla, y de las Islas de Canaria, de buen porte, cargado de muchas ballestas y tres caballos, é muchas mercaderías, escopetas, pólvora, é hilo de ballestas y otras armas: y venia por Señor de la mercadería y navío un Juan de Burgos, y por Maestre un Francisco Medel, y venian trece soldados, y con aquella nueva nos alegramos en gran manera; y si de ántes que supiésemos del navío nos dábamos priesa en la partida para Tezcuco, mucho mas nos dimos entónces, porque luego le envió Cortés á comprar todas las armas y pólvo-

ra, y todo lo mas que traia, y aun el mismo Juan de Burgos, y el Medel, y todos los pasageros que traia se viniéron luego para donde estábamos; con los quales recibimos contento, viendo tan buen socorro, y en tal tiempo. Acuérdome que entónces vino un Juan del Espinar, vecino que fué de Guatimala, persona que fué muy rica; y tambien vino un Sagredo, tio de una muger, que se decia la Sagreda, que estaba en Cuba, naturales de la villa de Medellin: y tambien vino un Vizcayno, que se decia Monjaraz, tio que decia ser de Andres de Monjaraz y Gregorio de Monjaraz, soldados que estaban con nosotros, y padre de una muger, que despues vino á México, que se decia la Monjaraza, muy hermosa muger. He traido aquí esto á la memoria, por lo que adelante diré: y es que jamas fué el Monjaraz á guerra ninguna, ni entrada con nosotros, porque andaba doliente en aquel tiempo: é ya que estaba muy bueno y sano, é presumia de muy valiente soldado, quando teniamos puesto cerco á México, dixo el Monjaraz que queria ir á ver como batallábamos con los Mexicanos, porque no tenia á los Mexicanos, ni á otros Indios por valientes: y fué, y se subió en un alto Cu como torrecilla, y nunca supimos, cómo ni de qué manera le matáron Indios en aquel mismo dia; y muchas personas dixéron que le habian conocido en la Isla de Santo Domingo, que fué permision divina que muriese aquella muerte, por-

que habia muerto á su muger muy honrada y buena, y hermosa, sin culpa ninguna, y que buscó testigos falsos que juráron que le hacia maleficio. Quiero dexar ya de contar cosas pasadas, y digamos como fuimos á la ciudad de Tezcuco, y lo que mas pasó.

CAPITULO CXXXVII.

Como caminamos con todo nuestro exército camino de la ciudad de Tezcuco, y lo que en el camino nos avino, y otras cosas que pasáron.

Como Cortés vió tan buena prevencion, así de escopetas, y pólvora, y ballestas, y caballos, y conoció de todos nosotros, así Capitanes como soldados, el gran deseo que teniamos de estar ya sobre la gran ciudad de México, acordó de hablar á los Caciques de Tlascala para que le diesen diez mil Indios de guerra, que fuesen con nosotros aquella jornada hasta Tezcuco, que es una de las mayores ciudades que hay en toda la Nueva-España despues de México: y como se lo demandó, y les hizo un buen parlamento sobre ello, luego Xicotenga el Viejo, que en aquella sazon se habia vuelto Christiano, y se llamó Don Lorenzo de Vargas, como dicho tengo, dixo que le placia de buena voluntad, no solamente diez mil hombres, sino muchos mas si los queria llevar, y que iria por Capitan dellos otro Cacique muy esforzado, é nuestro gran amigo que se decia Chichimecatecle, y Cortés le dió las gracias

por ello : y despues de hecho nuestro alarde, que ya no me acuerdo bien que tanta copia eramos, asi de soldados como de los demas*, un dia despues de la Pascua de Navidad del año de

* « El segundo dia de la dicha Pascua de Navidad hice alarde « en la dicha ciudad de Tascaltecal, y hallé quarenta de caballo, « y quinientos y cincuenta peones, los ochenta de ellos balleste- « ros y escopeteros, y ocho ó nueve tiros de campo, con bien « poca pólvora; y hice de los de caballo quatro quadrillas, de diez « en diez cada una, y de los peones hice nueve Capitanías, de á « sesenta Españoles cada una, y á todos juntos, en el dicho alarde, « les hablé y dixe : *que ya sabian como ellos, y yo, por servir « á vuestra sacra Magestad, habiamos poblado en esta tier- « ra, y que ya sabian como todos los naturales de ella se ha- « bian dado por vasallos de vuestra Magestad, y como tales « habian perseverado algun tiempo, recibiendo buenas obras « de nosotros, y nosotros de ellos; y como sin causa nin- « guna todos los naturales de Culua, que son los de la gran « ciudad de Temistitan, y los de todas las otras provincias á « ellos sujetas, no solamente se habian rebelado contra vues- « tra Magestad, mas aun nos habian muerto muchos hom- « bres, deudos y amigos nuestros, y nos habian echado fuera « de toda su tierra, y que se acordasen de quan os peligros y « trabajos habiamos pasado, y viesen quanto convenia al ser- « vicio de Dios y de vuestra Católica Magestad, tornar á co- « brar lo perdido, pues para ello teniamos de nuestra parte « justas causas y razones; lo uno por pelear en aumento de « nuestra fe, y contra gente bárbara y lo otro por servir á « vuestra Magestad; y lo otro por seguridad de nuestras vi- « das; y lo otro porque en nuestra ayuda tenamos muchos « de los naturales nuestros amigos, que eran causas potisi- « mas para animar nuestros corazones; por tanto que les ro- « gaba, que se alegrasen y esforzasen : y que porque yo en nom- « bre de vuestra Magestad habia fecho ciertas ordenanzas, « para la buena órden y cosas tocantes á la guerra, las qua-*

mil y quinientos y veinte años comenzamos á caminar con mucho concierto, como lo teniamos de costumbre: fuimos á dormir á un pueblo sujeto de Tezcuco, y los del mismo pueblo nos diéron lo que habiamos menester: de allí ade-

« *les luego allí ficé pregonar públicamente, y que tambien les rogaba que las guardasen y cumpliesen, porque de ello redundaria mucho servicio á Dios y á vuestra Magestad.* Y todos prometiéron de lo facer y cumplir así, y que de muy buena gana querian morir por nuestra fe, y por servicio de vuestra Magestad, ó tornar á recobrar lo perdido, y vengar tan gran traicion, como nos habian hecho los de Temistitan y sus aliados. Y yo en nombre de vuestra Magestad se lo agradescí; y así con mucho placer nos volvimos á nuestras posadas aquel dia del alarde. Otro dia siguiente, que fué dia de San Juan Evangelista, hice llamar á todos los Señores de la provincia de Tascaltecal, y venidos díxeles: *que ya sabian como yo me habia de partir otro dia, para entrar por la tierra de nuestros enemigos, y que ya veian como la ciudad de Temistitan no se podia ganar sin aquellos bergantines, que allí se estaban faciendo, que les rogaba que á los maestros de ellos, y á los otros Españoles que allí dexaba, les diesen lo que hubiesen menester, y les ficiesen el buen tratamiento, que siempre nos habian fecho, y que estuviesen aparejados, para quando yo, desde la ciudad, de Tesaico, si Dios nos diese victoria, enviase por la ligazon y tablazon, y otros aparejos de los dichos bergantines:* y ellos me prometieron, que así lo farian; y que tambien querian ahora enviar gente de guerra conmigo, y que para quando fuesen con los bergantines ellos todos irian con toda quanta gente tenian en su tierra, y que querian morir donde yo muriese, ó vengarse de los de Culua, sus capitales enemigos. E otro dia que fuéron veinte y ocho de Diciembre, dia de los Inocentes, me partí con toda la gente puesta en órden, y fuimos á dormir á seis leguas de Tascaltecal. »
Cortés Carta III.

lante era tierra de Mexicanos, é íbamos mas recatados, nuestra artillería puesta en mucho concierto, y ballesteros, y escopeteros, y siempre quatro corredores del campo á caballo, y otros quatro soldados de espada y rodela muy sueltos, juntamente con los de á caballo, para ver los pasos si estaban para pasar caballos, porque en el camino tuvimos aviso que estaba embarazado de aquel dia un mal paso, y la sierra con árboles cortados; porque bien tuviéron noticia en México y en Tezcuco como caminábamos hácia su ciudad: y aquel dia no hallamos estorbo ninguno, y fuimos á dormir al pie de la sierra, que serian tres leguas, y aquella noche tuvimos buen frio, y con nuestras rondas y espías, y velas, y corredores del campo la pasamos: y quando amaneció comenzamos á subir un puertezuelo, y unos malos pasos como barrancas, y estaba cortada la sierra por donde no podiamos pasar, y puesta mucha madera y pinos en el camino; y como llevábamos tantos amigos Tlascaltecas, de presto se desembarazó, y con mucho concierto caminamos con una Capitanía de escopetas y ballestas delante, y con nuestros amigos cortando y apartando árboles para poder pasar los caballos hasta que subimos la sierra, y aun baxamos un poco á baxo, adonde se descubria la laguna de México, y sus grandes ciudades pobladas en el agua; y quando la vimos dimos muchas gracias á Dios, que nos la tornó á

dexar ver: entónces nos acordamos de nuestro desbarate pasado, de quando nos echáron de México, y prometimos, si Dios fuese servido de darnos mejor suceso en esta guerra, de ser otros hombres en el trato y modo de cercarla: y luego baxamos la sierra, donde vimos grandes ahumadas que hacian, así los de Tezcuco como los de los pueblos sujetos; é andando mas adelante topamos con un buen esquadron de gente, guerreros de México, y de Tezcuco, que nos aguardaban á un mal paso, que era un arcabuezo, donde estaba una puente como quebrada de madera algo honda, y corria un buen golpe de agua; mas luego desbaratamos los esquadrones y pasamos muy á nuestro salvo. Pues oir la grita que nos daban desde las estancias y barrancas, no hacian otra cosa, y era en parte que no podian correr caballos y nuestros amigos los Tlascaltecas les apañaban gallinas, y lo que podian roballes no les dexaban, puesto que Cortés les mandaba, que si no diesen guerra que no se la diesen: y los Tlascaltecas decian que si estuvieran de buenos corazones y de paz, que no salieran al camino á darnos guerra, como estaban al paso de las barrancas y puente para no nos dexar pasar. Volvamos á nuestra materia, y digamos como fuimos á dormir á un pueblo sujeto de Tezcuco, y estaba despoblado, y puestas nuestras velas y rondas, y escuchas y corredores del campo, y estuvimos aquella noche con cuidado no

diesen en nosotros muchos esquadrones de Mexicanos guerreros, que estaban aguardándonos en unos malos pasos; de lo qual tuvimos aviso, porque se prendiéron cinco Mexicanos en la puente primera, que dicho tengo, y aquellos dixéron lo que pasaba de los esquadrones: y segun despues supimos no se atreviéron á darnos guerra, ni á mas aguardar; porque segun pareció entre los Mexicanos y los de Tezcuco tuviéron diferencias y bandos: y tambien como aun no estaban muy sanos de las viruelas, que fué dolencia, que en toda la tierra dió y cundió: y como habian sabido, como en lo de Guacachula, é Ozucar, y en Tepeaca, y Xalacingo, y Castilblanco, todas las guarniciones Mexicanas habiamos desbaratado, y asimismo corria fama, y así lo creian, que iban con nosotros en nuestra compañía todo el poder de Tlascala y Guaxocingo, acordáron de no nos aguardar, y todo esto nuestro Señor Jesu Christo lo encaminaba. Y desque amaneció, puestos todos nosotros en gran concierto, así artillería como escopetas y ballestas, y los corredores del campo adelante descubriendo tierra, comenzamos á caminar hácia Tezcuco, que seria de allí de donde dormimos obra de dos leguas; é aun no habiamos andado media legua, quando vimos volver nuestros corredores del campo muy alegres, y dixéron á Cortés que venian hasta diez Indios, y que traian unas señas y veletas de oro, y que no traian ar-

mas ningunas: y que en todas las caserías y estancias por donde pasaban no les daban grita ni voces, como habian dado el dia ántes; ántes al parecer todo estaba de paz: y Cortés y todos nuestros Capitanes y soldados nos alegramos, y luego mandó Cortés reparar hasta que llegáron siete Indios principales, naturales de Tezcuco, y traian una bandera de oro en una lanza larga, y ántes que llegasen abaxáron su bandera, y se humilláron, que es señal de paz: y quando llegáron ánte Cortés estando Doña Marina, é Gerónimo de Aguilar delante, dixéron: Malinche, Cocovaicin nuestro Señor, y Señor de Tezcuco, te envia á rogar que le quieras recebir á tu amistad, y te está esperando de paz en su ciudad de Tezcuco, y en señal dello recibe esta bandera de oro: y que te pide por merced que mandes á todos los Tlascaltecas, é á tus hermanos que no les hagan mal en su tierra, y que te vayas á aposentar en su ciudad, y él te dará lo que hubieres menester: y mas dixéron, que los esquadrones que allí estaban en las barrancas y pasos malos, que no eran de Tezcuco, sino Mexicanos que los enviaba Guatemuz. Y quando Cortés oyó aquellas paces, holgó mucho dellas, y asimismo todos nosotros, é abrazó á los mensageros, en especial á tres dellos que eran parientes del buen Montezuma, y los conociamos todos los mas soldados, que habian sido sus Capitanes: y considerada la embaxada, luego mandó Cor-

tés llamar los Capitanes Tlascaltecas, y les mandó muy afectuosamente que no hiciesen mal ninguno, ni les tomasen cosa ninguna en toda la tierra, porque estaban de paz, y asi lo hacian como se lo mandó; mas comida no se les defendia, si era solamente maiz, é frisoles, y aun gallinas y perrillos, que habia muchos en todas las casas llenas dello: y entónces Cortés tomó consejo con nuestros Capitanes, y á todos les pareció que aquel pedir de paz y de aquella manera que era fingido, porque si fueran verdaderas no vinieran tan arrebatadamente, y aun truxeran bastimento: y con todo eso recibió Cortés la bandera, que valia hasta ochenta pesos, y dió muchas gracias á los mensageros, y les dixo que no tenian por costumbre de hacer mal ni daño á ningunos vasallos de su Magestad, ántes les favorecia y miraba por ellos, y que si guardaban las paces que decian, que les favoreceria contra los Mexicanos, é que ya habia mandado á los Tlascaltecas que no hiciesen daño en su tierra, como habian visto, y que así lo cumplirian adelante: y que bien sabia que en aquella ciudad matáron sobre quarenta Españoles nuestros hermanos, quando salimos de México, y sobre docientos Tlascaltecas, y que robáron muchas cargas de oro, y otros despojos que dellos hubiéron; que ruega á su Señor Cocovaicin, é á todos los mas Caciques y Capitanes de Tezcuco, que le den el oro y ropa, y que

la muerte de los Españoles, que pues ya no tenia remedio, que no se les pediria: y respondiéron aquellos mensageros, que ellos lo dirian á su Señor así como se lo mandaba; mas que el que los mandó matar fué el que en aquel tiempo alzáron en México por Señor, despues de muerto Montezuma, que se decia Coadlavaca, é hubo todo el despojo, y le lleváron á México todos los mas Teules, y que luego los sacrificáron á su Huichilobos: y como Cortés vió aquella respuesta, por no los resabiar ni atemorizar, no les replicó en ello, sino que fuesen con Dios, y quedó uno dellos en nuestra compañía. Y luego nos fuimos á unos arrabales de Tezcuco, que se decian Guautinchan ó Huaxutan, que ya se me olvidó el nombre, y allí nos diéron bien de comer, y todo lo que hubimos menester, y aun derribamos unos ídolos que estaban en unos aposentos donde posábamos: y otro dia de mañana fuimos á la ciudad de Tezcuco, y en todas las calles ni casas no viamos mugeres, ni muchachos, ni niños, sino todos los Indios como asombrados, y como gente que estaba de guerra: y fuimonos á aposentar á unos aposentos y salas grandes, y luego mandó Cortés llamar á nuestros Capitanes, y todos los mas soldados, y nos dixo que no saliésemos de unos patios grandes que allí habia, y que estuviésemos muy apercebidos, porque no le parecia que estaba aquella ciudad pacífica, hasta ver cómo y de qué manera esta-

ba: y mandó al Pedro de Alvarado, y á Christobal de Oli, é á otros soldados, y á mí con ellos, que subiésemos al gran Cu que era bien alto, y llevásemos hasta veinte escopeteros para nuestra guarda; y que mirásemos desde el alto Cu la laguna y la ciudad, porque bien se parecia toda, y vimos que todos los moradores de aquellas poblaciones se iban con sus haciendas y hatos, é hijos y mugeres, unos á los montes, y otros á los carrizales que hay en la laguna, que toda iba cuajada de canoas dellas grandes y otras chicas; y como Cortés lo supo, quiso prender al Señor de Tezcuco, que envió la bandera de oro: y quando le fuéron á llamar ciertos Papas que envió Cortés por mensageros, ya estaba puesto en cobro, que él fué el primero que se fué huyendo á México, y fuéron con él otros muchos principales. Y así se pasó aquella noche que tuvimos grande recaudo de velas, y rondas y espías: y otro dia muy de mañana mandó llamar Cortés á todos los mas principales Indios que habia en Tezcuco, porque como es gran ciudad habia otros muchos señores partes contrarias del Cacique que se fué huyendo, con quien tenian debates y diferencias sobre el mando y Reyno de aquella ciudad *: y venidos

* Tezcuco era ciudad de treinta mil vecinos, capital de la provincia de Aculuacan, confinante con Tlascala; tres leguas de Tezcuco estaba la ciudad de Acuruman, y á seis la de Otumba, cada una de ellas de tres á quatro mil vecinos. *Cortés Carta II.*

ante Cortés informado dellos, cómo y de qué manera, y desde qué tiempo acá señoreaba el Cocovaizin, dixéron, que por codicia de reynar, habia muerto malamente á su hermano mayor, que se decia Cuxcuxca, con favor que para ello le dió el Señor de México, que ya he dicho, que se decia Coadlavaca; el qual fué el que nos dió la guerra quando salimos huyendo, despues de muerto Montezuma: é que allí habia otros señores, á quien venia el Reyno de Tezcuco mas justamente que no al que lo tenia; que era un mancebo, que luego en aquella sazon se volvió christiano con mucha solemnidad, y le bautizó el Frayle de la Merced, y se llamó Don Hernando Cortés, porque fué su padrino nuestro Capitan. E aqueste mancebo dixéron que era hijo legítimo del Señor y Rey de Tezcuco, que se decia su padre Nezabal Pintzintli: y luego sin mas dilaciones, con grandes fiestas y regocijos de todo Tezcuco, le alzáron por Rey y Señor natural, con todas las ceremonias que á los tales Reyes solian hacer, é con mucha paz, y en amor de todos sus vasallos y otros pueblos comarcanos; é mandaba muy absolutamente y era obedecido: y para mejor le industriar en las cosas de nuestra santa fe, y ponelle en toda policía, y para que deprendiese nuestra lengua, mandó Cortés que tuviese por ayos á Antonio de Villareal, marido que fué de una señora hermosa, que se dixo Isabel de Ojeda; é á un Bachiller,

que se decia Escobar, puso por Capitan de Tezcuco para que viese y defendiese, que no contratasen con el Don Fernando ningun Mexicano, y á un buen soldado, que se decia Pedro Sanchez Farfan, marido que fué de la buena y honrada muger María de Estrada. Dexemos de contar su gran servicio de aqueste Cacique, y digamos quán amado y obedecido fué de los suyos: y digamos como Cortés le demandó que diese mucha copia de Indios trabajadores para ensanchar y abrir mas las acequias y zanjas por donde habiamos de sacar los vergantines á la laguna, de que estuviesen acabados, y puestos á punto para ir á la vela; y se le dió á entender al mismo Don Hernando, y á otros sus principales, á qué fin y efeto se habian de hacer, y cómo y de qué manera habiamos de poner cerco á México: y para todo ello se ofreció con todo su poder y vasallos, que no solamente aquello que le mandaba, sino que enviaria mensageros á otros pueblos comarcanos, para que se diesen por vasallos de su Magestad, y tomasen nuestra amistad y voz contra México. Y todo esto concertado, despues de nos haber aposentado muy bien, y cada Capitanía por sí, y señalados los puestos y lugares donde habiamos de acudir, si hubiese rebato de Mexicanos, porque estábamos á guarda la raya de su laguna; porque de quando en quando enviaba Guatemuz grandes piraguas y canoas con muchos guerreros, y venian á

ver si nos tomaban descuidados: y en aquella sazon viniéron de paz ciertos pueblos sujetos á Tezcuco á demandar perdon y paz, si en algo habian errado en las guerras pasadas, y habian sido en la muerte de los Españoles; los quales se decian Guatinchan: y Cortés les habló á todos muy amorosamente y les perdonó. Quiero decir, que no habia dia ninguno que dexasen de andar en la obra y zanja y acequia de siete á ocho mil Indios, y la abrian y ensanchaban muy bien, que podian nadar por ella navíos de gran porte. Y en aquella sazon, como teniamos en nuestra compañía sobre siete mil Tlascaltecas, y estaban deseosos de ganar honra, y de guerrear contra Mexicanos, acordó Cortés, pues que tan fieles compañeros teniamos, que fuésemos á entrar y dar una vista á un pueblo, que se dice Iztapalapa; el qual pueblo fué por donde habiamos pasado, quando la primera vez veniamos para México, y el Señor dél fué el que alzáron por Rey en México despues de la muerte del gran Montezuma, que ya he dicho otras veces, que se decia Coadlavaca, y de aqueste pueblo, segun supimos recebiamos mucho daño, porque eran muy contrarios contra Chalco, y Talmalanco, y Mecameca, y Chimaloacan que querian venir á tener nuestra amistad, y ellos lo estorbaban: y como habia ya doce dias que estábamos en Tezcuco sin hacer cosa que de contar sea, fuimos á aquella entrada de Iztapalapa.

CAPITULO CXXXVIII.

Como fuimos á Iztapalapa con Cortés, y llevó en su compañía á Christóbal de Oli, y á Pedro de Alvarado, y quedó Gonzalo de Sandoval por guarda de Tezcuco, y lo que nos acaeció en la toma de aquel pueblo.

Pues como habia doce dias que estábamos en Tezcuco, y teniamos los Tlascaltecas por mí ya otra vez nombrados, que estaban con nosotros, y porque tuviesen que comer, porque para tantos como eran no se lo podian dar abastadamente los de Tezcuco, y porque no recibiesen pesadumbre dello, y tambien porque estaban deseosos de guerrear con Mexicanos, y se vengar por los muchos Tlascaltecas que en las derrotas pasadas les habian muerto y sacrificado, acordó Cortés que él por Capitan General, y con Pedro de Alvarado, y Christóbal de Oli, y con trece de á caballo, y veinte ballesteros, y seis escopeteros y docientos y veinte soldados, y con nuestros amigos de Tlascala, y con otros veinte principales de Tezcuco, que nos dió Don Hernando, Cacique mayor de Tezcuco, y estos sabiamos que eran sus primos y parientes del mismo Cacique, y enemigos de Guatemuz, que ya le habian alzado por rey en México, fuésemos camino de Iztapalapa, que estará de Tezcuco obra

de quatro leguas*. Ya he dicho otra vez en el capítulo que dello trata, que estaba mas de la mitad de las casas edificadas en el agua, y la mitad en tierra firme: é yendo nuestro camino con mucho concierto. como lo teniamos de costumbre, como los Mexicanos siempre tenian velas y guarniciones, y guerreros contra nosotros, que sabian que íbamos á dar guerra á algunos de sus pueblos para luego les socorrer, así lo hiciéron saber á los de Iztapalapa para que se apercebiesen, y les enviáron sobre ocho mil Mexicanos de socorro. Por manera que en tierra firme aguardáron como buenos guerreros, así los Mexicanos que fuéron en su ayuda, como los pueblos de Iztapalapa, y peleáron un buen rato muy valerosamente con nosotros; mas los de á caballo rompiéron por ellos, y con las ballestas y escopetas, y todos nuestros amigos los Tlascaltecas, que se metian en ellos como perros rabiosos, de presto dexáron el campo y se metiéron en su pueblo: y esto fué sobre cosa pensada, y con un ardid que entre ellos tenian acordado, que fuera harto dañoso para nosotros, si de presto no saliéramos de aquel pueblo: y fué desta manera, que hiciéron, que huyéron, y se metiéron en canoas en el agua, y en las casas

* El objeto de esta expedicion contra Iztapalapa, executada el mes de Enero de 1521, fué castigar al Señor de ella, autor principal de la guerra que los Mexicanos diéron á los Españoles para echarlos de México. *Cortés Carta III.*

que estaban en el agua, y dellos en unos carrizales, y como ya era noche escura, nos dexan aposentar en tierra firme sin hacer ruido, ni muestra de guerra: y con el despojo que habiamos habido, é la vitoria estábamos contentos: y estando de aquella manera, puesto que teniamos velas, espias y rondas, y aun corredores del campo en tierra firme, quando no nos catamos, vino tanta agua por todo el pueblo, que si los principales que llevábamos de Tezcuco, no dieran voces, y nos avisaran que saliésemos presto de las casas, todos quedáramos ahogados, porque soltáron dos acequias de agua, y abriéron una calzada con que depresto se hinchó todo de agua, y los Tlascaltecas nuestros amigos, como no son acostumbrados á rios caudalosos, ni sabian nadar, quedáron muertos dos dellos; y nosotros con gran riesgo de nuestras personas todos bien mojados, y la pólvora perdida, salimos sin hato, y como estábamos de aquella manera, y con mucho frio, y aun sin cenar, pasamos mala noche, y lo peor de todo era la burla y grita que nos daban los de Iztapalapa, y los Mexicanos desde sus casas y canoas. Pues otra cosa peor nos avino, que como en México sabian el concierto que tenian hecho de nos anegar, con haber rompido la calzada y acequias, estaban esperando en tierra, y en la laguna muchos batallones de guerreros, y quando amaneció nos dan tanta guerra, que harto teniamos que nos

sustentar contra ellos, no nos desbaratasen, é matáron dos soldados y un caballo, é hiriéron otros muchos, así de nuestros soldados como Tlascaltecas, y poco á poco afloxáron en la guerra, y nos volvimos á Tezcuco medio afrentados de la burla y ardid de echarnos el agua, y tambien como no ganamos mucha reputacion en la batalla postrera que nos diéron, porque no habia pólvora; mas todavía quedáron temerosos, y tuviéron bien en que entender en enterrar é quemar muertos y curar heridos, y en reparar sus casas: donde lo dexaré, y diré cómo viniéron de paz á Tezcuco otros pueblos, y lo que mas se hizo.

CAPITULO CXXXIX.

Como viniéron tres pueblos comarcanos á Tezcuco á demandar paces y perdon de las guerras pasadas y muertes de Españoles, y los descargos que daban sobre ello, y como fué Gonzalo de Sandoval á Chalco y Talmalanco en su socorro contra Mexicanos, y lo que mas pasó.

Habiendo dos dias que estábamos en Tezcuco de vuelta de la entrada de Iztapalapa, viniéron á Cortés tres pueblos de paz á demandar perdon de las guerras pasadas, y de muertes de Españoles que matáron, y los descargos que daban era que el Señor de México, que alzáron des-

pues de la muerte del gran Montezuma, el qual se decia Coadlavaca, que por su mandado saliéron á dar guerra con los demas sus vasallos: y que si algunos Teules matáron, y prendiéron, y robáron, que el mismo Señor les mandó que así lo hiciesen, y los Teules que se los lleváron á México para sacrificar, y tambien le lleváron el oro, y caballos y ropa: y que ahora que piden perdon por ello, y que por esta causa que no tienen culpa ninguna, por ser mandados y apremiados por fuerza para que lo hiciesen: y los pueblos que digo, que en aquella sazon viniéron, se decian Tepetezcuco, y Obtumba, el nombre del otro pueblo no me acuerdo; mas sé decir, que en este de Obtumba fué la nombrada batalla que nos diéron, quando salimos huyendo de México, adonde estuviéron juntos los mayores esquadrones de guerreros que ha habido en toda la Nueva-España contra nosotros, adonde creyéron que no escapáramos con las vidas, segun mas largo lo tengo escrito en los capítulos pasados que dello hablan: y como aquellos pueblos se hallaban culpados, y habian visto que habiamos ido á lo de Iztapalapa, y no les fué muy bien con nuestra ida, y aunque nos quisiéron anegar con el agua, y esperáron dos batallas campales con muchos esquadrones Mexicanos; en fin, por no se hallar en otras, como las pasadas, viniéron á demandar paces ántes que fuésemos á sus pue-

blos á castigarlos: y Cortés viendo que no estaba en tiempo de hacer otra cosa les perdonó, puesto que les dió grandes reprehensiones sobre ello, y se obligáron con palabras de muchos ofrecimientos de siempre ser contra Mexicanos, y de ser vasallos de su Magestad, y de nos servir, y así lo hiciéron. Dexémos de hablar destos pueblos, y digamos como viniéron luego en aquella sazon á demandar paces y nuestra amistad, los de un pueblo que está en la laguna, que se dice Mezquique, que por otra parte le llamábamos Venenzuela : y estos, segun pareció, jamas estuviéron bien con Mexicanos, y los querian mal de corazon; y Cortés y todos nosotros tuvimos en mucho la venida deste pueblo, por estar dentro en la laguna por tenellos por amigos, y con ellos creiamos que habian de convocar á sus comarcanos, que tambien estaban poblados en la laguna, y Cortés se lo agradeció mucho, y con ofrecimientos y palabras blandas los despidió. Pues estando que estábamos desta manera, viniéron á decir á Cortés, como venian grandes esquadrones de Mexicanos sobre los quatro pueblos que primero habian venido á nuestra amistad, que se decian Gautinchan, y Huaxutlan, de los otros dos pueblos no se me acuerda el nombre : y dixéron á Cortés que no osarian esperar en sus casas, é que se querian ir á los montes, ó venirse á Tezcuco adonde estábamos; y tantas cosas le dixéron á Cortés para que les

fuese á socorrer, que luego apercebió veinte de á caballo, y docientos soldados y trece ballesteros y diez escopeteros, y llevó en su compañía á Pedro de Alvarado y á Christóbal de Oli, que era Maestre de Campo, y fuimos á los pueblos que viniéron á Cortés á dar tantas quejas, cómo dicho tengo, que estarian de Tezcuco obra de dos leguas : y segun pareció era verdad, que los Mexicanos los enviaban á amenazar que les habian de destruir, y dalles guerra porque habian tomado nuestra amistad; mas sobre lo que mas los amenazaban, y tenian contiendas era por unas grandes labores de tierras de maizales, que estaban ya para coger cerca de la laguna, donde los de Tezcuco, y aquellos pueblos bastecian nuestro Real, y los Mexicanos por tomalles el maiz, porque decian que era suyo, y aquella vega de los maizales tenian por costumbre aquellos quatro pueblos de los sembrar y beneficiar para los Papas de los ídolos Mexicanos : y sobre esto destos maizales se habian muerto los unos á los otros muchos Indios : y como aquello entendió Cortés, despues de les decir, que no hubiesen miedo, y que se estuviesen en sus casas, les mandó que quando hubiesen de ir á coger el maiz así para su mantenimiento, como para abastecer nuestro Real, que enviaria para ello un Capitan con muchos de á caballo, y soldados para en guarda de los que fuesen á traer el maiz : y con aquello que Cortés les dixo, quedá-

ron muy contentos, y nos volvimos á Tezcuco. Y dende en adelante, quando habia necesidad en nuestro Real de maiz, apercebiamos á los Tamemes de todos aquellos pueblos, é con nuestros amigos los de Tlascala, y con diez de á caballo, y cien soldados con algunos ballesteros y escopeteros, íbamos por el maiz: y esto digo, porque yo fuí dos veces por ello, y la una tuvimos una buena escaramuza con grandes esquadrones de Mexicanos que habian venido en mas de mil canoas, aguardándonos en los maizales, y como llevábamos amigos, puesto que los Mexicanos peleáron muy como varones, los hicimos embarcar en sus canoas, y allí matáron uno de nuestros soldados, é hiriéron doce; y asimismo hiriéron muchos Tlascaltecas, y ellos no se fuéron alabando, que allí quedáron tendidos quince ó veinte, y otros cinco que llevamos presos. Dexemos de hablar desto, y digamos como otro dia tuvimos nueva, como querian venir de paz los de Chalco, y Talmalanco y sus sujetos, y por causa de las guarniciones Mexicanas que estaban en sus pueblos no les daban lugar á ello, y les hacian mucho daño en su tierra, y les tomaban las mugeres, y mas si eran hermosas, y delante en sus padres, ó madres, ó maridos tenian acceso con ellas; y asimismo, como estaba en Tlascala cortada la madera, y puesta á punto para hacer los vergantines, y se pasaba el tiempo sin la traer á Tezcuco, sentiamos mu-

cha pena dello todos los mas soldados: y demas desto vienen del pueblo de Venenzuela, que se decia Mesquique, y de otros pueblos nuestros amigos, á decir á Cortés, que los Mexicanos les daban guerra, porque han tomado nuestra amistad: y tambien nuestros amigos los Tlascaltecas, como tenian ya junta cierta ropilla y sal, y otras cosas de despojos é oro, y querian algunos dellos volverse á su tierra, no osaban por no tener camino seguro. Pues viendo Cortés que para socorrer á unos pueblos de los que le demandaban socorro, é ir á ayudar á los de Chalco para que viniesen á nuestra amistad, no podia dar recaudo á unos ni á otros, porque allí en Tezcuco habia menester estar siempre la barba sobre el hombro, é muy alerta, lo que acordó fué que todo se dexase atras, y la primera cosa que se hiciese fuese ir á Chalco y Talmalanco, y para ello envió á Gonzalo de Sandoval, y á Francisco de Lugo con quince de á caballo y docientos soldados, y con escopeteros y ballesteros, y nuestros amigos los de Tlascala: é que procurase de romper, y deshacer en todas maneras á las guarniciones Mexicanas, y que se fuesen de Chalco y Talmalanco, porque estuviese el camino de Tlascala muy desembarazado, y pudiesen ir y venir á la Villa Rica, sin tener contradiccion de los guerreros Mexicanos*. Y luego como esto

* El fin de esta entrada de Sandoval fué asegurar los pueblos y

fué concertado muy secretamente con Indios de Tezcuco se lo hizo saber á los de Chalco, para que estuviesen muy apercebidos para dar de dia ú de noche en las guarniciones de Mexicanos; y los de Chalco que no esperaban otra cosa se apercebiéron muy bien: y como el Gonzalo de Sandoval iba con su exército, parecióle que era bien dexar en la retaguarda cinco de á caballo, y otros tantos ballesteros con todos los mas Tlascaltecas, que iban cargados de los despojos que habian habido; y como los Mexicanos siempre tenian puestas velas y espías, y sabian como los nuestros iban camino de Chalco, tenian aparejados nuevamente, sin los que estaban en Chalco en guarnicion, muchos esquadrones de guerreros que diéron en la rezga, donde iban los Tlascaltecas con su hato, y los tratáron mal, que no los pudiéron resistir los cinco de á caballo y ballesteros, porque los dos ballesteros quedáron muertos y los demas heridos, de manera que aunque el Gonzalo de Sandoval muy presto volvió sobre ellos, y los desbarató y mató siete Mexicanos, como estaba la laguna cerca se le acogiéron á las canoas en que habian venido, porque todas aquellas tierras estan muy pobladas de los sugetos de México: y quando los

paises que mediaban entre Tezcuco y Tlascala, donde se hacian los bergantines, para tener libre la comunicacion con esta República y Villa-Rica. *Cortés Carta III.*

hubo puesto en huida, é vió que los cinco de á caballo que habia dexado con los ballesteros y escopeteros en la retaguarda, eran dos de los ballesteros muertos, y estaban los demas heridos, ellos y sus caballos; y aun con haber visto todo esto, no dexó de decilles á los demás que dexó en su defensa, que habian sido para poco en no haber podido resistir á los enemigos y defender sus personas, y de nuestros amigos, y estaba muy enojado dellos, porque eran de los nuevamente venidos de Castilla, y les dixo, que bien se parecia que no sabian qué cosa era guerra, y luego puso en salvo todos los Indios de Tlascala con su ropa, y tambien despachó unas cartas que envió Cortés á la Villa Rica, en que en ellas envió á decir al Capitan que en ella quedó todo lo acaecido acerca de nuestras conquistas, y el pensamiento que tenia de poner cerco á México, y que siempre estuviesen con mucho cuidado velándose: y que si habia algunos soldados que estuviesen en disposicion para tomar armas que se los enviase á Tlascala, y que de allí no pasasen hasta estar los caminos mas seguros, porque corrian riesgos: y despachados los mensageros, y los Tlascaltecas puestos en su tierra, volvió Sandoval para Chalco que era muy cerca de allí, y con gran concierto sus corredores del campo adelante; porque bien entendió, que en todos aquellos pueblos y caserías por donde iba, que habia de tener rebato de Mexicanos: é yendo

por su camino cerca de Chalco vió venir muchos esquadrones Mexicanos contra él, y en un campo llano, puesto que habia grandes labranzas de maizales y magueis, que es de donde sacan el vino que ellos beben, le diéron una buena refriega de vara, y flecha, y piedra con hondas, y con lanzas largas para matar á los caballos. De manera que Sandoval quando vido tanto guerrero contra sí, esforzando á los suyos, rompió por ellos dos veces, y con las escopetas y ballestas, y con pocos amigos que le habian quedado los desbarató, y puesto que le hiriéron cinco soldados, y seis caballos y muchos amigos; mas tal priesa les dió, y con tanta furia, que le pagáron muy bien el mal que primero le habian hecho: y como lo supiéron los de Chalco que estaban cerca, le saliéron á recebir al Sandoval al camino, y le hiciéron mucha honra y fiesta, y en aquella derrota se prendiéron ocho Mexicanos, y los tres personas muy principales. Pues hecho esto, otro dia dixo el Sandoval que se queria volver á Tezcuco, y los de Chalco le dixéron, que querian ir con él para ver y hablar á Malinche, y llevar consigo dos hijos del Señor de aquella provincia, que habia pocos dias que era fallecido de viruelas, y que ántes que muriese, que habia encomendado á todos sus principales y viejos, que llevasen sus hijos para verse con el Capitan, y que por su mano fuesen Señores de Chalco: y que todos procurasen de ser sujetos

al gran Rey de los Teules; porque ciertamente sus antepasados les habian dicho que habian de señorear aquellas tierras hombres que vernian con barbas de hácia donde sale el sol, y que por las cosas que han visto eramos nosotros: y luego se fué el Sandoval con todo su exército á Tezcuco, y llevó en su compañía los hijos del Señor y los demas principales, y los ocho prisioneros Mexicanos: y quando Cortés supo su venida se alegró en gran manera: y despues de le haber dado cuenta el Sandoval de su viage, y como venian aquellos Señores de Chalco, se fué á su aposento: y los Caciques se fuéron luego ánte Cortés y despues de le haber hecho grande acato, le dixéron la voluntad que traian de ser vasallos de su Magestad, y segun y de la manera que el padre de aquellos dos mancebos se lo habia mandado, y para que por su mano les hiciese señores: y quando hubiéron dicho su razonamiento le presentáron en joyas ricas, obra de docientos pesos de oro. Y como el Capitan Cortés lo hubo muy bien entendido por nuestras lenguas Doña Mariña, é Gerónimo de Aguilar, les mostró mucho amor, y les abrazó, y dió por su mano el Señorío de Chalco al hermano mayor, con mas de la mitad de los pueblos sus sujetos, y lo de Talmalanco y Chimaloacan dió al hermano menor con Ayocingo, y otros pueblos sujetos. Y despues de haber pasado otras muchas razones de Cortés á los princi-

pales viejos, y con los Caciques nuevamente elegidos, le dixéron, que se querian volver á su tierra, y que en todo servirian á su Magestad, y á nosotros en su Real nombre contra Mexicanos, é que con aquella voluntad habian estado siempre: é que por causa de las guarniciones Mexicanas, que habian estado en su provincia, no han venido ántes de ahora á dar la obediencia: y tambien diéron nuevas á Cortés, que dos Españoles que habia enviado á aquella provincia por maiz ántes que nos echasen de México, que porque los Culchuas no los matasen, que los pusiéron en salvo una noche en Guaxocingo nuestros amigos, y que allí salváron las vidas; lo qual ya lo sabiamos dias habia, porque el uno dellos era el que se fué á Tlascala: y Cortés se lo agradeció mucho, y les rogó que esperasen allí dos dias, porque habia de enviar un Capitan por la madera y tablazon á Tlascala, y los llevaria en su compañia, y les pornia en su tierra, porque los Mexicanos no les saliesen al camino; y ellos fuéron muy contentos, y se lo agradeciéron mucho. Y dexemos de hablar en esto, y diré como Cortés acordó de enviar á México aquellos ocho prisioneros que prendió Sandoval en aquella derrota de Chalco, á decir al Señor que entónces habian alzado por Rey, que se decia Guatemuz, que deseaba mucho que no fuesen causa de su perdicion, ni de aquella tan gran ciudad, y que viniesen de paz,

y que les perdonaria la muerte y daños que en ella nos hiciéron, y que nó se les demandaria cosa ninguna: y que las guerras, que á los principios son buenas de comenzar, y que al cabo se destruirian: y que bien sabiamos de las albarradas é pertrechos, almacenes de varas y flechas, y lanzas, y macanas, é piedras rollizas, y todos los géneros de guerra, que á la continua estan haciendo y aparejando, que para qué es gastar el tiempo en valde en hacello: y que para que quiere que mueran todos los suyos, y la ciudad se destruya: y que mire el gran poder de nuestro Señor Dios, que es en el que creemos y adoramos, que él siempre nos ayuda: é que tambien mire que todos los pueblos sus comarcanos tenemos de nuestro bando, pues los Tlascaltecas no desean sino la misma guerra por vengarse de las traiciones y muertes de sus naturales, que les han hecho: y que dexen las armas y vengan de paz, y les prometió de hacer siempre mucha honra: y les dixo Doña Marina, é Aguilar otras muchas buenas razones y consejos sobre el caso: y fuéron ante el Guatemuz aquellos ocho Indios nuestros mensageros; mas no quiso hacer cuenta dellos el Guatemuz, ni enviar respuesta ninguna, sino hacer albarradas y pertrechos, y enviar por todas sus provincias á mandar, que si algunos de nosotros tomasen desmandados, que se los truxesen á México para sacrificar, y que quando los enviase á llamar, que luego viniesen

con sus armas: y les envió á quitar y perdonar muchos tributos, y aun á prometer grandes promesas. Dexemos de hablar en los aderezos de guerra que en México se hacian, y digamos como volviéron otra vez muchos Indios de los pueblos de Guautinchan, ó Guaxutlan descalabrados de los Mexicanos, porque habian tomado nuestra amistad, y por la contienda de los maizales que solian sembrar para los Papas Mexicanos, en el tiempo que les servian, como otras veces he dicho en el capítulo que dello habla, y como estaban cerca de la laguna de México, cada semana les venian á dar guerra, y aun lleváron ciertos Indios presos á México: y como aquello vió Cortés, acordó de ir otra vez por su persona, y con cien soldados y veinte de á caballo, y doce escopeteros y ballesteros, y tuvo buenas espías para quando sintiesen venir los esquadrones Mexicanos, que se lo viniesen á decir; y como estaba de Tezcuco aun no dos leguas, un Miércoles por la mañana amaneció adonde estaban los esquadrones Mexicanos, y peleáron ellos de manera que presto los rompió, y se metiéron en la laguna en sus canoas, y allí se matáron quatro Mexicanos, y se prendiéron otros tres, y se volvió Cortés con su gente á Tezcuco: y dende en adelante no viniéron mas los Culchuas sobre aquellos pueblos. Y dexemos esto, y digamos como Cortés envió á Gonzalo de Sandoval á Tlascala por la madera y tablazon de los

vergantines, y lo que mas en el camino hizo.

CAPITULO CXL.

Como fué Gonzalo de Sandoval á Tlascala por la madera de los vergantines, y lo que mas en el camino hizo en un pueblo, que le pusimos por nombre el pueblo Morisco.

Como siempre estábamos con grande deseo de tener ya los vergantines acabados, y vernos ya en el cerco de México, y no perder ningun tiempo en valde, mandó nuestro Capitan Cortés, que luego fuese Gonzalo de Sandoval por la madera, y que llevase consigo docientos soldados, y veinte escopeteros, y ballesteros y quince de á caballo, y buena copia de Tlascaltecas y veinte principales de Tezcuco, y llevase en su compañía á los mancebos de Chalco y á los viejos, y los pusiesen en salvo en sus pueblos: é ántes que partiesen, hizo amistades entre los Tlascaltecas y los de Chalco; porque como los de Chalco solian ser del bando y confederados de los Mexicanos, y quando iban á la guerra los Mexicanos sobre Tlascala, llevaban en su compañía los de la provincia de Chalco para que les ayudasen, por estar en aquella comarca, desde entónces se tenian mala voluntad, y se trataban como enemigos; mas como he dicho, Cortés los hizo amigos allí en Tezcuco, de manera que siempre entre ellos hubo gran amistad, y se favoreciéron de

allí adelante los unos de los otros. Y tambien mandó Cortés á Gonzalo de Sandoval, que quando tuviesen puestos en su tierra los de Chalco, que fuesen á un pueblo que allí cerca estaba en el camino, que en nuestra lengua le pusimos por nombre el pueblo Morisco, que era sujeto á Tezcuco; porque en aquel pueblo habian muerto quarenta y tantos soldados de los de Narvaez, y aun de los nuestros, y muchos Tlascaltecas, y robado tres cargas de oro, quando nos echáron de México: y los soldados que matáron eran que venian de la Vera-Cruz á México, quando íbamos en el socorro de Pedro de Alvarado, y Cortés le encargó al Sandoval que no dexase aquel pueblo sin buen castigo, puesto que mas merecian los de Tezcuco, porque ellos fuéron los agresores y Capitanes de aquel daño, como en aquel tiempo eran muy hermanos en armas con la gran ciudad de México: y porque en aquella sazon no se podia hacer otra cosa, se dexó de castigar en Tezcuco. Y volvamos á nuestra plática, y es que Gonzalo de Sandoval hizo lo que el Capitan le mandó, así en ir á la provincia de Chalco, que poco se rodeaba, y dexar allí á los dos mancebos señores della, y fué al pueblo Morisco, y ántes que llegasen los nuestros ya sabian por sus espias, como iban sobre ellos, y desmamparan el pueblo, y se van huyendo á los montes, y el Sandoval los siguió, y mató tres ó quatro, porque hubo mancilla dellos; mas hubié-

ronse mugeres y mozas, é prendió quatro principales, y el Sandoval los halagó á los quatro que prendió, y les dixo, ¿que cómo habian muerto tantos Españoles? y dixéron que los de Tezcuco y de México los matáron en una celada que les pusiéron en una cuesta por donde no podian pasar sino uno á uno, porque era muy angosto el camino, y que allí cargáron sobre ellos gran copia de Mexicanos y de Tezcuco, y que entónces los prendiéron y matáron: y que los de Tezcuco los lleváron á su ciudad, y los repartiéron con los Mexicanos, y esto que les fué mandado, y que no pudiéron hacer otra cosa: y que aquello que hiciéron que fué en venganza del Señor de Tezcuco, que se decia Cacamatzin, que Cortés tuvo preso, y se habia muerto en las puentes. Hallóse allí en aquel pueblo mucha sangre de los Españoles que matáron por las paredes que habian rociado con ella á sus ídolos: y tambien se halló dos caras que habian desollado, y adobado los cueros, como pellejos de guantes, y las tenian con sus barbas puestas, y ofrecidas en unos de sus altares; y asimismo se halló quatro cueros de caballos curtidos muy bien aderezados que tenian sus pelos, y con sus herraduras, colgados y ofrecidos á sus ídolos en el su Cu mayor: y halláronse múchos vestidos de los Españoles que habian muerto, colgados y ofrecidos á los mismos ídolos: y tambien se halló en un mármol de una casa, adonde los tuviéron presos, escrito

con carbones: « aquí estuvo preso el sin ventura de Juan Yuste con otros muchos que traia en mi compañía. » Este Juan Yuste era un hidalgo de los de á caballo que allí matáron, y de las personas de calidad que Narvaez habia traido; de todo lo qual el Sandoval, y todos sus soldados hubiéron mancilla y les pesó: mas qué remedio habia ya que hacer, sino usar de piedad con los de aquel pueblo, pues se fuéron huyendo, y no aguardáron, y lleváron sus mugeres é hijos, y algunas mugeres que se prendian lloraban por sus maridos y padres. Y viendo esto el Sandoval, á quatro principales que prendió, y á todas las mugeres las soltó, y envió á llamar á los del pueblo; los quales viniéron y le demandáron perdon, y diéron la obediencia á su Magestad, y prometiéron de ser siempre contra Mexicanos y servirnos muy bien: y preguntados por el oro que robáron á los Tlascaltecas, cuando por allí pasáron, dixéron que otros habian tomado las cargas dello, y que los Mexicanos y los Señores de Tezcuco se lo lleváron, porque dixéron que aquel oro habia sido de Montezuma, y que lo habia tomado de sus templos, y se lo dió á Malinche que lo tenia preso. Dexemos de hablar desto, y digamos como fué Sandoval camino de Tlascala, y junto á la cabecera del pueblo mayor, donde residian los Caciques, topó con toda la madera y tablazon de los vergantines que la traian á cuestas sobre ocho mil Indios, y venian

otros tantos á la retaguarda dellos con sus armas y penachos, y otros dos mil para remudar las cargas que traian el bastimento: y venian por Capitanes de todos los Tlascaltecas Chichimecatecle, que ya he dicho otras veces en los capítulos pasados que dello hablan, que era Indio muy principal y esforzado: y tambien venian otros dos principales, que se decian Teulepile y Teutical, y otros Caciques y principales, y á todos los traia á cargo Martin Lopez, que era el maestro que cortó la madera, y dió la cuenta para las tablazones, y venian otros Españoles que no me acuerdo sus nombres: y quando Sandoval los vió venir de aquella manera húbo mucho placer, por ver que le habian quitado aquel cuidado, porque creyó que estuviera en Tlascala algunos dias detenido esperando á salir con toda la madera y tablazon; y así como venian con el mismo concierto, fuéron dos dias caminando hasta que entráron en tierra de Mexicanos, y les daban gritos desde las estancias y barrancas, y en partes que no les podian hacer mal ninguno los nuestros con caballos ni escopetas; entónces dixo el Martin Lopez, que lo traia todo á cargo, que seria bien que fuesen con otro recaudo que hasta entónces venian; porque los Tlascaltecas le habian dicho que temian aquellos caminos, no saliesen de repente los grandes poderes de México, y les desbaratasen, como iban cargados y embarazados con la madera y basti-

mentos: y luego mandó Sandoval repartir los de á caballo, y ballesteros y escopeteros, que fuesen unos en la delantera, y los demas en los lados: y mandó á Chichimecatecle que iba por Capitan delante de todos los Tlascaltecas, que se quedase detras para ir en la retaguarda, juntamente con el Gonzalo de Sandoval; de lo qual se afrentó aquel Cacique, creyendo que no le tenian por esforzado: y tantas cosas le dixéron sobre aquel caso, que lo hubo por bueno, viendo que el Sandoval quedaba juntamente con él, y le diéron á entender que siempre los Mexicanos daban en el fardaxe que quedaba atras: y como lo hubo bien entendido, abrazó al Sandoval, y dixo que le hacian honra en aquello. Dexemos de hablar en esto, y digamos que en otros dos dias de camino llegáron á Tezcuco, y ántes que entrasen en aquella ciudad se pusiéron muy buenas mantas y penachos, y con atambores y cornetas puestos en ordenanza camináron, y no quebráron el hilo en mas de medio dia que iban entrando, y dando voces y silvos, y diciendo: viva, viva el Emperador nuestro Señor, y Castilla, Castilla, y Tlascala, Tlascala: y llegáron á Tezcuco; y Cortés y ciertos Capitanes les saliéron á recibir con grandes ofrecimientos, que Cortés hizo á Chichimecatecle, y á todos los Capitanes que traia, é las piezas de maderos y tablazones, y todo lo demas perteneciente á los vergantines, se puso cerca de las zanjas y esteros

donde se habian de labrar *: y desde allí adelante tanta priesa se daban en hacer trece vergantines el Martin Lopez, que fué el maestro de los hacer, con otros Españoles que le ayudaban, que se decian Andres Nuñez, y un viejo, que se decia Ramirez, que estaba coxo de una herida, y un diego Hernandez aserrador, y ciertos carpinteros, y dos herreros con sus fraguas, y un Hernando de Aguilar que les ayudaba á machacar, todos se diéron gran priesa hasta que los vergantines estuviéron armados, y no faltó sino calafeteallos y ponelles los mastiles, y xarcias y velas. Pues ya hecho esto, quiero decir el gran recaudo que teniamos en nuestro Real de espías y escuchas, y guarda para los vergantines, por-

* El lector tendrá la bondad de oir de boca de Cortés muchos sucesos referidos por Castillo: « é otro dia que llegó, partiéron « de allí con la tablazon y ligazon de ellos, la qual traian con mu- « cho concierto mas de ocho mil hombres, que era cosa maravi- « llosa de ver, y así me parece que es de oir, llevar trece Fustas, « diez y ocho leguas por tierra, que certifico á vuestra Magestad, « que dende la abanguarda á la retroguarda habia bien dos le- « guas de distancia. E como comenzáron su camino llevando en « la delantera ocho de caballo y cien Españoles, y en ella y en « los lados por Capitanes de mas de diez mil hombres de guerra « á Yutecad y Teutipil, que son dos señores de los principales de « Tascaltecal; y en la rezaga venian otros ciento, y tantos Espa- « ñoles con otros ocho de caballo, y en ella venia por Capitan con « otros diez mil hombres de guerra, muy bien aderezados Chi- « chimecatecle, que es de los principales señores de aquella « provincia, con otros Capitanes que traia consigo. » *Cortés Carta III.*

que estaban junto á la laguna, y los Mexicanos procuráron tres veces de les poner fuego, y aun prendimos quince Indios de los que lo venian á poner, de quien se supo muy largamente todo lo que en México hacian y concertaba Guatemuz: y era que por via ninguna habian de hacer paces, sino morir todos peleando, ó quitarnos á todos las vidas. Quiero tornar á decir los llamamientos y mensageros en todos los pueblos sujetos á México, y como les perdonaba el tributo; y el trabajar, que de dia y de noche trabajaban de hacer casas, y ahondar los pasos de las puentes, y hacer albarradas muy fuertes, y poner á punto sus varas y tiraderas, y hacer unas lanzas muy largas para matar los caballos, engastadas en ellas de las espadas que nos tomáron la noche del desbarate, y poner á punto sus hondas con piedras rollizas, y espadas de á dos manos, y otras mayores que espadas, como macanas, y todo género de guerra. Dexemos esta materia y volvamos á decir de nuestra zanja y acequia, por donde habian de salir los vergantines á la gran laguna, que estaba ya muy ancha y honda, que podian nadar por ella navios de razonable porte; porque como otras veces he dicho, siempre andaban en la obra ocho mil Indios trabajadores. Dexemos esto, y digamos como nuestro Cortés fué á una entrada de Saltocan.

CAPITULO CXLI.

Como nuestro Capitan Cortés fué á una entrada al pueblo de Saltocan, que está de la ciudad de México obra de seis leguas, puesto y poblado en la laguna, y dende allí á otros pueblos, y lo que en el camino pasó diré adelante.

Como habian venido allí á Tezcuco sobre quince mil Tlascaltecas con la madera de los vergantines, y habia cinco dias que estaban en aquella ciudad, sin hacer cosa que de contar sea, y no tenian mantenimientos, ántes les faltaba, y como el Capitan de los Tlascaltecas era muy esforzado y orgulloso, que ya he dicho otras veces, que se decia Chichimecatecle, dixo á Cortés, que queria ir á hacer algun servicio á nuestro gran Emperador, y batallar contra Mexicanos, ansi por mostrar sus fuerzas y buena voluntad para con nosotros, como para vengarse de las muertes y robos que habian hecho á sus hermanos y vasallos, ansi en México como en sus tierras, y que le pedia por merced, que ordenase y mandase á qué parte podrian ir que fuesen nuestros enemigos: y Cortés les dixo, que les tenia en mucho su buen deseo, y que otro dia queria ir á un pueblo, que se dice Saltocan, que está de aquella ciudad cinco leguas, mas que están fundadas las casas en el agua de

la laguna, é que habia entrada para él por tierra: el qual pueblo habia enviado á llamar de paz dias habia tres veces, y no quizo venir: y que les tornó á enviar mensageros nuevamente con los de Tepetezcuco y de Obtumba, que eran sus vecinos: y que en lugar de venir de paz no quisiéron, ántes tratáron mal á los mensageros, y descalabráron dellos, y la respuesta que diéron fué que si allá íbamos, que no tenian ménos fuerza y fortaleza; que fuesen quando quisiesen que en el campo les hallariamos, é que habian tenido aquella respuesta de sus ídolos, que allí nos matarian, y que les aconsejáron los ídolos, que esta respuesta diesen: y á esta causa Cortés se apercebió para ir él en persona á aquella entrada: y mandó á docientos y cincuenta soldados que fuesen en su compañía y treinta de caballo, y llevó consigo á Pedro de Alvarado, y á Christóbal de Oli, y muchos vallesteros y escopeteros, y á todos los Tlascaltecas, y una Capitanía de hombres de guerra de Tezcuco, y los mas dellos principales, y dexó en guarda de Tezcuco á Gonzalo de Sandoval para que mirase mucho por los vergantines y Real, no diesen una noche en él: porque ya he dicho, que siempre habiamos de estar la barba sobre el hombro, lo uno por estar tan á la raya de México, y lo otro por estar en tan gran ciudad como era Tezcuco, y todos los vecinos de aquella ciudad eran parientes y amigos de Mexicanos: y mandó

al Sandoval y á Martin Lopez Maestro de hacer los vergantines, que dentro de quince dias los tuviesen muy á punto para echar al agua y navegar en ellos, y se partió de Tezcuco para hacer aquella entrada. Despues de haber oido Misa salió con su exército, é yendo su camino, no muy lejos de Saltocan, encontró con unos grandes esquadrones de Mexicanos, que le estaban aguardando en parte que creyéron aprovecharse de nuestros Españoles y matar los caballos; mas Cortés marchó con los de á caballo, y él juntamente con ellos, y despues de haber disparado las escopetas y vallestas, rompiéron por ellos, y matáron algunos de los Mexicanos; porque luego se acogiéron á los montes, y á partes que los de á caballo no los pudiéron seguir: mas nuestros amigos los Tlascaltecas prendiéron y matáron obra de treinta: y aquella noche fué Cortés á dormir á unas caserías, y estuvo muy sobre aviso con sus corredores del campo, y velas, y rondas, y espías, porque estaba entre grandes poblaciones: y supo que Guatemuz Señor de México habia enviado muchos esquadrones de gente de guerra á Saltocan para les ayudar, los quales fuéron en canoas por unos hondos esteros: y otro dia de mañana junto al pueblo comenzáron los Mexicanos y los de Saltocan á pelear con los nuestros, y tirábanles mucha vara, y flecha, y piedra con hondas desde las acequias donde estaban, é hiriéron á diez de

nuestros soldados, y muchos de los amigos Tlascaltecas, y ningun mal les podian hacer los de á caballo, porque no podian correr, ni pasar los esteros, que estaban todos llenos de agua, y el camino y calzada que solian tener por donde entraban por tierra en el pueblo, de pocos dias le habian deshecho, y le abriéron á mano, y la ahondáron de manera que estaba hecho acequia y lleno de agua, y por esta causa los nuestros no podian en ninguna manera entralles en el pueblo, ni hacer daño ninguno, y puesto que los escopeteros y vallesteros tiraban á los que andaban en canoas, traianlas tambien armadas de talabardones de madera, é demas de los talabardones guardábanse bien: y nuestros soldados viendo que no aprovechaban cosa ninguna, y no podian atinar al camino y calzada que de ántes tenian en el pueblo, porque todo lo hallaban lleno de agua, renegaban del pueblo, y aun de la venida sin provecho, y aun medio corridos de como los Mexicanos, y los del pueblo les daban grande grita, y les llamaban de mugeres, é que Malinche era otra muger, y que no era esforzado, sino para engañarlos con palabras y mentiras: y en este instante dos Indios de los que allí venian con los nuestros, que eran de Tepetezcuco, que estaban muy mal con los de Saltocan, dixéron á un nuestro soldado, que habia tres dias que viniéron, como abrian la calzada y la laváron, y la hiciéron zanja y

echáron de otra acequia el agua por ella, y que no muy lejos adelante está por abrir, é iba camino al pueblo. Y quando nuestros soldados lo hubiéron entendido, y por donde los Indios les señaláron se ponen en gran concierto los vallesteros y escopeteros, unos armando y otros soltando, y esto poco á poco y no todos á la par, y el agua á vuelapie, y á otras partes á mas de la cinta, pasan todos nuestros soldados, y muchos amigos siguiéndolos, y Cortés con los de á caballo, aguardándolos en tierra firme, haciéndoles espaldas, porque temió no viniesen otra vez los esquadrones de México y diesen en la rezaga: y quando pasaban las acequias los nuestros, como dicho tengo, los contrarios daban en ellos como á terrero, y hiriéron muchos; mas como iban deseosos de llegar á la calzada que estaba por abrir, todavía pasan adelante hasta que diéron en ella por tierra sin agua, y vanse al pueblo, y en fin demas razones, tal mano les diéron que les matáron muchos Mexicanos; y lo pagáron muy bien, é la burla que dellos hacian, donde hubiéron mucha ropa de algodon y oro y otros despojos: y como estaban poblados en la laguna, de presto se meten los Mexicanos, y los naturales del pueblo en sus canoas con todo el hato que pudiéron llevar, y se van á México: y los nuestros de que los viéron despoblados quemáron algunas casas, y no osáron dormir en él por estar en el agua, y se viniéron donde estaba el

Capitan Cortés aguardándolos: y allí en aquel pueblo se hubiéron muy buenas Indias, y los Tlascaltecas saliéron ricos con mantas, sal, y oro y otros despojos, y luego se fuéron á dormir á unas caserías, que seria una legua de Saltocan; y allí se curáron, y un soldado murió dende á pocos dias de un flechazo que le diéron por la garganta: y luego se pusiéron velas y corredores del campo, y hubo buen recaudo, porque todas aquellas tierras estaban muy pobladas de Culchuas. Y otro dia fuéron camino de un gran pueblo, que se dice Colvatitlan, é yendo por el camino, los de aquellas poblaciones, y otros muchos Mexicanos que con ellos se juntaban, les daban muy grande grita y voces, diciéndoles vituperios, y era en parte que no podian correr los caballos, ni se les podia hacer ningun daño, porque estaban entre acequias, y desta manera llegáron á aquella poblacion, y estaba despoblado de aquel mismo dia, y alzado el hato: y en aquella noche durmiéron allí con grandes velas y rondas: y otro dia fuéron camino de un gran pueblo que se dice Tenayuca, y este pueblo soliamos llamar la primera vez que entramos en México, el pueblo de las Sierpes, porque en el adoratorio mayor que tenian, hallamos dos grandes bultos de sierpes de malas figuras, que eran sus ídolos en quien adoraban. Dexemos esto, y digamos del camino: y es que este pueblo halláron despoblado como el pasado, que todos los In-

dios naturales dellos se habian juntado en otro pueblo que estaba mas adelante: y desde allí fué á otro pueblo, que se dice Escapuzalco, que seria del uno al otro una legua, y asimismo estaba despoblado. Este Escapuzalco era donde labraban el oro é plata al gran Montezuma, y soliamosle llamar el pueblo de los Plateros: y desde aquel pueblo fué á otro, que ya he dicho que se dice Tacuba, que es obra de media legua el uno del otro. En este pueblo fué donde reparamos la triste noche quando salimos de México desbaratados, y en él nos matáron ciertos soldados, segun dicho tengo en el capítulo pasado que dello habla; y tornemos á nuestra plática, que ántes que nuestro exército llegase al pueblo, estaban en campo aguardando á Cortés muchos esquadrones de todos aquellos pueblos por donde habia pasado, y los de Tacuba y de Mexicanos, porque México está muy cerca dél: y todos juntos comenzáron á dar en los nuestros de manera que tuvo harto nuestro Capitan de romper en ellos con los de á caballo, y andaban tan juntos los unos con los otros, que nuestros soldados á buenas cuchilladas los hiciéron retraer, y como era noche durmiéron en el pueblo con buenas velas y escuchas, y otro dia de mañana, si muchos Mexicanos habian estado juntos, muchos mas se juntáron aquel dia; y con gran concierto venian á darnos guerra, de tal manera que herian algunos

soldados, mas todavía los nuestros los hiciéron retraer en sus casas y fortaleza, de manera que tuviéron tiempo de les entrar en Tacuba, y quemalles muchas casas, y metelles á sacomano : y como aquello supiéron en México, ordenáron de salir muchos mas esquadrones de su ciudad á pelear con Cortés, y concertáron que quando peleasen con él, que hiciesen que volvian huyendo hácia México, y que poco á poco metiesen á nuestro exército en su calzada, y que quando los tuviesen dentro, haciendo como que se retraian de miedo : é ansi como lo concertáron lo hiciéron : y Cortés creyendo que llevaba vitoria los mandó seguir hasta una puente ; y quando los Mexicanos sintiéron que tenian ya metido á Cortés en el garlito pasada la puente, vuelve sobre él tanta multitud de Indios, que unos por tierra, otros con canoas, y otros en las azuteas le dan tal mano, que le ponen en tan gran aprieto, que estuvo la cosa de arte, que creyó ser perdido é desbaratado, porque á una puente donde habia llegado, cargáron tan de golpe sobre él, que ni poco ni mucho se podia valer : é un Alferez que llevaba una bandera, por sostener el gran ímpetu de los contrarios le hiriéron muy malamente, y cayó con su bandera desde la puente abaxo en el agua, y estuvo en ventura de no se ahogar, y aun le tenian ya asido los Mexicanos para le meter en unas canoas, y él fué tan esforzado que se escapó con su bandera :

y en aquella refriega matáron cinco soldados, é hiriéron muchos de los nuestros: y Cortés viendo el gran atrevimiento y mala consideracion que habia hecho en haber entrado en la calzada de la manera que he dicho, y sintió como los Mexicanos le habian cebado, luego mandó que todos se retraxesen: y con el mejor concierto que pudo, y no vueltas las espaldas, sino los rostros á los contrarios, pie contra pie, como quien hace represas, y los vallesteros y escopeteros, unos armando y otros tirando, y los de á caballo haciendo algunas arremetidas, mas eran muy ocas, porque luego les herian los caballos, y desta manera se escapó Cortés aquella vez del poder de México, y quando se vió en tierra firme, dió muchas gracias á Dios. Allí en aquella calzada y puente fué donde un Pedro de Ircio, muchas veces por mí nombrado, dixo al Alferez que cayó con la bandera en la laguna, que se decia Juan Volante, por le afrentar (que no estaba bien con él por amores de una muger) ciertas palabras pesadas; y no tuvo razon de decir aquellas palabras, porque el Alferez era un hidalgo, y hombre muy esforzado, y como tal se mostró aquella vez, y otras muchas: y al Pedro de Ircio no le fué muy bien de su mala voluntad que tenia contra Juan Volante, el tiempo andando. Dexemos á Pedro de Ircio y digamos que en cinco dias que allí en lo de Tacuba estuvo Cortés, tuvo batalla y rencuentros con los Mexi-

canos y sus aliados : y desde allí dió la vuelta para Tezcuco, y por el camino que habia venido, se volvió, y le daban grita los Mexicanos, creyendo que volvia huyendo, y aun sospecháron lo cierto, que con gran temor volvió, y les esperaban en partes que querian ganar honra con él, y matalle los caballos, y le echaban celadas: y como aquello vió les echó una en que les mató é hirió muchos de los contrarios, é á Cortés entónces le matáron dos caballos é un soldado, y con esto no le siguiéron mas : é á buenas jornadas llegó á un pueblo sujeto á Tezcuco, que se dice Aculman, que estará de Tezcuco dos leguas y media : y como lo supimos como habia allí llegado, salimos con Gonzalo de Sandoval á le ver y recebir acompañado de muchos caballeros y soldados, y de los Caciques de Tezcuco, especial de Don Hernando, principal de aquella ciudad, y en las vistas nos alegramos mucho, porque habia mas de quince dias que no habiamos sabido de Cortés, ni de cosa que le hubiese acaecido: y despues de le haber dado el bien venido, y haberle hablado algunas cosas que convenian sobre lo militar, nos volvimos á Tezcuco aquella tarde, porque no osábamos dexar el Real sin buen recado, y nuestro Cortés se quedó en aquel pueblo hasta otro dia que llegó á Tezcuco : y los Tlascaltecas como ya estaban ricos y venian cargados de despojos, demandáron licencia para irse á su tierra, y Cortés se la

dió; y fuéron por parte que los Mexicanos no tuviéron espías sobre ellos, y salváron sus haciendas. Y a cabo de quatro dias que nuestro Capitan reposaba y estaba dando priesa en hacer los vergantines, viniéron unos pueblos de la costa del Norte á demandar paces, y darse por vasallos de Su Magestad, los quales pueblos se llaman Tucapan, y Mascalcingo, é Naultran, y otros pueblezuelos de aquellas comarcas, y traxéron un presente de oro y ropa de algodon: y quando llegáron delante de Cortés con gran acato, despues de haber dado su presente, dixéron que le pedian por merced, que les admitiese á su amistad, y que querian ser vasallos del Rey de Castilla: y dixéron que quando los Mexicanos matáron sus Teules en lo de Almería, y era Capitan dellos Quete Alpopoca, que ya habiamos quemado por justicia, que todos aquellos pueblos que allí venian, fuéron en ayudar á los Teules: y despues que Cortés les hubo oido, puesto que entendia que habian sido con los Mexicanos en la muerte de Juan de Escalante, y los seis soldados que le matáron en lo de Almería, segun he dicho en el Capítulo que dello habla, les mostró mucha voluntad, y recibió el presente, y por vasallos del Emperador nuestro Señor, y no les demandó cuenta sobre lo acaecido, ni se lo traxo á la memoria, porque no estaba en tiempo de hacer otra cosa: y con buenas palabras y ofrecimientos los despachó. Y

en este instante viniéron á Cortes otros pueblos de los que se habian dado por nuestros amigos, á demandar favor contra Mexicanos, y decian que les fuésemos á ayudar, porque venian contra ellos grandes esquadrones, y les habian entrado en su tierra, y llevado presos muchos de sus Indios, y á otros habian descalabrado. Y tambien en aquella sazon viniéron los de Chalco y Talmanalco, y dixéron que si luego no les socorrian que serian perdidos, porque estaban sobre ellos muchas guarniciones de sus enemigos: y tantas lástimas decian que traian en un paño de manta de Nequen pintado al natural los esquadrones que sobre ellos venian, que Cortés no sabia qué se decir, ni qué respondelles, ni dar remedio á los unos ni á los otros; porque habia visto que estábamos muchos de nuestros soldados heridos y dolientes, y se habian muerto ocho de dolor de costado, y de echar sangre cuajada, revuelta con lodo, por la boca y narices, y era del quebrantamiento de las armas que siempre traiamos á cuestas, é de que á la continua íbamos á las entradas, y de polvo que en ellas tragábamos: y demas desto, viendo que se habian muerto tres ó quatro soldados de heridas, que nunca parábamos de ir á entrar, unos venidos, y otros vueltos. La respuesta que les dió á los primeros pueblos fué que les halagó, y dixo que iria presto á les ayudar; y que entretanto que iba, que se ayudasen de otros pue-

blos sus vecinos, y que esperasen en campo á los Mexicanos, y que todos juntos les diesen guerra, é que si los Mexicanos viesen que les mostraban cara, y ponian fuerzas contra ellos, que temerian, é que ya no tenian tantos poderes los Mexicanos para les dar guerra como solian, porque tenian muchos contrarios: y tantas palabras les dixo con nuestras lenguas, é les esforzó, que reposáron algo sus corazones, y no tanto que luego demandáron cartas para dos pueblos sus comarcanos nuestros amigos para que les fuesen á ayudar: las cartas en aquel tiempo no las entendian, mas bien sabian que entre nosotros se tenia por cosa cierta, que quando se enviaban eran como mandamientos ó señales que les mandaban algunas cosas de calidad, é con ellas se fuéron muy contentos, y las mostráron á sus amigos y los llamáron: y como nuestro Cortés se lo mandó, aguardáron en el campo á los Mexicanos, y tuviéron con ellos una batalla, y con ayuda de nuestros amigos sus vecinos, a quien diéron la carta, no les fué mal en la pelea. Volvamos á los de Chalco que viendo nuestro Cortés, que era cosa muy importante para nosotros, que aquella provincia estuviese desembarazada de gentes de Culchua, porque como he dicho otra vez, por allí habian de ir é venir á la Villa-Rica de la Vera-Cruz, é á Tlascala, y habiamos de mantener nuestro Real, porque es tierra de mucho maiz,

luego mandó á Gonzalo de Sandoval, que era Alguacil mayor, que se aparejase para otro dia de mañana ir á Chalco, y le mandó dar veinte á caballo, y docientos soldados, y doce vallesteros, y diez escopeteros, y los Tlascaltecas que habia en nuestro Real que eran muy pocos; porque como dicho habemos en este capítulo, todos los mas se habian ido á su tierra, cargados de despojos, y tambien llevó una Capitanía de los de Tezcuco, y en su compañía al Capitan Luis Marin, que era su muy íntimo amigo, y quedamos en guarda de aquella ciudad y vergantines, Cortés, é Pedro de Alvarado, y Christóbal de Oli con los demas soldados. Y ántes que Gonzalo de Sandoval vaya para Chalco, como está acordado, quiero aquí decir, como estando escribiendo en esta Relacion todo lo acaecido á Cortés de Saltocan, acaso estaban presentes dos hidalgos muy curiosos, que habian leido la historia de Gomara, y me dixéron que tres cosas se me olvidaban de escribir, que tenia escrito el Coronista Gomara de la misma entrada que hizo Cortés: y la una era que dió Cortés vista á México con trece vergantines, y peleó muy bien con el gran poder de Guatemuz, con sus grandes canoas y piraguas en la laguna. La otra era que quando Cortés entró en la calzada de México, que tuvo pláticas con los señores y Caciques Mexicanos, y les dixo que les quitaria el bastimento, y se moririan de hambre : y la otra fué



que Cortés no quiso decir á los de Tezcuco que habia de ir á Saltocan, porque no les diesen aviso, Yo respondí á los mismos hidalgos que me lo dixéron, que en aquella sazon los vergantines no estaban acabados de hacer, é que como podia llevar por tierra vergantines, ni por la laguna los caballos, ni tanta gente, que es cosa de reir ver lo que escribe: y que quando entró en la Calzada de Tacuba, como dicho habemos, que harto tuvo Cortés en escapar él y su exército. que estuvo medio desbaratado: y en aquella sazon no habiamos puesto cerco á México para vedalles los mantenimientos, ni tenian hambre, y eran señores de todos sus vasallos, y lo que pasó muchos dias adelante quando los teniamos en grande aprieto, pone ahora el Gomara, y en lo que dice que se apartó Cortés por otro camino para ir á Saltocan, no lo supiesen los de Tezcuco, digo, que por fuerza fuéron por sus pueblos y tierras de Tezcuco; porque por allí era el camino y no otro: y en lo que escribe va muy errado, y á lo que yo he sentido, no tiene él la culpa, sino el que le informó, que por sublimar á quien á él se le antojó, ensalzó sus cosas, y porque no se declarasen nuestros heróycos hechos, le daban aquellas relaciones: y esta es la verdadera: y como lo hubiéron bien entendido los mismos que me lo dixéron, y viéron claro lo que les dixe ser ansi, se convenciéron. Y dexemos esta plática, y tornemos al Capitan Gonzalo

de Sandoval, que partió de Tezcuco despues de haber oido Misa, y fué á amanecer cerca de Chalco, y lo que pasó diré adelante.

CAPITULO CXLII.

Como el Capitan Gonzalo de Sandoval fué á Chalco, é á Talmanalco con todo su exército, y lo que en aquella jornada pasó diré adelante.

Ya he dicho en el capítulo pasado, como los pueblos de Chalco y Talmanalco viniéron á decir á Cortés que les enviase socorro, porque estaban grandes guarniciones juntas para les venir á dar guerra, é tantas lastimas le dixéron, que mandó á Gonzalo de Sandoval, que fuese allá con docientos soldados y veinte de á caballo, é diez ó doce ballesteros, y otros tantos escopeteros, y nuestros amigos los de Tlascala, y otra Capitanía de los de Tezcuco, y llevó al Capitan Luis Marin por compañero, porque era su muy grande amigo: y despues de haber oido Misa, en doce dias del mes de Marzo de mil y quinientos y veinte un años fué á dormir á unas estancias del mismo Chalco, y otro dia llegó por la mañana á Talmanalco: y los Caciques y Capitanes le hiciéron buen recibimiento, y le diéron de comer, y le dixéron que luego fuese hácia un gran pueblo, que se dice Guaztepeque, porque hallaria juntos los poderes de México en el mismo Guaztepeque, ó en el camino ántes de

llegar á él, é que todos los de aquella provincia de Chalco irian con él : y al Gonzalo de Sandoval parecióle que seria muy bien ir muy á punto, y puesto en concierto, fué á dormir á otro pueblo sujeto del mismo Chalco, Chimalacan; porque las espías que los de Chalco tenian puestas sobre los Culchuas, viniéron á avisar, como estaban en el campo no muy lejos de allí la gente de guerra sus enemigos, é que habia algunas quebradas, é arcabuezos adonde esperaban : y como el Sandoval era muy avisado, y de buen consejo, puso los escopeteros y ballesteros por delante, y los de á caballo mandó que de tres en tres se hermanasen, y quando hubiesen gastado los ballesteros y escopeteros algunos tiros, que todos juntos los de á caballo rompiesen por ellos á media rienda, y las lanzas terciadas, y que no curasen alancear sino por los rostros, hasta ponerlos en huida, y que no se deshermanasen : y mandó á los soldados de á pie que siempre estuviesen hechos un cuerpo, y no se metiesen entre los contrarios hasta que se lo mandase; porque como le decian que eran muchos los enemigos (y ansi fué verdad), y estaban entre aquellos malos pasos, y no sabian si tenian hoyos hechos, ó algunas albarradas, queria tener sus soldados enteros, no le viniese algun desman : é yendo por su camino, vió venir por tres partes repartidos los esquadrones de Mexicanos, dando gritas, y tañendo trompetillas y

atabales con todo género de armas, segun lo suelen traer, y se viniéron como leones bravos á encontrar con los nuestros : y quando el Sandoval los vió tan denodados, no guardó á la órden que habia dado, y dixo á los de á caballo, que ántes que se juntasen con los nuestros, que luego rompiesen, y el Sandoval delante, animando á los suyos, dixo Santiago, y á ellos : y de aquel tropel fuéron algunos de los esquadrones Mexicanos medio desbaratados, mas no del todo, que se juntáron todos, é hiciéron rostro ; porque se ayudaban con los malos pasos é quebradas, porque los de á caballo por ser los pasos muy agros no podian correr, y se estuviéron sin ir tras ellos : á esta causa les tornó á mandar Sandoval á todos los soldados, que con buen concierto les entrasen los ballesteros y escopeteros delante, y los rodeleros que les fuésen á los lados, y quando viesen que les iban hiriendo, y haciendo mala obra, y oyesen un tiro desta otra parte de la barranca, que seria señal que todos los de á caballo á una arremetiesen á les echar de aquel sitio, creyendo que les meterian en tierra llana que habia allí cerca, y apercibió á los amigos, que ellos ansimismo acudiesen con los Españoles, y ansi se hizo como lo mandó : y en aquel tropel recibiéron los nuestros muchas heridas, porque eran muchos los contrarios que sobre ellos cargáron : y en fin de mas pláticas les hiciéron ir retrayendo,

mas fué hácia otros malos pasos; y Sandoval con los de á caballo los fué siguiendo, y no alcanzó sino tres ó quatro, y uno de los nuestros de á caballo que iba en el alcance, que se decia Gonzalo Dominguez, como era mal camino, rodó el caballo, y tomóle debaxo, y dende á pocos dias murió de aquella mala caida. He traido esto aquí á la memoria deste soldado, porque este Gonzalo Dominguez era uno de los mejores ginetes y esforzado que Cortés habia traido en nuestra compañía, y teníamosle en tanto en las guerras por su esfuerzo como al Christóbal de Oli, y á Gonzalo de Sandoval; por la qual muerte hubo mucho sentimiento entre todos nosotros. Volvamos á Sandoval y á todo su exército, que los fué siguiendo hasta cerca del pueblo, que se dice Guaztepeque: y ántes de llegar á él le salen al encuentro sobre quince mil Mexicanos, y le comenzaban á cercar, y le hiriéron muchos soldados y cinco caballos; mas como la tierra era en parte llana, con el gran concierto que llevaba, rompe los dos esquadrones con los de á caballo, y los demas esquadrones vuelven las espaldas hácia el pueblo, para tornar á aguardar á unos mamparos que tenian hechos, mas nuestros soldados y los amigos les siguiéron de manera que no tuviéron tiempo de aguardar, y los de á caballo siempre fuéron en el alcance por otras partes, hasta que se encerráron en el mismo pueblo en partes que no se pudiéron ha-

ber : y creyendo que no volverian mas á pelear aquel dia, mandó Sandoval reposar su gente, y se curáron los heridos, y comenzáron á comer, que se habia habido mucho despojo ; y estando comiendo viniéron dos de á caballo, y otros dos soldados que habia puesto ántes que comenzase á comer, los unos para corredores del campo, y los otros por espías, y viniéron diciendo, al arma, al arma, que vienen muchos esquadrones de Mexicanos, y como siempre estaban acostumbrados á tener sus armas muy á punto, depresto cavalgan, y salen á una gran plaza, y en aquel instante viniéron los contrarios, y allí hubo otra buena batalla: y despues que estuviéron buen rato haciendo cara en unos mamparos, desde allí hiriéron algunos de los nuestros, y tal priesa les dió el Gonzalo de Sandoval con los de á caballo, y con las escopetas y ballestas, y cuchilladas los soldados, que les hiciéron huir del pueblo por otras barrancas, y por aquel dia no volviéron mas : y quando el Capitan Sandoval se vió libre desta refriega, dió muchas gracias á Dios, y se fué á reposar y dormir á una huerta que habia en aquel pueblo la mas hermosa, y de mayores edificios, y cosa mucho de mirar que se habia visto en la Nueva España, y tenia tantas cosas, que era muy admirable, y ciertamente era huerta para un gran Príncipe, y aun no se acabó de andar por entónces toda, porque tenia mas de un quarto de legua de largo. Y

dexemos de hablar de la huerta, y digamos que yo no vine en esta entrada, ni en este tiempo que digo anduve esta huerta, sino desde obra de veinte dias que vine con Cortés, quando rodeamos los grandes pueblos de la laguna, como adelante diré: y la causa porque no vine en aquella sazon, es porque estaba muy mal herido de un bote de lanza que me diéron en la garganta junto al gaznate, que estuve della á peligro de muerte, de que agora tengo una señal, y diéronmela en lo de Iztapalapa, quando nos apretáron tanto: y como yo no fuí en esta entrada, por eso digo en esta mi relacion, fuéron, y esto hiciéron, y tal les acaeció, y no digo hicimos, ni hice, ni vine, ni en ello me hallé; mas todo lo que escribo acerca dello, pasó al pie de la letra; porque luego se sabe en el Real de la manera que en las entradas acaece, y ansi no se puede quitar, ni alargar mas de lo que pasó. Y dexaré de hablar en esto, y volveré al Capitan Gonzalo de Sandoval, que otro dia de mañana, viendo que no habia mas bullicio de guerreros Mexicanos, envió á llamar á los Caciques de aquel pueblo con cinco Indios naturales de los que habian prendido en las batallas pasadas, y los dos dellos eran principales, y les envió á decir que no hubiesen miedo, y que vengan de paz, y que lo pasado se lo perdona, y les dixo otras buenas razones: y los mensageros que fuéron á tratar las paces, mas no osáron venir los Caci-

ques por miedo de los Mexicanos, y en aquel mismo dia tambien envió á decir á otro gran pueblo, que estaba de Guaztepeque obra de dos leguas, que se dice Acapistla, que mirasen que son buenas las paces, que no quieran guerra; y que miren y tengan en la memoria en que han parado los esquadrones de Culchuas que estaban en aquel pueblo de Guaztepeque, sino que todos han sido desbaratados, que vengan de paz; y que los Mexicanos que tienen en guarnicion que les echen fuera de su tierra, y que si no lo hacen, que irá allá de guerra, y los castigará: y la respuesta fué que vayan quando quisieren, que bien piensan tener con sus cuerpos y carnes buenas hartazgas, y sus ídolos sacrificios: y como aquella respuesta le diéron, y los Caciques de Chalco que con Sandoval estaban, que sabian que en aquel pueblo de Acapistla estaban muchos mas Mexicanos en guarnicion para les ir á Chalco á dar guerra, quando viesen vuelto al Sandoval, á esta causa le rogáron que fuese allá, y los echase de allí, y el Sandoval estaba para no ir, lo uno porque estaba herido, y tenia muchos soldados y caballos heridos, y lo otro como habia tenido tres batallas no se quisiera meter por entónces en hacer mas de lo que Cortés le mandaba, y tambien algunos caballeros de los que llevaba en su compañía, que eran de los de Narvaez, le dixéron que se volviese á Tezcuco, y que no fuese á Acapistla.

porque estaba en gran fortaleza, no le acaeciese algun desman : y el Capitan Luis Marin le aconsejó que no dexase de ir á aquella fuerza, y hacer lo que pudiese, porque los Caciques de Chalco decian, que si desde allí se volvian sin deshacer el poder que estaba junto en aquella fortaleza, que ansi como vean ó sepan que Sandoval vuelve á Tezcuco, que luego son sus enemigos en Chalco : y como era el camino de un pueblo á otro obra de dos leguas, acordó de ir, y apercibió sus soldados, y fué allá : y luego como llegó á vista del pueblo, ántes de llegar á él le salen muchos guerreros, y le comenzáron á tirar vara y flecha y piedra con hondas, y fué tanta como granizo, que le hiriéron tres caballos y muchos soldados, sin podelles hacer cosa ni daño ninguno : y hecho esto luego se suben entre sus riscos y fortalezas, y desde allí les daban voces y gritas, y tañian sus caracoles y atabales : y como el Sandoval ansi vió la cosa, acordó de mandar á algunos de á caballo que se apeasen, y á los demas de á caballo que se estuviesen en el campo en lo llano á punto, mirando no viniesen algunos socorros Mexicanos á los de Acapistla entretanto que combatian aquel pueblo : y como vió que los Caciques de Chalco y sus Capitanes, y muchos de sus Indios de guerra que allí estaban remolinando, y no osaban pelear con los contrarios, adrede para proballos, y ver lo que decian, les dixo Sandoval,

¿qué haceis ahí? ¿por qué no les comenzais á combatir? y entrada en ese pueblo y fortaleza, que aquí estamos que os defenderemos: y ellos respondiéron que no se atrevian, porque era gran fortaleza, y que por esta causa venia el Sandoval, y sus hermanos los Teules con ellos, y con su mamparo y esfuerzo venian los de Chalco á les echar de allí; por manera que se apercibe el Sandoval de arte, que él, y todos sus soldados y escopeteros y ballesteros, les comenzáron de entrar y subir, y puesto que recibiéron en aquella subida muchas heridas, y al mismo Capitan le descalabráron otra vez, y le hiriéron muchos de los amigos, todavía les entró en el pueblo donde se les hizo mucho daño, y todos los que mas daño les hiciéron fuéron los Indios de Chalco, y los demas amigos Tlascaltecas; porque nuestros soldados, sino fué hasta rompellos y ponellos en huida, no curáron de dar cuchilladas á ningun Indio, porque les parecia crueldad, y en lo que mas se empleaban, era en buscar una buena India, ó haber algun despojo, y lo que comunmente hacian, era reñir á los amigos porque eran tan crueles, y por quitalles algunos Indios ó Indias, porque no los matasen. Dexemos de hablar de esto, y digamos que aquellos guerreros Mexicanos que allí estaban por se defender, se viniéron por unos riscos abaxo cerca del pueblo; y como habia muchos de ellos heridos de los que se venian

á esconder en aquella quebrada y arroyo, y se desangraban, venia el agua algo turbia de sangre, y no duró aquella turbieza un Ave María. E aquí dice el Coronista Gomara en su historia, que por venir el rio tinto en sangre, los nuestros pasáron sed por causa de la sangre. A esto digo, que habia fuentes de agua clara abaxo en el mismo pueblo, que no tenian necesidad de otra agua *. Volvamos á decir, que luego que aquello fué hecho se volvió el Sandoval con todo su exército á Tezcuco, y con buen despojo, en especial con muy buenas piezas de Indias. Digamos ahora como el Señor de México, que se decia Guatemuz, lo supo, y el desbarate de sus exércitos, dicen que mostró mucho sentimiento de ello, y mas de que los de Chalco tenian tanto atrevimiento siendo sus súbditos y vasallos, de osar tomar armas tres veces contra ellos: y estando tan enojado acordó que entre tanto que el Sandoval se volvia al Real de Tezcuco, de enviar grandes poderes de guerreros que de presto juntó en la ciudad de México con otros que estaban junto á la laguna, y en mas de dos mil canoas grandes, con todo género de armas salen sobre veinte mil Mexicanos, y vienen de repente en la tierra de Chalco por hacerles todo

* Cortés dice, que todos los que se halláron en esta accion, aseguraban que el rio por mas de una hora fué teñido en sangre. *Cortés Carta III.*

el mal que pudiesen, y fué de tal arte y tan presto, que aun no hubo bien llegado el Sandoval á Tezcuco, ni hablado á Cortés, quando estaban otra vez mensageros de Chalco en canoas por la laguna, demandando favor á Cortés, porque le dixéron que habian venido sobre dos mil canoas, y en ellas veinte mil Mexicanos, y que fuesen presto á los socorrer: y quando Cortés lo oyó y Sandoval, que entónces en aquel instante llegaba á hablarle, y á darle cuenta de lo que habia hecho en la entrada donde venia, el Cortés no le quiso escuchar á Sandoval de enojo, creyendo que por su culpa ó descuido recibian mala obra nuestros amigos los de Chalco; y luego sin mas dilacion, ni le oir, le mandó volver, y que dexase allí en el Real todos los heridos que traia: y con los sanos luego fué muy en posta: y de estas palabras que Cortés le dixo, recibió mucha pena el Sandoval, y porque no le quiso escuchar, y luego partió para Chalco; y como llegó con todo su exército bien cansado de las armas y largo camino, pareció ser que los de Chalco, luego como lo supiéron por sus espías, que los Mexicanos venian tan de repente sobre ellos, y como habia tenido Guatemuz aquella cosa concertada que diesen sobre ellos, como dicho tengo, sin mas aguardar socorro de nosotros, enviáron á llamar á los de la Provincia de Guaxocingo é Tlascala, que estaban cerca, los quales viniéron aquella noche

misma muy aparejados con sus armas, y se juntáron con los de Chalco que serian por todos mas de veinte mil de ellos, é ya les habian perdido el temor á los Mexicanos, y gentilmente los aguardáron en el campo, y peleáron como muy varones, puesto que de los Mexicanos matáron y prendiéron hasta quince Capitanes y hombres principales, y de otra gente de guerra de no tanta cuenta se prendiéron otros muchos; y túvose esta batalla entre los Mexicanos por grande deshonra suya, viendo que los de Chalco los venciéron, y en mucho mas que si los desbaratáramos nosotros; y como llegó Sandoval á Chalco, y vió que no tenia que hacer ni de que se temer, que ya no volverian otra vez los Mexicanos sobre Chalco, da vuelta á Tezcuco, y llevó los presos Mexicanos, con lo qual se holgó mucho Cortés, y Sandoval mostró grande enojo de nuestro Capitan por lo pasado; y no le fué á ver ni hablar, puesto que Cortés le envió á decir que lo habia entendido de otra manera, y que creyó, que por descuido del Sandoval no se habia remediado, pues que iba con mucha gente de á caballo y soldados, y sin haber desbaratado los Mexicanos se volvia. Dexemos de hablar de esta materia, porque luego tornáron á ser amigos Cortés y el Sandoval, y no sabia Cortés placer que hacer al Sandoval por tenerle contento, que no le hacia. Dexallo he aquí, y diré como acordamos de herrar todas las piezas, esclavas y

esclavos que se habian habido, que fuéron muchas, y de como vino en aquel instante un navío de Castilla, y lo que mas pasó.

CAPITULO CXLIII.

Como se herráron los esclavos en Tezcuco, y como vino nueva que habia venido al puerto de la Villa Rica un navío, y los pasajeros que en él viniéron, y otras cosas que pasáron diré adelante.

Como hubo llegado Gonzalo de Sandoval con gran presa de esclavos, y otros muchos que se habian habido en las entradas pasadas, fué acordado que luego se herrasen, y de que se hubo pregonado, que se llevasen á herrar á una casa señalada, todos los mas soldados llevamos las piezas que habiamos habido para echar el hierro de su Magestad, que era una G, que quiere decir guerra, segun y de la manera que lo teniamos de ántes concertado con Cortés, segun he dicho en el capítulo que de ello habla, creyendo que se nos habia de volver despues de pagado el Real quinto que las apreciasen, quanto podia valer cada pieza; y no fué así, porque si en lo de Tepeaca se hizo muy malamente, segun otra vez dicho tengo, muy peor se hizo en esto de Tezcuco, que despues que sacaban el Real quinto, era otro quinto para

Cortés, y otras para los Capitanes; y en la noche ántes quando las tenian juntas nos desapareciéron las mejores Indias. Pues como Cortés nos habia dicho y prometido, que las buenas piezas se habian de vender en el almoneda por lo que valiesen, y las que no fuesen tales por ménos precio, tampoco hubo buen concierto en ello, porque los oficiales del Rey que tenian cargo de ellas, hacian lo que querian, por manera, que si mal se hizo una vez, esta vez peor; y desde allí adelante muchos soldados que tomábamos algunos buenas Indias, porque no nos las tomasen como las pasadas las escondiamos, y no las llevábamos á herrar, y deciamos que se habian huido, y si era privado de Cortés, secretamente la llevaban de noche á herrar, y las apreciaban en lo que valian, y les echaban el hierro y pagaban el quinto, y otras muchas se quedaban en nuestros aposentos, y deciamos que eran Naborias que habian venido de paz de los pueblos comarcanos y de Tlascala. Tambien quiero decir, que como ya habia dos ó tres meses pasados, que algunas de las esclavas que estaban en nuestra compañía y en todo el Real, conocian á los soldados qual era bueno é qual malo, y trataba bien á las Indias Naborias que tenia, ó qual las trataba mal, y tenian fama de caballeros, y de otra manera quando las vendian en el almoneda, y si las sacaban algunos soldados que á las tales Indias ó Indios no les contentaban, ó

las habian tratado mal, de presto se les desaparecian que no las vian mas, y preguntar por ellas era por demas, y en fin todo se quedaba por deuda en los libros del Rey, así en lo de las almonedas y los quintos: y al dar las partes del oro se consumió, que ningunos ó muy pocos soldados lleváron partes porque ya lo debian, y aun muchos mas pesos de oro que despues cobráron los oficiales del Rey. Dexemos esto, y digamos como en aquella sazon vino un navío de Castilla, en el qual vino por Tesorero de su Magestad un Julian de Alderete, vecino de Tordesillas, y vino un Orduña el viejo, vecino que fué de la Puebla, que despues de ganado México traxo quatro ó cinco hijas que casó muy honradamente, era natural de Tordesillas; y vino un frayle de San Francisco, que se decia Fray Pedro Melgarejo de Urrea, natural de Sevilla, que traxo unas Bulas de Señor San Pedro, y con ellas nos componian, si algo eramos en cargo en las guerras en que andábamos: por manera que en pocos meses el frayle fué rico y compuesto á Castilla: traxo entónces por Comisario, y quien tenia cargo de las Bulas, á Gerónimo Lopez, que despues fué Secretario en México: viniéron un Antonio Caravajal que ahora vive en México, ya muy viejo, Capitan que fué de un vergantin, y vino Gerónimo Ruiz de la Mota, yerno que fué despues de ganado México del Orduña, que asimismo fué Capitan de un vergantin, natural de

Burgos: y vino un Briones natural de Salamanca: á este Briones ahorcáron en esta Provincia de Guatemala por amotinador de exércitos desde á quatro años que se vino huyendo de lo de Honduras; y viniéron otros muchos que ya no me acuerdo, y tambien vino un Alonso Diaz de la Reguera, vecino que fué de Guatimala, que ahora vive en Valladolid, y traxéron en este navío muchas armas y pólvora, y en fin como navío que venia de Castilla: é vino cargado de muchas cosas, y con él nos alegramos; y de las nuevas que de Castilla traxéron no me acuerdo bien, mas paréceme que dixéron que el Obispo de Burgos ya no tenia mano en el gobierno, que no estaba su Magestad bien con él desde que alcanzó á saber de nuestros muy buenos é notables servicios, y como el Obispo escribia á Flandes al contrario de lo que pasaba, y en favor de Diego Velazquez; y halló muy claramente su Magestad ser verdad todo lo que nuestros Procuradores de nuestra parte le fuéron á informar, y á esta causa no le oia cosa que dixese. Dexemos esto, y volvamos á decir que como Cortés vió los vergantines que estaban acabados de hacer, y la gran voluntad que todos los soldados teniamos de estar ya puestos en el cerco de México, y en aquella sazon volviéron otra vez los de Chalco á decir que los Mexicanos venian sobre ellos, y que les enviasen socorro: y Cortés les envió á decir que él queria ir en persona á sus pueblos

y tierras, y no se volver hasta que á todos los contrarios echase de aquellas comarcas; y mandó apercebir trecientos soldados y treinta de á caballo, y todos los mas escopeteros y ballesteros que habia, y gente de Tezcuco; y fué en su compañía Pedro de Alvarado, y Andres de Tapia, y Christóbal de Oli, y asimismo fué el Tesorero Julian de Alderete, y el frayle Fray Pedro Melgarejo que ya en aquella sazon habia llegado á nuestro Real, é yo fuí entónces con el mismo Cortés porque me mandó que fuese con él, y lo que pasamos en aquella entrada diré adelante.

CAPITULO CXLIV.

Como nuestro Capitan Cortés fué á una entrada, y se rodeó la laguna, y todas las ciudades, y grandes pueblos que al rededor hallamos, y lo que mas nos pasó en aquella entrada *.

Como Cortés habia dicho á los de Chalco que les habia de ir á socorrer porque los Mexicanos no viniesen, y les diesen guerra, porque harto teniamos cada semana de ir y venir á les favo-

* Para concertar su plan de ataque en el asedio, y bloqueo de Méjico, parece que resolvió Cortés esta entrada con el fin de rodear la laguna, reconocer los pueblos situados en sus orillas, sus calzadas, ó comunicaciones con Temixtitan, y todo lo que le podia dar ideas para elegir los parages ó puntos principales de ataque. Esta espedicion es el asunto de este capítulo, y del siguiente.

recer, mandó apercebir todos los soldados y exército que fuéron trecientos soldados, y treinta de á caballo, y veinte ballesteros, y quince escopeteros, y el Tesorero Julian de Alderete, y Pedro de Alvarado, y Andres de Tapia, y Christoval de Olí, y fué tambien el frayle Fray Pedro Melgarejo, y á mí me mandó que fuese con él, y muchos Tlascaltecas, y amigos de Tezcuco, y dexó en guarda de Tezcuco y vergantines á Gonzalo de Sandoval, con buena copia de soldados y de á caballo. Y una mañana despues de haber oido Misa, que fué viérnes cinco dias del mes de Abril de mil y quinientos y veinte y un años, fuimos á dormir á Talmanalco, y allí nos recibiéron muy bien; y el otro dia fuimos á Chalco que estaba muy cerca el uno del otro: allí mandó Cortés llamar á todos los Caciques de aquella provincia, y se les hizo un Parlamento con nuestras lenguas Doña Marina, é Gerónimo de Aguilar, en que se les dió á entender, como ahora al presente íbamos á ver si podria traer de paz á algunos de los pueblos que estaban mas cerca de la laguna, y tambien para ver la tierra y sitio, para poner cerco á la gran ciudad de México, y que por la laguna habian de echar los vergantines que eran trece, y que les rogaba á todos, que para otro dia que estuviesen aparejadas todas sus gentes de guerra para ir con nosotros; y quando lo hubiéron entendido, todos á una de muy buena voluntad dixéron que sí lo harian: y

otro dia fuimos á dormir á otro pueblo que estaba sujeto al mismo Chalco que se dice Chimaluacan, y allí viniéron mas de veinte mil amigos, ansi de Chalco y de Tezcuco, y Guaxocingo, y los Tlascaltecas, y otros pueblos, y viniéron tantos, que en todas las entradas que yo habia ido, despues que en la Nueva-España entré, nunca ví tanta gente de guerra de nuestros amigos como ahora fuéron en nuestra compañía. Ya he dicho otra vez, que iba tanta multitud dellos á causa de los despojos que habian de haber; y lo mas cierto, por hartarse de carne humana si hubiese batallas, porque bien sabian que las habia de haber, y son á manera de decir, como quando en Italia salia un exército de una parte á otra, y les seguian cuervos y milanos, y otras aves de rapiña que se mantenian de los cuerpos muertos que quedaban en el campo quando se daba alguna muy sangrienta batalla: así he juzgado que nos seguian tantos millares de Indios. Dexemos desta plática, y volvamos á nuestra relacion que en aquella sazon se tuvo nueva que estaban en un llano cerca de allí aguardando muchos esquadrones y Capitanías de Mexicanos é sus aliados, todos los de aquellas comarcas para pelear con nosotros; y Cortés nos apercibió que fuésemos muy alerta, y saliésemos de aquel pueblo donde dormimos, que se dice Chimaloacan, despues de haber oido Misa que fué bien de mañana, y con mucho concierto fuimos

caminando entre unos peñascos, y por medio de dos sierrezuelas que en ellas habia fortalezas, y mamparos donde habia muchos Indios é Indias recogidos, é hechos fuertes; y dende su fortaleza nos daban gritos é voces y alaridos, y nosotros no curamos de pelear con ellos, sino callar y caminar y pasar adelante, hasta un pueblo grande que estaba despoblado, que se dice Yautepeque, y tambien pasamos de largo : y llegamos á un llano donde habia unas fuentes de muy poca agua, é á una parte estaba un gran Peñol, con una fuerza muy mala de ganar, segun luego pareció por la obra, y como llegamos en el parage del Peñol, porque vimos que estaba lleno de guerreros, y de lo alto dél nos daban gritos, y tiraban piedras é varas y flechas, y hiriéron tres soldados de los nuestros, entónces mandó Cortés que reparásemos allí, é dixo, parece que todos estos Mexicanos se ponen en fortalezas, y hacen burla de nosotros de que no les acometemos : y esto dixo por los que dexábamos atras en las serrezuelas * : y luego mandó á unos de á caballo, y á ciertos ballesteros que diesen una vuelta á una parte del Peñol, y que mirasen si habia otra subida mas conveniente de buena en-

* Cortés declara el motivo de atacar este Peñon. « Y aunque habiamos visto, que en el campo no nos habian osado esperar, « parecíame, aunque era otro nuestro camino, que era poquedad « pasar adelante, sin hacerles algun mal sabor; y porque no « creyesen nuestros amigos que de cobardía lo dexábamos de ha-

trada para les poder combatir, y fuéron y dixéron, que lo mejor de todo era donde estábamos, porque en todo lo demas no habia subida ninguna, que era toda peña tajada: y luego Cortés mandó que les fuésemos entrando y subiendo, el Alferez Christoval del Corral delante, y otras banderas, y todos nosotros siguiéndolas, y Cortés con los de á caballo, aguardando en lo llano por guarda de otros esquadrones de Mexicanos, no viniesen á dar en nuestro fardaxe ó en nosotros, entre tanto que combatiamos aquella fuerza: y como comenzamos á subir por el Peñol arriba, echan los Indios guerreros que en él estaban tantas piedras muy grandes y peñascos, que fué cosa espantosa como se venian despeñando y saltando, como no nos matáron á todos; y fué cosa inconsiderada y no de acuerdo Capitan mandarnos subir, y luego á mis pies murió un soldado, que se decia fulano Martinez Valenciano, que habia sido Maestresala de un Señor de salva en Castilla, y este llevaba una zelada, y no dixo ni habló palabra, y todavía subiamos; y como venian las galgas rodando y despeñándose, y dando saltos (que asi llamábamos á las

« cer, comencé á dar una vista en torno de el Peñol, que habia « casi una legua, y cierto era tan fuerte, que parescia locura « querernos poner en ganárselo, é aunque les pudiera poner « cerco, y hacerles darse de pura necesidad, yo no me podia de- « tener. E asi estando en esta confusion, determiné de le subir el « risco por tres partes que yo habia visto ». *Cortés Carta III.*

grandes piedras que venian despeñadas) luego matáron á otros dos soldados, que se decian Gaspar Sanchez, sobrino del Tesorero de Cuba, y á un fulano Bravo, y todavía subiamos; y luego matáron á otro soldado muy esforzado, que se decia Alonso Rodriguez, y á otros dos descalabrados, y en las piernas golpes todos los mas de nosotros, y todavía porfiar y ir adelante, é yo como en aquel tiempo era suelto, no dexaba de seguir al Alferez Corral, é ibamos debaxo de unas como socarreñas é concavidades, que se hacian en el Peñol de trecho á trecho, á ventura de si me encontraban algunos peñascos entre tanto que subia de socarreña, á socarreña que fué muy gran ventura: y estaba el Alferez Christoval del Corral, mamparándose detras de unos árboles gruesos que tenian muchas espinas, que nacen en aquellas concavidades, y estaba descalabrado y el rostro todo lleno de sangre, é la bandera rota, y me dixo: O Señor Bernal Diaz del Corral, que no es cosa el pasar mas adelante, y mira no os cojan algunas lanchas ó galgas, estése al reparo de aquella concavidad; porque ya no nos podiamos tener aun con las manos, quanto mas podelles subir. En este tiempo ví que de la misma manera que Corral é yo habiamos subido de socarreña en socarreña venia Pedro Barba, que era Capitan de ballesteros, con otros dos soldados, é yo le dixe desde arriba: O Señor Capitan, no suba

mas adelante que no se podrá tener con pies y manos, no vuelva rodando : y quando se lo dixe, me respondió como muy esforzado, ó por dar aquella respuesta como gran señor, dixo que eso habia de decir, sino ir adelante; é yo recibí de aquella palabra remordimiento de mi persona, y le respondí, pues veamos como sube donde yo estoy, y todavía pasé bien arriba : y en aquel instante vienen tantas piedras muy grandes que echáron de lo alto, que tenian represadas para aquel efeto, que hiriéron á Pedro Barba y le matáron un soldado, y no pasáron mas un paso de allí donde estaban : y entonces el Alferez Corral dió voces para que dixesen á Cortés de mano en mano, que no se podia subir mas arriba, é que al retraer tambien era muy peligroso :y como Cortés lo entendió, porque allá baxo donde estaba en tierra llana le habian muerto tres soldados y herido siete del grande ímpetu de las galgas que iban despeñándose, y aun tuvo por cierto Cortés, que todos los mas de los que habiamos subido arriba estábamos muertos, ó bien heridos; porque donde él estaba no podia ver las vueltas que daba aquel Peñol: y luego por señas y por voces y por unas escopetas que soltáron, tuvimos arriba nuestras señas que nos mandaban retraer : y con buen concierto de socarreña en socarreña baxamos abaxo todos descalabrados y corriendo sangre, y las banderas rotas, y ocho muertos, y desque Cortés ansi nos

vió, dió muchas gracias á Dios: y luego le dixéron lo que habiamos pasado yo y el Pedro Barba, porque se lo dixo el mismo Pedro Barba, y el Alferez Corral estando platicando de la gran fuerza, é que fué maravilla como no nos llevåron las galgas de vuelo, segun eran muchas, y aun lo supiéron luego en todo el Real. Dexemos todo esto, y digamos como estaban muchas Capitanías de Mexicanos aguardando en partes que no les podiamos ver, ni saber dellos, y estaban esperando para socorrer y ayudar á los del Peñol, y bien entendiéron lo que fué, que no podriamos subilles en la fuerza, y que entretanto que estábamos peleando, tenian concertado, que los del Peñol por una parte, y ellos por otra darian en nosotros, y como lo tenian acordado, ansi viniéron á les ayudar á los del Peñol: y quando Cortés lo supo que venian, mandó luego á los de á caballo, y á todos nosotros que fuésemos á encontrar con ellos, y ansi se hizo: y aquella tierra era llana, y á partes habia unas como vegas, que estaban entre otros serrejones, y seguimos á los contrarios hasta que llegamos á otro muy fuerte Peñol, y en el alcance se matáron muy pocos Indios, porque se acogian en partes que no se podian haber. Pues vueltos á la fuerza que probábamos á subir, é viendo que allí no habia agua, ni la habiamos bebido en todo el dia, ni aun los caballos, porque las fuentes que dicho tengo, que allí estaban, no la tenian,

sino lodo, que como teniamos tantos enemigos estaban sobre ellas, y no las dexaban manar, y á esta causa mudamos nuestro Real, y fuimos por una vega abaxo cerca de otro Peñol, que seria del uno al otro obra de legua y media, poco mas á ménos, creyendo que halláriamos agua, y no la habia sino muy poca: y cerca de aquel Peñol habia unos árboles de morales de la tierra, y allí nos paramos, y estaban obra de doce ó trece casas al pie de la sierra y fuerza: y ansi nosotros llegamos, nos comenzáron á dar grita, y tirar galgas, y vara y flechas desde lo alto, y estaba en esta fuerza mucha mas gente que en el primero Peñol, y aun era muy mas fuerte, segun despues vimos, y nuestros escopeteros y ballesteros les tiraban, mas estaban tan altos y tenian tantos mamparos, que no se les podia hacer mal ninguno; pues entralles ó subilles no habia remedio, y aunque probamos dos veces, que por las casas que allí estaban habia unos pasos, hasta dos vueltas podiamos ir, mas desde allí adelante ya he dicho peor que el primero: de manera que ansi en esta fuerza como en la primera no ganamos ninguna reputacion, ántes los Mexicanos y sus confederados tenian vitoria: é aquella noche dormimos en aquellos morales bien muertos de sed, y se acordó para otro dia, que desde otro Peñol que estaba cerca dél fuesen todos los ballesteros y escopeteros, y que subiesen en él, que habia subida,

aunque no buena, porque desde aquel alcanzarian las ballestas y escopetas al otro Peñol fuerte, y podianle combatir, y mandó Cortés á Francisco Verdugo, y al Tesorero Julian de Alderete que se aperciban de buenos ballesteros, y á Pedro Barba que era Capitan, que fuesen por caudillos, y que todos los mas soldados hiciésemos acometimiento, que por los pasos y subidas de las casas que dicho tengo, que les queriamos subir, y ansi los comenzamos á entrar: mas echaban tanta piedra grande y menuda, que hiriéron á muchos soldados, y demas desto no les subiamos de hecho, porque era por demas, que aun tenernos con las manos y pies no podiamos: y entretanto que nosotros estábamos de aquella manera, los ballesteros y escopeteros desde el Peñol que he dicho, les alcanzaban con las ballestas y escopetas, y aunque no muy bien, mataban algunos, y herian otros, de manera que estuvimos dándoles combates obra de media hora: y quiso nuestro Señor Dios, que acordáron de se dar de paz, y fué por causa que no tenian agua ninguna, que estaba mucha gente arriba en el Peñol en un llano que se hacia arriba, é habiase acogido á él de todas aquellas comarcas ansi hombres como mugeres y niños, é gente menuda; y para que entendiésemos abaxo que querian paces desde el Peñol, las mugeres meneaban unas mantas hácia abaxo, y con las palmas daban unas con

otras, señalando que nos harian pan y tortillas, y los guerreros no nos tiraban vara ni piedra, ni flecha : y quando Cortés lo entendió, mandó que no se les hiciese mal ninguno, y por señas se les dió á entender que baxasen cinco principales á entender en las paces, los quales baxáron, y con grande acato dixéron á Cortés que les perdonase, que por favorecerse y defenderse se habian subido en aquella fuerza; y Cortés les dixo con nuestras lenguas Doña Marina y Aguilar, algo enojado, que eran dignos de muerte, por haber empezado la guerra, mas que pues han venido, que vayan luego al otro Peñol, é llamen los Caciques é hombres principales que en él están, é traigan los muertos, é que lo pasado se les perdonará, y que vengan de paz, sino que habiamos de ir sobre ellos, y ponelles cerco hasta que se mueran de sed, porque bien sabiamos que no tenian agua, porque en toda aquella tierra no la hay sino muy poca : y luego fuéron á llamarlos, ansi como se lo mandó. Dexemos de hablar en ello hasta que vuelvan con la respuesta : y digamos como estando platicando Cortés con el Frayle Melgarejo, y el Tesorero Alderete, sobre las guerras pasadas que habiamos habido ántes que viniesen á la Nueva-España, y en la del Peñol, y el gran poder de los Mexicanos, y las grandes ciudades que habian visto despues que viniéron de Castilla : y decian que si al Emperador, nuestro Señor, le informa-

ra de la verdad el Obispo de Burgos, como le escribia al contrario, que nos enviaria á hacer grandes mercedes, y que no se acuerdan que otros mayores servicios haya recibido ningun Rey en el mundo, que el que nosotros le habiamos hecho en ganar tantas ciudades sin ser sabidor su Magestad de cosa ninguna. Dexemos otras muchas pláticas que pasáron, y digamos como mandó nuestro Capitan Cortés al Alferez Corral, y á otros dos Capitanes, que fuéron Juan Xaramillo, y á Pedro de Ircio, y á mí que me hallé allí con ellos, que subiésemos al Peñol, y viésemos la fortaleza que tal era, é que si estaban muchos Indios heridos ó muertos de saetas y escopetas, é que gente estaba recogida: é quando esto nos mandó, dixo: Mirá, señores, que no les tomeis ni un grano de maiz, y segun yo entendí, quisiera que nos aprovecháramos: y subidos al Peñol por unos malos pasos, digo que era mas fuerte que el primero, porque era peña tajada: é ya que estábamos arriba para entrar en la fuerza era como quien entra por una abertura, no mas ancha que dos bocas de silo ó de horno: é ya puestos en lo mas alto é llano, estaban grandes anchuras de prados, y todo lleno de gente ansi de guerra, como de muchas mugeres é niños, é hallamos hasta veinte muertos y muchos heridos, y no tenian gota de agua que beber, y tenian todo su hato y su hacienda hechos fardaxes, y otros muchos lios de

mantas, que eran del tributo que daban á Guatemuz : é como yo ansí ví tantas cargas de ropa, y supe que eran del tributo, comencé á cargar quatro Tlascaltecas mis Naborias que llevé conmigo, y tambien eché á cuestas de otros quatro Indios de los que la guardaban, otros quatro fardos, y á cada uno eché una carga : é como Pedro de Ircio lo vió, dixo que no lo llevase, é yo porfiaba que sí, y como era Capitan, hízose lo que mandó, porque me amenazó que se lo diria á Cortés, y me dixo el Pedro de Ircio, que bien habia visto que dixo Cortés, que no les tomásemos un grano de maiz, é yo dixe que ansi era verdad, que por esa palabra misma queria llevar de aquella ropa, por manera que no me dexó llevar cosa ninguna : y baxamos á dar cuenta á Cortés de lo que habiamos visto, é á lo que nos envió : y dixo el Pedro de Ircio á Cortés por me revolver con él lo pasado, pensando que le contentaba mucho, despues de le dar cuenta de lo que habia, dixo : No se les tomó cosa ninguna, que ya habia cargado Bernal Diaz del Castillo de ropa á ocho Indios, é si no se lo estorbara yo, ya los traia cargados : entónces dixo Cortés medio enojado : pues por qué no lo traxo : y tambien os habiades de quedar allá vos con la ropa é Indios con los de arriba, é dixo : Mira como no entendiéron que los envie porque se aprovechasen, y á Bernal Diaz que me entendió, quitáron el des-

pojo que traia destos perros, que se quedarán riendo con los que nos han muerto y herido : é quando aquello oyó el Pedro de Ircio, dixo que queria tornar á subir á la fuerza, y entónces le dixo que ya no habia coyuntura para ello, y que no fuese allá de ninguna manera. Dexemos esta plática, y digamos como viniéron los del otro Peñol, y en fin de muchas razones que pasáron sobre que les perdonasen, todos diéron la obediencia á Su Magestad : y como no habia agua en aquel parage, nos fuimos luego camino de un pueblo ya nombrado en el capítulo pasado, que se dice Guaztepeque, adonde estaba la huerta que he dicho, que es la mejor que habia visto en toda mi vida, y ansi la tornó á decir, que Cortés y el Tesorero Alderete, desque entónces la viéron, y paseáron algo della, se admiráron, y dixéron que mejor cosa de huerta no habian visto en Castilla. Y digamos como en aquella noche nos aposentamos todos en ella : y los Caciques de aquel pueblo viniéron de paz á hablar y servir á Cortés, porque Gonzalo de Sandoval los habia recebido ya de paz quando entró en aquel pueblo, segun mas largamente he escrito en el capítulo pasado que dello habla, y aquella noche reposamos allí : y á otro dia muy de mañana nos partimos para Cornabaca, y hallamos unos esquadrones de guerreros mexicanos, que de aquel pueblo habian salido, y los de á caballo les siguiéron mas de le-

gua y media, hasta encerrarlos en otro gran pueblo, que se dice Tepuztlan, y estaban tan descuidados los moradores dél, que dimos en ellos ántes que sus espías, que tenian sobre nosotros, llegasen. Aquí se hubiéron muy buenas Indias, é despojos, y no aguardáron ningunos Mexicanos, ni los naturales en el pueblo : y nuestro Cortés envió á llamar á los Caciques por tres ó quatro veces que viniesen todos de paz, y que si no venian que les quemaria el pueblo, y los iriamos á buscar : y la respuesta fué que no querian venir : é porque otros pueblos tuviesen temor dello, mandó poner fuego á la mitad de las casas que allí cerca estaban : y en aquel instante viniéron los Caciques del pueblo por donde aquel dia pasamos, que ya he dicho que se dice Yautepeque, y diéron la obediencia á su Magestad, y otro dia fuimos camino de otro mejor y mayor pueblo, que se dice Coadalbaca, y comunmente corrompimos ahora aquel vocablo, y le llamamos Cuernabaca, y habia dentro en él mucha gente de guerra, ansi de Mexicanos, como de los naturales, y estaba muy fuerte por unas cavas y riachuelo que están en las barrancas por donde corre el agua, muy hondas de mas de ocho estados abaxo, puesto que no llevaban mucha agua, y es fortaleza para ellos, y tambien no habia entrada para caballos, sino por unas dos puentes, y teníanlas quebradas, y desta manera estaban tan fuertes, que no los

podiamos llegar, puesto que nos llegábamos á pelear con ellos desta parte de sus cavas y riachuelo en medio, y ellos nos tiraban mucha vara y flecha, é piedras con hondas: y estando desta manera, avisáron á Cortés, que mas adelante obra de media legua habia entrada para los caballos, y luego fué allá con los de á caballo, y todos nosotros estábamos buscando paso, y vimos que desde unos árboles que estaban junto con la cava, se podia pasar á la otra parte de aquella honda cava, y puesto que cayéron tres soldados desde los árboles abaxo en el agua, y aun el uno se quebró la pierna, todavía pasamos, aunque con harto peligro, porque de mí digo, que verdaderamente quando pasaba que lo ví muy peligroso é malo de pasar, y se me desvanecia la cabeza, y todavía pasé yo, y otros veinte ó treinta soldados, y muchos Tlascaltecas, y comenzamos á dar por las espaldas de los Mexicanos, que estaban tirando vara y flecha á los nuestros: y quando lo viéron que lo tenian por cosa imposible, creyéron que eramos muchos mas: y en este instante allegáron Christóbal de Oli, é Pedro de Alvarado y Andrés de Tapia, con otros de á caballo que habian pasado con mucho riesgo de sus personas por una puente quebrada, y damos en los contrarios, por manera que volviéron las espaldas, y se fuéron huyendo á los montes y á otras partes de aquella honda cava, donde no se pudiéron haber: é dende á

poco rato, tambien llegó Cortés con todos los demas de á caballo. En este pueblo se hubo gran despojo, ansi de mantas muy grandes, como de buenas Indias, é allí mandó Cortés que estuviésemos aquel dia, y en una huerta del señor de aquel pueblo nos aposentamos todos, y era muy buena. Que quiera decir el gran recaudo de velas y escuchas, y corredores del campo, que do quiera que estábamos, ó por los caminos llevábamos, es prolixidad recitallo tantas veces; y por esta causa pasaré adelante, y diré que viniéron nuestros corredores del campo á decir á Cortés que venian hasta veinte Indios, y á lo que parecia en sus meneos y semblante eran Caciques, y hombres principales que traian mensages, ó á demandar paces, y eran los Caciques de aquel pueblo : y quando llegáron adonde Cortés estaba, le hiciéron mucho acato, y le presentáron ciertas joyas de oro, y le dixéron que les perdonase porque no saliéron de paz, que el Señor de México les enviaba á mandar, que pues estaban en fortaleza, que desde allí nos diesen guerra, y les envió un buen esquadron de Mexicanos para que les ayudasen, é que á lo que ahora han visto, que no habrá cosa por fuerte que sea que no la combatamos y señoreemos, y que le piden por merced que los reciba de paz; y Cortés les mostró buena cara, y dixo que somos vasallos de un gran Señor, que es el Emperador Don Cárlos, que á los que le quisie-

ren servir, que á todos les hace mercedes, y que à ellos en su Real nombre los recibe de paz, y allí diéron la obediencia á Su Magestad : y acuérdome que dixéron aquellos Caciques, que en pago de no haber venido de paz hasta entónces, permitiéron nuestros dioses á los suyos que se les hiciese castigo en sus personas y haciendas *. Donde los dexaré agora, y digamos como otro dia de mañana caminamos para otra gran poblacion, que se dice Suchimileco, y lo que pasamos en el camino y en la ciudad, y rencuentros de guerra que nos diéron, diré adelante, hasta que volvimos á Tezcuco, y lo que mas pasamos.

* Es muy singular lo que estos Caciques dixéron á Cortés, y debe llamar la atencion de un observador para hacer juicio de los estraños principios que caracterizaban á aquellas gentes; « estos Indios y los otros que venian á se dar por vasallos de vuestra Magestad, despues de les haber quemado y destruido sus casas y haciendas, nos dixéron que la causa porque venian tarde á nuestra amistad, era porque pensaban que satisfacian sus culpas en consentir primero hacerles daño, creyendo que hecho, no terniamos despues tanto enojo de ellos. *Cortés Carta III.*

CAPITULO CXLV.

De la gran sed que hubo en este camino, y del peligro en que nos vimos en Suchimileco, con muchas batallas y rencuentros que con los Mexicanos y con los naturales de aquella ciudad tuvimos: y de otros muchos rencuentros de guerras que hasta volver á Tezcuco pasamos.

Pues como caminamos para Suchimileco, que es una gran ciudad, y en toda la mas della estan fundadas las casas en el agua de agua dulce, y estará de México obra de dos leguas y mèdia: pues yendo por nuestro camino con gran concierto y ordenanza, como lo teniamos de costumbre, fuimos por unos pinares, y no habia agua en todo el camino; y como íbamos con nuestras armas á cuestas, y era ya tarde, y hacia gran sol, aquejábanos mucho la sed, y no sabiamos si habia agua adelante, y habiamos andado ciertas leguas, ni tampoco teniamos certinidad, que tanto estaba de allí un pozo que nos decian que habia en el camino: y como Cortés así vido todo nuestro exército cansado, y los amigos Tlascaltecas se desmayáron, y se murió uno de sed, y un soldado de los nuestros que era viejo, y estaba doliente, me parece que tambien se murió de sed, acordó Cortés de parar á la sombra de unos pinares, y mandó á seis de á caballo que

fuesen adelante camino de Suchimileco, é que viesen que tanto de allí habia poblacion ó estancias, ó el pozo que tuvimos noticia que estaba cerca para ir á dormir á él: y quando fuéron los de á caballo, que era Christóbal de Oli, y un Valdenebro y Pedro Gonzalez de Truxillo, y otros muy esforzados varones, acordé yo de me apartar en parte que no me viese Cortés, ni los de á caballo, y llevé tres Naborias mios Tlascalcaltecas, bien esforzados é sueltos Indios, y fuí tras ellos hasta que me viéron ir, y me aguardáron para me hacer volver, no hubiese algun rebato de guerreros Mexicanos, donde no me pudiese valer; é yo todavía porfiaba ir con ellos, y el Christóbal de Oli; como era yo su amigo, me dixo que fuese, y que aparejase los puños á pelear con los Indios, y los pies á ponerme en salvo: y era tanta la sed que tenia, que aventuraba mi vida por me hartar de agua: y pasando obra de media legua adelante, habia muchas estancias y caserías de los de Suchimileco en unas laderas de unas sierrezuelas; entónces los de á caballo que he dicho, se apartáron para buscar agua en las casas, y la halláron, y se hartáron della, y uno de mis Tlascaltecas me sacó de una casa un gran cántaro de agua, que así los hay grandes cántaros en aquella tierra, de que me harté yo y ellos; y entónces acordé desde allí de me volver donde estaba Cortés reposando, porque los moradores de aquellas estancias ya comenza-

ban á se apellidar, y nos daban grita, y truxe el cántaro lleno de agua con los Tlascaltecas, y halle á Cortés que ya comenzaba á caminar con todo su exército : y como le dixe que habia agua en unas estancias muy cerca de allí, y que habia bebido, y que traia agua en el cántaro, la qual traian los Tlascaltecas muy escondida, porque no me la tomasen, porque á la sed no hay ley; de la qual bebió Cortés y otros caballeros, y se holgó mucho, y todos se alegráron, y se diéron priesa á caminar, y llegamos á las estancias ántes de se poner el sol, y por las casas halláron agua, aunque no mucha, y con la sed que traian algunos soldados, comian unos como cardos, y á algunos se les dañáron las bocas y lenguas : y en este instante viniéron los de á caballo, é dixéron que el pozo que estaba lejos, y que ya estaba toda la tierra apellidando guerra, é que era bien dormir allí : y luego pusiéron velas y espías, y corredores del campo, é yo fui uno de los que pusiéron por velas, y paréceme que llovió aquella noche un poco, ó que hizo mucho viento : y otro dia muy de mañana comenzamos á caminar, é á obra de las ocho llegamos á Suchimileco. Saber yo ahora decir la multitud de guerreros que nos estaban esperando unos por tierra, é otros en un paso de una puente que tenian quebrada, é los muchos mamparos y albarradas que tenian hecho en ellas, é las lanzas que traian hechas, como al modo de las espadas que hubié-

ron, quando la gran matanza que hiciéron de los nuestros, en lo de las puentes de México, y otros muchos Indios Capitanes, que todos traian espadas de las nuestras muy relucientes : pues flecheros y varas de á dos gajos y piedra con hondas y espadas de á dos manos como montantes, hechas de á dos manos de navajas; digo que estaba toda la tierra firme llena dellos, y al pasar de aquella puente estuviéron peleando con nosotros cerca de media hora, que no les podiamos entrar, que ni bastaban ballestas, ni escopetas, ni grandes arremetidas que haciamos : y lo peor de todo era que ya venian otros esquadrones dellos por las espaldas dándonos guerra; y quando aquello vimos, rompimos por el agua y puente medio nadando, y otros á vuelapie, y allí hubo algunos de nuestros soldados, que bebiéron tanta agua por fuerza, que se les hincháron las barrigas dello. Y volvamos á nuestra batalla, que al pasar de la puente hiriéron á muchos de los nuestros, é matáron dos soldados, y luego les llevamos á buenas cuchilladas por unas calles donde habia tierra firme adelante, y los de á caballo juntamente con Cortés, salen por otras partes á tierra firme, adonde topáron sobre mas de diez mil Indios todos Mexicanos, que venian de refresco para ayudar á los de aquel pueblo, y peleaban de tal manera con los nuestros, que les aguardaban con las lanzas á los de á caballo, é hiriéron quatro dellos, y Cortés que se halló en

aquella gran presa, y el caballo en que iba que era muy bueno castaño escuro, que le llamaban el romo, y de muy gordo, ú de cansado, como estaba holgado, desmayó el caballo, y los contrarios Mexicanos como eran muchos, echáron mano á Cortés, y le derribáron del caballo, otros dixéron, que por fuerza le derrocáron; ahora sea por lo uno ó por lo otro, en aquel instante llegáron muchos mas guerreros Mexicanos para si pudieran apañarle vivo á Cortés, y como aquello viéron unos Tlascaltecas, y un soldado muy esforzado, que se decia Christóbal de Olea, natural de Castilla la Vieja de tierra de Medina del Campo, depresto llegáron, y á buenas cuchilladas y estocadas hiciéron lugar, y tornó Cortés á cabalgar aunque bien herido en la cabeza, y quedó el Olea muy malamente herido de tres cuchilladas: y en aquel tiempo acudimos allí todos los mas soldados que mas cerca dél nos hallamos, porque en aquella sazon, como en aquella ciudad habia en cada calle muchos esquadrones de guerreros, y por fuerza habiamos de seguir las banderas, no podiamos estar todos juntos, sino pelear unos á unas partes, y otros á otras, como nos fué mandado por Cortés, mas bien entendimos, que donde andaba Cortés y los de á caballo, que habia mucho que hacer, por las muchas gritas y voces y alaridos que oiamos. Y en fin de mas razones, puesto que habia adonde andábamos muchos guerreros, fuimos con gran

riesgo de nuestras personas adonde estaba Cortés, que ya se le habian juntado hasta quince de á caballo, y estaban peleando con los enemigos junto á unas acequias adonde se mamparaban y estaban albarradas, y como llegamos los pusimos en huida, aunque no del todo volvian las espaldas, y porque el soldado Olea, que ayudó á nuestro Cortés estaba muy mal herido de tres cuchilladas, y se desangraba, y las calles de aquella ciudad estaban llenas de guerreros, diximos á Cortés que sè volviese á unos mamparos, y se curase el Cortés y el Olea, y así volvimos, y no muy sin obra de vara y piedra y flecha que nos tiraban de muchas partes donde tenian mamparos y albarradas, creyendo los Mexicanos que volviamos retrayéndonos, é nos seguian con gran furia: y en este instante viene Pedro de Alvarado, é Andrés de Tapia, y Christóbal de Oli, y todos los mas de á caballo, que fuéron con ellos á otras partes, el Oli corriendo sangre de la cara, y el Pedro de Alvarado herido y el caballo, y todos los demas cada qual con su herida, y dixéron que habian peleado con tanto Mexicano en el campo, que no se podian valer, y porque quando pasamos la puente que dicho tengo, parece ser Cortés los repartió, que la mitad de á caballo fuesen por una parte, y la otra mitad por otra, y así fueron siguiendo tras unos esquadrones, y la otra mitad tras los otros. Pues ya que estábamos curando los heridos con

quemalles con azeyte é apretalles con mantas, suenan tantas voces y trompetillas é caracoles por unas calles en tierra firme, y por ellas vienen tantos Mexicanos á un patio, donde estábamos curando los heridos, é tírannos tanta vara y piedra, que hiriéron de repente á muchos soldados; mas no les fué muy bien de aquella cabalgada, que presto arremetimos con ellos, y á buenas cuchilladas y estocadas quedáron hartos dellos tendidos. Pues los de á caballo no tardáron en salirles al encuentro, que matáron á muchos, puesto que entónces hiriéron dos caballos é matáron un soldado: de aquella vez los echamos de aquel sitio é patio: y quando Cortés vió que no habia mas contrarios, nos fuimos á reposar á otro grande patio, adonde estaban los grandes Adoratorios de aquella ciudad, y muchos de nuestros soldados subiéron en el Cu mas alto, adonde tenian sus ídolos, y desde allí viéron la gran ciudad de México, y toda la laguna, porque bien se señoreaba todo: y viéron venir sobre dos mil canoas, que venian de México llenas de guerreros, y venian derechos adonde estábamos; porque segun otro dia supimos el señor de México, que se decia Guatemuz, les enviaba para que aquella noche y dia diesen en nosotros: y juntamente envió por tierra sobre otros diez mil guerreros, para que unos por una parte, y otros por otra tuviese manera para que no saliésemos de aquella ciudad con las vidas ninguno de no-

sotros. Tambien habia apercibido otros diez mil hombres para les enviar de refresco, quando estuviesen, dándonos guerra, y esto se supo otro dia de cinco Capitanes Mexicanos que en las batallas prendimos: y mejor lo ordenó nuestro Señor Jesu Christo; porque asi como vino aquella gran flota de Canoas, luego se entendió que venia contra nosotros, y acordóse que hubiese muy buena vela en todo nuestro Real, repartido á los puertos é azequias por donde habian de venir á desembarcar, y los de á caballo muy á punto toda la noche ensillados y enfrenados, aguardando en la calzada y tierra firme, y todos los Capitanes y Cortés con ellos, haciendo vela y ronda toda la noche, é á mí é á otros diez soldados nos pusiéron por velas sobre unas paredes de cal y canto, y tuvimos muchas piedras é ballestas y escopetas y lanzas grandes adonde estábamos, para que si por allí en unas acequias, que era desembarcadero, llegasen canoas, que los resistiésemos é hiciésemos volver: á otros soldados pusiéron en guarda en otras acequias. Pues estando velando yo y mis compañeros, sentimos el rumor de muchas canoas, que venian á remo callado á desembarcar á aquel puesto donde estábamos, y á buenas pedradas y con las lanzas les resistimos, que no osáron desembarcar, y á uno de nuestros compañeros enviamos que fuese á dar aviso á Cortés: y estando en esto volviéron otra vez otras muchas canoas cargadas de guerreros,

y nos comenzáron á tirar mucha vara y piedra y flecha, y los tornamos á resistir, y entónces descalabráron á dos de nuestros soldados, y como era de noche muy escuro se fuéron á ajuntar las canoas con sus Capitanes de la flota de canoas, y todas juntas fuéron á desembarcar á otro puertezuelo, ó azequias hondas: y como no son acostumbrados á pelear de noche, se juntáron todos con los esquadrones que Guatemuz enviaba por tierra, que eran ya dellos mas de quince mil Indios. Tambien quiero decir, y esto no por me jactanciar, que como nuestro compañero fué á dar aviso á Cortés, como habian llegado allí en el puerto donde velábamos muchas canoas de guerreros, segun dicho tengo, luego vino á hablar con nosotros el mismo Cortés, acompañado de diez de á caballo, y quando llegó cerca sin nos hablar, dimos voces yo y un Gonzalo Sanchez, que era del Algarve Portugues, y diximos: ¿quién viene ahí? ¿no podeis hablar? y le tiramos tres ó quatro pedradas: y como me conoció Cortés en la voz á mí y á mi compañero, dixo Cortés al Tesorero Julian de Alderete, y á Fr. Pedro Melgarejo, y al Maestre de Campo que era Chistóbal de Oli, que le acompañaban á rondar: No es menester poner aquí mas recaudo, que dos hombres están aquí puestos entre los que velan, que son de los que pasáron conmigo de los primeros, que bien podemos fiar de ellos esta vela, y aunque sea otra

cosa de mayor afrenta : y desque nos habláron, dixo Cortés que mirásemos el peligro en que estábamos, se fuéron á requerir á otros puestos; y quando no me cato, sin mas nos hablar, oimos como traian á un soldado azotando por la vela, y era de los de Narvaez. Pues otra cosa quiero traer á la memoria, y es, que ya que nuestros escopeteros no tenian pólvora, ni los ballesteros saetas, que el dia ántes se diéron tal priesa que lo habian gastado : y aquella misma noche mandó Cortés á todos los ballesteros, que alistasen todas las saetas que tuviesen, y las emplumasen y pusiesen sus casquillos, porque siempre traiamos en las entradas muchas cargas de almacen de saetas, y sobre cinco cargas de casquillos hechos de cobre, y todo aparejo, para donde quiera que llegásemos tener saetas : y toda la noche estuviéron emplumando y poniendo casquillos todos los ballesteros : y Pedro Barba, que era su Capitan, no se quitaba de encima de la obra, y Cortés que de quando en quando acudia. Dexemos esto, y digamos ya que fué de dia claro qual nos viniéron á cercar todos los esquadrones Mexicanos en el patio donde estábamos; y como nunca nos cogian descuidados, los de á caballo por una parte como era tierra firme, y nosotros por otra, y nuestros amigos los Tlascaltecas que nos ayudaban, rompimos con ellos, y se matáron y hiriéron tres de sus Capitanes, sin otros muchos que luego otro dia se muriéron :

y nuestros amigos hiciéron buena presa, y se prendiéron cinco principales, de los quales supimos los esquadrones que Guatemuz habia enviado : y en aquella batalla quedáron muchos de nuestros soldados heridos, é uno murió luego. Pues no se acabó en esta refriega, que yendo los de á caballo siguiendo el alcance, se encuentran con los diez mil guerreros que el Guatemuz enviaba en ayuda é socorro de refresco de los que de ántes habia enviado, y los Capitanes Mexicanos que con ellos venian traian espadas de las nuestras, haciendo muchas muestras con ellas de esforzados, y decian que con nuestras armas nos habian de matar : y quando los nuestros de á caballo se halláron cerca dellos, como eran pocos, y eran muchos esquadrones, temiéron, é á esta causa se pusiéron en parte para no se encontrar luego con ellos, hasta que Cortés y todos nosotros fuésemos en su ayuda : é como lo supimos, en aquel instante cabalgan todos los de á caballo que quedaban en el Real, aunque estaban heridos ellos y sus caballos, y salimos todos los soldados y ballesteros, y con nuestros amigos los Tlascaltecas, y arremetimos de manera que rompimos, y tuvimos lugar de nos juntar con ellos pie con pie, y á buenas estocadas y cuchilladas se fuéron con la mala ventura, y nos dexáron de aquella vez el campo. Dexemos esto, y tornaremos á decir que allí se prendiéron otros principales, y se supo dellos que tenia Guatemuz or-

denado de enviar otra gran flota de canoas, y muchos mas guerreros por tierra: y dixo á sus guerreros, que quando estuviésemos cansados y heridos muchos, y muertos de los rencuentros pasados, que estariamos descuidados con pensar que no enviaria mas esquadrones contra nosotros, é que con los muchos que entónces enviaria nos podria desbaratar; y como aquello se supo, si muy apercibidos estábamos de ántes, mucho mas lo estuvimos entónces: y fué acordado que para otro dia saliésemos de aquella ciudad y no aguardásemos mas batallas, y aquel dia se nos fué en curar heridos, y en adobar armas y hacer saetas: y estando de aquella manera pareció ser, que como en aquella ciudad eran ricos, y tenian unas casas muy grandes llenas de mantas y ropa y camisas de mugeres de algodon, y habia en ella oro y otras muchas cosas y plumages, alcanzáronlo á saber los Tlascaltecas y ciertos soldados en qué parte ó parage estaban las casas, y se las fuéron á mostrar unos prisioneros de Suchimileco, y estaban en la laguna dulce, y podian pasar á ellos por una calzada, puesto que habia dos ó tres puentes chicas en la calzada, que pasaban á ellas de unas acequias hondas á otras: y como nuestros soldados fuéron á las casas y las halláron llenas de ropa y no habia guarda, cárganse ellos y muchos Tlascaltecas de ropa, y otras cosas de oro, y se vienen con ello al Real, y como lo viéron otros soldados,

van á las mismas casas, y estando dentro sacando ropa de unas caxas muy grandes de madera, vino en aquel instante una gran flota de canoas de guerreros de México y dan sobre ellos, é hiriéron muchos soldados, y apañan á quatro soldados vivos é los lleváron á México, y los demas se escapáron de buena: y llamábanse los que lleváron Juan de Lara, y el otro Alonso Hernandez, y de los demas no me acuerdo sus nombres, mas sé que eran de la Capitanía de Andres de Monjaraz. Pues como le lleváron á Guatemuz estos quatro soldados, alcanzó á saber como eramos muy pocos los que veniamos con Cortés, y que muchos estaban heridos, y tanto como quiso saber de nuestro viage, tanto supo: y como fué bien informado, mandó cortar pies y brazos á los tristes nuestros compañeros, y las envia por muchos pueblos nuestros amigos de los que nos habian venido de paz, y les envia á decir, que ántes que volvamos á Tezcuco piensa no quedará ninguno de nosotros á vida, y con los corazones y sangre hizo sacrificio á sus ídolos. Dexemos esto, y digamos como luego tornó á enviar muchas flotas de canoas llenas de guerreros, y otras Capitanías por tierra; y les mandó que procurasen que no saliésemos de Suchimileco con las vidas. Y porque ya estoy harto de escribir de los muchos rencuentros y batallas que en estos quatro dias tuvimos con Mexicanos, é no puedo otra vez de-

xar de hablar en ellas, digo, que quando amaneció, viniéron desta vez tantos Culchuas Mexicanos por los esteros, y otros por las calzadas y tierra firme, que tuvimos harto que romper en ellos, y luego nos salimos de aquella ciudad á una gran plaza, que estaba algo apartada del pueblo donde solian hacer sus mercados; y allí puestos con todo nuestro fardaxe para caminar, Cortés comenzó á hacer un parlamento cerca del peligro en que estábamos, porque sabiamos cierto que en los caminos á pasos malos estaban aguardando todo el poder de México y otros muchos guerreros puestos en esteros y acequias; é nos dixo que seria bien, é así nos lo mandaba de hecho, que fuésemos desembarazados, y dexásemos el fardaxe é ato, porque no nos estorbase para el tiempo de pelear. Y quando aquello le oimos, todos á una le respondimos, que mediante Dios que hombres eramos para defender nuestra hacienda y personas é la suya, y que seria gran poquedad si tal hiciésemos: y desque vió nuestra voluntad y respuesta, dixo que á la mano de Dios lo encomendaba; y luego se puso en concierto como habiamos de ir, el fardaxe y los heridos en medio, y los de á caballo repartidos, la mitad dellos adelante, y la otra mitad en la retaguarda, y los ballesteros tambien con todos nuestros amigos, é allí poniamos mas recaudo, porque siempre los Mexicanos tenian por costumbre que daban en el fardaxe: de los esco-

peteros no nos aprovechábamos, porque no tenian pólvora ninguna; y desta manera comenzamos á caminar. Y quando los esquadrones Mexicanos que habia enviado Guatemuz aquel dia viéron que nos íbamos retrayendo de Suchimileco, creyéron que de miedo no les osábamos esperar, como ello fué verdad, y salen de repente tantos dellos, y se vienen derechos á nosotros, é hiriéron dos soldados, é dos muriéron de ahí á ocho dias, é quisiéron romper y desbaratar por el fardaxe, mas como íbamos con el concierto que he dicho, no tuviéron lugar, y en todo el camino hasta que llegamos á un gran pueblo que se dice Cuyoacan, que está obra de dos leguas de Suchimileco, nunca nos faltáron rebatos de guerreros que nos salian en partes que no nos podiamos aprovechar dellos, y ellos sí de nosotros, de mucha vara, y piedra, y flecha, y como tenian cerca los esteros y zanjas, poníanse en salvo. Pues llegados á Cuyoacan á obra de las diez del dia, hallámosla despoblada. Quiero ahora decir que están muchas ciudades las unas de las otras cerca de la gran ciudad de México obra de dos leguas; porque Suchimileco, y Cuyoacan, y Chohuilobusco, é Iztapalapa, y Coadlavaca y Mezquique, y otros tres ó quatro pueblos que estaban poblados los mas dellos en el agua, que estan á legua y media ó á dos leguas las unas de las otras: y de todas ellas se habian juntado allí en Suchimileco muchos Indios guer-

reros contra nosotros. Pues volvamos á decir que como llegamos á aquel gran pueblo, ya estaba despoblado, y está en tierra llana, acordamos de reposar aquel dia que llegamos, é otro porque se curasen los heridos, y hacer saetas; porque bien entendido teniamos que habiamos de haber mas batallas ántes de volver á nuestro Real, que era Tezcuco: é otro dia muy de mañana comenzamos á caminar con el mismo concierto que soliamos llevar camino de Tacuba, que está de donde salimos obra de dos leguas, y en el camino saliéron en tres partes muchos esquadrones de guerreros, y todas tres les resistimos, y los de á caballo los seguian por tierra llana, hasta que se acogian á los esteros é acequias: é yendo por nuestro camino de la manera que he dicho, apartóse Córtes con diez de á caballo á echar una celada á los Mexicanos que salian de aquellos esteros, y salian á dar guerra á los nuestros, y llevó consigo quatro mozos de espuelas, y los Mexicanos hacian que iban huyendo, y Cortés con los de á caballo y sus criados siguiéndolos: y quando miró por sí, estaba una gran Capitanía de contrarios puestos en celada, y dan en Cortés y los de á caballo, que les hiriéron los caballos, y si no dieran vuelta de presto, allí quedaran muertos ó presos. Por manera que apañáron los Mexicanos dos de los soldados mozos de espuelas de Córtes, de los quatro que llevaba, y vivos los lleváron á Guatemuz, é los

sacrificáron. Dexemos de hablar deste desman por causa de Cortés, y digamos como habiamos ya llegado á Tacuba con nuestras banderas tendidas, con todo nuestro exército y fardaxe, y todos los mas de á caballo habian llegado, y tambien Pedro de Alvarado, Christóval de Oli, y Cortés no venia con los diez de á caballo que llevó en su compañía. Tuvimos mala sospecha no les hubiese acaecido algun desman: y luego fuimos con Pedro de Alvarado, y Christóval de Oli é Andres de Tapia en su busca con otros de á caballo hácia los esteros donde le vimos apartar, y en aquel instante viniéron los otros dos mozos de espuelas que habian ido con Córtes, que se escapáron, é se decia el uno Monroy, y el otro Tomas de Rijóles, y dixéron que ellos por ser ligeros escapáron, é que Cortés y lo demas se vienen poco á poco porque traen los caballos heridos: y estando en esto viene Cortés, con el qual nos alegramos, puesto que él venia muy triste y como lloroso: llamábanse los mozos de espuelas que lleváron á México á sacrificar el uno Francisco Martin Vendobal, y este nombre de Vendobal se puso por ser algo loco, y el otro se decia Pedro Gallego. Pues como allí llegó Cortés á Tacuba, llovia mucho, y reparamos cerca de dos horas en unos grandes patios, y Cortés con otros Capitanes, y el Tesorero Alderete que venia ya malo, y el Frayle Melgarejo, y otros muchos soldados subimos en el alto Cu de aquel

pueblo, que desde él se señoreaba muy bien la ciudad de México, que está muy cerca, y toda la laguna, y las demas ciudades que están en el agua pobladas : y quando el Frayle y el Tesorero Alderete viéron tantas ciudades y tan grandes, y todas asentadas en el agua estaban admirados. Pues quando viéron la gran ciudad de México y la laguna, y tanta multitud de canoas, que unas iban cargadas con bastimentos, y otras iban á pescar y otras valdías, mucho mas se espantáron porque no las habian visto hasta en aquella sazon : y dixéron que nuestra venida en esta Nueva-España que no eran cosas de hombres humanos, sino que la gran misericordia de Dios era quien nos sostenia; é que otras veces han dicho que no se acuerdan haber leido en ninguna escritura, que hayan hecho ningunos vasallos tan grandes servicios á su Rey como son los nuestros: é que ahora lo dicen muy mejor, y que dello harian relacion á su Magestad. Dexemos de otras muchas pláticas que allí pasáron, y como consolaba el Frayle á Cortés por la pérdida de sus mozos de espuelas que estaba muy triste por ellos, y digamos como Cortés y todos nosotros estábamos mirando desde Tacuba el gran Cu del ídolo Huichilobos, y el Taltelulco, y los aposentos donde soliamos estar, y mirábamos toda la ciudad, y las puentes y calzada por donde salimos huyendo, y en este instante suspiró Cortés

con una muy gran tristeza, muy mayor que la que de ántes traia por los hombres que le matáron ántes que en el alto Cu subiese: y desde entónces dixéron un cantar ó romance: *En Tacuba está Cortés, con su esquadron esforzado, triste estaba y muy penoso, triste y con gran cuidado: la una mano en la mexilla, y la otra en el costado, etc.* Acuérdome que entónces le dixo un soldado, que se decia el Bachiller Alonso Perez, que despues de ganada la Nueva-España fué Fiscal y vecino en México: Señor Capitan, no esté V. md. tan triste, que en las guerras estas cosas suelen acaecer, y no se dirá por V. md. mira Nero de Tarpeya á Roma como se ardia: y Cortés le dixo que ya veia quantas veces habia enviado á México á rogalles con la paz, y que la tristeza no la tenia por sola una cosa, sino en pensar en los grandes trabajos en que nos habiamos de ver hasta tornar á señorear: y que con la ayuda de Dios presto lo porniamos por la obra. Dexemos estas pláticas y romances, pues no estábamos en tiempo dellos, y digamos como se tomó parecer entre nuestros Capitanes y soldados si dariamos una vista á la calzada, pues estaba tan cerca de Tacuba donde estábamos: y como no habia pólvora ni muchas saetas, y todos los mas soldados de nuestro exército heridos, acordándosenos que otra vez poco mas habia de un mes que Cortés les probó á entrar en la calzada con muchos soldados que llevaba y

estuvo en gran peligro, porque temió ser desbaratado, como dicho tengo en el capítulo pasado que dello habla : y fué acordado que luego nos fuésemos nuestro camino por temor no tuviésemos en ese dia ó en la noche alguna refriega con los Mexicanos; porque Tacuba está muy cerca de la gran ciudad de México : y con la llevada que entónces lleváron vivos de los soldados no enviase Guatemuz sus grandes poderes contra nosotros : y comenzamos á caminar, y pasamos por Escapuzalco y hallámosle despoblado; y luego fuimos á Tenayuca, que era gran pueblo, que le soliamos llamar el pueblo de las sierpes. Ya he dicho otra vez en el capítulo que dello habla, que tenian tres sierpes en el Adoratorio mayor en que adoraban, y las tenian por sus ídolos, y tambien estaban despoblados : y desde allí fuimos á Guatitlan, y en todo este dia no dexó de llover muy grandes aguaceros : y como íbamos con nuestras armas á cuestas, que jamas las quitábamos de dia ni de noche, y con la mucha agua y el peso dellas íbamos quebrantados, y llegamos ya que anochecia á aquel gran pueblo, y tambien estaba despoblado, y en toda la noche no dexó de llover, y habia grandes lodos, y los naturales dél y otros esquadrones Mexicanos nos daban tanta grita de noche desde unas acequias y partes que no les podiamos hacer mal, y como hacia muy escuro y llovia no se podian poner velas ni rondas, y no hubo con-

cierto ninguno, ni acertábamos con los puestos: y esto digo porque á mi me pusiéron para velar la prima, y jamás acudió á mi puesto ni quadrillero ni rondas, y así se hizo en todo el Real. Dexemos deste descuido, y tornemos á decir que otro dia fuimos camino de otra gran poblacion, que no me acuerdo el nombre, y habia grandes lodos en él, y hallámosla despoblada: y otro dia pasamos por otros pueblos, y tambien estaban despoblados: y otro dia llegamos á un pueblo que se dice Aculman, sujeto de Tezcuco; y como supiéron en Tezcuco como íbamos, saliéron á recibir á Cortés, é viniéron muchos Españoles que habian venido entónces de Castilla. Y tambien vino á recibirnos el Capitan Gonzalo de Sandoval con muchos soldados, y juntamente el Señor de Tezcuco, que ya he dicho que se decia Don Fernando: y se hizo á Cortés buen recebimiento, así de los nuestros, como de los recien venidos de Castilla, y muchos mas de los naturales de los pueblos comarcanos: pues truxéron de comer, y luego esa noche se volvió Sandoval á Tezcuco con todos sus soldados á poner en cobro su Real. Y otro dia por la mañana fué Cortés con todos nosotros camino de Tezcuco *: y como íbamos cansados y heridos, y dexábamos muertos nuestros soldados y compañeros, y sacrificados en poder de los Mexicanos,

* Cortés entró en Tezcuco en fines de Abril de 1521.

en lugar de descansar y curar nuestras heridas tenian ordenada una conjuracion ciertas personas de calidad de la parcialidad de Narvaez, de matar á Cortés, y á Gonzalo de Sandoval, é á Pedro de Alvarado, é Andres de Tapia : y lo que mas pasó diré adelante.

CAPITULO CXLVI.

Como desque llegamos con Cortés á Tezcuco con todo nuestro exército y soldados, de la entrada de rodear los pueblos de la laguna, tenian concertado entre ciertas personas de los que habian pasado con Narvaez, de matar á Cortés y á todos los que fuésemos en su defensa: y quien fué primero autor de aquella chirinola, fué uno que habia sido gran amigo de Diego Velazquez, Gobernador de Cuba; al qual soldado Cortés le mandó ahorcar por sentencia : y como se herráron los esclavos, y se apercebió todo el Real, y los pueblos nuestros amigos, y se hizo alarde, y ordenanzas, y otras cosas que mas pasáron.

Ya he dicho como veniamos tan destrozados y heridos de la entrado por mí nombrada, pareció ser que un gran amigo del Gobernador de Cuba que se decia Antonio de Villafaña, natural de Zamora, ú de Toro, se concertó con otros soldados de los de Narvaez; los quales no nombro sus nombres por su honor; que así como viniese Cortés de aquella entrada que le matasen, y habia de ser desta manera : que como en aquella sazon habia venido un navío de Castilla,

que cuando Cortés estuviese sentado á la mesa comiendo con sus Capitanes é soldados, que entre aquellas personas que tenian hecho el concierto, que truxesen una carta muy cerrada y sellada, como que venia de Castilla, y que dixesen que era de su padre Martin Cortés, y que quando la estuviese leyendo le diesen de puñaladas, así al Cortés, como á todos los Capitanes y soldados que cerca de Cortés nos hallásemos en su defensa. Pues ya hecho y consultado todo lo por mí dicho, los que lo tenian concertado, quiso nuestro Señor que diéron parte del negocio á dos personas principales, que aquí tampoco quiero nombrar, que habian ido en la entrada con nosotros, y aun á uno dellos en el concierto que tenian le habian nombrado por uno de los Capitanes Generales, despues que hubiesen muerto á Cortés, y asimismo á otros soldados de los de Narvaez hacian Alguacil mayor, é Alferez, y Alcaldes, y Regidores, y Contador, y Tesorero, y Veedor, y otras cosas deste arte, y aun repartido entre ellos nuestros bienes y caballos: y este concierto estuvo encubierto dos dias despues que llegamos á Tezcuco, y nuestro Señor Dios fué servido que tal cosa no pasase, porque era perderse la Nueva-España, y todos nosotros muriéramos, porque luego se levantaran bandos y chirinolas. Pareció ser que un soldado lo descubrió á Cortés, que luego pusiese remedio en ello, ántes que mas fuego sobre

aquel caso se encendiese; porque le certificó aquel buen soldado, que eran muchas personas de calidad en ello: y como Cortés lo supo, despues de hacer grandes ofrecimientos y dádivas que le dió á quien se lo descubrió, muy presto secretamente lo hace saber á todos nuestros Capitanes, que fuéron Pedro de Alvarado, é á Francisco de Lugo, y á Christobal de Oli, é á Gonzalo de Sandoval, é Andres de Tapia, é á mí, y á dos Alcaldes Ordinarios que eran de aquel año, que se decian Luis Marin y Pedro de Ircio, y á todos nosotros los que eramos de la parte de Cortés; y así como lo supimos, nos apercebimos, y sin mas tardar fuimos con Cortés á la posada de Antonio de Villafaña, y estaban con él muchos de los que eran en la conjuracion, y depresto le echamos mano al Villafaña, con quatro alguaciles que Cortés llevaba; y los Capitanes y soldados que con el Villafaña estaban, comenzáron á huir, y Cortés les mandó detener y prender algunos dellos: y quando tuvimos preso al Villafaña, Cortés le sacó del seno el memorial que tenia con las firmas de los que fuéron en el concierto que dicho tengo: y como lo hubo leido, y vió que eran muchas personas en ello de calidad, é por no infamarlos, echó fama que comió el memorial el Villafaña, y que no le babia visto, ni leido: é luego hizo proceso contra él, y tomada la confesion, dixo la verdad, é con muchos testigos

que habia de fe y de creer, que tomáron sobre el caso, por sentencia que diéron los Alcaldes Ordinarios, Juntamente con Cortés, y el Maestre de Campo Christóval de Oli, y despues que se confesó con el Padre Juan Diaz le ahorcáron de una ventana del aposento, donde posaba el Villafaña; y no quizo Cortés que otro ninguno fuese infamado en aquel mal caso, puesto que en aquella sazon echáron presos á muchos por poner temores, y hacer señal que queria hacer justicia de otros: y como el tiempo no daba lugar á ello, se disimuló, y luego acordó Cortés de tener guarda para su persona, y fué su Capitan un hidalgo que se decia Antonio de Quiñones, natural de Zamora, con doce soldados, buenos hombres y esforzados, y le velaban de dia y de noche, y á nosotros de los que sentia que eramos de su banda, nos rogaba que mirásemos por su persona. Y desde allí adelante, aunque mostraba gran voluntad á las personas que eran en la conjuracion, siempre se rezelaba dellos. Dexemos esta materia, y digamos como luego se mandó pregonar, que todos los Indios é Indias que habiamos habido en aquellas entradas los llevasen á herrar dentro de dos dias, á una casa que estaba señalada para ello: y por no gastar mas palabras en esta relacion sobre la manera que se vendian en la almoneda, mas de las que otras veces tengo dichas en las dos veces que se herráron, si mal lo habian hecho de

ántes, muy peor se hizo esta vez, que despues de sacado el Real quinto, sacaba Cortés el suyo, y otras treinta sacaliñas para Capitanes: y si eran hermosas y buenas Indias las que metiamos á herrar las hurtaban de noche del monton, que no parecian hasta de ahí á buenos dias, y por esta causa se dexaban de herrar muchas piezas, que despues teniamos por Naborias. Dexemos de hablar en esto, y digamos lo que despues en nuestro Real se ordenó.

CAPITULO CXLVII.

Como Cortés mandó á todos los pueblos nuestros amigos que estaban cercanos de Tezcuco, que hiciesen almacen de saetas, é casquillos de cobre, y lo que en nuestro Real mas pasó.

Como se hubo hecho justicia del Antonio de Villafaña, y estaban ya pacíficos los que eran juntamente con él conjurados de matar á Cortés, y á Pedro de Alvarado, y al Sandoval, y á los que fuésemos en su defensa, segun mas largamente lo tengo escrito en el capítulo pasado; é viendo Cortés que ya los vergantines estaban hechos, y puestas sus xarcias, y velas, y remos muy buenos, y mas remos de los que habian menester para cada vergantin, y la zanja de agua por donde habian de salir á la laguna, muy ancha é hondable*, envió á decir á todos los pue-

* La obra de la zanja es una prueba del poder á que llegó Cor-

blos nuestros amigos, que estaban cerca de Tezcuco, que en cada pueblo hiciesen ocho mil casquillos de cobre, que fuesen segun otros que les lleváron por muestra, que eran de Castilla; y asimismo les mandó que en cada pueblo labrasen y desbastasen otras ocho mil saetas de una madera muy buena que tambien les lleváron muestra, y les dió de plazo ocho dias para que truxesen las saetas y casquillos á nuestro Real; lo qual truxéron para el tiempo que se les mandó, que fuéron mas de cincuenta mil casquillos, y otras tantas mil saetas, y los casquillos fuéron mejores que los de Castilla: y luego mandó Cortés á Pedro Barba, que en aquella sazon era

tés: « despues de haber dado vueltas á las lagunas, en que tomamos muchos avisos para poner el cerco á Temixtitan por la tierra, y por el agua, yo estuve en Tesaico, forneciéndome lo mejor que pude de gente y de armas, y dando priesa en que se acabasen los vergantines, y una zanja, que se hacia para los llevar por ella fasta la laguna, la qual zanja se comenzó á facer, luego que la ligazon, y tablazon de los vergantines se truxéron en una acequia de agua, que iba por cabe los aposentamientos fasta dar en la laguna; é desde donde los vergantines se ligáron, y la zanja se comenzó á hacer ahi bien media legua hasta la laguna: y en esta obra anduviéron cincuenta dias, mas de ocho mil personas cada dia de los naturales de la provincia de Aculuacan y Tesaico, porque la zanja tenia mas de dos estados de hondura, y otros tantos de anchura, y iba toda chapada, y estacada, por manera que el agua, que por ella iba, la pusiéron en el peso de la laguna, de forma que las fustas se podian llevar sin peligro, y sin trabajo fasta el agua, que cierto que fué obra grandísima, y mucho para ver.» *Cortés Carta III.*

Capitan de ballesteros, que los repartiese, así saetas, como casquillos, entre todos los ballesteros: é que les mandase que siempre desbastasen el almacen, y las emplumasen con engrudo, que pega mejor que lo de Castilla, que se hace de unas como raices, que se dice cactle; y asimismo mandó al Pedro Barba, que cada ballestero tuviese dos cuerdas bien pulidas y aderezadas para sus ballestas, y otras tantas nueces, para que si se quebrase alguna cuerda ó saltase la nuez, que luego se pusiese otra, é que siempre tirasen á terrero, y viesen á que pasos allegaba la fuga de sus ballestas: y para ello se les dió mucho hilo de Valencia para las cuerdas, porque en el navío que he dicho que vino pocos dias habia de Castilla, que era de Juan de Burgos, truxo mucho hilo y gran cantidad de pólvora y ballestas, y otras muchas armas, y herrage y escopetas. Y tambien mandó Cortés á los de á caballo que tuviesen sus caballos herrados, y las lanzas puestas á punto, é que cada dia cabalgasen y corriesen, y les mostrasen muy bien á revolver y escaramuzar: y hecho esto envió mensageros y cartas á nuestro amigo Xicotenga el Viejo, que como ya he dicho otras veces, era vuelto christiano, y se llamaba Don Lorenzo de Vargas, y á su hijo Xicotenga el Mozo, y á sus hermanos, y al Chichimecatecle, haciéndoles saber, que en pasando el dia de Corpus Christi, habiamos de partir de aquella ciudad para ir

sobre México á ponelle cerco, y que les enviase veinte mil guerreros de los suyos de Tlascala, y los de Guaxocingo y Cholula, pues todos eran amigos y hermanos en armas, é ya lo sabian los Tlascaltecas de sus mismos Indios, el plazo y concierto, como siempre iban de nuestro Real cargados de despojos de las entradas que haciamos. Tambien apercibió á los de Chalco, y Talmalanco, y sus sugetos que se apercibiesen para quando los enviásemos á llamar : y se les hizo saber, como era para poner cerco á México, y en qué tiempo habiamos de ir : y tambien se les dixo á Don Hernando, Señor de Tezcuco, y á sus principales, y á todos sus sugetos, y á todos los mas pueblos nuestros amigos : y todos á una respondiéron que lo harian muy cumplidamente lo que Cortés les enviaba á mandar, é que vernian, y los de Tlascala viniéron pasada la Pascua del Espíritu Santo. Hecho esto se acordó de hacer alarde un dia de Pascua ; lo qual diré adelante el concierto que se dió.

CAPITULO CXLVIII.

Como se hizo alarde en la ciudad de Tezcuco en los patios mayores de aquella ciudad, y los de á caballo, ballesteros, y escopeteros y soldados que se halláron, y las ordenanzas que se pregonáron, y otras cosas que se hiciéron.

Despues que se dió la órden, asi como ántes

he dicho, y se enviáron mensageros y cartas á nuestros amigos los de Tlascala y á los de Chalco, y se dió aviso á los demas pueblos, acordó Cortés con nuestros Capitanes y soldados, que para el segundo dia del Espíritu Santo, que fué el año de mil y quinientos é veinte y un años se hiciese alarde; el qual alarde se hizo en los patios mayores de Tezcuco, y halláronse ochenta y quatro de á caballo, y seiscientos y cincuenta soldados de espada y rodela, é muchos de lanzas, é ciento y noventa y quatro ballesteros y escopeteros, y destos se sacáron para los trece vergantines, los que ahora diré: para cada vergantin doce ballesteros y escopeteros, estos no habian de remar: y demas desto tambien se sacáron otros doce remeros para cada vergantin á seis por banda, que son los doce que he dicho. Y demas desto un Capitan para cada vergantin. Por manera que sale á cada vergantin á veinte y cinco soldados con el Capitan, é trece vergantines que eran á veinte y cinco soldados, son docientos y ochenta y ocho, y con los artilleros que les diéron, demas de los veinte y cinco soldados, fuéron en todos los vergantines trescientos soldados por la cuenta que he dicho, y tambien les repartió los tiros de frulera, é halconetes que teniamos, y la pólvora que les parecia que habian menester: y esto hecho, mandó pregonar las ordenanzas que todos habiamos de guardar.

Lo primero, que ninguna persona fuese osada de blasfemar de nuestro Señor Jesu-Christo, ni de nuestra Señora, su bendita Madre, ni de los Santos Apóstoles, ni otros Santos, so graves penas.

Lo segundo, que ningun soldado tratase mal á nuestros amigos, pues iban para nos ayudar, ni les tomasen cosa ninguna, aunque fuesen de las cosas que ellos habian adquirido en la guerra, ni aunque fuese India, ni Indio, ni oro, ni plata, ni chalchihuies.

Lo tercero, que ningun soldado fuese osado de salir, ni de dia, ni de noche de nuestro Real, para ir á ningun pueblo de nuestros amigos, ni á otra parte á traer de comer, ni á otra cualquier cosa, so graves penas.

Lo quarto, que todos los soldados llevasen muy buenas armas, y bien colchadas, y gorjal, y papahigos, y antiparas y rodela, que como sabiamos que era tanta la multitud de vara y piedra, y flecha y lanza, para todo era menester llevar las armas que decia el pregon.

Lo quinto, que ninguna persona jugase caballo, ni armas por via ninguna, con gran pena que se les puso.

Lo sexto y último, que ningun soldado, ni hombre de á caballo, ni ballestero, ni escopetero, duerma sin estar con todas sus armas vestidas, y con alpargates calzados, excepto si no fuese con gran necesidad de heridas, ó estar do-

liente, porque estuviésemos muy bien aparejados para qualquiera tiempo que los Mexicanos viniesen á nos dar guerra. Y demas desto se pregonáron las leyes que se mandan guardar en lo militar; que es al que se duerma en la vela, ó se va del puesto que le ponen, pena de muerte: y se pregonó que ningun soldado vaya de un Real á otro sin licencia de su Capitan, so pena de muerte. Mas se pregonó, que el soldado que dexare su Capitan en la guerra ó batalla, é se huya, pena de muerte. Esto pregonado, diré en lo que mas se entendió.

CAPITULO CXLIX.

Como Cortés buscó á los marineros que era menester para remar en los vergantines, y se les señaló Capitanes que habian de ir en ellos, y de otras cosas que se hiciéron.

Despues de hecho el alarde, ya otras veces dicho, como vió Cortés que para remar los vergantines no hallaban tantos hombres del mar que supiesen remar, puesto que bien se conocian los que habiamos traido en nuestros navios que dimos al traves con ellos, quando venimos con Cortés; é asimismo se conocian los marineros de los navíos de Narvaez y de los de Jamayca, y todos estaban puestos por memoria, y los habian apercebido, porque habian de remar, y aun con todos ellos no habia recaudo para to-

dos trece vergantines, y muchos de ellos rehusaban, y aun decian que no habian de remar: y Cortés hizo pesquisa para saber los que eran marineros, y habian visto que iban á pescar, ó si eran de Palos, ó Moguer, ú de Triana, ú del Puerto, ú de otro qualquier puerto, ó parte donde hay marineros, les mandaba so graves penas, que entrasen en los vergantines: y aunque mas hidalgos dixesen que eran les hizo ir á remar: y desta manera juntó ciento y cincuenta hombres para remar, y ellos fuéron los mejor librados que nosotros los que estábamos en las calzadas batallando, y quedáron ricos de despojos, como adelante diré: y desque Cortés les hubo mandado que anduviesen en los vergantines, y les repartió los ballesteros, y escopeteros, y pólvora, y tiros, é saetas, y todo lo demas que era menester, y les mandó poner en cada vergantin las banderas Reales, y otras banderas del nombre que se decia ser el vergantin, y otras cosas que convenian; nombró por Capitanes para cada uno dellos á los que ahora aquí diré. A Garci-Holguin, Pedro Barba, Juan de Limpias, Carvajal el Sordo, Juan Xaramillo, Gerónimo Ruiz de la Mota, Carvajal su compañero, que ahora es muy viejo, y vive en la calle de San Francisco: é á un Portillo que entónces vino de Castilla, buen soldado, que tenia una muger hermosa: é á un Zamora, que fué maestre de navíos, que vivia ahora en Guaxaca: é á un Colmenero que era marinero, buen

soldado: é á un Lerma, é á Gines Nortes, é á Briones natural de Salamanca; el otro Capitan no me acuerdo su nombre, é á Miguel Diaz de Auz: é quando los hubo nombrado, mandó á todos los ballesteros y escopeteros, é á los demas soldados que habian de remar que obedeciesen á los Capitanes que les ponia, y no saliesen de su mandado so graves penas; y les dió las instrucciones que cada Capitan habia de hacer, y en qué puesto habian de ir de las calzadas, é con qué Capitanes de los de tierra. Acabado de poner en concierto todo lo que he dicho, viniéronle á decir á Cortés que venian los Capitanes de Tlascala con gran copia de guerreros *, y venia en ellos por Capitan General Xicotenga el Mozo, el que fué Capitan quando las guerras de Tlascala: y este fué el que nos trataba la traycion en Tlascala, quando salimos huyendo de México, segun otras muchas veces lo he referido; é que traia en su compañía otros dos hermanos, hijos del buen viejo Don Lorenzo de Vargas, é que traia gran copia de Tlascaltecas, y de Guaxocingo, y otro Capitan de Cholultecas; y aunque eran pocos, porque á lo que siempre ví, despues que en Cholula se les hizo el castigo, ya otra vez por mí dicho en el capítulo que dello habla, despues acá jamas fuéron con los Mexicanos, ni aun con nosotros, sino que se estaban á la mira, que aun quando nos echáron de México

* Cincuenta mil Tlascaltecas. *Cortés Carta III.*

no se halláron ser nuestros contrarios. Dexemos desto, y volvamos á nuestra relacion, que como Cortés supo que venia Xicotenga y sus hermanos, y otros Capitanes, é viniéron un dia primero del plazo que les enviáron á decir que viniesen, salió á les recebir Cortés un quarto de legua de Tezcuco con Pedro de Alvarado, y otros nuestros Capitanes; y como encontráron con el Xicotenga y sus hermanos, les hizo Cortés mucho acato, y les abrazó, y á todos los mas Capitanes: y venian en gran ordenanza, y todos muy lucidos, con grandes divisas, cada Capitanía por sí, y sus banderas tendidas, y el ave blanca que tienen por armas, que parece águila con sus alas tendidas: traian sus Alfereces revolando sus banderas y estandartes, y todos con sus arcos y flechas, y espadas de á dos manos, y varas con tiraderas, é otros macanas y lanzas grandes, é otras chicas, é sus penachos, y puestos en concierto, y dando voces y gritos, é silvos, diciendo: viva el Emperador nuestro Señor y Castilla, Castilla, Tlascala, Tlascala: y tardáron en entrar en Tezcuco mas de tres horas, y Cortés los mandó aposentar en unos buenos aposentos, y los mandó dar de comer de todo lo que en nuestro Real habia: é despues de muchos abrazos y ofrecimientos que los haria ricos, se despidió dellos, y les dixo, que otro dia les diria lo que habian de hacer, é que ahora venian cansados, que reposasen: y en aquel instante que llegáron

aquellos Caciques de Tlascala, que dicho tengo, entráron en nuestro Real cartas que enviaba un soldado, que se decia Hernando de Barrientos, desde un pueblo que se dice Chinanta, que estará de México obra de noventa leguas: y lo que en ella se contenia era que habian muerto los Mexicanos en el tiempo que nos echáron de México á tres compañeros suyos, quando estaban en las estancias y minas donde los dexó el Capitan Pizarro (que así se llamaba) para que buscasen y descubriesen todas aquellas comarcas si habia minas ricas de oro, segun dicho tengo en el capítulo que dello habla; y que el Barrientos que se acogió á aquel pueblo de Chinanta, adonde estaba, y que son enemigos de Mexicanos. Este pueblo fué donde truxéron las picas quando fuimos sobre Narvaez. Y porque no hacen al caso á nuestra relacion otras particularidades que decia en la carta, se dexará de decir: y Cortés sobre ella le escribió en respuesta, dándole relacion de la manera que ibamos de camino para poner cerco á México, y que á todos los Caciques de aquellas Provincias, les diese sus encomiendas, y que mirase que no se viniese de aquella tierra hasta tener carta suya, porque en el camino no le matasen los Mexicanos. Dexemos esto, y digamos como Cortés ordenó de la manera que habiamos de ir á poner cerco á México, y quién fuéron los Capitanes, y lo que mas en el cerco sucedió.

CAPITULO CL.

Como Cortés mandó que fuesen tres guarniciones de soldados, y de á caballo, y ballesteros, y escopeteros por tierra á poner cerco á la gran ciudad de México, y los Capitanes que nombró para cada guarnicion, y los soldados, y de á caballo, y ballesteros, y escopeteros que les repartió, y los sitios y ciudades donde habiamos de asentar nuestros Reales.

Mandó que Pedro de Alvarado fuese por Capitan de ciento y cincuenta soldados de espada y rodela, y muchos llevaban lanzas, y les dió treinta de á caballo, y diez y ocho escopeteros y ballesteros; y nombró que fuesen juntamente con él á Jorge de Alvarado su hermano, y á Gutierrez de Badajoz, y á Andres de Monjaraz, y estos mandó que fuesen Capitanes de cada cincuenta soldados, y que repartiesen entre todos tres los escopeteros y ballesteros, tanto á una Capitanía, como á otra; y que el Pedro de Alvarado fuese Capitan de los de á caballo y General de las tres Capitanías, y le dió ocho mil Tlascaltecas con sus Capitanes, y á mí me señaló y mandó que fuese con el Pedro de Alvarado, y que fuésemos á poner sitio en la ciudad de Tacuba: y mandó que las armas que llevásemos fuesen muy buenas, y papahigos, y gorjales y antiparas, porque era mucha la vara y piedra, como granizo, y flechas, y lanzas, y macanas, y otras armas de espadas de á dos manos, con

que los Mexicanos peleaban con nosotros, y para tener defensa con ir bien armados: y aun con todo esto cada dia que batallábamos habia muertos y heridos, segun adelante diré. Pasemos á otra Capitanía.

Dió á Christóval de Oli, que era Maestre de Campo, otros treinta de á caballo, y ciento y setenta y cinco soldados, y veinte escopeteros y ballesteros, y todos con sus armas, segun y de la manera que los dió á Pedro de Alvarado, y le nombró otros tres Capitanes, que fué Andres de Tapia, y Francisco Verdugo y Francisco de Lugo, y entre todos tres Capitanes repartiesen los soldados, y escopeteros y ballesteros; y que el Christóval de Oli fuese Capitan General de las tres Capitanías, y de los de á caballo, y le dió otros ocho mil Tlascaltecas, y le mandó que fuese á asentar su Real en la ciudad de Cuyoacan, que estará de Tacuba dos leguas.

De otra guarnicion de soldados hizo Capitan á Gonzalo de Sandoval, que era Alguacil mayor, y le dió veinte y quatro de á caballo, y catorce escopeteros y ballesteros, y ciento y cincuenta soldados de espada y rodela y lanza, y mas de ocho mil Indios de guerra de los de Chalco y Guaxocingo, y de otros pueblos por donde el Sandoval habia de ir, que eran nuestros amigos, y le dió por compañeros y Capitanes á Luis Marin y á Pedro de Ircio, que eran amigos del Sandoval; y les mandó que entre los dos Capitanes

repartiesen los soldados, y ballesteros y escopeteros, y que el Sandoval tuviese á su cargo los de á caballo, y que fuese General de todos, y que sentase su Real junto á Iztapalapa, é que le diese guerra, y le hiciese todo el mal que pudiese hasta que otra cosa le fuese mandado: y no partió Sandoval de Tezcuco hasta que Cortés, que era Capitan de los vergantines, estaba muy á punto para salir con los trece vergantines por la laguna; en los quales llevaba trecientos soldados con ballesteros y escopeteros, porque así estaba ordenado. Por manera que Pedro de Alvarado y Christóval de Oli habiamos de ir por una parte y Sandoval por otra. Digamos ahora que los unos á mano derecha, y los otros desviados por otro camino, y esto es así; porque los que no saben aquellas ciudades y la laguna lo entiendan, porque se tornaban casi que á juntar. Dexemos de hablar mas en ello, y digamos que á cada Capitan se le dió las instrucciones de lo que les era mandado, y como nos habiamos de partir para otro dia por la mañana: y porque no tuviésemos tantos embarazos en el camino, enviamos adelante todas las Capitanías de Tlascala hasta llegar á tierra de Mexicanos. E yendo que iban los Tlascaltecas descuidados con su Capitan Chichimecatecle, é otros Capitanes con sus gentes, no viéron que iba Xicotenga el Mozo, que era el Capitan General dellos; y preguntando y pesquisando el Chichimecatecle que se

habia hecho, ó adonde se habia quedado, alcanzáron á saber que se habia vuelto aquella noche encubiertamente para Tlascala, y que iba á tomar por fuerza el Cacicazgo, é vasallos y tierra del mismo Chichimecatecle: y las causas que para ello decian los Tlascaltecas eran, que como el Xicotenga el Mozo vió ir los Capitanes de Tlascala á la guerra, especialmente á Chichimecatecle, que no tendria contraditores, porque no tenia temor de su padre Xicotenga el ciego, que como padre le ayudaria, y nuestro amigo Maseescaci, que ya era muerto, é á quien temia era el Chichimecatecle. Y tambien dixéron que siempre conociéron del Xicotenga no tener voluntad de ir á la guerra de México, porque le oian decir muchas veces, que todos nosotros y ellos habian de morir en ella. Pues desque aquello vió y entendió el Chichimecatecle, cuyas eran las tierras y vasallos que iba á tomar, vuelve del camino mas que de paso, é viene á Tezcuco á hacérselo saber á Cortés: é como Cortés lo supo, mandó que con brevedad fuesen cinco Principales de Tezcuco, y otros dos de Tlascala, amigos del Xicotenga, á hacelle volver del camino, y le dixesen que Cortés le rogaba que luego se volviese para ir contra sus enemigos los Mexicanos, y que mire que su padre Don Lorenzo de Vargas si no fuera viejo, y ciego como estaba, viniera sobre México: y que pues toda Tlascala fuéron y son muy leales

servidores de su Magestad, que no quiera él infamarlos con lo que ahora hace, y le envió á hacer muchos prometimientos y promesas, y que le daria oro y mantas porque volviese: y la respuesta que le envió á decir fué, que si el viejo de su padre, y Maseescaci le hubieran creido, que no se hubieran señoreado tanto dellos, que les hace hacer todo lo que quiere; y por no gastar mas palabras, dixo que no queria venir. Y como Cortés supo aquella respuesta, de presto dió un mandamiento á un Alguacil, y con quatro de á caballo, y cinco Indios Principales de Tezcuco que fuesen muy en posta, y donde quiera que lo alcanzasen que lo ahorcasen, é dixo: Ya en este Cacique no hay enmienda, sino que siempre nos ha de ser traydor y malo, y de malos consejos; y que no era tiempo para mas le sufrir, que bastaba lo pasado y presente. Y como Pedro de Alvarado lo supo, rogó mucho por él, y Cortés, ó le dió buena respuesta, ó secretamente mandó al Alguacil é á los de á caballo que no le dexasen con la vida, y así se hizo, que en un pueblo sujeto á Tezcuco le ahorcáron; y en esto hubiéron de parar sus trayciones. Algunos Tlascaltecas hubo que dixéron que su padre Don Lorenzo de Vargas envió á decir á Cortés que aquel su hijo era malo, y que no se confiase dél, y que procurase de le matar. Dexemos esta plática así, y diré que por esta causa nos detuvimos aquel dia sin salir de Tezcuco:

y otro dia que fuéron trece de Mayo de mil y quinientos y veinte y un años salimos entrambas Capitanías juntas, porque así Christóval de Oli, como Pedro de Alvarado habiamos de llevar un camino, y fuimos á dormir á un pueblo sujeto de Tezcuco que se dice Aculma : y pareció ser que el Christóval de Oli envió adelante á aquel pueblo á tomar posada, y tenia puesto en cada casa por señal ramos verdes encima de las azuteas : y quando llegamos con Pedro de Alvarado no hallamos donde posar, y sobre ello ya habiamos echado mano á las armas los de nuestra Capitania contra los de Christóval de Oli, y aun los Capitanes desafiados, y no faltó Caballeros de entrambas partes que se metiéron entre nosotros y se pacificó algo el ruido, y no tanto, que todavía estábamos todos resabidos : y desde allí lo hiciéron saber á Cortés, y luego envió en posta á Fr, Pedro Melgarejo y al Capitan Luis Marin, y escribió á los Capitanes y á todos nosotros, reprehendiéndonos por la qüestion, y persuadiéndonos la paz : y como llegáron nos hiciéron amigos; mas desde allí adelante no se lleváron bien los Capitanes, que fué Pedro de Alvarado, y Christóval de Oli : y otro dia fuimos caminando entrambas las Capitanías juntas, y fuímonos á dormir á un gran pueblo, que estaba despoblado porque ya era tierra de Mexicanos : y otro dia fuimos nuestro camino tambien á dormir á otro gran pueblo que se de-

cia Guautitlan, que otras veces he nombrado, y tambien estaba sin gente: é otro dia pasamos por otros dos pueblos, que se decian Tenayuca y Escapuzalco, y tambien estaban despoblados; y asimismo se aposentáron todos nuestros amigos los Tlascaltecas, y aun aquella tarde fuéron por las estancias de aquellas poblaciones, y truxéron de comer, y con buenas velas y escuchas, y corredores del campo, como siempre teniamos para que no nos cogiesen desapercebidos, dormimos aquella noche; porque ya he dicho otras veces que la ciudad de México está junto á Tacuba*: é ya que anochecia oimos grandes gritas que nos daban desde la laguna, diciéndonos muchos vituperios, y que no eramos hombres para salir á pelear con ellos, y tenian tantas de las canoas llenas de gente de guerra, y las calzadas asimismo llenas de guerreros; y aquellas palabras que nos decian eran con pensamiento de nos indignar para que saliésemos aquella noche á guerrear, y herirnos mas á su salvo: y como estábamos escarmentados de lo de las calzadas y puentes muchas veces por mí nombradas, no quisimos salir hasta otro dia, que fué Domingo despues de haber oido Misa, que

* Téngase presente que Tacuba, adonde habia de mandar Alvarado, con quien iba el Autor, estaba muy cerca, aun no media legua de Temixtitan, de cuya plaza, ó Tlatelulco salia una calle y calzada que llegaba hasta Tacuba. Iztapalapa distaba legua y media á corta diferencia, como tambien Cuyoacan.

nos la dixo el Padre Juan Diaz: y despues de nos encomendar á Dios, acordamos que entrambas Capitanías juntas fuésemos á quebrar el agua de Chalputepeque, de que se proveia la ciudad, que estaba desde allí de Tacuba aun no media legua. E yendo á les quebrar los caños topamos muchos guerreros que nos esperaban en el camino, porque bien entendido tenian que aquello habia de ser lo primero en que los podriamos dañar; y asi como nos encontráron cerca de unos pasos malos, comenzáron á nos flechar y tirar vara y piedra con hondas, é nos hiriéron á tres soldados; mas de presto les hicimos volver las espaldas, y nuestros amigos los de Tlascala los siguiéron de manera que matáron veinte, y prendiéron siete ó ocho dellos: y como aquellos grandes esquadrones estuviéron puestos en huida, les quebramos los caños por donde iba el agua á su ciudad, y desde entónces nunca fué á México entre tanto que duró la guerra. Y como aquello hubimos hecho, acordáron nuestros Capitanes que luego fuésemos á dar una vista, y entrar por la calzada de Tacuba, y hacer lo que pudiésemos para les ganar una puente: y llegados que fuimos á la calzada eran tantas las canoas que en la laguna estaban llenas de guerreros, y en las mismas canoas é calzadas, que nos admirábamos dello, y tiráron tanta de vara, y flecha, y piedra con hondas, que en la primera refriega hiriéron treinta de

nuestros soldados, é muriéron tres, y aunque nos hacian tanto daño todavía les fuimos entrando por la calzada adelante hasta una puente: y á lo que yo entendí, ellos nos daban lugar á ello por meternos de la parte de la puente; y como allí nos tuviéron digo que cargáron tanta multitud de guerreros sobre nosotros que no nos podiamos valer; porque por la calzada dicha, que son ocho pasos de ancho, ¿qué podiamos hacer á tan gran poderío, que estaban de la una parte y de la otra de la calzada, y daban en nosotros como á terrero? porque ya que nuestros escopeteros y ballesteros no hacian sino armar y tirar á las canoas, no les haciamos daño sino muy poco, porque las traian muy bien armadas de talabardones de madera. Pues quando arremetiamos á los esquadrones que peleaban en la misma calzada, luego se echaban al agua; y habia tantos dellos que no nos podiamos valer. Pues los de á caballo no aprovechaban cosa ninguna, porque les herian los caballos de la una parte y de la otra desde el agua; y ya que arremetian tras los esquadrones echábanse al agua, y tenian hechos otros mamparos, donde estaban otros guerreros aguardando con unas lanzas largas, que habian hecho con las armas que nos tomáron quando nos echáron de México, é salimos huyendo; y desta manera estuvimos peleando con ellos obra de una hora, y tanta priesa nos daban que no nos podiamos sustentar contra

ellos, y aun vimos que venia por otras partes una gran flota de canoas á atajarnos los pasos para tomarnos las espaldas: y conociendo esto nuestros Capitanes y todos nuestros soldados, apercibimos que los amigos Tlascaltecas que llevábamos nos embarazaban mucho la calzada, que se saliesen fuera, porque en el agua vista cosa es que no pueden pelear, y acordamos de con buen concierto retraernos, y no pasar mas adelante. Pues quando los Mexicanos nos viéron retraer y echar fuera los Tlascaltecas, qué grita y alaridos nos daban, y como se venian á juntar con nosotros pie con pie, digo que yo no lo sé escribir, porque toda la calzada hincháron de vara y flecha, é piedra de las que nos tiraban; pues las que caian en el agua muchas mas serian: y como nos vimos en tierra firme, dimos gracias á Dios por nos haber librado de aquella batalla, y ocho de nuestros soldados quedáron aquella vez muertos, y mas de cincuenta heridos, y aun con todo esto nos daban grita y decian vituperios desde las canoas, y nuestros amigos los Tlascaltecas les decian, que saliesen á tierra, y que fuesen doblados los contrarios, y pelearian con ellos. Esta fué la primera cosa que hicimos, quitalles el agua, y darle vista á la laguna, aunque no ganamos honra con ellos: y aquella noche nos estuvimos en nuestro Real, y se curáron los heridos, y aun se murió un caballo, y pusimos buen cobro de velas y escu-

chas; y otro dia de mañana dixo el Capitan Christóval de Oli, que se queria ir á su puesto, que era á Cuyoacan, que estaba de allí legua y media, é por mas que le rogó Pedro de Alvarado, y otros Caballeros, que no se apartasen aquellas dos Capitanías, sino que se estuviesen juntas, jamas quiso; porque como era el Christóval muy esforzado, y en la vista que el dia ántes dimos á la laguna no nos sucedió bien, decia el Christóval de Oli, que por culpa de Pedro Alvarado habiamos entrado inconsideradamente: por manera que jamas quiso quedar, y se fué adonde Cortés le mandó, que es Cuyoacan, y nosotros nos quedamos en nuestro Real; y no fué bien apartarse una Capitanía de otra en aquella sazon; porque si los Mexicanos tuvieran aviso que eramos pocos soldados, en quatro ó cinco dias que allí estuvimos apartados ántes que los vergantines viniesen, y dieran sobre nosotros, y en los de Christóval de Oli, corrieramos harto trabajo, ó hicieran gran daño. Y de aquesta manera estuvimos en Tacuba, y el Christóval de Oli en su Réal sin osar dar mas vista, ni entrar por las calzadas, y cada dia teniamos en tierra rebatos de muchos Mexicanos, que salian á tierra firme á pelear con nosotros, y aun nos desafiaban para meternos en parte donde fuesen señores de nosotros, y no les pudiésemos hacer ningun daño. Y dexallo he aquí, y diré como Gonzalo de Sandoval salió de Tezcuco quatro dias despues

de la fiesta de Corpus Christi, y se vino á Iztapalapa, que casi todo el camino era de amigos, y sujeto de Tezcuco; y como llegó á la poblacion de Istapalapa, luego les comenzó á dar guerra, y á quemar muchas casas de las que estaban en tierra firme, porque las demas casas todas estaban en la laguna; mas no tardó muchas horas, que luego viniéron en socorro de aquella ciudad grandes esquadrones de Mexicanos, y tuvo Sandoval con ellos una buena batalla, y grandes rencuentros quando peleaban en tierra: y despues de acogidos á las canoas, les tiraban mucha vara y flecha, y piedra, y herian algunos soldados. Y estando de esta manera peleando, viéron que en una sierrezuela que está allí junto á Iztapalapa en tierra firme, hacian grandes ahumadas, y que les respondian con otras ahumadas de otros pueblos que están poblados en la laguna, y era señal que se apellidaban todas las canoas de México, y de todos los pueblos de al rededor de la laguna, porque viéron á Cortés que ya habia salido de Tezcuco con los trece vergantines, porque luego que se vino el Sandoval de Tezcuco, no aguardó allí mas Cortés: y la primera cosa que hizo en entrando en la laguna, fué combatir á un Peñol que estaba en una isleta junto á México, donde estaban recogidos muchos Mexicanos, ansi de los naturales de aquella ciudad, como de los forasteros que se habian ido á hacer fuertes, y salió á la laguna

contra Cortés todo el número de canoas que habia en todo México, y en todos los pueblos que están poblados en el agua ó cerca de ella, que son Suchilimileco, Cuyoacan, Iztapalapa, é Huichilobusco, y Mexicalcingo é otros pueblos, que por no me detener no nombro, y todos juntamente fuéron contra Cortés, y á esta causa afloxáron algo los que daban guerra en Iztapalapa á Sandoval; y como todos los mas de aquella ciudad en aquel tiempo estaban poblados en el agua, no les podia hacer mal ninguno, puesto que á los principios mató muchos de los contrarios, y como llevaba muy gran copia de amigos, con ellos cautivó y prendió mucha gente de aquellas poblaciones. Dexemos al Sandoval, que quedó aislado en Iztapalapa, que no podia venir con su gente á Cuyoacan, sino era por una calzada que atravesaba por mitad de la laguna, y si por ella viniera, no hubiera bien entrado, quando le desbarataran los contrarios, por causa que por entrambas á dos partes del agua le habian de guerrear, y él no habia de ser Señor de poderse defender, y á esta causa se estuvo quedo. Dexemos al Sandoval, y digamos, que como Cortés vió que se juntaban tantas flotas de canoas contra sus trece bergantines, las temió en gran manera, y eran de temer, porque eran mas de quatro mil canoas, y dexó el combate del Peñol, y se puso en parte de la laguna, para si se viese en aprieto poder salir con sus ber-

gantines á lo largo, y correr á la parte que quisiese: y mandó á sus Capitanes que en ellos venian, que no curasen de embestir, ni apretar contra canoas ningunas hasta que refrescase mas el viento de tierra, porque en aquel instante comenzaba á ventear: y como las canoas viéron que los bergantines reparaban, creian que de temor dellos lo hacian, y era verdad como lo pensáron, y entónces les daban mucha priesa los Capitanes Mexicanos, y mandaban á todas sus gentes, que luego fuesen á embestir con nuestros bergantines: y en aquel instante vino un viento muy recio y muy bueno, y con buena priesa que se diéron nuestros remeros, y el tiempo aparejado, mandó Cortés embestir con la flota de canoas, y trastornáron muchas dellas, y prendiéron y matáron muchos Indios, y las demas canoas se fuéron á recoger entre las casas que están en la laguna en parte que no podian llegar á ellas nuestros bergantines, por manera que este fué el primer combate que se hubo por la laguna, é Cortés tuvo victoria, gracias á Dios por todo, Amen *. Y como aquello fué hecho,

Cortés describe la situacion de los Españoles en este tiempo. « E « como la gente de los nuestros estaba dividida en tantas partes, los « de las guarniciones (*de Albarado, y Oli, que marcháron ántes « que Sandoval*) deseaban mi llegada con los bergantines, como la « salvacion.... Los de la guarnicion de Cuyoacan, que podian me- « jor que los de la Ciudad de Tacuba ver como veniamos con los « bergantines, como viéron todas las trece velas por el agua, y

se fué con los bergantines hácia Cuyoacan, adonde estaba asentado el Real de Christóval de Oli, y peleó con muchos esquadrones Mexicanos, que lo esperaban en partes peligrosas creyendo de tomarles los bergantines: y como le daban mucha guerra desde las canoas que estaban en la laguna, y desde unas torres de ídolos mandó sacar de los bergantines quatro tiros, y con ellos daba guerra, y mataba y heria á muchos Indios, y tanta priesa tenian los artilleros, que por descuido se les quemó la pólvora, y aun se chamuscáron algunos dellos las caras y manos: y luego despachó Cortés un vergantin muy ligero á Iztapalapa al Real de Sandoval para que traxesen toda la pólvora que tenia, y le escribió que de allí donde estaba no se mudase. Dexemos á Cortés, que siempre tenia rebatos de Mexicanos hasta que se juntó en el Real de

« que traiamos tan buen tiempo, y que desbaratábamos todas las « canoas de los enemigos, segun despues me certificáron, fué la « cosa de el mundo, de que mas placer hobieron, y que mas ellos « deseaban; porque como he dicho, ellos, y los de Tacuba tenian « muy gran deseo de mi venida, y con mucha razon, porque es- « taba la una guarnicion, y la otra entre tanta multitud de ene- « migos, que milagrosamente los animaba nuestro Señor, y en- « flaquecia los ánimos de los enemigos para que no se determi- « nasen á los salir acometer á su Real; lo qual si fuera, no pu- « diera ser ménos de rescibir los Españoles mucho daño, aunque « siempre estaban muy apercibidos, y determinados de morir, ó « ser vencedores, como aquellos que se hallaban apartados de « toda manera de socorro, salvo de aquel, que de Dios espera- « ban. » *Cortés Carta III.*

Christóbal de Oli: y en dos dias que allí estuvo, siempre le combatian muchos contrarios: y porque yo en aquella sazon estaba en lo de Tacuba con Pedro de Alvarado, diré lo que hicimos en nuestro Real, y es que como sentimos que Cortes andaba por la laguna, entramos por nuestra calzada adelante, y con gran concierto, y no como la primera vez, y les llegamos á la puente, y los vallesteros y escopeteros con mucho concierto, tirando unos y armando otros, y á los de á caballo les mandó Pedro de Alvarado que no entrasen con nosotros entre las calzadas: y desta manera estuvimos unas veces peleando, y otras poniendo resistencia no entrasen por tierra, porque cada dia teniamos refriegas, y en ellas nos matáron tres soldados, y tambien entendiamos en adobar los malos pasos. Dexemos esto, y digamos como Gonzalo de Sandoval, que estaba en Iztapalapa, viendo que no les podia hacer mal á los de Iztapalapa, porque estaban en el agua, y ellos á él le herian sus soldados, acordó de se venir á unas casas é poblacion que estaban en el agua, que podian entrar en ellas, y les comenzó á combatir: y estándoles dando guerra envió Guatemuz, gran Señor de México á muchos guerreros á les ayudar, y deshacer, y abrir la calzada por donde habia entrado el Sandoval para tomalles dentro, y que no tuviesen por donde salir: y envió por otra parte mucha mas gente de guerra: y como Cortés estaba con

Christobal de Oli, é viéron salir gran copia de canoas hácia Iztapalapa, acordó de ir con los bergantines, y con toda la Capitanía de Christóbal de Oli hácia Iztapalapa, en busca de Sandoval, é yendo por la laguna con los bergantines, y el Christóbal de Oli por la calzada, viéron que estaban abriendo la calzada muchos Mexicanos, y tuviéron por cierto que estaba allí en aquellas casas el Sandoval, y fuéron con los bergantines, é le halláron peleando con el esquadron de guerreros que envió el Guatemuz, y cesó algo la pelea: y luego mandó Cortés á Gonzalo de Sandoval, que dexase aquello de Iztapalapa, é fuese por tierra á poner cerco á otra calzada, que va desde México á un pueblo que se dice Tepeaquilla, adonde ahora llaman nuestra Señora de Guadalupe, donde hace y ha hecho muchos y admirables milagros. E digamos como Cortés repartió los bergantines, y lo que mas se hizo.

CAPITULO CLI.

Como Cortés mandó repartir los doce bergantines, y mandó que se sacase la gente del mas pequeño bergantin, que se decia Busca ruido, y de lo demas que pasó.

Como Cortés y todos nuestros Capitanes y soldados entendimos que sin los bergantines no podriamos entrar por las calzadas para combatir á México, envió quatro dellos á Pedro de Alva-

rado, y en su Real, que era el de Christóbal de Oli, dexó seis bergantines, y á Gonzalo de Sandoval en la calzada de Tepeaquilla envió dos, y mandó que el bergantin mas pequeño, que no anduviese mas en el agua, porque no le trastornasen las canoas, que no era de sustento, y la gente y marineros que en él andaban, mandó repartir en esotros doce, porque ya estaban muy mal heridos veinte hombres de los que en ellos andaban. Pues desque nos vimos en nuestro Real de Tacuba con aquella ayuda de los bergantines, mandó Pedro de Alvarado, que los dos dellos anduviesen por la una parte de la calzada, y los otros dos de la otra parte, é comenzamos á pelear muy de hecho, porque las canoas que nos solian dar guerra desde el agua, los bergantines las desbarataban, y ansi teniamos lugar de les ganar algunas puentes y albarradas: y quando con ellos estábamos peleando, era tanta la piedra con hondas, y vara y flecha que nos tiraban, que por bien que ibamos armados, todos los mas soldados nos descalabraban, y quedábamos heridos, y hasta que la noche nos despartia no dexábamos la pelea y combate. Pues quiero decir, el mudarse de esquadrones con sus divisas, é insignias de las armas que de los Mexicanos se remudaban de rato en rato; pues á los bergantines qual los paraban de las azoteas, que los cargaban de vara y flecha y piedra, porque era mas que granizo, y no lo sé aquí decir, ni habrá

quien lo pueda comprehender, sino los que en ello nos hallamos, que venia tanta multitud dellas como granizo, é depresto cubrian la calzada : pues ya que con tantos trabajos les ganábamos alguna puente ó albarrada, y la dexábamos sin guarda, aquella misma noche la habian de tornar á hondar, y ponian muy mejores defensas, y hacian hoyos encubiertos en el agua, para que otro dia quando peleásemos, al tiempo de retraer, nos embarazásemos y cayésemos en los hoyos, y pudiesen en sus canoas desbaratarnos, porque ansimismo tenian aparejadas muchas canoas para ello puestas en partes que no las viesen nuestros bergantines para quando nos tuviesen en aprieto en los hoyos, los unos por tierra, y los otros por el agua dar en nosotros : y para que nuestros bergantines no nos pudiesen venir á ayudar, tenian hechas muchas estacadas en el agua encubiertas en partes que en ellas zabordasen, y desta manera peleábamos cada dia. Ya he dicho otras veces que los caballos muy poco aprovechaban en las calzadas, porque si arremetian ó daban alcance á los esquadrones que con nosotros peleaban, luego se les arrojaban en el agua, y á unos mamparos que tenian hechos en las calzadas donde estaban otros esquadrones de guerreros aguardando con lanzas largas de las nuestras, ó dalles que habian hecho muy mas largas que son las nuestras, de las armas que tomáron quando el gran desbarate que nos diéron

en México : y con aquellas lanzas y grandes rociadas de flecha y vara, é piedra que tiraban de la laguna, herian y mataban los caballos, ántes que se les hiciese á los contrarios daño : y demas desto, los caballeros cuyos eran no los querian aventurar, porque costaba en aquella sazon un caballo ochocientos pesos, y aun algunos costaban á mas de mil, y no los habia, especialmente no pudiendo alcancear por las calzadas, sino muy pocos contrarios. Dexémos esto, y digamos que quando la noche nos despartia, curábamos nuestros heridos con aceyte; é un soldado que se decia Juan Catalan que nos las santiguaba y ensalmaba, y verdaderamente digo, que hallábamos que nuestro Señor Jesu-Christo era servido de darnos esfuerzo demas de las muchas mercedes que cada dia nos hacia, y depresto sanaban; y ansi heridos y entrepajados habiamos de pelear desde la mañana hasta la noche, que si los heridos se quedaran en el Real sin salir á los combates, no hubiera de cada capitanía, veinte hombres sanos para salir. Pues nuestros amigos los de Tlascala, como veian que aquel hombre que dicho tengo, nos santiguaba, todos los heridos y descalabrados venian á él, y eran tantos, que en todo el dia harto tenia que curar. Pues quiero decir de nuestros Capitanes, y Alfereces, y compañeros de bandera, que saliamos llenos de heridas, y las banderas rotas, y digo, que cada dia habiamos menester un

Alferez, porque saliamos tales, que no podian tornar á entrar á pelear, y llevar las banderas: pues con todo esto ¿por ventura teniamos que comer, no digo de falta de tortillas de maiz, que hartas teniamos, sino algun refrigerio para los heridos? maldito aquel: lo que nos daba la vida era unos quilites, que son unas yerbas que comen los Indios, y cerezas de la tierra miéntras las habia, y despues tunas, que en aquella sazon vino el tiempo dellas: y otro tanto como haciamos en nuestro Real, hacian en el Real donde estaba Cortés, y en el de Sandoval, que jamas dia ninguno faltaban Capitanías de Mexicanos, que siempre les iban á dar guerra; ya he dicho otras veces, que desde que amanecia hasta la noche, porque para ello tenia Guatemuz señalados los Capitanes y esquadrones que á cada calzada habian de acudir; y el Taltelulco, é los pueblos de la laguna, ya otra vez por mí nombrados, tenian señaladas, para que en viendo una señal en el Cu mayor de Taltelulco, acudiesen unos en canoas y otros por tierra, y para ello tenian los Capitanes mexicanos señalados, y con gran concierto, cómo y quándo, y á qué partes habian de acudir. Dexemos esto, y digamos como nosotros mudamos otra órden y manera de pelear, y es esta que diré: que como viamos que quantas obras de agua ganábamos de dia, y sobre lo ganar mataban de nuestros soldados, y todos los mas estábamos heri-

dos, lo tornaban á cegar los Mexicanos, acordamos que todos nos fuésemos á meter en la calzada, en una placeta donde estaban unas torres de ídolos, que las habiamos ya ganado, y habia espacio para hacer nuestros ranchos *; aunque eran muy malos, que en lloviendo todos nos mojábamos, é no eran para mas de cubrirnos del sereno, é del sol, y dexamos en Tacuba las Indias que nos hacian pan, y quedáron en su guarda todos los de á caballo, y nuestros amigos los de Tlascala, para que mirasen y guardasen los pasos no viniesen de los pueblos comarcanos á darnos en la rezaga en las calzadas, miéntras que estábamos peleando: y desque hubimos asentado nuestros ranchos, adonde dicho tengo, desde allí adelante procuramos, que luego las casas, ó barrios ó aberturas de agua que les ganásemos, que luego lo cegásemos**, y que las casas diésemos con ellas en tierra, y las deshiciésemos, porque ponellas fuego, tardaban mucho en se quemar, y desde unas casas á otras no se podian encender, porque como ya otras veces he dicho, cada casa estaba en el agua, y sin pasar en puentes ó en canoas no pueden ir

* Esto se ha de entender de los del Real de Pedro de Alvarado, que se alojáron en la calzada, osadía que admiró á Cortés quando lo supo. *Cortés Carta III.*

** Esta fué la ordenanza mas esencial en el asedio de México, y la que Cortés encargó á los Capitanes con el mayor rigor.

de una parte á otra, porque si queriamos ir por el agua nadando, desde las azoteas que tenian nos hacian mucho mal, y derrocándose las casas estábamos muy mas seguros, y quando les ganábamos alguna albarrada, ó puente ó paso malo donde ponian mucha resistencia, procurábamos de la guardar de dia y de noche, y es desta manera : que todas nuestras Capitanías velábamos las noches juntas, y el concierto que para ello se dió fué que tomaba la vela desde que anochecia hasta media noche la primera Capitanía, y eran sobre quarenta soldados; y dende media noche hasta dos horas ántes que amaneciese, tomaba la vela otra Capitanía de otros quarenta hombres, y no se iban del puesto los primeros, que allí en el suelo dormiamos, y este quarto es el de la modorra : y luego venian otros quarenta y tantos soldados, y velaban el alba, que eran aquellas dos horas que habia hasta el dia, y tampoco se habian de ir los que velaban la modorra, que allí habian de estar, por manera que quando amanecia nos hallamos velando sobre ciento y veinte soldados todos juntos, y aun algunas noches quando sentiamos mucho peligro, desde que anochecia hasta que amanecia, todos los del Real estábamos juntos aguardando el gran ímpetu de los Mexicanos por temor no nos rompiesen; porque teniamos aviso de unos Capitanes mexicanos que en las batallas prendimos, que el Guatemuz tenia pen-

samiento, y puesto en plática con sus Capitanes, que procurasen en una noche ó de dia romper por nosotros en nuestra calzada, é que venciéndonos por aquella nuestra parte, que luego eran vencidas y desbaratadas las dos calzadas donde estaba Cortés, y en la donde estaba Gonzalo de Sandoval : y tambien tenia concertado, que los nueve pueblos de la laguna, y el mismo Tacuba, y Escapuzalco, y Tenayuca, que se juntasen, é que para el dia que ellos quisiesen romper, y dar en nosotros, que se diese en las espaldas en la calzada, é que las Indias que nos hacian pan, que teniamos en Tacuba, y fardaxe, que las llevasen de vuelo una noche. Y como esto alcanzamos á saber, apercebimos á los de á caballo que estaban en Tacuba, que toda la noche velasen y estuviesen alerta, y tambien á nuestros amigos los Tlascaltecas : y ansi como el Guatemuz lo tenia concertado, lo puso por obra, que viniéron muy grandes esquadrones, y unas noches nos venian á romper y dar guerra á media noche, y otras á la modorra, y otros al quarto del alba, é venian algunas veces sin hacer rumor, y otras con grandes alaridos, de suerte que no nos daban un punto de quietud : y quando llegaban adonde estábamos velando, la vara, piedra y flecha que tiraban, é otros muchos con lanzas, era cosa de ver, y puesto que herian algunos de nosotros, como los resistiamos volvian muchos heridos ; é otros muchos guerreros vi-

niéron á dar en nuestro fardaxe, é los de á caballo, é Tlascaltecas los desbaratáron diferentes veces, porque como era de noche no aguardaban mucho : y desta manera que he dicho velábamos, que ni porque lloviese, ni vientos, ni frios, y aunque estábamos metidos en medio de grandes lodos, y heridos, allí habiamos de estar; y aun esa misería de tortillas, é yerbas que habiamos de comer, ó tunas, sobre la obra del batallar, como dicen los oficiales, habia de ser; pues con todos estos recaudos que poniamos con tanto trabajo, heridas y muertes de los nuestros, nos tornaban abrir la puente ó calzada que les habiamos ganado, que no se les podia defender de noche, que no lo hiciesen, é otro dia se la tornábamos á ganar y á cegar, y ellos á la tornar á abrir, é hacer mas fuerte con mamparos, hasta que los Mexicanos mudáron otra manera de pelear, la qual diré en su coyuntura. Y dexemos de hablar de tantas batallas como cada dia teniamos, y otro tanto en el Real de Cortés, y en el de Sandoval, y digamos, ¿que qué aprovechaba haberles quitado el agua de Chalputepeque ? ni ménos aprovechaba haberles vedado que por las tres calzadas no les entrase bastimento ni agua, ni tampoco aprovechaban nuestros vergantines estándose en nuestros Reales, no sirviendo de mas de quando peleábamos, poder hacernos espaldas de los guerreros de las canoas, y de los que peleaban de

las azoteas; porque los Mexicanos metian mucha agua y bastimentos de los nueve pueblos que estaban poblados en el agua, porque en canoas les proveian de noche, é de otros pueblos sus amigos, de maiz é gallinas, y todo lo que querian: é para otro dia evitar que no les entrase aquesto, fué acordado por todos los tres Reales, que dos vergantines anduviesen de noche por la laguna á dar caza á las canoas que venian cargadas con bastimentos é agua, é todas las canoas que se les pudiesen quebrar ó traer á nuestros Reales que se las tomasen: y hecho este concierto fué bueno, puesto que para pelear y guardarnos hacian falta de noche los dos vergantines; mas hiciéron mucho provecho en quitar que no les entrasen bastimentos é agua: y aun con todo esto no dexaban de ir muchas canoas cargadas dello: y como los Mexicanos andaban descuidados en sus canoas metiendo bastimentos, no habia dia que no traian los bergantines que andaban en su busca, presa de canoas, y muchos Indios colgados de las entenas. Dexemos esto, y digamos el ardid que los Mexicanos tuviéron para tomar nuestros bergantines, y matar los que en ellos andaban, y es desta manera, que, como he dicho, cada noche, y en las mañanas iban á buscar por la laguna sus canoas, y las trastornaban con los bergantines, y prendian muchas dellas, acordáron de armar treinta piraguas, que son canoas muy grandes,

con muy buenos remeros y guerreros, y de noche se metiéron todas treinta entre unos carrizales en parte que los bergantines no las pudiesen ver, y cubiertas de ramas echaban de antenoche dos ó tres canoas, como que llevaban bastimentos ó metian agua, y con buenos remeros; y en parte que les parecia á los Mexicanos que los bergantines habian de correr quando con ellos peleasen, habian hincado muchos maderos gruesos hechos estacadas para que en ellos zabordasen: pues como iban las canoas por la laguna, mostrando señal de temerosas, arrimadas algo á los carrizales, salen dos de nuestros bergantines tras ellas, y las dos canoas hacen que se van retrayendo á tierra á la parte que estaban las treinta piraguas en celada, y los bergantines siguiéndolas, é ya que llegaban á la celada, salen todas las piraguas juntas, y dan tras nuestros bergantines, é depresto hiriéron á todos los soldados, é remeros, y Capitanes, y no podian ir á una parte ni á otra por las estacadas que les tenian puestas, por manera que matáron al un Capitan que se decia fulano de Portillo, gentil soldado que habia sido en Italia, é hiriéron á Pedro Barba, que fué otro muy buen Capitan, y desde á tres dias murió de las heridas; tomáron el bergantin. Estos dos bergantines eran del Real de Cortés, de lo qual recibió muy gran pesar, mas dende á pocos dias se lo pagáron muy bien con otras celadas que

echáron, lo qual diré á su tiempo. Y dexemos agora de hablar dellos, y digamos como en el Real de Cortés, y en el de Gonzalo de Sandoval siempre tenian muy grandes combates, y muy mayores en el de Cortés, porque mandaba quemar, y derrocar casas, y cegar puentes; y todo lo que ganaba cada dia lo cegaba; y enviaba á mandar á Pedro de Alvarado, que mirase que no pasásemos puente ni abertura de la calzada, sin que primero la tuviésemos ciega, é que no quedase casa que no se derrocase, y se pusiese fuego: y con los adobes y madera de las casas que derrocábamos, cegábamos los pasos y aberturas de las puentes: y nuestros amigos los de Tlascala nos ayudaban en toda la guerra muy como varones. Dexemos desto, y digamos, como los Mexicanos viéron que todas las casas las allanábamos por el suelo, é que las puentes y aberturas las cegábamos, acordáron de pelear de otra manera: y fué que abriéron una puente y zanja muy ancha y honda *, que quando la pasábamos en partes, no hallábamos pie, é tenian en ellas hechos muchos hoyos, que no los podiamos ver dentro en el agua, é unos mamparos é albarradas, ansi de la una parte, como de la otra de aquella abertura, é tenian hechas

* Por el lado de la calle y calzada de Tacuba donde estaban Alvarado, y el autor, quien habla como testigo de vista de lo que pasó en su Real.

muchas estacadas con maderos gruesos en partes que nuestros bergantines zabordasen si nos viniesen á socorrer, quando estuviésemos peleando sobre tomalles aquella fuerza, porque bien entendian que la primera cosa que habiamos de hacer, era deshacerles el albarrada, y pasar aquella abertura de agua para entralles en la ciudad : y ansimismo tenian aparejadas en partes escondidas muchas canoas bien armadas de guerreros, y buenos guerreros : y un Domingo de mañana comenzáron á venir por tres partes grandes esquadrones de guerreros, y nos acometen de tal manera, que tuvimos bien que hacer en sustentarnos no nos desbaratasen, é ya en aquella sazon habia mandado Pedro de Alvarado, que la mitad de los de á caballo que solian estar en Tacuba, durmiesen en la calzada, porque no tenian tanto riesgo como al principio, porque ya no habia azoteas, y todas las mas casas estaban derrocadas, y podian correr por algunas partes de las calzadas, sin que de las canoas ni azoteas les pudiesen herir los caballos. Y volvamos á nuestro propósito, y es que de aquellos tres esquadrones que viniéron muy bravosos, los unos por una parte donde estaba la gran abertura en el agua, y los otros por unas casas de las que les habiamos derrocado, y el otro esquadron nos habia tomado las espaldas de la parte de Tacuba, y estábamos como cercados: los de á caba-

llo con nuestros amigos los de Tlascala, rompiéron por los esquadrones que nos habian tomado las espaldas, y todos nosotros estuvimos peleando muy valerosamente con los otros dos esquadrones hasta les hacer retraer; mas era fingida aquella muestra que hacian que huian, y les ganamos la primera albarrada, y la otra albarrada donde se hiciéron fuertes, tambien la desampararon, y nosotros creyendo que llevábamos vitoria pasamos aquella agua á vuela pie, y por donde la pasamos no habia ningunos hoyos, é vamos siguiendo el alcance entre unas grandes casas, y torres de adoratorios, y los contrarios hacian que todavía huian, é se retraian, é no dexaban de tirar vara y piedra con hondas y mucha flecha: y quando no nos catamos, tenian encubiertos en partes que no los podiamos ver, tanta multitud de guerreros que nos salen al encuentro, y otros muchos dende las azoteas, é dende las casas; y los que primero hacian que se iban retrayendo vuelven sobre nosotros todos á una, y nos dan tal mano, que no les podiamos sustentar, y acordamos de nos volver retrayendo con gran concierto: y tenian aparejadas en el agua, y abertura que les teniamos ganado, tanta flota de canoas en la parte por donde primero habiamos pasado, donde no habia hoyos, porque no pudiésemos pasar por aquel paso, que nos hiciéron ir á pasar por otra parte, adonde he dicho que estaba muy mas

honda el agua: y tenian hechos muchos hoyos, y como venian contra nosotros tanta multitud de guerreros, y nos veniamos retrayendo, pasábamos el agua á nado, é á vuela pie, é caiamos todos los mas soldados en los hoyos; entónces acudiéron todas las canoas sobre nosotros, y allí apañaron los Mexicanos cinco de nuestros soldados, y los lleváron á Guatemuz, é hiriéron á todos los mas: pues los bergantines que aguardábamos para nuestra ayuda, no podian venir porque todos estaban zabordados en las estacadas que les tenian puestas, y con las canoas y azoteas les diéron buena mano de vara y flecha, y matáron dos soldados remeros, é hiriéron á muchos de los nuestros. E volvamos á los hoyos é aberturas, digo que fué maravilla como no nos matáron á todos en ellos: de mí digo, que ya me habian echado mano muchos Indios, y tuve manera para desembarazar el brazo, y nuestro Señor Jesu-Christo me dió esfuerzo, para que á buenas estocadas que les dí me salvase, y bien herido en un brazo: y como me ví fuera de aquella agua en parte segura me quedé sin sentido, sin me poder sostener en mis pies, é sin huelgo ninguno: y esto causó la gran fuerza que puse para me descabullir de aquella gentecilla, é de la mucha sangre que me salió; é digo que quando me tenian engarrafado, que en el pensamiento yo me encomendaba á nuestro Señor Dios, é á nuestra Señora

su bendita Madre, y ponia la fuerza que he dicho, por donde me salvé, gracias á Dios por las mercedes que me hace. Otra cosa quiero decir, que Pedro de Alvarado, y los de á caballo, como tuviéron harto en romper los esquadrones que nos venian por las espaldas de la parte de Tacuba, no pasó ninguno dellos aquella agua, ni albarradas, sino fué uno solo de á caballo que habia venido poco habia de Castilla, y allí le matáron á él y al caballo: y como vió el Pedro de Alvarado, que nos veniamos retrayendo, nos iba ya á socorrer con otros de á caballo y si allá pasara, por fuerza habiamos de volver sobre los Indios, y si volviera no quedara ninguno dellos, ni de los caballos, ni de nosotros á vida, porque la cosa estaba de arte, que cayeran en los hoyos, y habia tantos guerreros, que les mataran los caballos con lanzas que para ello tenian largas, y dende las muchas azoteas que habia, porque esto que pasó era en el cuerpo de la ciudad: y con aquella vitoria que tenian los Mexicanos, todo aquel dia que era Domingo, como dicho tengo, tornáron á venir á nuestro Real otra tanta multitud de guerreros, que no nos dexaban, ni nos podiamos valer, que ciertamente creyéron de nos desbaratar, y nosotros con unos tiros de bronce y buen pelear nos sostuvimos contra ellos, y con velar todas las Capitanías juntas cada noche. Dexemos desto, y digamos como Cortés lo supo, del

gran enojo que tenia*, escribió luego en un bergantin á Pedro de Alvarado, que mirase que en bueno ni en malo dexase un paso por cegar, y que todos los de á caballo durmiesen en las calzadas, y en toda la noche estuviesen ensillados y enfrenados, y que no curásemos de pasar mas adelante hasta haber cegado con adobes y madera aquella gran abertura: y que tuviesen buen recaudo en el Real. Pues como vimos que por nosotros habia acaecido aquel desman, desde allí ádelante procurábamos de tapar y cegar aquella abertura; y aunque fué con harto trabajo, y heridas que sobre ella nos daban los contrarios, é muerte de seis soldados, en quatro dias la tuvimos cegada, y en las noches sobre ella misma velábamos todas las tres Capitanías, segun la órden que dicho tengo: y quiero decir, que entónces como los Mexicanos estaban junto á nosotros quando velábamos, que tambien ellos tenian sus velas, y por quartos se mudaban, y era de esta manera; que hacian grande lumbre que ardia toda la noche, y los que velaban estaban apartados de la lumbre y desde lejos no les podiamos ver, porque con la claridad de la leña, que siempre ardia, no podiamos ver los Indios que velaban, mas bien sentiamos quando se remudaban, y quan-

* Por haber faltado á la rigorosa ordenanza de cegar toda puente y paso de agua, que se ganase. *Cortés Carta III.*

do venian á atizar su leña: y muchas noches habia, que como llovia en aquella sazon mucho les apagaba la lumbre, y la tornaban á encender, y sin hacer rumor, ni hablar entre ellos palabra, se entendian con unos silvos, que daban. Tambien quiero decir, que nuestros escopeteros y ballesteros, muchas veces quando sentiamos que se venian á trocar las velas, les tiraban á bulto, é piedras, y saetas perdidas, y no les haciamos mal, porque estaban en parte que aunque de noche quisieramos ir á ellos, no podiamos con otra gran abertura de zanja bien honda que habian abierto á mano, é albarradas, y mamparos que tenian: é tambien ellos nos tiraban á bulto mucha piedra, é vara y flecha. Dexemos de hablar destas velas, é digamos, como cada dia íbamos por nuestra calzada adelante peleando con muy buen concierto, y les ganáron la abertura que he dicho, donde velaban: y era tanta la multitud de los contrarios que contra nosotros cada dia venian, y la vara, flecha y piedra que tiraban, que nos herian á todos, aunque íbamos con gran concierto, y bien armados. Pues ya que se habia pasado todo el dia batallando, y se venia la tarde, y no era coyuntura para pasar mas adelante, sino volvernos retrayendo, en aquel tiempo tenian ellos muchos esquadrones aparejados, creyendo que con la gran priesa que nos diesen al tiempo del retraer, nos desbaratarian; porque

venian tan bravosos como tigres, y pie con pie se juntáron con nosotros: y como aquello conociamos dellos, la manera que teniamos para retraer era esta; que la primera cosa que haciamos era echar de la calzada á nuestros amigos los Tlascaltecas; porque como eran muchos, con nuestro favor querian llegar á pelear con los Mexicanos, y como eran mañosos, que no deseaban otra cosa, sino vernos embarazados con los amigos; y con grandes arremetidas que hacian por todas tres partes, para no poder tomar en medio, ó atajar algunos de nosotros; y con los muchos Tlascaltecas que embarazaban, no podiamos pelear á todas partes, é por esta causa los echábamos fuera de la calzada, en parte que los poniamos en salvo: y quando nos viamos que no teniamos embarazo dellos, nos retraiamos al Real no vueltas las espaldas, sino haciéndoles rostro, unos ballesteros, y escopeteros soltando, y otros armando, y nuestros quatro bergantines cada dos de los lados de las calzadas por la laguna, defendiéndonos por las flotas de las canoas, y de las muchas piedras de las azoteas, y casas que estaban por derrocar: y aun con todo este concierto, teniamos harto riesgo de nuestras personas, hasta volvernos á los ranchos, y luego nos quemábamos con aceyte nuestras heridas, y apretallas con mantas de la tierra, y cenar de las tortillas que nos traian de Tacuba, é yerbas, y tunas quien lo tenia: y

luego ibamos á velar á la abertura del agua, como dicho tengo: y luego á otro dia por la mañana sus á pelear; porque no podiamos hacer otra cosa; porque por muy de mañana que fuese, ya estaban sobre nosotros los batallones contrarios, y aun llegaban á nuestro Real, y nos decian vituperios, y desta manera pasábamos nuestros trabajos. Dexemos por agora de contar de nuestro Real, que es el de Pedro de Alvarado, y volvamos á el de Cortés, que siempre de noche y de dia le daban combates, y le mataban y herian muchos soldados, y era de la manera que á nosotros los del Real de Tacuba; y siempre traia dos bergantines á dar caza de noche á las canoas que entraban en México con bastimentos é agua: é parece ser que el un bergantin prendió á dos principales que venian en una de las muchas canoas que venian con bastimento, y dellos supo Cortés, que tenian en zelada entre unos matorrales quarenta piraguas, y otras tantas canoas, para tomar á alguno de nuestros bergantines, como hiciéron la otra vez: y aquellos dos principales que se prendiéron, Cortés los halagó, y dió mantas, y con muchos prometimientos, que en ganando á México les daria tierras; y con nuestras lenguas Doña Marina, y Aguilar les preguntó, que á qué parte estaban las piraguas, porque no se pusiéron donde la otra vez: y ellos señaláron en el puesto y paraje que estaban; y aun avisá-

ron que habian hincado muchas estacas de maderos gruesos en partes, para que si los bergantines fuesen huyendo de sus piraguas, zabordasen, y allí los apañasen, y matasen á los que iban en ellos. Y como Cortés tuvo aquel aviso, apercibió seis bergantines que aquella noche se fuesen á meter á unos carrizales apartados obra de un quarto de legua donde estaban las piraguas, y que se cubriesen con mucha rama: y fuéron á remo callado, y estuviéron toda la noche aguardando, y otro dia muy de mañana mandó Cortés que fuese un bergantin, como que iba á dar caza á las canoas que entraban con bastimentos, y mandó que fuesen los dos Indios principales que se prendiéron dentro del bergantin, porque mostrasen en qué parte estaban las piraguas, porque el bergantin fuese hácia allá: y ansimismo los Mexicanos nuestros contrarios concertáron de echar dos canoas echadizas como la otra vez adonde estaba su zelada, como que traian bastimento, para que se cebase el bergantin en ir tras ellas. Por manera que ellos tenian un pensamiento, y nosotros otro como el suyo de la misma manera: y como el bergantin que echó Cortés vió á las canoas que echáron los Indios para cebarle, iba tras ellas, y las dos canoas hacian que se iban huyendo á tierra adonde estaba su zelada de sus piraguas, y luego nuestro bergantin hizo semblante, que no osaba llegar á

tierra, y que se volvia retrayendo: y quando las piraguas y otras muchas canoas le viéron que se volvia, salen tras él con gran furia, y remar todo lo que podian, y le iban siguiendo, y el bergantin se iba como huyendo donde estaban los otros seis bergantines en zelada, y todavia las piraguas siguiéndole: y en aquel instante soltáron unas escopetas, que era la señal de quando habian de salir nuestros bergantines, y quando oyéron la señal, salen con grande impetu, y diéron sobre las piraguas y canoas, que trastornáron, y matáron, y prendiéron muchos guerreros; y tambien el bergantin que echáron para en zelada, que iba ya á lo largo, vuelve á ayudar á sus compañeros; por manera que se llevó buena presa de prisioneros y canoas: y dende alli adelante no osaban los Mexicanos echar mas zeladas, ni se atrevian á meter bastimentos ni agua tan á ojos vistas como solian: y desta manera pasaba la guerra de los bergantines en la laguna, y nuestras batallas en las calzadas. Y digamos agora, como viéron los pueblos que estaban en la laguna poblados, que ya los he nombrado otras veces, que cada dia teniamos vitoria: ansi por el agua, como por tierra, y viéron venir á nuestra amistad muchos amigos, ansi los de Chalco, como de Tezcuco, é Tlascala, é otras poblaciones, y con todos les hacian mucho mal y daño en sus pueblos, y les cautivaban muchos Indios é Indias; parece ser

se juntáron todos, é acordáron de venir de paz ante Cortés, y con mucha humildad le demandáron perdon, si en algo nos habian enojado, y dixéron que eran mandados, que no podian hacer otra cosa: y Cortés holgó mucho de los ver venir de paz de aquella manera; y aun quando lo supimos en nuestro Real de Pedro de Alvarado, y en el de Gonzalo de Sandoval, nos alegramos todos los soldados. Y volviendo á nuestra plática, Cortés con buen semblante y con muchos halagos les perdonó, y les dixo que eran dignos de gran castigo por haber ayudado à los Mexicanos: y los pueblos que viniéron fuéron Iztapalapa, Huichilobusco, é Cuyoacan, é Mezquique, y todos los de la laguna, y agua dulce; y les dixo Cortés, que no habiamos de alzar Real, hasta que los Mexicanos viniesen de paz, ó por guerra los acabase; y les mandó que en todo nos ayudasen con todas las canoas que tuviesen para combatir á México, é que viniesen á hacer sus ranchos, é traxesen comida, lo qual dixéron que ansi lo harian: é hiciéron los ranchos de Cortés, y no traian comida sino muy poca, y de mala gana. Nuestros ranchos, donde estaba Pedro de Alvarado, nunca se hiciéron, que ansi nos estábamos al agua porque ya saben los que en esta tierra han estado, que por Junio, Julio y Agosto son en estas partes cotidianamente las aguas, Dexemos esto, y volvamos á nuestra calzada, y á los combates

que cada dia dábamos á los Mexicanos, y como les íbamos ganando muchas torres de ídolos, y casas, y otras aberturas de zanjas y puentes que de casa á casa tenian hechas, y todo lo cegábamos con adobes, y la madera de las casas que deshaciamos, y derrocábamos, y aun sobre ellas velábamos, y aun con toda esta diligencia que poniamos, lo tornaban á hondar y ensanchar, y ponian mas albarradas : y porque entre todas tres nuestras Capitanías teniamos por deshonra, que unos batallásemos, é hiciésemos rostro á los esquadrones Mexicanos, y otros estuviesen cegando los pasos, y aberturas y puentes; y por excusar diferencia, sobre los que habiamos de batallar ó cegar aberturas, mandó Pedro de Alvarado, que una Capitanía tuviese cargo de cegar, y entender en la obra un dia, y las dos Capitanías batallasen, é hiciesen rostro contra los enemigos, y esto habia de ser por rueda un dia una, y luego otro dia otra Capitanía, hasta que por todas tres volviese la andana y rueda: y con esta órden no quedaba cosa que les ganábamos, que no dábamos con ella en el suelo, y nuestros amigos los Tlascaltecas que nos ayudaban, y ansi les íbamos entrando en su ciudad; mas al tiempo del retraer, todas tres Capitanías habiamos de pelear juntos, porque entónces era donde corriamos mucho peligro : y como otra vez he dicho, primero háciamos salir de las calzadas todos los

Tlascaltecas, porque cierto era demasiado embarazo para quando peleábamos. Dexemos de hablar de nuestro Real, y volvamos al de Cortés, y al de Gonzalo de Sandoval, que á la continua, ansi de dia como de noche, tenian sobre sí muchos contrarios por tierra, y flotas de canoas por la laguna, y siempre les daban guerra, y no les podian apartar de sí. Pues en lo de Cortés, por les ganar una puente, y obra muy honda, que era mala de ganar, y en ella tenian los Mexicanos muchos mamparos y albarradas, que no se podian pasar sino á nado, é ya que se pusiesen á pasalla, estabanles guardando muchos guerreros con flechas, y piedra, con honda, y vara, y macanas, y espadas de á dos manos, y lanzas como dalles, y engastadas las espadas que nos tomáron, acudiendo siempre gran multitud de guerreros, y la laguna llena de canoas de guerra: y habia junto á las albarradas muchas azoteas, y dellas les tiraban muchas piedras, de que con gran dificultad se podian defender, y los herian muchos, y algunos mataban, y los bergantines no les podian ayudar por las estacadas que tenian puestas, en que se embarazaban los bergantines : y sobre ganalles esta fuerza, y puente, y abertura, pasáron los de Cortés mucho trabajo, y estuviéron muchas veces á punto de perderse, é le matáron quatro soldados en el combate, y le hiriéron sobre treinta: y como era ya tarde quando la acabá-

ron de ganar, no tuviéron tiempo de la cegar, y se volviéron retrayendo con muy grande trabajo y peligro, y con mas de treinta soldados heridos, y muchos Tlascaltecas descalabrados, aunque peleaban bravosamente. * Dexemos

* El género de guerra por la parte de Cuyoacan donde mandaba Cortés en persona, y por la que estaba al cargo de Sandoval, era semejante al que refiere el Autor por la de Tacuba. Cortés está conforme con Castillo, bien que su relacion se estiende mas en los combates por el lado de Cuyoacan, donde mandaba por sí mismo. Para que se entienda mejor este singular modo de combatir la ciudad, oigamos á Cortés, quien despues de referir el peligro en que se vió en cierto dia, continua: «y crea vuestra Ma« gestad, que era sin comparacion el peligro en que nos viamos « todas las veces que les ganábamos estas puentes, porque para « ganallas era forzado echarse a nado los Españoles, y pasar de « la otra parte; y esto no podian, ni osaban hacer muchos, por« que á cuchilladas, y á botes de lanza resistian los enemigos, que « no saliesen de la otra parte. Pero como ya por los lados no te« nian azoteas, de donde nos hiciesen daño, y de esta otra par« te los asaeteábamos, porque estábamos los unos de los otros « un tiro de heradura, y los Españoles tomaban de cada dia mu« cho mas ánimo, y determinaban de pasar: y tambien porque « vian, que mi determinacion era aquella, y que cayendo ó levan« tando no se habia de hacer otra cosa. Parescerá á Vuestra Ma« gestad, que pues tanto peligro rescibiamos en el ganar de es« tas puentes y albarradas, que eramos negligentes, ya que las « ganábamos, no las sostener, por no tornar cada dia de nuevo á « nos ver en tanto peligro y trabajo, que sin duda era grande, y « cierto así parescerá á los absentes; pero sabrá Vuestra Mages« tad, que en ninguna manera se podia facer, porque para po« nerse así en efecto, se requerian dos cosas, ó que el Real pasa« ramos allí á la plaza, y circuito de las torres de los ídolos, ó « que gente guardara las puentes de noche; y de lo uno y de lo « otro se rescibiria gran peligro, y no habia posibilidad para ello,

esto, y digamos otra manera con que Guatemuz mandó pelear á sus Capitanes, haciendo apercebir todos sus poderes, para que nos diesen guerra continuamente: y es, que como para otro dia era fiesta de Señor San Juan de Junio, que entónces se cumplia un año puntualmente que habiamos entrado en México, quando el socorro del Capitan Pedro de Alvarado, y nos desbaratáron, segun dicho tengo en el Capítulo que dello habla; parece ser tenia cuenta en ello el Guatemuz, y mandó que en todos tres Reales nos diesen toda la guerra, y con la mayor fuerza

« porque teniendo el Real en la ciudad, cada noche, y cada hora, « como ellos eran muchos y nosotros pocos, nos dieran mil rebatos, y pelearan con nosotros y fuera el trabajo incomportable, y podian darnos por muchas partes. Pues guardar las puentes gente de noche, quedaban los Españoles tan cansados de pelear el dia, que no se podia sufrir poner gente en guarda de ellos; « y á esta causa nos era forzado ganarlas de nuevo cada dia que « entrábamos en la ciudad. Aquel dia, como se tardó mucho en « ganar aquellas puentes, y en las tornar á cegar, y no hubo lugar de hacer mas, salvo que por otra calle principal, que va á « dar á la ciudad de Tacuba, se ganáron otras dos puentes, y se « cegáron, y se quemáron muchas, y buenas casas de aquella calle, « y con esto se llegó la tarde y hora de retraernos, donde rescebiamos siempre poco menos peligro, que en el ganar de las puentes « porque en viendonos retraher era tan cierto cobrar los de la ciudad tanto esfuerzo, que no parescia sino que habia habido toda « la victoria del mundo, y que nosotros ibamos huyendo; é para « este retraher era necesario estar las puentes bien cegadas, y lo cegado igual al suelo de las calles, de manera que los de caballo pudiesen libremente correr á una parte y á otra.» *Cortés Carta III.*

Cortés tenia pocos modelos para formar planes contra una ciudad de la situacion de Méjico.

que pudiesen con todos sus poderes, ansi por tierra, como con las canoas por el agua, para acabarnos de una vez, como decian se lo tenia mandado su Huichilobos, y mandó que fuese de noche al quarto de la modorra: y porque los bergantines no nos pudiesen ayudar, en todas mas partes de la laguna tenian hechas unas estacadas, para que en ellas zabordasen; y viniéron con tanta furia y impetu, que si no fuera por los que velábamos juntos, que eramos sobre ciento y veinte soldados, y todos muy acostumbrados á pelear, nos entraran en el Real, y corriamos harto peligro: y con muy grande concierto les resistimos, y allí hiriéron á quince de los nuestros y dos muriéron de ahi á ocho dias de las heridas. Pues en el Real de Cortés tambien les pusiéron en grande aprieto, é trabajo é hubo muchos muertos y heridos y en el de Sandoval por el consiguiente, y desta manera viniéron dos noches arreo; y tambien en aquellos rencuentros quedáron muchos Mexicanos muertos, y muchos heridos: y como Guatemuz y sus Capitanes, y Papas viéron que no aprovechaba nada la guerra que diéron aquellas noches, acordáron que con todos sus poderes juntos viniesen al quarto del Alva, y diesen en nuestro Real, que se dice el de Tacuba: y viniéron tan bravosos, que nos cercáron por todas partes, y aun nos tenian medio desbaratados y atajados: y quiso Dios darnos esfuerzo, que nos

tornamos á hacer un cuerpo, y nos mamparamos algo con los bergantines, y á buenas estocadas y cuchilladas que andábamos pie con pie, los apartamos algo de nosotros, y los de á caballo no estaban holgando : pues los vallesteros y escopeteros hacian lo que podian, que harto tuviéron que romper en otros esquadrones que ya nos tenian tomadas las espaldas : y en aquella batalla matáron á ocho de nuestros soldados, y aun á Pedro de Alvarado le descalabráron; y si nuestros amigos los Tlascaltecas durmieran aquella noche en la calzada, corriamos gran riesgo con el embarazo que ellos nos pusieran, como eran muchos; mas la experiencia de lo pasado nos hacia que luego los echásemos fuera de la calzada, y se fuesen á Tacuba, y quedábamos sin cuidado. Tornemos á nuestra batalla, que matamos muchos Mexicanos, y se prendiéron quatro personas principales. Bien tengo entendido, que los curiosos Lectores se hartarán ya de ver cada dia combates, y no se puede hacer ménos porque noventa y tres dias estuvimos sobre esta tan fuerte ciudad, cada dia é de noche teniamos guerras, y combates, é por esta causa los hemos de decir muchas veces, de cómo é quando, é de qué manera é arte pasaba, é no lo pongo aquí por capítulos lo que cada dia haciamos, porque me parece que seria gran prolixidad, é seria cosa para nunca acabar, y pareceria á los libros de Amadis, é de otros cor-

ros de caballeros: é porque de aquí adelante no me quiero detener en contar tantas batallas, é rencuentros que cada dia é de noche teniamos, si posible fuere, lo diré lo mas breve que pueda, hasta el dia de señor San Hipolito, que gracias á nuestro Señor Jesu-Cristo nos apoderamos desta tan gran ciudad, y prendimos al Rey della, que se decia Guatemuz, é á sus Capitanes; puesto que ántes que le prendiésemos, tuvimos muy grandes desmanes, é casi que estuvimos en gran ventura de nos perder en todos nuestros reales, especialmente en el Real de Cortés por descuido de sus Capitanes, como adelante verán.

CAPITULO CLII.

Como desbaratáron los Indios Mexicanos á Cortés, é le lleváron vivos para sacrificar sesenta y dos soldados, é le hiriéron en una pierna, y el gran peligro en que nos vimos por su causa.

Como Cortés vió que no se podian cegar todas las aberturas, y puentes é zanjas de agua que ganábamos cada dia, porque de noche las tornaban á abrir los Mexicanos, y hacian mas fuertes albarradas que de ántes tenian hechas, é que era gran trabajo pelear, y cegar puentes, y velar todos juntos, en demas como estábamos heridos, acordó de poner en pláticas con los Capitanes y soldados que tenia en su Real, que se decian Christóbal de Oli, y Francisco Berdugo, y Andres de Tapia, y el Alferez Corral y Fran-

cisco de Lugo; y tambien nos escribió al Real de Pedro de Alvarado, y al de Gonzalo de Sandoval, para tomar parecer de todos los Capitanes y soldados: y el caso que propuso fué; que si nos parecia que fuésemos entrando de golpe en la ciudad, hasta entrar y llegar al Taltelulco, que es la plaza mayor de México, que es muy mas ancha y grande que no la de Salamanca, é que llegados que llegásemos, que seria bien asentar en él todos tres reales, que dende allí podiamos batallar por las calles de México, y sin tener tantos trabajos, é riesgo al retraer, ni tener tanto que cegar, ni velar las puentes. Y como en tales pláticas y consejos suele acaecer, hubo en ellas muchos pareceres, porque los unos decian que no era buen consejo, ni acuerdo, meternos tan de hecho en el cuerpo de la ciudad, sino que nos estuviésemos como estábamos batallando, y derrocando, y abrasando casas: y las causas mas evidentes que dimos los que eramos en este parecer, fué que si nos metiamos en el Taltelulco, y dexábamos todas las calzadas y puentes sin guarda, y desmamparadas, que como los Mexicanos son muchos y guerreros, y con las muchas canoas que tienen nos tornarian á abrir las puentes y calzadas, y no seriamos señores dellas, é que con sus grandes, poderes nos darian guerra de noche y de dia: é que como siempre tienen hechas muchas estacadas, nuestros bergantines no nos podrian

ayudar, y de aquella manera que Cortés decia seriamos nosotros los cercados, y ellos ternian por sí la tierra, campo y laguna; y le escribimos sobre el caso, para que no nos aconteciese como la pasada, quando salimos huyendo de México: y quando Cortés hubo visto el parecer de todos, y vió las buenas razones que sobre ello le dábamos, en lo que se resumió en todo lo platicado fué *, que para otro dia saliésemos

* El Lector disimulará que se le interrumpa. El resúmen fué poner por la obra el ataque proyectado, como se verá en el Autor. Cortés esplica los motivos y antecedentes de esta resolucion: « Pasado esto, yo fice algunas entradas en la ciudad por las par- « tes que solia, y combatian los bergantines y canoas por dos » partes, y yo por la ciudad por otras quatro, y siempre habiamos » victoria, y se mataba mucha gente de los contrarios, porque » cada dia venia gente sin número en nuestro favor, é yo dilataba » de me meter mas adentro en la ciudad, lo uno por ver si revo- » carian el propósito y dureza que los contrarios tenian; y lo otro » porque nuestra entrada no podia ser sin mucho peligro, por- » que ellos estaban muy junto y fuertes, y muy determinados de » morir. Y como los Españoles vian tanta dilacion en esto, y que » habia mas de veinte dias que nunca dexaban de pelear, impor- » tunábanme en gran manera, como arriba he dicho, que entra- » semos y tomasemos el mercado, porque ganado, á los enemi- » gos les quedaba poco lugar, por donde se defender, y que si no » se quisiesen dar, que de hambre y sed se moririan, porque no » ternian que beber sino agua salada de la laguna. Y como yo me » escusaba, el Tesorero de vuestra Magestad me dixo, que todo » el Real afirmaba aquello, y que lo debia de hacer; y á él, y á » otras personas de bien, que allí estaban, les respondí, que su » propósito y deseo era muy bueno, y yo lo deseaba mas que na- « die; pero que yo lo dexaba de hacer, por lo que con importu-

de todos tres Reales con toda la mayor pujanza, ansi los de á caballo, como los ballesteros, esco-

» nacion me hacia decir, que era que aunque el y otras personas
» lo hiciesen como buenos, como en aquello se ofrecia mucho
» peligro, habria otros que no lo hiciesen. Y al fin tanto me for-
» záron, que yo concedí, que se haria en este caso, lo que yo pu-
» diese, concertándose primero con la gente de los otros Reales.
» Otro dia me junté con algunas personas principales de nuestro
» Real, y acordamos de hacer saber al Alguacil Mayor, y á Pe-
» dro de Alvarado, como otro dia siguiente habiamos de entrar
» en la ciudad, y trabajar de llegar al mercado; y escribiles lo
» que ellos habian de hacer por la otra parte de Tacuba, y demas
» de lo escribir, para que mejor fuesen informados, envieles
« dos criados mios para que les avisasen de todo el negocio : y la
» órden que habian de tener era que el Alguacil Mayor se viniese
» con diez de caballo, y cien peones, y quince ballesteros y es-
» copeteros al Real de Pedro de Alvarado, y que en el suyo que-
» dasen otros diez de caballo, y que dexase concertado con ellos,
» que otro dia, que habia de ser el combate, se pusiesen en ce-
» lada tras unas casas, y que hiciesen alzar todo su fardaje, como
» que levantaban el Real, porque los de la ciudad saliesen tras
» ellos, y la celada les diese en las espaldas. Y que el dicho Al-
» guacil Mayor con los tres bergantines que tenia, y con los otros
» tres de Pedro de Alvarado ganase aquel paso malo, donde
» desbaratáron á Pedro de Alvarado, y diese mucha priesa en lo
» cegar, y que pasasen adelante, y que en ninguna manera se ale-
» jasen, ni ganasen un paso, sin lo dexar primero ciego, y ade-
» rezado; y que si pudiesen sin mucho riesgo y peligro ganar
» hasta el mercado, que lo trabajasen mucho, porque yo habia
« de hacer lo mismo : que mirasen que aunque esto les enviaba
« á decir, no era para los obligar á ganar un paso solo, de que
« les pudiese venir algun desbarato ó desman, y esto les avisaba
« porque conoscia de sus personas, *que habian de poner el ros-*
« *tro donde yo les dixese, aunque supiesen perder las vidas*.
« *Cortés Carta III*.

peteros y soldados, é que los fuésemos ganando hasta la plaza mayor, que es el Taltelulco, apercebidos los tres Reales, y los Tlascaltecas y de Tezcuco, y los pueblos de la laguna que nuevamente habian dado la obediencia á su Magestad, para que con todas sus canoas se viniesen á ayudar á nuestros bergantines. Una mañana despues de haber oido Misa, y nos encomendar á Dios, salimos de nuestro Real con el Capitan Pedro de Alvarado, y tambien salió Cortés del suyo, y Gonzalo de Sandoval con todos sus Capitanes; y con grande pujanza iba ganando puentes y albarradas, y los contrarios peleaban como fuertes guerreros: y Cortés por su parte llevaba vitoria, y ansimismo Gonzalo de Sandoval por la suya: pues por nuestro Real ya les habiamos ganado otra albarrada y una puente, y esto fué con mucho trabajo, porque habia muy grandes poderes del Guatemuz, y la estaban guardando; y salimos della muchos de nuestros soldados muy mal heridos, é uno murió luego de las heridas, y nuestros amigos los Tlascaltecas saliéron mas de mil dellos maltratados y descalabrados, y todavía ibamos siguiendo la vitoria muy ufanos. Volvamos á decir de Cortés, y de todo su exército, que ganáron una abertura de agua muy honda, y estaba en ella una calzadilla muy angosta que los Mexicanos con maña y ardid la habian hecho de aquella manera, porque tenian pensado entre sí lo que agora á nuestro General

Cortés le aconteció, y es que como llevaba vitoria él, y todos sus Capitanes y soldados, y la calzada llena de nuestros amigos, é iban siguiendo á los contrarios, y puesto que hacian que huian, no dexaban de tirarnos piedra, vara y flecha, y hacian algunas paradillas, como que resistian á Cortés, hasta que le fuéron cebando, para que fuese tras ellos, y desque viéron que de hecho iba tras ellos siguiendo la vitoria, hacian que iban huyendo dél. Por manera que la adversa fortuna vuelve su rueda, y á mayores prosperidades acuden muchas tristezas. Y como nuestro Cortés iba vitorioso, y en el alcance de los contrarios, por su descuido, é porque nuestro Señor Jesu-Christo lo permitió, él y sus Capitanes y soldados dexáron de cegar el abertura de agua que habian ganado: y como la calzadilla por donde iban, con maña la habian hecho angosta, y aun entraba en ella agua por algunas partes, y habia mucho lodo y cieno; como los Mexicanos le viéron pasar aquel paso sin cegar, que no deseaban otra cosa, y aun para aquel efecto tenian apercebidos muchos esquadrones de guerreros Mexicanos con esforzados Capitanes, y muchas canoas en la laguna, en parte que nuestros bergantines no les podian hacer daño ninguno, con las grandes estacadas que les tenian puestas, en que zabordasen; vuelven sobre nuestro Cortés, y contra todos sus soldados, con tan grande furia de esquadrones, y con tales

alaridos y gritos que los nuestros no les pudiéron defender su gran ímpetu y fortaleza con que viniéron á pelear, y acordáron todos los soldados con sus Capitanías y banderas de se volver retrayendo con gran concierto: mas como venian contra ellos tan rabiosos contrarios, hasta que les metiéron en aquel mal paso, se desconcertáron de suerte, que vuelven huyendo sin hacer resistencia: y nuestro Cortés desque ansi los vió venir desbaratados, les esforzaba y decia: tené, tené, señores, tené recio, ¿qué es esto, que ansi habeis de volver las espaldas? y no les pudo detener, ni resistir: y en aquel paso que dexáron de cegar, y en la calzadilla, que era angosta y mala, y con las canoas le desbaratáron, é hiriéron en una pierna, y le lleváron vivos sobre sesenta y tantos soldados, y le matáron seis caballos, é yeguas, y á Cortés ya le tenian engarrafado seis ó siete Capitanes Mexicanos, é quiso nuestro Señor ponelle esfuerzo para que se defendiese y se librase dellos, puesto que estaba herido en una pierna; porque en aquel instante luego llegó allí un muy esforzado soldado, que se decia Christóbal de Olea, natural de Castilla la Vieja; no lo digo por Christóbal de Oli: y desque allí le vió asido de tantos Indios, peleó luego tan brovosamente que mató á estocadas quatro de los Capitanes que tenian engarrafado á Cortés, y tambien le ayudó otro muy valiente soldado, que se decia Lerma; y

les hiciéron que dexasen á Cortés, y por le defender allí perdió la vida el Olea, y el Lerma estuvo á punto de muerte, y luego acudiéron muchos soldados, aunque bien heridos, y echan mano á Cortés, y le ayudan á salir de aquel peligro: y entónces tambien vino con mucha presteza su Capitan de la Guarda, que se decia Antonio de Quiñones, natural de Zamora, y le tomáron por los brazos, y le ayudáron á salir del agua, y luego le traxéron un caballo, en que se escapó de la muerte; y en aquel instante tambien venia un su Camarero ó Mayordomo, que se decia Christóbal de Guzman, y le traia otro caballo: y dende las azoteas los guerreros Mexicanos que andaban muy bravos y vitoriosos, prendiéron al Christóbal de Guzman, é vivo le lleváron á Guatemuz; y todavía los Mexicanos iban siguiendo á Cortés, y á todos sus soldados, hasta que llegáron á su Real. Pues ya aquel desastre acaecido, y se halláron en salvo los Españoles, los esquadrones Mexicanos no dexaban de seguilles, dándoles caza, y grita, y diciéndoles vituperios, y llamándoles de cobardes. Dexemos de hablar de Cortés y de su desbarate, y volvamos á nuestro exército, que es el de Pedro de Alvarado: como íbamos muy vitoriosos, y quando no nos catamos, vimos venir contra nosotros tantos esquadrones de Mexicanos, y con grandes gritas, y hermosas divisas, y penachos, y nos echáron delante de nosotros cinco cabe-

zas, que entónces habian cortado de los que habian tomado á Cortés, y venian corriendo sangre, y decian: ansi os mataremos, como hemos muerto á Malinche y á Sandoval, y á los que consigo traian, y esas con sus cabezas, por eso conocedlas bien: y diciéndonos estas palabras se venian á cerrar con nosotros, hasta nos echar mano, que no aprovechaban cuchilladas, ni estocadas, ni vallesteros, ni escopeteros, y no hacian sino dar en nosotros, como á terrero; y con todo eso no perdiamos punto en nuestra ordenanza al retraer, porque luego mandamos á nuestros amigos los Tlascaltecas, que prestamente nos desembarazasen las calzadas y pasos malos; y en este tiempo ellos se lo tuviéron bien en cargo, que como viéron las cinco cabezas corriendo sangre, y decian que habian muerto á Malinche y á Sandoval, y á todos los Teules que consigo traian, é que ansi hábian de hacer á nosotros, ya los Tlascaltecas temiéron en gran manera, porque creyéron que era verdad, y por esto digo, que desembarazáron la calzada muy de veras. Volvamos á decir; como nos íbamos retrayendo, oimos tañer del Cu mayor, donde estaban sus ídolos Huichilobos y Tezcatepuca, que señorea el altor dél á toda la gran ciudad: tañian un atambor de muy triste sonido, en fin como instrumento de demonios, y retumbaba tanto que se oia dos ó tres leguas, y juntamente con él muchos atabalejos:

entónces segun despues supimos, estaban ofreciendo diez corazones, y mucha sangre, á los ídolos que dicho tengo, de nuestros compañeros. Dexemos el sacrificio, y volvamos al retraer que nos retraíamos, y á la gran guerra que nos daban, ansi de la calzada, como de las azoteas y lagunas con las canoas: y en aquel instante vienen mas esquadrones á nosotros, que de nuevo enviaba Guatemuz, y manda tocar su corneta, que era una señal que quando aquella se tocase, era que habian de pelear sus Capitanes de manera que hiciesen presa, ó morir sobre ello: y retumbaba el sonido que se metia en los oidos: y de que lo oyéron aquellos sus esquadrones y Capitanes, saber yo aquí decir ahora, con qué rabia y esfuerzo se metian entre nosotros á nos echar mano, es cosa de espanto, porque yo no lo sé aquí escribir, que ahora que me pongo á pensar en ello, es como si visiblemente lo viese: mas vuelvo á decir, y ansi es verdad que si Dios nos diera esfuerzo, segun estábamos todos heridos; él nos salvó, que de otra manera no nos podiamos llegar á nuestros ranchos, y le doy muchas gracias y loores por ello, que me escapó aquella vez, y otras muchas de poder de los Mexicanos. Y volviendo á nuestra plática, allí los de á caballo hacian arremetidas, y con dos tiros gruesos que pusimos junto á nuestros ranchos, unos tirando, y otros cebando nos sosteniamos, porque la cal-

zada estaba llena de bote en bote de contrarios, y nos venian hasta las casas, como cosa vencida á echarnos vara y piedra: y como he dicho, con aquellos tiros matábamos muchos dellos: y quien bien ayudó aquel dia, fué un hidalgo que se dice, Pedro Moreno de Medrano, que vive agora en la Puebla, porque él fué el artillero, que los artilleros que soliamos tener, se habian muerto, y dellos estaban muy malamente heridos. Volvamos al Pedro Moreno de Medrano, que demas de siempre haber sido un muy esforzado soldado, aquel dia fué de muy grandísima ayuda para nosotros: y estando que estábamos de aquella manera bien angustiados y heridos, y no sabiamos de Cortés, ni de Sandoval, ni de sus exércitos, si les habian muerto ó desbaratado, como los Mexicanos nos decian quando nos arrojáron las cinco cabezas que traian asidas por los cabellos y de las barbas, y decian que ya habian muerto á Malinche y á Sandoval, é á todos los Teules, que ansi nos habian de matar á nosotros aquel mismo dia, y no podiamos saber dellos, porque batallábamos los unos de los otros cerca de media legua, y adonde desbaratáron á Cortés era mas lejos: y á esta causa estábamos muy penosos ansi heridos como sanos, y hechos un cuerpo estuvimos sosteniendo el gran ímpetu de los Mexicanos que sobre nosotros estaban, creyendo que en aquel dia no quedara persona viva

de nosotros, segun la guerra que nos daban. pues de nuestros bergantines ya habian tomado uno, é muerto tres soldados, y herido el Capitan, y todos los mas soldados que en ellos venian, y fué socorrido de otro bergantin, donde andaba por Capitan Juan Xaramillo; y tambien tenian zabordado en otra parte otro que no podia salir, de que era Capitan Juan de Limpias Caravajal, que en aquella sazon ensordeció de corage, que agora vive en la Puebla, y peleó por su persona tan valerosamente, y esforzó á los soldados que en el bergantin remaban, que rompiéron las estacadas, y saliéron todos muy mal heridos, y salvó su bergantin: este fué el primero que rompió estacadas. Volvamos á Cortés, que como estaba él y toda su gente los mas muertos, y otros heridos, se iban los esquadrones Mexicanos hasta su Real á darle guerra, y aun le echáron delante de sus soldados, que resistian á los Mexicanos quando peleaban, otras quatro cabezas corriendo sangre de aquellos soldados que habian llevado vivos á Cortés, y les decian que eran del Tonatio, que es Pedro de Alvarado, y de Gonzalo de Sandoval, y de otros Teules, é que ya nos habian muerto á todos: entónces dicen que desmayó Cortés mucho mas de lo que ántes estaba él, y los que consigo traia, mas no de manera que sintiesen en él mucha flaqueza; y luego mandó al Maestre de Campo Christóbal de Oli, y á sus

Capitanes, que mirasen no les rompiesen los muchos Mexicanos que estaban sobre ellos, é que todos juntos hiciesen cuerpo, ansi heridos como sanos, y mandó á Andrés de Tapia, que con tres de á caballo viniese á Tacuba por tierra, que es nuestro Real, que mirase que habia sido de nosotros, y que si no eramos desbaratados que nos contase lo por el pasado, y que nos dixese que tuviésemos muy buen recaudo en el Real, que todos juntos hiciésemos cuerpo ansi de dia, como de noche en la vela: y esto que nos enviaba á mandar, ya lo teniamos por costumbre. Y el Capitan Andres de Tapia, y los tres de á caballo que con él venian, se diéron muy buena priesa, y aunque tuviéron en el camino una refriega de vara y flecha que les diéron en un paso los Mexicanos, que ya habia puesto Guatemuz en los caminos Indios guerreros, porque no supiésemos los unos de los otros los desmanes, y aun venia herido el Andres de Tapia, y traia en su compañia á Guillen de la Loa, y el otro se decia Valde-Nebro y á un Juan de Cuellar, hombres muy esforzados y de que llegáron á nuestro Real, y nos halláron batallando con el poder de México, que todo estaba junto contra nosotros, se holgáron en el alma, y nos contáron lo acaecido del desbarate de Cortés, y lo que nos enviaba á decir, y no nos quisiéron declarar, que tantos eran los muertos, y decian que hasta veinte y cinco, y

que todos los demas estaban buenos. Dexemos de hablar en esto, y volvamos al Gonzalo de Sandoval y á sus Capitanes y soldados, que andaban vitoriosos en la parte y calles de su conquista: y quando los Mexicanos hubiéron desbaratado á Cortés, cargáron sobre el Gonzalo de Sandoval, y su exército y Capitanes, de arte que no se pudo valer, y le matáron dos soldados, y le hiriéron á todos los que traia, y á él le diéron tres heridas, la una en el muslo, y la otra en la cabeza, y la otra en un brazo: y estando batallando con los contrarios, le ponen delante seis cabezas de los de Cortés, y le dicen, que aquellas cabezas eran de Malinche, y del Tonatio, y de otros Capitanes, y que ansi habian de hacer al Gonzalo de Sandoval, y á los que con él estaban, y le diéron muy fuertes combates: y de que aquello vió el buen Capitan Sandoval, mandó á sus Capitanes y soldados que todos tuviesen mucho ánimo mas que de ántes, é que no desmayasen, é que mirasen al retraer, no hubiese algun desman ó desconcierto en la calzada, porque es angosta: y lo primero que hizo fué mandar salir de la calzada á los amigos Tlascaltecas, que tenia muchos, y porque no les estorbasen al retraer, y con sus dos bergantines y sus vallesteros y escopeteros con mucho trabajo se retraxo á su estancia, y con toda su gente bien herida, y aun desmayada, y dos soldados ménos: y como se vió fue-

ra de la calzada, puesto que estaban cercado de Mexicanos, esforzó su gente y Capitanes, y les encomendó mucho que todos juntos hiciesen cuerpo ansi de dia como de noche, é que guardasen el Real, no les desbaratasen: y como conocia del Capitan Luis Marin que lo hacia bien, ansi herido, y entrapajado como estaba el Sandoval, tomó consigo otros de á caballo, y por tierra fué muy por la posta al Real de Cortés, y aun en el camino tuvo su salmorejo de piedra, vara y flecha, porque como ya otra vez he dicho, en todos los caminos tenia Guatemuz Indios Mexicanos guerreros para no dexar pasar de un Real á otro con nuevas ningunas, para que así nos vencieran mas fácilmente: y quando el Sandoval vido á Cortés, le dixo: O señor Capitan, ¿y qué es esto? Aquestos son los grandes consejos y ardides de guerra que siempre nos daba? ¿Cómo ha sido este desman? Y Cortés le respondió saltándosele las lágrimas de los ojos: ó hijo Sandoval, que mis pecados lo han permitido, que no soy tan culpante en el negocio como me hacen, sino es el Tesorero Julian de Alderete, á quien le encargué que cegase aquel mal paso, donde nos desbaratáron, y no lo hizo, como no es acostumbrado á guerras, ni á ser mandado de Capitanes: y entónces respondió el mismo Tesorero, que se halló junto á Cortés, que vino á ver y hablar al Sandoval, y á saber de su exército, si eran

muertos ó desbaratados; é dixo, que el mismo Cortes tenia la culpa, y no él: y la causa que dió fué, que como Cortés iba con vitoria, por seguilla muy mejor, decia: adelante caballeros, é que no les mandó cegar puentes, ni pasos malos, é que si se lo mandara, que con su Capitanía y con sus amigos lo hiciera*; y tambien culpaban mucho á Cortés, en no haber mandado con tiempo salir de las calzadas á los muchos amigos que llevaba: é porque hubo otras muchas pláticas y respuestas al Tesorero, que iban dichas con enojo, se dexarán de decir, é diré como en aquel instante llegáron dos bergantines de los que ántes tenia Cortés en su compañía y calzada, que no sabian dellos despues del desbarate, y segun pareció habian estado detenidos, porque estuviéron zabordados en unas estacadas, y segun dixéron los Capitanes habian estado cercados de unas canoas que les daban guerra, y venian todos heridos, y dixéron que Dios primeramente les ayudó, y con su viento y con grandes fuerzas que pusiéron al remar, rompiéron las estacadas y se salváron, de lo qual hubo mucho placer Cortés,

* No es creible que un General que publica una ordenanza, en que funda la ejecucion de sus proyectos, sea el primero que la quebrante. El Autor contesta el rigor con que Cortés mandaba la observancia de ella. Cortés cuenta este desastre sin culpar á nadie. Aunque ni Cortés, ni Castillo señalan el dia de esta desgracia, conjeturo que sucedió por el veinte y ocho ó veinte y nueve de junio de 1521.

porque hasta entónces, aunque no lo publicaba por no desmayar los soldados, como no sabian dellos, les tenian por perdidos. Dexemos esto, y volvamos á Cortés, que luego encomendó á Sandoval mucho que fuese en posta á nuestro Real, que se dice Tacuba, y mirase si eramos desbaratados, ó de qué manera estábamos, é que si eramos vivos, que nos ayudase á poner resistencia en el Real, no nos rompiesen: y dixo á Francisco de Lugo que fuese en compañía de Sandoval, porque bien entendido tenia que habia esquadrones de guerreros Mexicanos en el camino: y le dixo que ya habia enviado á saber de nosotros á Andrés de Tapia con tres de á caballo, y temia no le hubiesen muerto en el camino, y cuando se lo dixo, y se despidió fué á abrazar á Gonzalo de Sandoval, y le dixo; mira pues veis que yo no puedo ir á todas partes, á vos os encomiendo estos trabajos, pues veis que estoy herido y coxo; ruego os pongais cobro en estos tres Reales: bien sé que Pedro de Alvarado y sus Capitanes y soldados habrán batallado, y hecho como caballeros, mas temo el gran poder destos perros no les hayan desbaratado. Pues de mí, y de mi exército ya veis de la manera que estoy, y en posta vino el Sandoval, y el Francisco de Lugo donde estábamos, y quando llegó seria hora de vísperas, y porque segun pareció, supimos el desbarate de Cortés fué ántes de Misa mayor;

y quando llegó Sandoval nos halló batallando con los Mexicanos, que nos querian entrar en el Real por unas casas que habiamos derrocado, y otros por la calzada, y otros en canoas por la laguna, y tenian ya un bergantin zabordado en unas estacadas, y de los soldados que en ellos iban, habian muerto dos, y los demas heridos: y como Sandoval nos vió á mí y á otros soldados en el agua metidos á mas de a cinta, ayudando al bergantin á echalle en lo hondo y estando sobre nosotros muchos Indios con espadas de las nuestras, que habian tomado en el desbarate de Cortés, y otros con montantes de navajas, dándonos cuchilladas, y á mí me diéron un flechazo, y querian llegar con gran fuerza sus canoas, segun la fuerza ponian y le tenian atadas muchas sogas para llevársele, y metelle dentro de la ciudad: y como el Sandoval nos vió de aquella manera, dixo: ó hermanos poné fuerza en que no lleven el bergantin; y tomamos tanto esfuerzo, que luego le sacamos en salvo, puesto que como he dicho, todos los marineros saliéron heridos, y dos soldados muertos. En aquella sazon viniéron á la calzada muchas Capitanías de Mexicanos, y nos herian ansí á los de á caballo, y á todos nosotros, y aun al Sandoval le diéron una buena pedrada en la cara: y entónces Pedro de Alvarado le socorrió con otro de á caballo, y como venian tantos esquadrones, é yo y otros

soldados les haciamos cara, Sandoval nos mandó, que poco á poco nos retraxésemos, porque no les matasen los caballos, é porque no nos retraiamos de presto como quisiera, dixo: ¿quereis que por amor de vosotros me maten á mí y á todos aquestos caballeros? por amor de Dios, hermanos, que os retrayais, y entónces le tornáron á herir á él y á su caballo: y en aquella sazon echamos á los amigos fuera de la calzada; y poco á poco haciendo cara, y no vueltas las espaldas, como quien va haciendo represas, unos vallesteros y escopeteros tirando, y otros armando, y otros cebando sus escopetas, y no soltaban todos á la par; y los de á caballo que hacian algunas arremetidas, y el Pedro Moreno Medrano con sus tiros en armar y tirar: y por mas Mexicanos que llevaban las pelotas no les podian apartar, sino que todavía nos iban siguiendo, con pensamiento que aquella noche nos habian de llevar á sacrificar. Pues ya que estábamos en salvo cerca de nuestros aposentos, pasada ya una grande obra, donde habia mucha agua, é muy honda, y no nos podian alcanzar las piedras, ni varas, ni flecha, y estando el Sandoval y el Francisco de Lugo, y Andres de Tapia con Pedro de Alvarado contando cada uno lo que le habia acaecido, y lo que Cortés mandaba, tornó á sonar el atambor de Huichilobos, y otros muchos atabalejos, y caracoles, y cornetas, y otras como

trompas, y todo el sonido dellas espantable y triste, y miramos arriba al alto Cu, donde los tañian y vimos que llevaban por fuerza á rempujones, y bofetadas, y palos, á nuestros compañeros que habian tomado en la derrota que diéron á Cortés, que los llevàron por fuerza á sacrificar: y de que ya los tenian arriba en una placeta que se hacia en el adoratorio, donde estaban sus malditos ídolos, vimos que muchos dellos les ponian plumages en las cabezas, y con unos como aventadores les hacian baylar delante del Huichilobos, y quando habian baylado, luego les ponian de espaldas encima de unas piedras que tenian hechas para sacrificar, y con unos navajones de pedreñal les aserraban por los pechos, y les sacaban los corazones bullendo, y se los ofrecian á sus ídolos que allí presentes tenian, y á los cuerpos dàbanles con los pies por las gradas abaxo, y estaban aguardando otros Indios carniceros que les cortaban brazos y piernas, y las caras desollaban, y las adovaban como cueros de guantes, y con sus barbas las guardaban para hacer fiestas con ellas quando hacian borracheras, y se comian las carnes con chilmole; y desta manera sacrificáron á todos los demas, y les comiéron piernas y brazos, y los corazones y sangre ofrecian á sus ídolos, como dicho tengo, y los cuerpos que eran las barrigas, echaban á los tigres y leones, y sierpes y culebras que tenian en la

casa de las alimañas, como dicho tengo en el capítulo que dello habla, que atras dello he platicado. Pues de aquellas crueldades vimos todos los de nuestro Real, y Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval, y todos los demas Capitanes. Miren los curiosos Lectores que esto leyeren, que lástima terniamos dellos: y deciamos entre nosotros: ó gracias á Dios, que no me lleváron á mí hoy á sacrificar. Y tambien tengan atencion, que no estábamos lejos dellos, y no les podiamos remediar; y ántes rogábamos á Dios que fuese servido de nos guardar de tan cruelísima muerte. Pues en aquel instante que hacian aquel sacrificio, viniéron sobre nosotros grandes esquadrones de guerreros, y nos daban por todas partes bien que hacer, que ni nos podiamos valer de una manera, ni de otra contra ellos, y nos decian: mirad que desta manera habeis de morir todos, que nuestros Dioses nos lo han prometido muchas veces. Pues las palabras de amenazas que decian á nuestros amigos los Tlascaltecas, eran tan lastimosas y malas, que los hacian desmayar, y les echaban piernas de Indios asadas, y brazos de nuestros soldados, y les decian: comé de las carnes de esos Teules, y de vuestros hermanos, que ya bien hartos estamos dellos, y de eso que nos sobra os podeis hartar, y mirad que las casas que habeis derrocado, que os hemos de traer para que las torneis á hacer

muy mejores, y con piedras y lanzas, y cal y canto, y pintadas, por eso ayudad muy bien á esos Teules, que á todos los vereis sacrificados. Pues otra cosa mandó hacer Guatemuz, que como hubo aquella vitoria de Cortés, envió á todos los pueblos nuestros confederados y amigos, y á sus parientes, pies y manos de nuestros soldados, y caras de soldados con sus barbas, y las cabezas de los caballos que matáron: y les envió á decir, que eramos muertos mas de la mitad de nosotros, é que presto nos acabarian, é que dexasen nuestra amistad, y se viniesen á México, y que si luego no lo dexaban, que les enviaria á destruir; y les envió á decir otras muchas cosas para que se fuesen de nuestro Real, y nos dexasen, pues habiamos de ser presto muertos de su mano: y á la continua dándonos guerra, así de dia como de noche: y como velábamos todos los del Real juntos, y Gonzalo de Sandoval y Pedro de Alvarado, y los demas Capitanes haciéndonos compañía en la vela, aunque venian de noche grandes Capitanías de guerreros, los resistiamos. Pues los de á caballo todo el dia y la noche estaba la mitad dellos en lo de Tacuba, y la otra mitad en las calzadas. Pues otro mayor mal nos hiciéron, que quanto habiames cegado desde que en la calzada entramos, todo lo tornáron á abrir, y hiciéron albarradas muy mas fuertes que de antes. Pues los amigos de

las ciudades de la laguna, que nuevamente habian tomado nuestra amistad, y nos viniéron á ayudar con las canoas, creyéron llevar lana, y volviéron trasquilados, porque perdiéron muchos las vidas, y mas de la mitad de las canoas que traian, y otros muchos volviéron heridos: y aun con todo esto desde allí adelante no ayudáron á los Mexicanos, porque estaban mal con ellos, salvo estarse á la mira. Dexemos de hablar mas en contar lástimas, y volvamos á decir el recaudo y manera que teniamos, y como Sandoval y Francisco de Lugo, y Andres de Tapia, y los demas caballeros que habian venido á nuestro Real, les pareció que era bien volverse á sus puestos, y dar relacion á Cortés, como y de qué manera estábamos; y se fuéron en posta, y dixéron á Cortés, como Pedro de Alvarado, y todos sus soldados teniamos muy buen recaudo, así en el batallar, como en el velar: y aun el Sandoval, como me tenia por amigo, dixo á Cortés, como me halló á mí, y á otros soldados batallando en el agua á mas de la cinta, defendiendo un bergantin que estaba zabordado en unas estacadas: é que si por nuestras personas no fuera, que mataran á todos los soldados, y al Capitan que dentro venia: é porque dixo de mi persona otras loas, que yo aquí no tengo de decir, porque otras personas lo dixéron, y se supo en todo el Real, no quiero aquí recitallo: y

quando Cortés lo hubo bien entendido del buen recaudo que teniamos en nuestro Real, con ello descansó su corazon, y desde allí adelante mandó á todos tres Reales, que no batallásemos poco ni mucho con los Mexicanos; entiéndese que no curásemos de tomar ninguna puente ni albarrada, salvo defender nuestros Reales, no nos los rompiesen, porque de batallar con ellos no habia bien esclarecido el dia ántes, quando estaban sobre nuestro Real tirando muchas piedras con hondas, y vara, y flecha, y diciéndonos muchos vituperios feos: y como teniamos junto á nuestro Real una obra de agua muy ancha y honda, estuvimos quatro dias arreo que no la pasamos, y otro tanto se estuvo Cortés en el suyo, y Sandoval en el suyo: y esto de no salir á batallar, y procurar de ganar las albarradas que habian tornado abrir y hacer fuertes; era por causa que todos estábamos muy heridos y trabajados, asi de velas, como de las armas, y sin comer cosa de sustancia: y como faltaban del dia ántes sobre sesenta y tantos soldados de todos tres Reales, y siete caballos, porque recibiéramos algun alivio, y para tomar maduro consejo de lo que habiamos de hacer de allí adelante, mandó Cortés que estuviésemos quedos, como dicho tengo. Y dexallo, he aquí, y diré cómo y de qué manera peleábamos, y todo lo que en nuestro Real pasó.

CAPITULO CLIII.

De la manera que peleábamos, é se nos fuéron todos los amigos á sus pueblós.

La manera que teniamos en todos tres Reales de pelear es esta, que velábamos de noche todos los soldados juntos en las calzadas, y nuestros bergantines á nuestros lados tambien en las calzadas, y los de á caballo rondando la mitad dellos en lo de Tacuba, adonde nos hacian pan, y teniamos nuestro fardaxe, y la otra mitad en las puentes y calzada, y muy de mañana aparejábamos los puños para pelear y batallar con los contrarios que nos venian á entrar en nuestro Real, y procuraban de nos desbaratar: y otro tanto hacian en el Real de Cortés, y en el de Sandoval; y esto no fué sino cinco dias, porque luego tomamos otra órden, lo qual diré adelante: y digamos como los Mexicanos hacian cada dia grandes sacrificios y fiestas en el Cu mayor de Tatelulco, y tañian su maldito atambor, y otras trompas y atabales, y caracoles, y daban muchos gritos y alaridos, y tenian cada noche grandes luminarias de mucha leña encendida, y entónces sacrificaban de nuestros compañeros á sus malditos ídolos Huichilobos y Tezcatepuca, y hablaban con ellos: y segun

ellos decian, que en la mañana, ó en aquella misma noche nos habian de matar. Parece ser que como sus ídolos son perversos y malos, por engañarlos para que no viniesen de paz, les hacian increyente, que á todos nosotros nos habian de matar, y á los Tlascaltecas, y á todos los demas que fuesen en nuestra ayuda, y como nuestros amigos lo oian, teníanlo por muy cierto, porque nos vian desbaratados. Dexemos destas pláticas que eran de sus malos ídolos, y digamos como en la mañana venian muchas Capitanías juntas á nos cercar y dar guerra, y se remudaban de rato en rato, unos de unas divisas y señales, y venian otros de otras libreas : y entónces quando estábamos peleando con ellos nos decian muchas palabras, diciéndonos de apocados, y que no eramos buenos para cosa ninguna, ni para hacer casas, ni maizales, y que no eramos sino para venilles á robar su ciudad, como gente mala, que habiamos venido huyendo de nuestra tierra, y de nuestro Rey y Señor : y esto decian por lo que Narvaez les habia enviado á decir, que veniamos sin licencia de nuestro Rey, como dicho tengo : y nos decian, que de ahí á ocho dias no habia de quedar ninguno de nosotros á vida, porque así se lo habian prometido la noche antes sus Dioses : y desta manera nos decian otras cosas malas, y á la postre decian : mirad quan malos y vellacos sois, que aun vuestras carnes son tan malas para comer, que

amargan como las hieles, que no las podemos tragar de amargor: y parece ser como aquellos dias se habian hartado de nuestros soldados y compañeros, quiso nuestro Señor que les amargasen las carnes. Pues á nuestros amigos los Tlascaltecas, si muchos vituperios nos decian á nosotros, mas les decian á ellos, é que les ternian por esclavos para sacrificar y hacer sus sementeras, y tornar á edificar las casas que les habiamos derrocado, é que las habian de hacer de cal y canto labradas, que su Huichilobos se lo habia prometido: y diciendo esto, luego el bravoso pelear, y se venian por unas casas derrocadas, y con las muchas canoas que tenian nos tomaban las espaldas, y aun nos tenian algunas veces atajados en las calzadas, y nuestro Señor Jesu-Christo nos sustentaba cada dia, que nuestras fuerzas no bastaban; mas todavía les haciamos volver muchos dellos heridos, y muchos quedaban muertos. Dexemos de hablar de los grandes combates que nos daban, y digamos como nuestros amigos los de Tlascala, y de Cholula, y Guaxocingo, y aun los de Tezcuco acordáron de se ir á sus tierras, y sin lo saber Cortés, ni Pedro de Alvarado, ni Sandoval se fuéron todos los mas, que no quedó en el Real de Cortés, sino este Suchel, que despues que se bautizó se llamó Don Cárlos, y era hermano de Don Fernando Señor de Tezcuco, y era muy esforzado hombre, y quedáron con él otros sus parientes y

amigos, que serian hasta quarenta : y en el Real de Sandoval quedó otro Cacique de Guaxocingo, con obra de cincuenta hombres : y en nuestro Real quedáron dos hijos de nuestro amigo Don Lorenzo de Vargas, y el esforzado de Chichimecatecle, con obra de ochenta Tlascaltecas, parientes y vasallos : y como nos hallamos solos y con tan pocos amigos, recebimos pena, y Cortés y Sandoval y cada uno en su Real preguntaban á los amigos que les quedaban, que porque se habian ido de aquella manera los demas sus hermanos, y decian que como vian que los Mexicanos hablaban de noche con sus ídolos, é prometian que nos habian de matar á nosotros y á ellos, que creian que debia de ser verdad, y del miedo se iban, y que lo que les daba mas crédito á ello, era vernos á todos heridos, y nos habian muerto á muchos de nosotros, é que dellos mismos faltaban mas de mil y docientos, y que temiéron no matasen á todos : y tambien porque Xicotenga el Mozo que mandó ahorcar Cortés en Tezcuco, siempre les decia que sabia por sus adivinanzas, que á todos nos habian de matar, é que no habia de quedar ninguno de nosotros á vida, y por esta causa se fuéron. E puesto que Cortés en lo secreto sintió pesar dello, mas con rostro alegre les dixo, que no tuviesen miedo, é que lo que aquellos Mexicanos les decian que era mentira, y por desmayarlos : y tantas palabras de prometimientos les

dixo, y con palabras amorosas los esforzó á estar con él: y otro tanto diximos al Chichimecatecle, y á los dos Xicotengas. Y en aquestas pláticas que en aquella sazon decia Cortés á este Suchel, que ya he dicho que se dixo Don Cárlos, como era de suyo Señor, y esforzado, dixo á Cortés: Señor Malinche, no recibas pena por no batallar cada dia en tu Real algunas veces, y otro tanto manda al Tonatio, que era Pedro de Alvarado, que así lo llamaban, que se esté en el suyo, y Sandoval en Tepeaquilla, y con los bergantines anden cada dia á quitar y defender, que no les entren bastimentos, ni agua, porque estan aquí dentro en esta gran ciudad tantos mil Xiquipiles de guerreros, que por fuerza, siendo tantos se les ha de acabar el bastimento que tienen, y el agua que ahora beben es medio salobre, que toman de unos hoyos que tienen hechos, y como llueve de dia y de noche, recogen el agua para beber, y dello se sustentan; mas ¿qué pueden hacer si les quitas la comida y el agua, sino que es mas que guerra la que ternán con la hambre y sed? Como Cortés aquello entendió, le echó los brazos encima, y le dió gracias por ello, con prometimientos que le daria pueblos: y aqueste consejo le habiamos puesto en plática muchos soldados á Cortés; mas somos de tal calidad, que no quisieramos aguardar tanto tiempo, sino entralles luego en la ciudad. Y quando Cortés hubo bien conside-

rado lo que nosotros tambien le habiamos dicho, y sus Capitanes y soldados se lo decian, mandó á dos bergantines que fuesen á nuestro Real, y al de Sandoval á nos decir que estuviésemos otros tres dias sin les ir entrando en la ciudad, y como en aquella sazon los Mexicanos estaban vitoriosos, no osábamos enviar un bergantin solo, y por esta causa envió dos: y una cosa nos ayudó mucho, y es, que ya osaban nuestros bergantines romper las estacadas, que los Mexicanos les habian hecho en la laguna, para que zabordasen: y es desta manera, que remaban con gran fuerza, y para que mas furia truxese, tomaban de algo atras, y si hacia algun viento á todas velas, y con los remos muy mejor; y así eran señores de la laguna, y aun de muchas partes de las casas que estaban apartadas de la ciudad: y los Mexicanos como aquello viéron se les quebró algo su braveza. Dexemos esto, y volvamos á nuestras batallas: y es, que aunque no teniamos amigos, comenzamos á cegar y atapar la gran abertura que he dicho otras veces, que estaba junto á nuestro Real, con la primera Capitanía que venia la rueda de acarrear adobes y madera, y cegar, lo poniamos muy por la obra, y con grandes trabajos: y las otras dos Capitanías batallábamos. Ya he dicho otras veces, que así lo teniamos concertado, y habia de andar por rueda, y en quatro dias que todos trabajamos en ella, la teniamos cegada y

allanada: y otro tanto hacia Cortés en su Real con el mismo concierto, y aun él en persona llevaba adobes y madera, hasta que quedaban seguras las puentes y calzadas, y aberturas, por tenello seguro al retraer: y Sandoval ni mas ni ménos en el suyo, y en nuestros bergantines junto á nosotros sin temer estacadas; y desta manera les fuimos entrando poco á poco. Volvamos á los grandes esquadrones que á la continua nos daban guerra, que muy bravosos y vitoriosos se venian á juntar pie con pie con nosotros, y de quando en quando, como se mudaban unos esquadrones venian otros. Pues digamos el ruido y alarido que traian, y en aquel instante el resonido de la corneta de Guatemuz, y entónces apechugaban de tal arte con nosotros, que no nos aprovechaban cuchilladas, ni estocadas que les dábamos, y nos venian á echar mano: y como despues de Dios nuestro buen pelear nos habia de valer, teniamos muy reciamente contra ellos, hasta que con las escopetas y ballestas, y arremetidas de los de á caballo, que estaban á la continua con nosotros la mitad dellos, y con nuestros bergantines que no temian ya las estacadas, les haciamos estar á raya, y poco á poco, les fuimos entrando: y desta manera batallábamos hasta cerca de la noche, que era hora de retraer. Pues ya que nos retraiamos, ya he dicho otras veces que habia de ser con gran concierto, porque entónces procuraban de nos

atajar en la calzada y pasos malos, y de si ántes lo procuraban, en estos dias con la vitoria que habian alcanzado, lo ponian muy por la obra: y digo que por tres partes nos tenian tomados en medio en este dia, mas quiso nuestro Señor Dios, que puesto que hiriéron muchos de nosotros, nos tornamos á juntar, y matamos y prendimos muchos contrarios, y como no teniamos amigos que echar fuera de las calzadas, y los de á caballo nos ayudaban valientemente, puesto que en aquella refriega y combate les hiriéron dos caballos, y volvimos á nuestro Real bien heridos, donde nos curamos con aceyte, y apretar nuestras heridas con mantas, y comer nuestras tortillas con axí, y yerbas y tunas, y luego puestos todos en la vela. Digamos ahora lo que los Mexicanos hacian de noche en sus grandes y altos Cues: y es, que tenian su maldito atambor, que dixe otra vez que era el de mas maldito sonido, y mas triste que se podia inventar, y sonaba muy lejos; y tañian otros peores instrumentos. En fin, cosas diabólicas; y tenian grandes lumbres, y daban grandísimos gritos y silvos, y en aquel instante estaban sacrificando de nuestros compañeros, de los que tomáron á Cortés, que supimos que sacrificáron diez dias arreo hasta que los acabáron, y el postrero dexáron á Christóbal de Guzman, que vivo le tuviéron diez y ocho dias, segun dixéron tres Capitanes Mexicanos que prendimos: y quando los sacrificaban,

entónces hablaba su Huichilobos con ellos, y les prometia vitoria, é que habiamos de ser muertos á sus manos ántes de ocho dias, é que nos diesen buenas guerras, aunque en ellas muriesen muchos: y desta manera les traian engañados. Dexemos ahora de sus sacrificios, y volvamos á decir, que quando otro dia amanecia, ya estaban sobre nosotros todos los mayores poderes que Guatemuz podia juntar, y como teniamos cegada la abertura, y calzada y puentes; mi fe ellos como la ponian en seco, tenian atrevimiento á venir hasta nuestros ranchos, y tirar vara, y piedra y flecha, si no fuera por los tiros con que siempre les haciamos apartar; porque Pedro Moreno Medrano, que tenia cargo dellos, les hacia mucho daño: y quiero decir, que nos tiraban saetas de las nuestras con ballestas, quando tenian vivos á cinco ballesteros, y al Christóbal de Guzman con ellos, y les hacian que les armasen las ballestas, y les mostrasen como habian de tirar: y ellos y los Mexicanos tiraban aquellos tiros, y no nos hacian mal: y tambien batallaba reciamente Cortés y Sandoval, y les tiraban saetas con ballestas, y esto sabiamoslo por Sandoval, y los bergantines que iban de nuestro Real al de Cortés, y del de Cortés al nuestro, y al de Sandoval, y siempre nos escribia de la manera que habiamos de batallar, y todo lo que habiamos de hacer, y encomendándonos la vela, y que siempre estuviesen la mitad de los

de á caballo en Tacuba guardando el fardaxe, y las Indias que nos hacian pan, y que parasemos mientes no rompiesen por nosotros una noche: porque unos prisioneros que en el Real de Cortés se prendiéron, le dixéron que Guatemuz decia muchas veces, que diesen en nuestro Real de noche, pues no habia Tlascaltecas que nos ayudasen; porque bien sabian que se nos habian ido ya todos los amigos. Ya he dicho otra vez que poniamos gran diligencia en velar. Dexemos esto, y digamos que cada dia teniamos muy recios rebatos, y no dexábamos de les ir ganando albarradas y puentes, y aberturas de agua: y como nuestros bergantines osaban ir por do quiera de la laguna, y no temian á las estacadas, ayudábannos muy bien. Y digamos como siempre andaban dos bergantines de los que tenia Cortés en su Real, á dar caza á las canoas que metian agua y bastimentos, y cogian en la laguna uno como medio lama, que despues de seco tenia un sabor como de queso, y traian en los bergantines muchos Indios presos. Tornemos al Real de Cortés, y de Gonzalo de Sandoval, que cada dia iban conquistando y ganando albarradas y puentes: y en aquestos trances y batallas se habian pasado, quando en el desbarate de Cortés, doce ó trece dias: y como este Suchel, hermano de Don Hernando Señor de Tezcuco, vió que volviamos muy de hecho en nosotros, y no era verdad lo que los Mexicanos

decian, que dentro de diez dias nos habian de matar, porque así se lo habia prometido su Huichilobos, envió á decir á su hermano Don Hernando, que luego enviase á Cortés todo el poder de guerreros que pudiese sacar de Tezcuco, y viniéron dentro en dos dias, que él se lo envió á decir, mas de dos mil hombres. Acuérdome que viniéron con ellos Pedro Sanchez Farfan, y Antonio de Villarroel, marido que fué de la Ojeda; porque aquestos dos soldados habia dexado Cortés en aquella ciudad, y el Pedro Sanchez Farfan era Capitan, y el Antonio Villarroel era Ayo de Don Fernando: y quando Cortés vido tan buen socorro se holgó mucho, y les dixo palabras halagüeñas: y asimismo en aquella sazon volviéron muchos Tlascaltecas con sus Capitanes, y venia por Capitan dellos un Cacique de Topeyanco, que se decia Tecapanaca, y tambien viniéron otros muchos Indios de Guaxocingo, y pocos de Cholula: y como Cortés supo que habian vuelto, mandó que todos fuesen á su Real, para les hablar, y primero que viniesen les mandó poner guardas en el camino para defendellos, por si saliesen Mexicanos: y quando pareciéron delante, Cortés les hizo un parlamento con Doña Marina y Gerónimo de Aguilar, y les dixo, que bien habian creido y tenido por cierto la buena voluntad que siempre les ha tenido y tiene, así por haber servido á su Magestad, como por las buenas obras que dellos

hemos recebido; y que si les mandó desde que venimos á aquella ciudad venir con nosotros á destruir á los Mexicanos, que su intento fué porque se aprovechasen y volviesen ricos á sus tierras, y se vengasen de sus enemigos, que no para que por su sola mano hubiésemos de ganar aquella gran ciudad: y puesto que siempre les ha hallado buenos, y en todo nos han ayudado, que bien habrán visto que cada dia les mandábamos salir de las calzadas, porque nosotros estuviésemos mas desembarazados sin ellos para pelear; é que ya les habian dicho y amonestado otras veces, que el que nos da vitoria, y en todo nos ayuda, es nuestro Señor Jesu-Christo, en quien creemos y adoramos: y porque se fuéron al mejor tiempo de la guerra, eran dignos de muerte, por dexar sus Capitanes peleando y desmamparallos: é que porque ellos no saben nuestras leyes y ordenanzas, que es perdonar, é que porque mejor lo entiendan, que mirasen que estando sin ellos ibamos derrocando casas y ganando albarradas: é que desde allí adelante les mandaba que no maten á ningunos Mexicanos, porque les quiere tomar de paz. Y despues que les hubo dicho este razonamiento, abrazó á Chichimecatecle, y á los dos mancebos Xicotengas, y á este Suchel hermano de Don Hernando, y les prometió que les daria tierras y vasallos mas de los que tenian, teniéndoles en mucho á los que quedáron en nuestro Real; y asimismo

habló muy bien á Tecapaneca, Señor de Topeyanco, y á los Caciques de Guaxocingo y Cholula, que estaban en el Real de Sandoval. Y como les hubo platicado lo que dicho tengo, cada uno se fué á su Real*. Dexemos desto y volva-

* Despues que volviéron las Naciones amigas que fué por el diez ó doce de Julio de 1521, segun conjeturo, por las fechas que señala Cortés en algunos sucesos, siguió otro plan para atacar y estrechar á Méjico. El sitio se dilataba mucho; el corto número de Españoles, heridos y dolientes los mas, no podrian sufrir mucho tiempo la dura fatiga de los ataques diarios, y por pocos soldados que muriesen, continuando el sitio en la forma que hasta entónces, vendria el ejército á su fin: la obstinacion de los Mejicanos no cedia, el riesgo en que Cortés y todo el ejército se habian visto fué casi decisivo; las Naciones amigas le podian desamparar, y disiparse en los Americanos la ilusion que los tenia sujetos á un pequeño número de estranjeros ello es que la estrema necesidad le hizo resolver el último plan de ataque contra esta gran ciudad, y es el que él mismo declara. « En esta sazon, « *dice*, ya los que habiamos salido heridos del desbarato, estaba- « mos buenos, y á la Villa Rica habia aportado un navio de Juan « Ponce de Leon, que habian desbaratado en la tierra ó Isla « Florida, y los de la Villa enviaronme cierta pólvora y balles- « tas, de que teniamos muy extrema necesidad, y ya gracias á « Dios, por aqui á la redonda no teniamos tierra, que no fuese « en nuestro favor: y yo viendo como estos de la ciudad esta- « ban tan rebeldes, y con la mayor muestra y determinacion « de morir, que nunca generacion tuvo, no sabia que medio « tener con ellos para quitarnos á nosotros de tantos peligros y « trabajos, y á ellos, y á su ciudad, no los acabar de destruir, « porque era la mas hermosa cosa del mundo: y no nos aprove- « chaba decilles, que no habiamos de levantar los Reales, ni los « bergantines habian de cesar de les dar guerra por el agua; « ni que habiamos destruido á los de Matalcingo y Marinalco, y « que no tenian en toda la tierra quien los pudiese socorrer, ni

mos á nuestras grandes guerras y combates que siempre teniamos y nos daban; y porque siempre de dia y de noche no haciamos sino batallar, y á las tardes al retraer siempre herian á muchos de nuestros soldados, dexaré de contar muy por extenso lo que pasaba: y quiero decir

« tenian de donde haber maiz, ni carne, ni frutas, ni agua, ni « otra cosa de mantenimiento. E quanto mas de estas cosas les « deciamos, menos muestra veíamos en ellos de flaqueza, mas « ántes en el pelear, y en todos sus ardides: los hallabamos con « mas ánimo que nunca. E yo viendo que el negocio pasaba de « esta manera, y que habia ya mas de quarenta y cinco dias, que « estabamos en el cerco, acordé de tomar un medio para nuestra « seguridad, y para poder mas estrechar á los enemigos, y fué; « que como fuesemos ganando por las calles de la ciudad, que « fuesen derrocando todas las casas dellas del un lado, y del otro, « por manera, que no fuesemos un paso adelante sin lo dexar « todo asolado, y lo que era agua hacello tierra firme aunque « hobiese toda la dilacion, que se pudiese seguir. E para esto yo « llamé á todos los Señores, y principales nuestros amigos, y « dixeles lo que tenia acordado, por tanto que ficiesen venir mu- « cha gente de sus labradores, y truxesen sus coas, que son unos « palos, de que se aprovechan tanto como los cabadores en Es- « paña de la azada: y ellos me respondiéron, que así lo harian de « muy buena voluntad, y que era muy buen acuerdo, y holgaron « mucho con esto, porque les paresció que era manera, para que « la ciudad se asolase, lo qual todos ellos deseaban mas que cosa « del mundo. *Cortés Carta III.*

Quedó pues acordado echar por el suelo y arrasar esta célebre Capital, siendo ejecutores miliares de guerreros Americanos, que de dia en dia aumentaban el poder de Cortés. La ejecucion de este nuevo plan empezó á mi entender por el diez y siete ó diez y ocho de Julio de 1521. Es doloroso que el sistema que Cortés tuvo que abrazar por necesidad para la conquista, obligase á destruir los monumentos de la grandeza de este Imperio.

como en aquellos dias llovia en las tardes, que nos holgábamos que viniese el aguacero temprano, porque como se mojaban los contrarios no peleaban tan bravosamente, y nos dexaban retraer en salvo, y desta manera teniamos algun descanso. Y porque ya estoy harto de escribir batallas, y mas cansado y herido estaba de me hallar en ellas, y á los Lectores les parecerá prolixidad recitallas tantas veces: ya he dicho que no puede ser ménos, porque en noventa y tres dias siempre batallábamos á la continua; mas desde aquí adelante si lo pudiese escusar no lo traeria tanto á la memoria en esta relacion. Volvamos á nuestro cuento, y como en todos tres Reales les íbamos entrando en su ciudad, Cortés por la suya, y Sandoval tambien por su parte, y Pedro de Alvarado por la nuestra, llegamos adonde tenian la fuente que ya he dicho otra vez, que bebian agua salobre; la qual quebramos y deshicimos, porque no se aprovechasen della, y estaban guardándola algunos Mexicanos, y tuvimos buena refriega de vara, y piedra y flecha, y muchas lanzas largas con que aguardaban á los de á caballo, porque por todas partes de las calles que les habiamos ganado, andaban ya, porque ya estaba llano, y sin agua, y podian correr muy gentilmente. Dexemos de hablar en esto, y digamos como Cortés envió á Guatemuz mensageros rogándole con la paz, y fué de la manera que diré adelante.

CAPITULO CLIV.

Como Cortés envió á Guatemuz á rogalle que tengamos paz.

Despues que Cortés vió que íbamos en la ciudad ganando muchas puentes y calzadas, y albarradas, y derrocando casas, como teniamos presos tres principales personas, que eran Capitanes de México, les mandó que fuesen á hablar á Guatemuz para que tuviesen paces con nosotros: y los principales dixéron, que no osaban ir con tal mensage, porque su Señor Guatemuz les mandaria matar. En fin de pláticas, tanto se lo rogó Cortés, y con promesas que les hizo, y mantas que les dió, que fuéron: y lo que les mandó que dixesen al Guatemuz, es, que porque los quiere bien, por ser deudo tan cercano del gran Montezuma su amigo, y casado con su hija, y porque ha mancilla, que aquella gran ciudad no se acabe de destruir, y por escusar la gran matanza que cada dia haciamos en sus vecinos y forasteros, que le ruega que venga de paz, y en nombre de su Magestad les perdonará todas las muertes y daños que nos han hecho, y hará muchas mercedes: é que tenga consideracion, que se lo ha enviado á decir tres ó quatro veces, é que él por ser mancebo, ó por sus consejeros, y la principal causa por sus malditos Idolos ó

Papas que le aconsejan mal, no ha querido venir sino darnos guerra : é pues que ya ha visto tantas muertes, como en las batallas que nos dan les han sucedido, y que tenemos de nuestra parte todas las ciudades y pueblos de toda aquella comarca, y cada dia nuevamente vienen mas contra ellos, que se compadezcan de tal perdimiento de sus vasallos y ciudad : tambien les envió à decir que se les habian acabado los mantenimientos, é que ya Cortés lo sabía, é que tambien agua no la tenian : y les envió á decir otras palabras bien dichas, que los tres principales las entendiéron muy bien por nuestras lenguas, y demandáron á Cortés una carta, y esta no porque la entendian, sino porque sabian claramente que quando enviábamos alguna mensagería ó cosas que les mandábamos, era un papel de aquellos que llaman amales, señal como mandamiento. Y quando los tres mensageros pareciéron ante su Señor Guatemuz, con grandes lágrimas y sollozando le dixéron lo que Cortés les mandó, y el Guatemuz desque lo oyó, y sus Capitanes que juntamente con él estaban, pareció ser que al principio recibió pasion de que fuesen atrevidos aquellos Capitanes de illes con tales embaxadas; mas como el Guatemuz era mancebo y muy gentil-hombre, y de buena disposicion, y rostro alegre, y aun la color tenia algo mas que tiraba á blanco, que á matiz de Indio; que era de obra de veinte y tres años, y era

casado con una muy hermosa muger, hija del gran Montezuma su tio, y segun despues alcanzamos á saber, tenia voluntad de hacer paces, y para platicallo mandó juntar todos sus Capitanes, y principales y Papas de los ídolos, y les dixo que tenia voluntad de no tener guerra con Malinche, ni todos nosotros: y la plática que sobre ello les puso, fué que ya habian probado todo lo que se puede hacer sobre la guerra, y mudado muchas maneras de pelear, y que somos de tal manera, que quando pensaban que nos tenian vencidos, que entónces volviamos muy mas reciamente sobre ellos: y que al presente sabia los grandes poderes de amigos que nuevamente nos habian venido, y que todas las ciudades eran contra ellos, y que ya los bergantines les habian rompido sus estacadas: y que los caballos corrian á rienda suelta por las calles de su ciudad, y les puso por delante otras muchas desventuras que tenian sobre los mantenimientos y agua: que les rogaba y mandaba, que cada uno dellos diese sobre ello su parecer, y los Papas tambien dixesen el suyo, y lo que á sus Dioses Huichilobos y Tezcatepuca les han oido hablar: y que ninguno tuviese temor de hablar y decir la verdad de lo que sentia. Y segun pareció le dixéron: Señor y nuestro gran Señor, ya te tenemos á ti por nuestro Rey y Señor, y es muy bien empleado en ti el reynado, pues en todas tus cosas te has mostrado varon,

y te viene de derecho el Reyno. Las paces que dices buenas son; mas mira y piensa en ello, que quando estos Teules entráron en estas tierras, y en esta ciudad, qual nos ha ido de mal en peor: mirad los servicios y dádivas que les hizo y dió nuestro Señor vuestro tio el gran Montezuma, en que paró. Pues vuestro primo Cacamatzin Rey de Tezcuco, por el consiguiente. Pues vuestros parientes los Señores de Iztapalapa, é Cuyoacan, y Tacuba, y de Talatzingo, qué se hiciéron? Pues los hijos de nuestro gran Señor Montezuma, todos muriéron. Pues oro y riquezas desta ciudad todo se ha consumido. Pues ya ves que á todos tus súbditos y vasallos de Tepeaca y Chalco, y aun de Tezcuco, y aun de todas estas vuestras ciudades y pueblos les ha hecho esclavos, y señalado las caras. Mira primero lo que nuestros Dioses te han prometido, toma buen consejo sobre ello, y no te fies de Malinche, ni de sus palabras, que mas vale que todos muramos en esta ciudad peleando, que no vernos en poder de quien nos harán esclavos, y nos atormentarán: y los Papas en aquel tiempo le dixéron que sus Dioses les habian prometido vitoria tres noches arreo, quando les sacrificaban: y entónces el Guatemuz medio enojado les dixo: pues así quereis que sea, guardad mucho el maiz y bastimentos que tenemos, y muramos todos peleando, y desde aquí adelante ninguno sea osado á me deman-

dar paces, si no yo le mataré: y allí todos prometiéron de pelear noches y dias, y morir en la defensa de su ciudad. Pues ya esto acabado tuviéron trato con los de Suchimilco, y otros pueblos, que les metiesen agua en canoas de noche, y abriéron otras fuentes en partes que tenian agua, aunque salobre. Dexemos ya de hablar en este su concierto, y digamos de Cortés, y de todos nosotros, que estuvimos dos dias sin entralles en su ciudad esperando la respuesta, y quando no nos catamos vienen tantos esquadrones de guerreros Mexicanos en todos tres Reales, y nos dan tan recia guerra, que como leones muy bravosos venian á encontrar con nosotros, que en todo su seso creyéron de llevarnos de vencida. Esto que digo fué por nuestra parte del Real de Pedro de Alvarado, que en lo de Cortés y Sandoval, tambien dixéron que les habian llegado á sus Reales, que no les podian defender, aunque mas les mataban y herian: y quando peleaban tocan la corneta de Guatemuz, y entónces habiamos de tener órden, que no nos desbaratasen: porque ya he dicho otras veces, que entónces se metian por las espadas y lanzas para nos echar mano: é como ya estábamos acostumbrados á los rencuentros, puesto que cada dia herian y mataban de nosotros, teniamos con ellos pie con pie: y desta manera peleáron seis ó siete dias arreo, y nosotros les matábamos y heriamos muchos dellos,

y con todo esto no se les daba nada por morir. Acuérdome que decian: ¿en qué se anda Malinche con nosotros cada dia demandándonos paces? que nuestros Idolos nos han prometido vitoria, y tenemos hartos bastimentos y agua, y á ninguno de vosotros hemos de dexar á vida, por eso no tornen á hablar sobre las paces, pues las palabras son para las mugeres, y las armas para los hombres: y diciendo esto se vienen á nosotros, como perros dañados, y hablando y peleando todo era uno, y hasta que la noche nos despartia estábamos peleando: y luego como dicho tengo, al retraer con gran concierto, porque nos venian siguiendo grandes Capitanías y esquadrones dellos, y echábamos á los amigos fuera de la calzada, porque ya habian venido muchos mas que de ántes; y nos volviamos á nuestras chozas, y luego ir y velar todos juntos, y en la vela cenábamos nuestra mala ventura, como dicho tengo otras veces, y bien de madrugada, alto á pelear, porque no nos daban mas espacio; y desta manera estuvimos muchos dias *: y estando desta manera tuvimos otro

* Los combates que refiere el Autor en este capítulo parece que fueron ya segun el nuevo órden de atacar á Temistitan, esto es, el de ganarla palmo á palmo, y desolarla al mismo paso, y creo se dieron hasta fines de Julio: pueden fijarse estas fechas por las relaciones de Cortés, que desde ahora son mas estensas, y dan como un diario del sitio. Del dia 25 dice: « otro dia siguiente, « que fué dia del Apostol Santiago, entramos en la ciudad, por la

combate; y es que se juntaban de tres Provincias, que se dicen Matalzingo y Malinalco, y otros pueblos, que no se me acuerda de sus nombres, que estaban obra de ocho leguas de México, para venir sobre nosotros, y miéntras estuviésemos batallando con los Mexicanos darnos en las espaldas, y en nuestros Reales, y

« órden que ántes, y seguimos por la calle grande, que iba á dar « al mercado, y ganámosles una calle muy ancha de agua, en « que ellos pensaban que tenian mucha seguridad, aunque se « tardó gran rato, y fué peligrosa de ganar; y en todo este dia « no se pudo, como era muy ancha de acabar de cegar, por ma- « nera que los de á caballo pudiesen pasar de la otra parte. E « como estábamos todos á pie, y los Indios veian que los caba- « llos no habian pasado, viniéron de refresco sobre nosotros, « muchos de ellos muy lucidos, y como les fecimos rostro, y te- « niamos muchos ballesteros, diéron la vuelta á sus albarradas « y fuerzas que tenian, aunque fuéron harto asaeteados. E demas « de esto todos los Españoles de á pie llevaban sus picas, las « quales yo habia mandado facer despues que me desbaratáron, « que fué cosa muy provechosa. Aquel dia por los lados de la « una parte, y de la otra de aquella calle principal, no se enten- « dió sino en quemar y allanar casas, que era lástima cierto de lo « ver, pero como no nos convenia hacer otra cosa, era nos for- « zado seguir aquella órden. Los de la ciudad, como vian tanto « estrago, por esforzarse decian a nuestros amigos, *que no ficie-* « *sen sino quemar y destruir, que ellos se las harian tornar* « *á hacer de nuevo; porque si ellos eran vencedores, ya ellos* « *sabian que habia de ser así; y sino, que las habian de ha-* « *cer para nosotros*: y de esto postrero, plugó á Dios, que sa- « liéron verdaderos aunque ellos son los que las tornan á hacer. « *Cortés Carta III.*

Aquí solo cuenta Cortés lo sucedido en su Real; en los otros dos se hacia otro tanto.

que entónces saldrian los poderes Mexicanos, y los unos por una parte, y los otros por otra, tenian pensamiento de nos desbaratar: y porque hubo otras pláticas, lo que sobre ello se hizo diré adelante.

CAPITULO CLV.

Como fué Gonzalo de Sandoval contra las Provincias que venian á ayudar á Guatemuz *.

Y para que esto se entienda bien, es menester volver algo atras á decir desde que á Cortés desbaratáron, y se lleváron á sacrificar sesenta y tantos soldados, y aun bien puedo decir sesenta y dos, porque tantos fuéron, despues que bien se contáron. Y tambien he dicho, que Guatemuz envió las cabezas de los caballos, y caras que habian desollado, y pies y manos de nuestros soldados que habian sacrificado á muchos pueblos, y á Mataltzingo y Malinalco: y les envió á hacer saber, que ya habia muerto la mitad de nuestras gentes, y que les rogaba, que para que nos acabasen de matar, que le viniesen á ayudar, é que darian guerra en nuestros Reales de dia y de noche, y que por fuerza ha-

* El Autor altera aquí el órden de los sucesos, y los que refiere en este capítulo de Sandoval, Tapia, y Licenciado Ayllon acontecieron algunos dias antes. *Cortés Carta III.*

biamos de pelear con ellos por defenderse : é que quando estuviésemos peleando saldrian ellos de México, y nos darian guerra por otra parte, de manera que nos vencerian, y ternian que sacrificar muchos de nosotros á sus Idolos, y harian hartazga con nuestros cuerpos. De tal manera se lo envió á decir, que lo creyéron y tuviéron por cierto : y demas desto, en Mataltzingo tenia el Guatemuz muchos parientes por parte de la madre, y como viéron las caras y cabezas que dicho tengo, y lo que les envió á decir, luego pusiéron por la obra de se juntar con todos sus poderes que tenian, y de venir en socorro de México, y de su pariente Guatemuz, y venian ya de hecho contra nosotros: y por el camino por donde pasáron estaban tres pueblos, y les comenzáron á dar guerra, y robáron las estancias, y robáron niños para sacrificar; los quales pueblos enviáron á se lo hacer saber á Cortés, para que les enviase ayuda y socorro : y como lo supo, depresto mandó á Andres de Tapia, y con veinte de á caballo, y cien soldados y muchos amigos, les socorrió muy bien, y les hizo retraer á sus pueblos, con mucho daño que les hizo, y se volvió al Real, de que Cortés hubo mucho placer y contentamiento : y despues desto, en aquel instante viniéron mensageros de los pueblos de Cuernabaca, á demandar socorro, que los mismos de Mataltzingo, de Malinalco, y otras Provincias venian so-

bre ellos, é que enviase socorro, y para ello envió á Gonzalo de Sandoval con veinte de á caballo, y ochenta soldados los mas sanos que habia en todos tres Reales, y muchos amigos: y sabe Dios quales quedábamos con gran riesgo de nuestras personas, porque todos los mas estábamos heridos muy malamente, y no teniamos refrigerio ninguno. Y porque hay mucho que decir en lo que Sandoval hizo en el desbarate de los contrarios, se dexará de decir, mas de que se vino muy depresto por socorrer á su Real, y traxo dos principales de Mataltzingo consigo, y los dexó mas de paz que de guerra, y fué muy provechosa aquella entrada que hizo lo uno por evitar que á nuestros amigos no se les hiciese ni recibiesen mas daño, y lo otro porque no viniesen á nuestros Reales, como venian de hecho, y porque viese Guatemuz y sus Capitanes, que no tenian ya ayuda, ni favor de aquellas Provincias: y tambien quando con ellos estábamos peleando nos decian, que nos habian de matar con ayuda de Mataltzingo, y de otras Provincias, é que sus Dioses se lo habian prometido así. Dexemos ya de decir de la ida y socorro que hizo Sandoval, y volvamos á decir de como Cortés envió á rogar á Guatemuz que viniese de paz, é que le perdonaria todo lo pasado: y le envió á decir, que el Rey nuestro Señor le envió á decir á ahora nuevamente, que no le destruyese mas aquella ciudad

y tierras, y que por esta causa los cinco dias pasados no le babia dado guerra, ni entrado batallando: y que mire que ya no tiene bastimentos, ni agua, y mas de las dos partes de su ciudad por el suelo: é que de los socorros que esperaba de Mataltzingo, que se informe de aquellos dos principales que entónces les envió, é digan como les ha ido en su venida: y le envió á decir otras cosas de muchos ofrecimientos, que fuéron con estos mensageros los dos Indios de Mataltzingo, y le dixéron lo que habia pasado, y no les quiso responder cosa ninguna, sino solamente les mandó que se volviesen á sus pueblos, y luego les mandó salir de México. Dexemos á los mensageros que luego saliéron, y los Mexicanos por tres partes con la mayor furia que hasta allí habiamos visto, y se vienen á nosotros, y en todos tres Reales nos diéron muy recia guerra: y puesto que les heriamos y matábamos muchos dellos, paréceme que deseaban morir peleando: y entónces quando mas recios andaban con nosotros pie con pie peleando, nos decian: Tenitoz Rey Castilla, Tenitoz Axaca, que quiere decir en su lengua, ¿ qué dirá el Rey de Castilla? ¿ que dirá ahora? y con estas palabras tirar vara y piedra, y flecha, que cubrian el suelo y calzada. Dexemos esto que ya les íbamos ganando gran parte de la ciudad, y en ellos sentiamos, que puesto que peleaban muy como varones, no se remu-

daban ya tantos esquadrones como solian, ni abrian zanjas ni calzadas; mas otra cosa tenian muy cierta, que al tiempo que nos retraiamos nos venian siguiendo, hasta nos echar mano: y tambien se nos habia acabado ya la pólvora en todos tres Reales, y en aquel instante habia venido á la villa Rica un navío que era de una armada de un Licenciado Lucas Vazquez de Ayllon, que se perdió y desbaratáron en las Islas de la Florida, y el navío aportó á aquel puerto, como dicho tengo, y venian en él ciertos soldados, y pólvora y ballestas y otras cosas: y el Teniente que estaba en la villa Rica, que se decia Rodrigo Rangel, que tenia en guarda á Narvaez, envió luego á Cortés pólvora y ballestas y soldados. Y volvamos á nuestra conquista por abreviar, que mandó y acordó Cortés con todos los demas Capitanes y soldados, * que les entrásemos todo quanto pudiésemos, hasta llegalles al Tatelulco, que es la plaza mayor, adonde estaban sus altos Cues y adoratorios; y Cortés por su parte, y Sandoval por la suya, y nosotros por la nuestra les íbamos ganando puentes y albarradas, y Cortés les entró hasta una plazuela donde tenian otros adoratorios; en aquellos Cues estaban unas vigas y en ellas muchas cabezas de nuestros soldados, que habian muer-

* Este acuerdo fué, á lo que creo probablemente, en el dia 1° de agosto, ó á principios de este mes ó á ultimos de Julio de 1521.

to y desbaratado en las batallas pasadas, y tenian los cabellos y barbas muy crecidas, mas que quando eran vivos y no lo habia yo creido, si no lo viera desde á tres dias, que como fuimos ganando por nuestra parte dos aberturas y puente, tuvimos lugar de las ver, é yo conocí á tres soldados mis compañeros: y quando las vimos de aquella manera, se nos saltáron las lágrimas de los ojos: y en aquella sazon se quedáron allí donde estaban; mas desde á doce dias se quitáron, y las pusimos aquellas y otras cabezas que tenian ofrecidas á otros ídolos, y las enterramos en una Iglesia, que se dice ahora los Mártires, que nosotros hicimos. Dexemos desto, y digamos como fuimos batallando por la parte de Pedro de Alvarado, y llegamos al Tatelulco, y habia tantos Mexicanos en guarda de sus Idolos y altos Cues, y tenian tantas albarradas, que estuvimos bien dos horas que no se lo pudimos tomar: y como podian ya correr caballos, puesto que les hiriéron á los mas; mas nos ayudáron muy bien, y alanceáron á muchos Mexicanos: y como habia tantos contrarios en tres partes, fuimos las tres Capitanías á batallar con ellos; y á la una Capitanía, que era de un Gutierre de Badajoz, mandó Pedro de Alvarado que subiese en el alto Cu de Huichilobos, y peleó muy bien con los contrarios, y muchos Papas que en las casas de los adoratorios estaban, y de tal manera le daban guerra los

contrarios, que le hacian venir las gradas abaxo: y luego Pedro de Alvarado nos mandó que le fuésemos á socorrer y dexásemos el combate en que estábamos: é yendo que íbamos, nos siguiéron los esquadrones con quien peleábamos, y todavía les subiamos sus gradas arriba. Aquí habia bien que decir en qué trabajo nos vimos los unos y los otros en ganalles aquellas fortalezas, que ya he dicho otras veces que eran muy altas; y en aquellas batallas nos tornáron á herir á todos muy malamente, y todavía les pusimos fuego á los Idolos, y levantamos nuestras banderas, y estuvimos batallando en lo llano, despues de le haber puesto fuego, hasta la noche, que no nos podiamos valer con tanto guerrero. Dexemos de hablar en ello, y digamos que como Cortés y sus Capitanes viéron en aquella sazon desde sus barrios y calles en sus partes léjos del alto Cu, y las llamaradas en que el Cu mayor se ardia, y nuestras banderas encima, se holgó mucho, y se quisieran hallar en él; mas no podian, porque habia un quarto de legua de la una parte á la otra, y tenian muchas puentes y aberturas de agua por ganar, y por donde andaba, le daban recia guerra, y no podian entrar tan presto como quisieran en el cuerpo de la ciudad; mas dende á quatro dias se juntó con nosotros, así Cortés, como Sandoval, é podiamos ir desde un Real á otro por las calles y casas derrocadas, y

puentes y albarradas deshechas, y aberturas de agua todo ciego. * Y en este instante se iban re-

* « Otro dia siguiente. *dice Cortés*, estando adereszando para « tornar á entrar en la ciudad á las nueve horas del dia, vimos « de nuestro Real salir humo, de dos torres muy altas que esta« ban en el Tatelulco ó Mercado de la ciudad, que no podiamos « pensar que fuese: y como parescia que era mas que desaume« rios, que acostumbran los Indios á hacer á sus Idolos, barrun« tamos que la gente de Pedro de Alvarado habia llegado allí, y « aunque así era la verdad, no lo podiamos creer. E cierto aquel « dia Pedro de Alvarado y su gente lo hiciéron valientemente, « porque teniamos muchas puentes y albarradas de ganar, y « siempre acudian á las defender toda la mas parte de la ciudad. « Otro dia entramos luego por la mañana en la ciudad, y como « no habia por ganar fasta llegar al Mercado, sino una travesia de « agua con su albarrada, que estaba junto á la torrecilla que he « dicho, comenzámosla á combatir; y un Alferez, y otros dos ó « tres Españoles echáronse al agua, y los de la ciudad desampa« ráron luego el paso, y comenzóse á cegar y aderezar para que « pudiésemos pasar con los caballos; y estándose adereszando « llegó Pedro de Alvarado por la misma calle con quatro de ca« ballo, que fué sin comparacion el placer que hubo la gente de « su Real y del nuestro, porque era camino para dar muy breve « conclusion en la guerra: y Pedro de Alvarado dexaba recaudo « de gente en las espaldas hilados, así para conservar lo ganado, « como para su defensa: y como luego se adereszó el paso, yo « con alguños de caballo me fui á ver el Mercado, y mandé á la » gente de nuestro Real que no pasase adelante de aquel paso. E « despues que anduvimos un rato paseándonos por la plaza, mi« rando los portales de ella, los quales por las azoteas estaban « llenos de los enemigos; é como la plaza era muy grande, y « veian andar por ella los de caballo, no osaban llegar; é yo subi « en aquella torre grande que está junto al Mercado, y en ella, « tambien, y en otras hallamos ofrescidas ante sus ídolos las ca« bezas de los Christianos que nos habian muerto, y de los Indios « de Tascaltecal nuestros amigos; entre quien siempre ha habido

trayendo Guatemuz con todos sus guerreros en una parte de la ciudad dentro de la laguna, porque las casas y palacios en que vivia, ya estaban por el suelo, y con todo esto no dexaban cada dia de salir á nos dar guerra, y al tiempo de retraer nos iban siguiendo muy mejor que de ántes: é viendo esto Cortés, que se pasaban muchos dias, y no venian de paz, ni tal pensamiento tenian, acordó con todos nuestros Capitanes que les echásemos celadas: y fué desta manera, que de todos tres Reales se juntáron hasta treinta de á caballo y cien soldados los mas sueltos y guerreros que conocia Cortés: y envió á llamar de todos tres Reales mil Tlascaltecas, y nos metimos en unas casas grandes que habian

« muy antigua y cruel enemistad. E yo miré dende aquella torre « lo que teniamos ganado de la ciudad, que sin duda de ocho par- « tes teniamos ganado las siete: é viendo que tanto número de « gente de los enemigos no era posible sufrirse en tanta angos- « tura, mayormente que aquellas casas que les quedaban eran « pequeñas y puestas cada una de ellas sobre sí en el agua, y sobre « todo la grandísima hambre que entre ellos habia, y que por las « calles hallábamos roidas las raices y cortezas de los árboles; « acordé de los dexar de combatir por algun dia, y movélles al- « gun partido por donde no pereciese tanta multitud de gente, « que cierto me ponia en mucha lástima y dolor el daño que en « ellos se hacia: y continuamente les hacia acometer con la paz; « y ellos decian, que en ninguna manera se habian de dar, y que « uno solo que quedase, habia de morir peleando; y que todo lo « que tenian no habiamos de haber ninguna cosa, y que lo habian « de quemar y echar al agua, donde nunca pareciese; y yo por no « dar mal por mal, disimulaba en no les dar el combate.» *Cortés Carta III.*

sido de un señor de México, y esto fué muy de mañana, y Cortés iba entrando con los demas de á caballo que le quedaban y sus soldados y ballesteros y escopeteros por las calles y calzadas como solia, y ya llegaba Cortés á una abertura y puente de agua, y entónces estaban peleando con los esquadrones de Mexicanos que para ello estaban aparejados, y aun muchos mas que Guatemuz enviaba para guardar la puente : y como Cortés vió que habia gran número de contrarios, hizo que se retraia y mandaba echar los amigos fuera de la calzada, porque creyesen que de hecho se iban retrayendo, y le iban siguiendo al principio poco á poco, y quando viéron que de hecho hacia que iba huyendo, van tras él todos los poderes que en aquella calzada le daban guerra; y como Cortés vió que habia pasado algo adelante de las casas adonde estaba la celada, tiráron dos tiros juntos, que era señal de quando habiamos de salir de la celada, y salen los de á caballo primero, y salimos todos los soldados y dimos en ellos á placer; pues luego volvió Cortés con los suyos, y nuestros amigos los Tlascaltecas, é hiciéron una gran matanza. Por manera que se hiriéron y matáron muchos, y desde allí adelante no nos seguian al tiempo del retraer: y tambien en el Real de Pedro de Alvarado les echó una celada, mas no tan buena como esta, y en aquel dia no me hallé yo en nuestro Real con Pedro de Alvarado, por

causa que Cortés me mandó que para la celada quedase con él. Dexemos desto, y digamos como estábamos ya en el Tatelulco y Cortés nos mandó que pasásemos todas las Capitanías á esta en él, é que allí velásemos, por causa que veniamos mas de media legua desde el Real á batallar con los Mexicanos, y estuvimos allí tres dias sin hacer cosa que de contar sea, porque nos mandó que no les entrásemos mas en la ciudad, ni les derrocásemos mas casas, porque les queria tornar á requerir con las paces: y en aquellos dias que allí estuvimos en el Tatelulco, envió Cortés á Guatemuz, rogándole que se diese, y no hubiese miedo, y con grandes ofrecimientos que le prometia, que su persona seria muy acatada y honrada dél, y que mandaria á México y á todas sus tierras y ciudades, como solia; y les envió bastimentos y regalos, que eran tortillas, y gallinas, y cerezas, y tunas, y caza, é que no tenian otra cosa : y el Guatemuz entró en consejo con sus Capitanes, y lo que le aconsejáron fué, que dixese que queria paz, é que aguardarian tres dias, é que al cabo de los tres dias se verian el Guatemuz y Cortés, y se darian los conciertos de las paces; y en aquellos tres dias ternian tiempo de aderezar puentes, y abrir calzadas, y adobar piedra, y vara, y flecha, y hacer albarradas: y envió Guatemuz quatro Mexicanos principales con aquella respuesta, é creiamos que eran verdaderas las paces, y Cor-

tés les mandó dar muy bien de comer y beber, y les tornó á enviar á Guatemuz, y con ellos les envió mas refresco, como de ántes, y el Guatemuz tornó á enviar á Cortés otros mensageros, y con ellos dos mantas ricas, y dixéron que Guatemuz vernia para quando estaba acordado: y por no gastar mas razones sobre el caso, él nunca quiso venir, porque le aconsejáron que no creyese á Cortés, y poniéndole por delante el fin de su tio el gran Montezuma y sus parientes, y la destruicion de todo el linage noble de los Mexicanos; é que dixese que estaba malo, é que saliesen todos de guerra, é que placeria á sus Dioses, que les daria vitoria contra nosotros, pues tantas veces se la habian prometido. Pues como estábamos aguardando al Guatemuz, y no venia, vimos luego la burla que de nosotros hacia; y en aquel instante salian tantos batallones de Mexicanos con sus divisas, y dan á Cortés tanta guerra, que no se podia valer: y otro tanto fué por nuestra parte de nuestro Real; pues en el de Sandoval lo mismo: y era de tal manera, que parecia que entonces comenzaban de nuevo á batallar: y como estábamos algo descuidados, creyendo que estaban ya de paz, hiriéron á muchos de nuestros soldados, y tres fuéron heridos muy malamente, y el uno dellos murió, y matáron dos caballos, y hiriéron otros mas: é ellos no se fuéron mucho alabando, que muy bien lo pagáron: y como esto vido Cortés,

mandó que luego les tornásemos á dar guerra, y les entrásemos en su ciudad á la parte donde se habian recogido : y como viéron que les íbamos ganando toda la ciudad, envió Guatemuz á decir á Cortés, que queria hablar con él desde una gran abertura de agua: y habia de ser, Cortés de la una parte, y el Guatemuz de la otra, y señaláron el tiempo para otro dia de mañana; y fué Cortés para hablar con él, y no quiso Guatemuz venir al puesto, sino envió á muchos principales; los quales dixéron que su señor Guatemuz no osaba venir, por temor que quando estuviese hablando le tirarian escopetas y ballestas, y le matarian : y entónces Cortés les prometió con juramento que no les enojaria en cosa ninguna, y no aprovechó, que no le creyéron. En aquella sazon dos principales de los que hablaban con Cortés, sacáron de un fardalejo que traian, tortillas, é una pierna de gallina, y cerezas, y sentáronse muy de espacio á comer, porque Cortés lo viese, y entendiese que no tenian hambre: y desde allí le envió decir á Guatemuz, que pues no queria venir, que no se le daba nada, y que presto les entraria en todas sus casas, y veria si tenia maiz, quanto mas gallinas : y desta manera se estuviéron otros quatro ó cinco dias, que no les dábamos guerra : y en este instante se salian de noche muchos pobres Indios, que no tenian que comer, y se venian al Real de Cortés, y al nuestro, como aburridos de

hambre : y quando aquello vió Cortés, mandó que en bueno ni en malo no les diésemos guerra, é que quizá se les mudaria la voluntad, para venir de paz : y no venian : y en el Real de Cortés estaba un soldado, que decia él mismo, que él habia estado en Italia en compañía del Gran Capitan, y se halló en la Chirinola de Garayana, y en otras grandes batallas, y decia muchas cosas de ingenios de la guerra, é que haria un trabuco en el Tatelulco, con que en dos dias que con él tirase á la parte y casas de la ciudad, adonde el Guatemuz se habia retraido, que les haria que luego se diesen de paz : y tantas cosas dixo á Cortés sobre ello, que luego puso en obra hacer el trabuco, y truxéron piedra, cal y madera, de la manera que él la demandó, y carpinteros, y clavazon, y todo lo perteneciente para hacer el trabuco, é hiciéron dos hondas de recias sogas, y truxéron grandes piedras, y mayores que botijas de arroba; é ya que estaba armado el trabuco, segun y de la manera que el soldado dió la órden, y dixo que estaba bueno para tirar, y pusiéron en la honda una piedra hechiza, lo que con ella se hizo, es, que no pasó adelante del trabuco, porque fué por alto, y luego cayó allí donde estaba armado : y desque aquello vió Cortés, hubo mucho enojo del soldado que le dió la órden para que lo hiciese, y tenia pesar en sí mismo, porque él creido tenia que no era para en la guerra, ni para en cosa de

afrenta, y no era mas de hablar, que se habia hallado de la manera que he dicho, y segun el mismo soldado decia, que se decia Fulano de Sotelo, natural de Sevilla; y luego Cortés mande deshacer el trabuco. Dexemos desto, y digamos que como vió que el trabuco era cosa de burla, acordó que con todos doce bergantines fuese en ellos Gonzalo de Sandoval por Capitan General, y entrase en el rincon de la ciudad, adonde se habia retraido Guatemuz; el qual estaba en parte que no podian entrar en sus palacios y casas, sino por el agua; y luego Sandoval apercibió á todos los Capitanes de los bergantines, y lo que hizo diré adelante cómo y de qué manera pasó *.

* El Autor se ciñe demasiado en este capitulo, que abrazando lo que sucedió desde primeros de agosto, es lo mas interesante de este sitio. Supliremos su brevedad con lo que cuenta Cortés de los últimos alientos de un Imperio, y de una Capital, cuya desolacion se habia hecho forzosa. « Otro dia despues de asentado el « trabuco, volvimos á la ciudad, y como ya habia tres ó quatro « dias que no los combatiamos hallamos las calles por donde « ibamos, llenas de mugeres y niños y otra gente miserable, que « se morian de hambre y salian traspasados y flacos, que era la « mayor lástima del mundo de los ver: y yo mandé á nuestros « amigos que no les ficiesen daño alguno: pero de la gente de « guerra no salia ninguno adonde pudiese recibir daño aunque « los veiamos estar encima de sus azoteas cubiertos con sus « mantas, que usan, y sin armas; y fice este dia que se les requi- « riese con la paz, y sus respuestas eran disimulaciones: y como « lo mas del dia nos tenian en esto, envieles á decir que les que- « ria combatir, que ficiesen retraer toda su gente, sino, que » daria licencia que nuestros amigos los matasen. Y ellos dixéron

« que querian paz; y yo les replique, que yo no veia allí el Se-
« ñor, con quien se habia de tratar; que venido, para lo qual
« le daria todo el seguro que quisiese, que hablariamos en la paz.
« E como vimos que era burla, y que todos estaban apercibidos
« para pelear con nosotros, despues de se la haber muchas veces
« amonestado, por mas los estrechar y poner en mas extrema ne-
« cesidad, mandé á Pedro de Alvarado que con toda su gente en-
« trase por la parte de un gran barrio que los enemigos tenian,
« en que habria mas de mil casas, y yo por la otra parte entré á
« pie con la gente de nuestro Real, porque á caballo no nos po-
« diamos por allí aprovechar. Y fué tan recio el combate nues-
« tro, y de nuestros enemigos, que les ganamos todo aquel barrio;
« y fué tan grande la mortandad que se hizo en nuestros enemi-
« gos, que muertos y presos pasáron de doce mil ánimas: con los
« quales osaban de tanta crueldad nuestros amigos, que por nin-
« guna via á ninguno daban la vida, aunque mas reprehendidos
« y castigados de nosotros eran. Otro dia siguiente tornamos á la
« ciudad, y mandé, que no peleasen ni ficiesen mal á los enemigos,
« y como ellos veian tanta multitud de gente sobre ellos y conos-
« cian que los venian á matar sus vasallos, y los que ellos solian
« mandar, y veian su extrema necesidad; y como no tenian
« donde estar sino sobre los cuerpos muertos de los suyos, con
« deseo de verse fuera de tanta desventura, decian, *que por qué*
« *no los acabábamos ya de matar*; y á mucha priesa dixéron que
« me llamasen que me querian hablar. E como todos los Espa-
« ñoles deseaban que ya esta guerra se concluyese, y habian lás-
« tima de tanto mal como se hacia, holgáron mucho, pensando
« que los Indios querian paz; y con mucho placer viniéronme á
« llamar y importunar que me llegase á una albarrada, donde
« estaban ciertos principales, porque querian hablar conmigo. E
« aunque yo sabia que habia de aprovechar poco mi ida, deter-
« miné de ir, como quiera que bien sabia que el no darse estaba
« solamente en el Señor y otros tres ó quatro principales de la
« ciudad, porque la otra gente muertos ó vivos deseaban ya verse
« fuera de allí. Y llegado á la albarrada, dixéronme; *que pues*
« *ellos me tenian por hijo del sol, y el sol en tanta brevedad,*
« *como era en un dia y una noche daba vuelta á todo el mun-*

« *do, que por que yo asi brevemente no los acababa de matar,*
« *y los quitaba de penar tanto, porque ya ellos tenian deseo*
« *de morir, y irse al cielo para sus Ochilobus que los estaba*
« *allá esperando para descansar:* y este Idolo es el que mas
« en veneracion ellos tienen. Yo les respondí muchas cosas para
« los atraer á que se diesen, y ninguna cosa aprovechaba, aunque
« en nosotros veian mas muestras y señales de paz, que jamas á
« ningunos vencidos se mostráron, siendo nosotros con el ayuda
« de nuestro Señor los vencedores.

« Puestos los enemigos en el último extremo, como de lo dicho
« se puede colegir, para los quitar de su mal propósito, como
« era la determinacion que tenian de morir, hablé con una per-
« sona bien principal entre ellos, que teniamos preso, al qual
« dos ó tres dias ántes habia prendido un tio de Don Fernando,
« Señor de Tesaico, peleando en la ciudad; y aunque estaba muy
« herido, le dixe, que si queria volver á la ciudad; y él me res-
« pondió que sí, y como otro dia entramos en ella, envicle con
« ciertos Españoles, los quales lo entregáron á los de la ciudad;
« y á este principal yo le habia fablado largamente, para que
« fablase con el Señor y con otros principales sobre la paz, y él
« prometió de facer sobre ello todo lo que pudiese. Los de la ciu-
« dad lo rescibiéron con mucho acatamiento como á persona
« principal; y como lo lleváron delante de Guatimucin su Señor,
« y él le comenzó á fablar sobre la paz, dizque luego lo mandó
« matar y sacrificar: y la respuesta que estábamos esperando,
« nos diéron con venir con grandísimos alaridos, diciendo, que
« no querian sino morir, y comienzan á nos tirar varas, flechas
« y piedras, y á pelear reciamente con nosotros, y tanto, que nos
« matáron un caballo con un dalle, que uno traia hecho de una
« espada de las nuestras; y al fin les costó caro, porque murié-
« ron muchos de ellos, y así volvimos á nuestros Reales aquel
« dia. Otro dia tornamos á entrar en la ciudad, y ya estaban los
« enemigos tales, que de noche osaban quedar en ella de nues-
« tros amigos infinitos de ellos. Y llegados á vista de los enemi-
« gos, no quisimos pelear con ellos, sino andarnos paseando por
« su ciudad, porque teniamos pensamiento que cada hora, y ca-
« da rato se habian de salir á nosotros. E por los inclinar á ello,

« yo me llegué cabalgando cabe una albarrada suya, que tenian « bien fuerte, y llamé á ciertos principales, que estaban detras, « á los quales yo conoscia, y dixéles : que pues se veian tan per- « didos, y conoscian, que si yo quisiese en una hora no quedaria « ninguno de ellos, que porque no venia á me hablar Guatimu- « cin su Señor, que yo le prometia de no hacerle ningun mal, y « queriendo él y ellos venir de paz, que serian de mí muy bien « rescebidos y tratados. Y pasé con ellos otras razones, con que « los provoqué á muchas lágrimas, y llorando me respondiéron : « que bien conoscian su yerro y perdicion, y que ellos querian « ir á hablar á su Señor, y me volverian presto con la respuesta, « y que no me fuese de allí. Ellos se fuéron, y volviéron dende á « un rato y dixéronme : que porque ya era tarde su señor no ha- « bia venido, pero que otro dia á medio dia vernia en todo caso « á me hablar en la plaza del Mercado, y así nos fuimos á nuestro « Real. E yo mandé para otro dia que tuviesen aderezado allí en « aquel quadrado alto, que está en medio de la plaza, para el Se- « ñor y principales de la ciudad un estrado, como ellos lo acos- « tumbraban, y que tambien les tuviesen aderezado de comer, y « así se puso por obra.

« Otro dia de mañana fuimos á la ciudad, y yo avisé á la gente « que estuviese apercebida, para que si los de la ciudad cometiesen « alguna traicion, no nos tomasen descuidados. E á Pedro de Al- « varado, que estaba allí, le avisé de lo mismo : y como llegamos « á el Mercado, yo envie á decir, y hacer saber á Guathmucin co- « mo le estaba esperando, el qual, segun paresció, acordó de no « venir, y envióme cinco de aquellos señores principales de la « ciudad, cuyos nombres, porque no hacen mucho á el caso, no « digo aquí. Los quales, llegados dixéron, que su Señor me en- « viaba á rogar con ellos, que le perdonase, porque no venia, « que tenia mucho miedo de parescer ante mí, y tambien estaba « malo, y que ellos estaban allí, que viese lo que mandaba, que « ellos lo harian : y aunque el Señor no vino, holgamos mucho « que aquellos principales viniesen, porque parescia que era ca- « mino de dar presto conclusion á todo el negocio. Yo los rescibi « con semblante alegre, y mandéles dar luego de comer, y de « beber, en lo qual mostráron bien el deseo y necesidad que de

« ello tenian. E despues de haber comido, dixéles, que hablasen « á su Señor, y que no tuviese temor ninguno, y que le prome- « tia, que aunque ante mí viniese, que no le seria hecho enojo al- « guno, ni seria detenido, porque sin su presencia en ninguna « cosa se podia dar buen asiento, ni concierto; y mandéles dar « algunas cosas de refresco, que le llevasen para comer, y pro- « metiéronme de hacer en el caso todo lo que pudiesen, y así se « fueron. E dende á dos horas volvieron y trajéronme unas man- « tas de algodon buenas, de las que ellos usaban, y dijéronme, « que en ninguna manera Guatimucin su Señor vernia, ni que- « ria venir, y que era escusado hablar en ello; y yo les torné á « repetir, que no sabia la causa porque él se recelaba venir ante « mí, pues veia que á ellos, que yo sabia que habian sido los cau- « sadores principales de la guerra, y que la habian sustentado, « les hacia buen tratamiento, que los dexaba ir, y venir segura- « mente, sin rescebir enojo alguno; que les rogaba que le tor- « nasen á fablar, y mirasen mucho en esto de su venida, pues á « él le convenia, y yo lo hacia por su provecho: y ellos respon- « dieron que así lo harian, y que otro dia me volverian con la « respuesta, y así se fuéron ellos, y tambien nosotros á nuestros « Reales.

« Otro dia bien de mañana aquellos principales viniéron á « nuestro Real, y dixéronme que me fuese á la plaza del Mer- « cado de la ciudad, porque su Señor me queria ir á hablar « allí, y yo creyendo que fuera así, cabalgué y tomamos nues- « tro camino, y estúvele esperando, donde quedaba concer- « tado, mas de tres ó quatro horas, y nunca quiso venir, ni « parescer ante mí. E como yo ví la burla, y que era ya tarde, « y que ni los otros mensajeros, ni el Señor venian, envié á lla- « mar á los Indios nuestros amigos que habian quedado á la en- « trada de la ciudad, casi una legua de donde estabamos, á los « quales yo habia mandado, que no pasasen de allí, porque los « de la ciudad me habian pedido, que para hablar en las paces « no estuviese ninguno de ellos dentro, y ellos no se tardáron, « ni tampoco los del Real de Pedro de Alvarado. E como llegá- « ron, comenzamos á combatir unos albarradas y calles de agua « que tenian, que ya no les quedaba otra mayor fuerza, y entra-

« mosles, así nosotros como nuestros amigos, todo lo que quisi-
« mos. E al tiempo que yo salí del Real habia provehido que Gon-
« zalo de Sandoval entrase con los bergantines por la otra parte
« de las casas en que los Indios estaban fuertes, por manera
« que los tuviesemos cercados, y que no los combatiese, fasta
« que viese que nosotros combatiamos; por manera que por
« estar así cercados y apretados, no tenian paso por donde an-
« dar, sino por encima de los muertos, y por las azoteas que les
« quedaban, y á esta causa ni tenian, ni hallaban flechas, ni varas,
« ni piedras con que nos ofender, y andaban con nosotros nues-
« tros amigos á espada y rodela; y era tanta la mortandad que en
« ellos se fizo por la mar, y por la tierra, que aquel dia se matá-
« ron, y prendiéron mas de quarenta mil ánimas, y era tanta la
« grita y lloro de los niños y mugeres, que no habia persona á
« quien no quebrantase el corazon; é ya nosotros teniamos mas
« que hacer en estorbar á nuestros amigos que no matasen,
« ni ficiesen tanta crueldad, que no en pelear con los Indios, la
« qual crueldad nunca en generacion tan recia se vió, ni tan fue-
« ra de toda orden de naturaleza, como en los naturales de estas
« partes: nuestros amigos hobiéron este dia muy gran despojo,
« el qual en ninguna manera los podiamos resistir, porque noso-
« tros eramos obra de nuevecientos Españoles, y ellos mas de
« ciento y cincuenta mil hombres, y ningun recaudo, ni diligen-
« cia bastaba para los estorbar que no robasen, aunque de nues-
« tra parte se hacia todo lo posible. Y una de las cosas porque los
« dias ántes yo rehusaba de no venir en tanta rotura con los de
« la ciudad, era porque tomándolos por fuerza, habian de echar
« lo que tuviesen en el agua, y ya que no lo ficiesen, nuestros
« amigos habian de robar todo lo mas que hallasen, y á esta causa
« temia que se habria para vuestra Magestad poca parte de la mu-
« cha riqueza que en esta ciudad habia, y segun la que yo ántes
« para vuestra Alteza tenia y porque ya era tarde, y no podiamos
« sufrir el mal olor de los muertos, que habia de muchos dias
« por aquellas calles, que era la cosa del mundo mas pestilencial,
« nos fuimos á nuestros Reales. Y aquella tarde dexé concertado,
« que para otro dia siguiente, que habiamos de volver á entrar,
« se aparejasen tres tiros gruesos que teniamos para llevallos á la

« ciudad, porque yo temia, que como estaban los enemigos tan
« juntos, y que no tenian por donde se rodear, queriéndoles en-
« trar por fuerza, sin pelear podrian entre sí ahogar los Españo-
« les, y queria dende acá hacelles con los tiros algun daño, por-
« que saliesen de allí para nosotros; é al Alguacil Mayor mandé
« que asimismo para otro dia, que estuviese apercebido para en-
« trar con los bergantines por un lago de agua grande, que se ha-
« cia entre unas casas á donde estaban todas las canoas de la ciu-
« dad recogidas: y ya tenian tan pocas casas donde poder estar,
« que el Señor de la ciudad andaba metido en una canoa, con
« ciertos principales, que no sabian que hacer de sí, y de esta
« manera quedó concertado que habiamos de entrar otro dia por
« la mañana.

« Siendo ya de dia hice apercebir toda la gente, y llevar los ti-
« ros gruesos, y el dia ántes habia mandado á Pedro de Alvarado
« que me esperase en la plaza del Mercado, y no diese combate
« fasta que yo llegase, y estando ya todos juntos, y los berganti-
« nes apercebidos todos por detras de las casas del agua, donde
« estaban los enemigos, mandé que en oyendo soltar una esco-
« peta, que entrasen por una poca parte que estaba por ganar, y
« echasen á los enemigos al agua hácia donde los bergantines ha-
« bian de estar á punto; y avisèles mucho que mirasen por Gua-
« timucin, y trabajasen de lo tomar á vida, porque en aquel pun-
« to cesaria la guerra. E yo me subí encima de una azotea, y ántes
« del combate hablé con algunos de aquellos principales de la
« ciudad que conoscia, y les dixe: que era la causa, porque su
« Señor no queria venir, que pues se veian en tanto extremo, que
« no diesen causa á que todos peresciesen, y que lo llamasen, y
« no hobiesen ningun temor, y dos de aquellos principales pa-
« resció que lo iban á llamar. E dende á poco volvió con ellos uno
« de los mas principales de todos ellos, que se llamaba Ciguacoa-
« cin, y era el Capitan y Gobernador de todos ellos, é por su con-
« sejo se seguian todas las cosas de la guerra, y yo le mostré buena
« voluntad, porque se asegurase y no tuviese temor; y al fin me
« dixo, que en ninguna manera el Señor vernia ante mí, y ántes
« queria por allá morir, y que á él pesaba mucho de esto, que hi-
« ciese yo lo que quisiese: y como ví en esto su determinacion,

« yo le dixe, que se volviese á los suyos, y que él y ellos se apa-
« rejasen, porque los queria combatir y acabar de matar, y así se
« fué. Y como en estos conciertos se pasáron mas de cinco horas,
« y los de la ciudad estaban todos encima de los muertos, y otros
« en el agua, y otros andaban nadando, y otros ahogándose
« en aquel lago donde estaban las canoas, que era grande, era
« tanta la pena que tenian, que no bastaba juicio á pensar como
« lo podian sufrir, y no hacian sino salirse infinito número de
« hombres y mugeres, y niños hácia nosotros. Y por darse prie-
« sa al salir, unos á otros se echaban á el agua, y se ahogaban en-
« tre aquella multitud de muertos, que segun paresció, del agua
« salada que bebian, y de la hambre y mal olor habia dado tanta
« mortandad en ellos, que muriéron mas de cincuenta mil áni-
« mas; los cuerpos de los quales, porque nosotros no alcanzase-
« mos su necesidad, ni los echaban á el agua, porque los bergan-
« tines no topasen con ellos, ni los echaban fuera de su conver-
« sacion, porque nosotros por la ciudad no los viésemos; y así
« por aquellas calles en que estaban hallabamos los montones de los
« muertos, que no habia persona que en otra cosa pudiese po-
« ner los pies; y como la gente de la ciudad se salia á nosotros,
« yo habia proveido que por todas las calles estuviesen Españo-
« les para estorbar que nuestros amigos no matasen á aquellos
« tristes que salian, que eran sin cuento. Y tambien dixe á todos
« los Capitanes de nuestros amigos, que en ninguna manera con-
« sintiesen matar á los que salian, y no se pudo tanto estorbar,
« como eran tantos, que aquel dia no matáron y sacrificáron mas
« de quince mil ánimas: y en esto todavía los principales y gen-
« te de guerra de la ciudad se estaban arrinconados, y en algu-
« nas azoteas, y casas, y en el agua, donde ni les aprovechaba di-
« simulacion, ni otra cosa, porque no viesemos su perdicion, y
« su flaqueza muy á la clara: viendo que se venia la tarde, y que
« no se querian dar, ficé asestar los dos tiros gruesos hácia ellos,
« para ver si se darian, porque mas daño rescebieran en dar li-
« cencia á nuestros amigos que les entraran, que no de los tiros,
« los quales ficiéron algun daño. E como esto tampoco aprove-
« chaba, mandé soltar la escopeta, y en soltándola, luego fué to-
« mado aquel rincon que tenian, y echados á el agua los que en él

« estaban : otros que quedaban sin pelear se rindiéron ; é los bergantines entráron de golpe por aquel lago, y rompieron por medio de la flota de las canoas, y la gente de guerra que en ellas estaba, ya no osaban pelear ; y plugo á Dios que un Capitan de un bergantin, que se dice Garci Holguin, llegó en pos de una canoa, en la qual le paresció que iba gente de manera, y como llevaba dos ó tres ballesteros en la proa del bergantin, y iban encarando en los de la canoa, ficiéronle señal, que estaban allí el Señor, que no tirasen, y saltáron de presto, y prendiéronle á él y aquel Ciguacoacin, y aquel Señor de Tacuba, y á otros principales que con él estaban ; y luego el dicho Capitan Garci Holguin me truxo allí á la azotea donde estaba, que era junto al lago, al Señor de la ciudad, y á los otros principales presos, el qual como le ficé sentar, no mostrándole riguridad ninguna, llegóse á mí, y díxome en su lengua : *que ya él habia fecho todo lo que de su parte era obligado para defenderse á si, y á los suyos, fasta venir en aquel estado, que agora ficiese de él lo que yo quisiese* ; y puso la mano en un puñal que yo tenia, diciéndome, *que le diese de puñaladas, y lo matase*. E yo le animé, y le dixe que no tuviese temor ninguno ; y así preso este Señor, luego en ese punto cesó la guerra. » *Cortés Carta III.*

CAPITULO CLVI.

Como se prendió Guatemuz.

Pues como Cortés vido que el trabuco no aprovechó cosa ninguna, ántes hubo enojo con el soldado que le aconsejó que lo hiciese, y viendo que no queria paces ningunas Guatemuz y sus Capitanes, mandó á Gonzalo de Sandoval que entrase con los bergantines en el sitio y rincon de la ciudad, adonde estaban retraidos el Gua-

temuz con toda la flor de sus Capitanes y personas mas nobles que en México habia, y le mandó que no matase, ni hiriese á ningunos Indios, salvo si no le diesen guerra, é que aunque se la diesen, que solamente se defendiese, y no les hiciesen otro mal, y que les derrocase las casas, y muchas barbacanas que habia hecho en la laguna; y Cortés se subió luego en el Cu mayor del Tatelulco, para ver como entraba Sandoval con los bergantines, y les fuéron acompañando Pedro de Alvarado, y Luis Marin, y Francisco de Lugo, y otros soldados: y como el Sandoval entró con los bergantines en aquel paraje donde estaban las casas del Guatemuz, quando se vió cercado el Guatemuz, tuvo temor no le prendiesen ó le matasen, y tenia aparejadas cincuenta grandes piraguas para si se viese en aprieto, salvarse en ellas, y meterse en unos carrizales, é ir desde allí á tierra, y esconderse en unos pueblos de sus amigos, y asimismo tenia mandado á los principales y gente de mas cuenta que allí en aquel rincon tenia, y á sus Capitanes, que si se viesen en aprieto, que hiciesen lo mismo: y como viéron que les entraban en las casas, se embarcan en las canoas, é ya tenian metida su hacienda de oro y joyas, y toda su familia, y se mete en ellas, y tira la laguna adelante, acompañado de muchos Capitanes y principales: y como en aquel instante iba la laguna llena de canoas, y Sandoval luego

tuvo noticia que Guatemuz con toda la gente principal se iba huyendo, mandó á los bergantines que dexasen de derrocar casas, y siguiesen el alcance de las canoas, y que mirasen que tuviesen tino é ojo á qué parte iba el Guatemuz, y que no le ofendiesen ni hiciesen enojo ninguno, sino que buenamente procurasen de le prender: y como un Garci Holguin, que era Capitan de un bergantin, amigo del Sandoval, y era muy gran velero su bergantin, y llevaba buenos remeros, le mandó que siguiese hácia la parte que le habian dicho que iba el Guatemuz y sus principales, y las grandes piraguas, y le mandó que si le alcanzase, que no le hiciese mal ninguno, mas de prendelle, y el Sandoval siguió por otra parte con otros bergantines que le acompañaban; é quiso Dios nuestro Señor que el García Holguin alcanzó á las canoas é grandes piraguas en que iba el Guatemuz, y en el arte dél, y de los toldos é piragua, y aderezo dél, y de la canoa le conoció el Holguin, y supo que era el grande Señor de México, y dixo por señas que aguardasen, y no querian, y él hizo como que les queria tirar con las escopetas y ballestas, y hubo el Guatemuz miedo de ver aquello, y dixo; no me tiren, que yo soy el Rey de México y desta tierra, y lo que te ruego es, que no me llegues á mi muger, ni á mis hijos, ni á ninguna muger, ni á ninguna cosa de lo que aquí traygo, sino que me tomes á mí y me lleves á Malinche: y

como el Holguin le oyó se gozó en gran manera, y le abrazó, y le metió en el bergantin con mucho acato á él y á su muger, y á veinte principales que con él iban, y les hizo asentar en la popa en unos petates y mantas, y les dió de lo que traia para comer, y á las canoas en que iba su hacienda, no les tocó en cosa ninguna, sino que juntamente las llevó con su bergantin: y en aquella sazon el Gonzalo de Sandoval se puso á una parte para ver los bergantines, y mandó que todos se recogiesen á él, y luego supo que Garcia Holguin habia prendido al Guatemuz, y que le llevaba á Cortés, y como el Sandoval lo supo, mandó á los remeros que llevaba en su bergantin que remasen á la mayor priesa que pudiesen, y quando alcanzó al Holguin le dixo, que le diese el prisionero, y el Holguin no se lo quiso dar, porque dixo que él lo habia prendido y no el Sandoval; y el Sandoval dixo, que así era verdad, y que él era General de los bergantines, y que el Holguin venia debaxo de su dominio é mando, y que por ser su amigo se lo habia mandado, y tambien porque era su bergantin muy ligero, mas que los otros: é mandó que le siguiesen y le prendiesen, y que al Sandoval como á su General le habia de dar él prisionero, y el Holguin todavía porfiaba que no queria: y en aquel instante fué otro bergantin á gran priesa á Cortés á demandalle albricias, que como dicho tengo, estaba muy cerca en el

Tatelulco, mirando desde el Cu mayor, como entraba el Sandoval: y entónces le contáron la diferencia que traia Sandoval con el Holguin, sobre tomalle el prisionero: y quando Cortés lo supo, luego despachó al Capitan Luis Marin y á Francisco de Lugo, para que luego hiciesen venir al Gonzalo de Sandoval y al Holguin, sin mas debatir, é que traxese al Guatemuz y á la muger y familia con mucho acato, porque él determinaria cuyo era el prisionero, y á quien se habia de dar la honra dello: y entretanto que le fuéron á llamar hizo aderezar Cortés un estrado lo mejor que pudo con petates y mantas, y otros asientos, y mucha comida de lo que Cortés tenia para sí, y luego vino el Sandoval y Holguin con el Guatemuz, y le lleváron ánte Cortés: y quando se vió delante dél le hizo mucho acato, y Cortés con alegría le abrazó, y le mostró mucho amor á él y á sus Capitanes: y entónces el Guatemuz dixo á Cortés: Señor Malinche, ya yo he hecho lo que estaba obligado en defensa de mi ciudad y vasallos, y no puedo mas, y pues vengo por fuerza, y preso ánte tu persona y poder, toma luego ese puñal que traes en la cinta, y mátame luego con él: y esto quando se lo decia lloraba muchas lágrimas con sollozos, y tambien lloraban otros grandes señores que consigo traia: y Cortés le respondió con Doña Marina y Aguilar nuestras lenguas, y dixo muy amorosamente, que por haber sido tan va-

liente, y haber vuelto y defendido su ciudad, se lo tenia en mucho, y tenia en mas á su persona, y que no es digno de culpa ninguna, é que ántes se lo ha de tener á bien, que á mal: é que lo que Cortés quisiera fué que quando iban de vencida, que porque no hubiera mas destruicion ni muertes en sus Mexicanos, que vinieran de paz y de su voluntad: é que pues ya es pasado lo uno y lo otro, y no hay remedio ni enmienda en ello, que descanse su corazon, y de sus Capitanes, é que mandará á México y á sus Provincias, como de ántes lo solian hacer: y Guatemuz y sus Capitanes dixéron que se lo tenian en merced, y Cortés preguntó por la muger, y por otras grandes señoras mugeres de otros Capitanes, que le habian dicho que venian con Guatemuz; y el mismo Guatemuz respondió, y dixo que habia rogado á Gonzalo de Sandoval, y á Garcia Holguin, que les dexase estar en las canoas en que estaban, hasta ver lo que el Malinche ordenaba, y luego Cortés envió por ellas, y les mandó dar de comer de lo que habia, lo mejor que pudo en aquella sazon: y luego porque era tarde y queria llover, mandó Cortés á Gonzalo de Sandoval que se fuese á Cuyoacoan, y llevase consigo á Guatemuz y á su muger y familia, y á los principales que con él estaban: y luego mandó á Pedro de Alvarado y á Christóbal de Oli, que cada uno se fuese á sus estancias y Reales, y luego nosotros nos fuimos á Tacuba, y

Sandoval dexó á Guatemuz en poder de Cortés en Cuyoacoan, y se volvió á Tepeaquilla que era su puesto y Real. Prendióse Guatemuz y sus Capitanes en trece de Agosto á hora de vísperas, dia de Señor San Hipólito, año de mil y quinientos y veinte y un años, gracias á nuestro Señor Jesu-Christo, y á nuestra Señora la Vírgen santa María su bendita Madre, Amen. Llovió, y tronó, y relampagueó aquella noche, y hasta media noche mucho mas que otras veces. Y como se hubo preso Guatemuz quedamos tan sordos todos los soldados, como si de ántes estuviera uno puesto encima de un campanario, y tañesen muchas campanas; y en aquel instante que las tañian cesasen de las tañer: y esto digo al propósito, porque todos los noventa y tres dias que sobre esta ciudad estuvimos, de noche y de dia daban tantos gritos y voces, é silvos, unos esquadrones Mexicanos apercibiendo los esquadrones y guerreros que habian de batallar en la calzada, é otros llamando las canoas que habian de guerrear con los bergantines, y con nosotros en las puentes, y otros apercibiendo á los que habian de hincar palizadas, y abrir y ahondar las calzadas, y aberturas, y puentes, y en hacer albarradas, y otros en aderezar piedra, y vara y flecha, y las mugeres en hacer piedra rolliza para tirar con las hondas: pues desde los adoratorios y casas malditas de aquellos malditos Idolos, los atambores y cornetas, y el atambor

grande y otras bocinas dolorosas, que de continuo no dexaban de se tocar : y desta manera de noche y de dia no dexábamos de tener gran ruido, y tal que no nos oiamos los unos á los otros : y despues de preso el Guatemuz cesáron las voces y el ruido, y por esta causa he dicho, como si de ántes estuvieramos en campanario. Dexemos desto, y digamos como Guatemuz era de muy gentil disposicion, así de cuerpo como de facciones, y la cara algo larga y alegre, y los ojos mas parecian que quando miraba, que eran con gravedad y halagüeños, y no habia falta en ellos, y era de edad de veinte y tres ó veinte y quatro años, y el color tiraba mas á blanco, que al color y matiz de esotros Indios morenos; y decian que su muger era sobrina de Montezuma su tio, muy hermosa muger y moza. Y ántes que mas pasemos adelante, digamos en qué paró el pleyto del Sandoval y del García Holguin sobre la prision de Guatemuz : y es, que Cortés les dixo que los Romanos tuviéron otra contienda de la misma manera que esta, entre Mario y Lucio Cornelio Sila ; y fué quando Sila truxo preso á Yugurta, que estaba con su suegro el Rey Bocos : y quando entraba en Roma triunfando de los hechos y hazañas heroycos, pareció ser que Sila metió en su triunfo á Yugurta con una cadena de hierro al pescuezo, y Mario dixo, que no le habia de meter Sila, sino él; é ya que le metia, que habia de declarar que el Mario le dió aque-

lla facultad, y le envió por él para que en su nombre le llevase preso, y se le dió el Rey Ibocos, pues que el Mario era Capitan General, y debaxo de su mano y bandera militaban; y el Sila como era de los Patricios de Roma tenia mucho favor, y como Mario era de una villa cerca de Roma, que se decia Arpino y advenedizo, puesto que habia sido siete veces Cónsul, no tuvo el favor que el Sila, y sobre ello hubo las guerras civiles entre el Mario y el Sila, y nunca se determinó á quien se habia de dar la honra de la prision de Yugurta. Volvamos á nuestro propósito, y es, que Cortés dixo que haria relacion dello á su Magestad, y á quien fuese servido de hacer merced, se le daria por armas, que de Castilla traerian sobre ello la determinacion; y desde á dos años vino mandado por su Magestad, que Cortés tuviese por armas en sus reposteros ciertos Reyes, que fuéron Montezuma gran Señor de México, Cacamatzin, Señor de Tezcuco, y los señores de Iztapalapa, y de Cuyoacoan y Tacuba, y otro gran Señor que decian que era pariente muy cercano del gran Montezuma, á quien decian que de derecho le venia el Reyno y Señorío de México, que era Señor de Mataltzingo, y de otras Provincias, y á este Guatemuz sobre que fué este pleyto. Dexemos desto, y digamos de los cuerpos muertos y cabezas que estaban en aquellas casas adonde se habia retraido Guatemuz: y es verdad,

y juro amen, que toda la laguna y casas, y barbacoas estaban llenas de cuerpos y cabezas de hombres muertos, que yo no sé de qué manera lo escriba. Pues en las calles, y en los mismos patios del Tatelulco no habia otras cosas, y no podiamos andar sino entre cuerpos y cabezas de Indios muertos. Yo he leido la destruicion de Jerusalen, mas si en ella hubo tanta mortandad como ésta, yo no lo sé; porque faltáron en esta ciudad gran multitud de Indios guerreros, y de todas las Provincias y pueblos sujetos á México, que allí se habian acogido, todos los mas muriéron, que como he dicho, así el suelo, y la laguna y barbacoas, todo estaba lleno de cuerpos muertos, y hedia tanto que no habia hombre que sufrirlo pudiese; y á esta causa, así como se prendió Guatemuz, cada uno de los Capitanes se fuéron á sus Reales, como dicho tengo, y aun Cortés estuvo malo del hedor que se le entró por las narices en aquellos dias que estuvo allí en el Tatelulco. Dexemos desto y pasemos adelante, y digamos como los soldados que andaban en los bergantines, fuéron los mejor librados, é hubiéron buen despojo á causa que podian ir á ciertas casas que estaban en los barrios de la laguna, que sentian que habria oro, ropa y otras riquezas, y tambien lo iban á buscar á los carrizales, donde lo iban á esconder los Indios Mexicanos, quando les ganábamos algun barrio y casa; y tambien porque socolor que

iban á dar caza á las canoas que metian bastimentos y agua, si topaban algunas en que iban algunos principales huyendo á tierra firme para se ir entre los otomites que estaban comarcanos, les despojaban de lo que llevaban. Quiero decir, que nosotros los soldados que militábamos en las calzadas, y por tierra firme, no podiamos haber provecho ninguno, sino muchos flechazos y lanzadas, y heridas de vara y piedra, á causa que quando íbamos ganando alguna casa ó casas, ya los moradores dellas habian salido, y sacado toda la hacienda que tenian, y no podiamos ir por agua, sin que primero cegásemos las aberturas y puentes: y á esta causa he dicho en el capítulo que dello habla, que quando Cortés buscaba los marineros que habian de andar en los bergantines, que fuéron mejor librados, que no los que batallábamos por tierra; y así pareció claro, porque los Capitanes Mexicanos, y aun el Guatemuz dixéron á Cortés, quando les demandó et tesoro del gran Montezuma, que los que andaban en los bergantines habian robado mucha parte dello. Dexemos de hablar mas en esto hasta mas adelante, y digamos que como habia tanta hedentina en aquella ciudad, que Guatemuz le rogó á Cortés que diese licencia para que se saliese todo el poder de México á aquellos pueblos comarcanos, y luego les mandó que así lo hiciesen. Digo que en tres dias con sus noches iban todas tres calzadas llenas

de Indios é Indias, y muchachos llenos de bote en bote, que nunca dexaban de salir, y tan flacos y sucios, é amarillos, é hediondos, que era lástima de los ver: y despues que la hubiéron desembarazado, envió Cortés á ver la ciudad, y estaban como dicho tengo, todas las casas llenas de Indios muertos, y aun algunos pobres Mexicanos entre ellos que no podian salir, y lo que purgaban de sus cuerpos era una suciedad, como echan los puercos muy flacos que no comen sino yerba: y hallóse toda la ciudad arada, y sacadas las raices de las yerbas que habian comido cocidas, hasta las cortezas de los árboles, tambien las habian comido. De manera que agua dulce no les hallamos ninguna, sino salada. Tambien quiero decir, que no comian las carnes de sus Mexicanos, sino eran de los enemigos Tlascaltecas, y las nuestras que apañaban: y no se ha hallado generacion en el mundo, que tanto sufriese la hambre y sed, y continuas guerras como ésta. Dexemos de hablar en esto y pasemos adelante, que mandó Cortés que todos los bergantines se juntasen en unas atarazanas que despues se hiciéron. Volvamos á nuestras pláticas, que despues que se ganó esta grande y populosa ciudad, y tan nombrada en el universo, despues de haber dado muchas gracias á nuestro Señor y á su bendita Madre, ofreciendo ciertas promesas á Dios nuestro Señor, Cortés mandó hacer un banquete en Cuyoacoan, en señal

de alegría de la haber ganado, y para ello tenian ya mucho vino de un navío que habia venido al puerto de la Villa Rica, y tenia puercos que le truxéron de Cuba: y para hacer la fiesta mandó convidar á todos los Capitanes y soldados que le pareció, que era bien tener cuenta con ellos en todos tres Reales: y quando fuimos al banquete no habia mesas puestas, ni aun asientos para la tercia parte de los Capitanes y soldados que fuimos, y hubo mucho desconcierto, y valiera mas que no se hiciera, por muchas cosas no muy buenas que en él acaeciéron, y tambien porque esta planta de Noe hizo á algunos hacer desatinos; y hombres hubo en él, que despues de haber comido anduviéron sobre las mesas, que no acertaban á salir al patio; otros decian que habian de comprar caballos con sillas de oro, y ballesteros hubo que decian que todas las saetas que tuviesen en su aljava, que habian de ser de oro de las partes que les habian de dar: y otros iban por las gradas abaxo rodando. Pues ya que habian alzado las mesas saliéron á danzar las damas que habia, con los galanes cargados con sus armas, que era para reir; y fuéron las damas pocas, que no habia otras en todos los Reales, ni en la Nueva-España: é dexo de nombrarlas por sus nombres, é de referir como otro dia hubo sátira; porque quiero decir, que como hubo cosas tan malas en el convite, y en los bayles, el buen Frayle Fr. Barto-

lomé de Olmedo lo murmuraba, é le dixo á Sandoval lo mal que le parecia, é que bien dábamos gracias á Dios para que nos ayudase adelante: é el Sandoval tan presto le dixo á Cortés lo que Fr. Bartolomé murmuraba é gruñia; y el Cortés que era discreto le mandó llamar, é le dixo: Padre, no excusaba solazar y alegrar los soldados, con lo que vuestra reverencia ha visto, é yo he hecho de mala gana; ahora resta que vuestra Reverencia ordene una procesion, y que diga Misa, é nos predique, y diga á los soldados, que no roben las hijas de los Indios, y que no hurten ni riñan pendencias, é que hagan como Católicos Christianos, para que Dios nos haga bien: é Fr. Bartolomé se lo agradeció á Cortés, que no sabia lo que habia dicho Alvarado, y pensaba que salia del buen Cortés su amigo: y el Frayle hizo una procesion en que íbamos con nuestras banderas levantadas, y algunas Cruces á trechos, y cantando las Letanías, y á la postre una Imágen de nuestra Señora: y otro dia predicó Fr. Bartolomé, é comulgáron muchos en la Misa despues de Cortés y Alvarado, é dimos gracias á Dios por la victoria. Y dexemos de mas hablar en esto, y quiero decir otras cosas que pasáron, que se me olvidaba, y aunque no vengan ahora dichas, sino algo otras, sin propósito: y es, que nuestros amigos Chichimecatecle, y los dos mancebos Xicotengas hijos de Don Lorenzo de Vargas, que se solia llamar Xicotenga el viejo

y ciego, guerreáron muy valientemente contra el poder de México, y nos ayudáron muy esforzada y estremadamente de bien; y asimismo un hermano del señor de Tezcuco Don Hernando, que se decia Suchel, que despues se llamó Don Carlos, este hizo cosas de muy esforzado y valiente varon, y otro Capitan natural de una ciudad de la laguna, que no se me acuerda su propio nombre, tambien hacia maravillas, y otros muchos Capitanes de pueblos que nos ayudaban, todos guerreaban muy poderosamente: y Cortés les habló, y les dió muchas gracias y loores, porque nos habian ayudado, con muchas buenas palabras y promesas, de que el tiempo andando les daria tierras, y vasallos, y les haria grandes señores, y les despidió : y como estaban ricos de ropa de algodon, y oro, y otras muchas cosas ricas de despojos, se fuéron alegres á sus tierras, y aun lleváron hartas cargas de tasajos cecinados de Indios Mexicanos, que repartiéron entre sus parientes y amigos, y como cosas de sus enemigos las comiéron por fiestas. Agora que estoy fuera de los recios combates y batallas de los Mexicanos, que con nosotros, y nosotros con ellos teniamos de noche y de dia, porque doy muchas gracias á Dios que dellas me libró, quiero contar una cosa muy temeraria que me acaeció: y es, que despues que vide abrir por los pechos y sacar los corazones, y sacrificar aquellos sesenta y dos soldados, que

dicho tengo que lleváron vivos de los de Cortés, y ofrecelles los corazones á los ídolos; y esto que agora diré, les parece á algunas personas que es por falta de no tener muy grande ánimo, y si bien lo consideran es, por el demasiado ánimo con que en aquellos dias habia de poner mi persona en lo mas recio de las batallas, porque en aquella sazon presumia de buen soldado, y era tenido en esta reputacion, y habia de hacer lo que mas osados y atrevidos soldados suelen hacer, y en aquella sazon yo hacia delante de mis Capitanes: y como de cada dia via llevar á nuestros compañeros á sacrificar, y habia visto, como dicho tengo, que les aserraban por los pechos, y sacalles los corazones bullendo, y cortarles pies y brazos, y se los comiéron á los sesenta y dos, que dicho tengo; temia yo, que un dia que otro habian de hacer de mí lo mismo, porque ya me habian llevado asido dos veces, y quiso Dios que me escapé; y acordóseme de aquellas muertes, y por esta causa dende entónces temí desta cruel muerte: y esto he dicho, porque ántes de entrar en las batallas, se me ponia por delante una como grima y tristeza grandísima en el corazon, y encomendándome á Dios y á su bendita Madre nuestra Señora, y entrar en las batallas, todo era uno, y luego se me quitaba aquel temor: y tambien quiero decir, que cosa tan nueva era agora tener yo aquel temor no acostumbrado, habiéndome hallado



en muchos rencuentros muy peligrosos, ya habia de estar curtido el corazon, y esfuerzo, y ánimo en mi persona, agora á la postre mas arraygado que nunca: porque si bien lo sé contar, y traer á la memoria, dende que vine á descubrir con Francisco Fernandes de Córdova, y con Grijalva, y volví con Cortés, y me hallé en lo de la punta de Cotoche, y en lo de Lázaro, que por otro nombre se dice Campeche, y en Potonchan, y en la Florida, segun que mas largamente lo tengo escrito quando vine á descubrir con Francisco Fernandez de Córdova. Dexemos desto, y volvamos á hablar en lo de Grijalva, y en la misma de Potonchan, y con Cortés en lo de Tabasco, y la de Cingapacinga, y en todas las guerras y rencuentros de Tlascala, y en lo de Cholula; y quando desbaratamos á Narvaez, me señaláron para que les fuésemos á tomar la artilleria, que eran diez y ocho tiros que tenian cebados y cargados con sus pelotas de piedra, los quales les tomamos, y este trance fué de mucho peligro; y me hallé en el primer desbarate quando los Mexicanos nos echáron de México, ó por mejor decir, salimos huyendo quando nos matáron en obra de ocho dias ochocientos y cincuenta soldados; y me hallé en las entradas de Tepeaca y Cachula, y sus rededores, y en otros rencuentros que tuvimos con los Mexicanos quando estábamos en Tezcuco, sobre coger las mielpas de maiz, y en lo de Iztapalapa,

quando nos quisiéron anegar; y me hallé quando subimos en los Peñoles, y ahora los llaman las fuerzas ó fortalezas que ganó Cortés, y en lo de Suchilmileco, é otros muchos rencuentros, y entré con Pedro de Alvarado con los primeros á poner cerco á México, y les quebramos el agua de Chalputepeque, y en la primera entrada que entramos en la calzada con el mismo Pedro de Alvarado, y despues desto quando desbaratáron por la misma nuestra parte, y lleváron seis soldados vivos, y á mí me llevaban, é ya se hacia cuenta que eran siete conmigo, segun me llevaban engarrafado á sacrificar; y me hallé en todas las demas batallas, ya por mí memoradas, que cada dia y de noche teniamos, hasta que ví como dicho tengo, las crueles muertes que diéron delante de mis ojos á aquellos sesenta y dos soldados nuestros compañeros: ya he dicho, que agora que por mí habian pasado todas estas batallas y peligros de muerte, que no lo habia de temer como lo temia agora á la postre. Digan agora aquellos caballeros que desto del militar entienden, y se han hallado en trances peligrosos de muerte, á que fin echarán mi temor, si es á flaqueza de ánimo, ó á mucho esfuerzo, porque como he dicho, sentia en mi pensamiento, que habia de poner por mi persona, batallando en parte que por fuerza habia de temer la muerte mas que otras veces, y por esto me temblaba el corazon, y temia la muerte: y todas estas batallas que

aquí he dicho donde me he hallado, y verán en mi relacion en qué tiempo, y cómo, y quándo, y donde y de qué manera otras muchas entradas y rencuentros tuvo Cortés, y muchos de nuestros Capitanes, sin estos que aquí tengo dichos, que no me hallé yo en ellos, porque eran de cada dia tantos, que aunque fuera de hierro mi cuerpo, no lo pudiera sufrir, en especial que siempre andaba herido, y pocas veces estaba sano, y á esta causa no podia ir á todas las entradas: pues aun no han sido nada los trabajos y peligros, y rencuentros de muerte que de mi persona he recontado, que despues que ganamos esta fuerte y gran ciudad pasé otros muchos, como adelante verán quando venga á coyuntura. Y dexemos ya, y diré y declararé, porque he dicho en todas estas guerras Mexicanas quando nos matáron nuestros compañeros, digo, lleváronlos, y no digo, matáronlos, y la causa es esta; porque los guerreros que con nosotros peleaban, aunque pudieran matar luego á los que llevaban vivos de nuestros soldados, no los mataban luego, sino dábanles heridas peligrosas, porque no se defendiesen, y vivos los llevaban á sacrificar á sus Idolos, y aun primero les hacian baylar delante del Huichilobos, que era su Idolo de la guerra, y esta es la causa porque he dicho los lleváron. Y dexemos esta materia, y digamos lo que Cortés hizo despues de ganado México.

CAPITULO CLVII.

Como mandó Cortés adobar los caños de Chalputepeque, é otras muchas cosas.

La primera cosa que mandó Cortés á Guatemuz fué, que adobasen los caños del agua de Chalputepeque, segun y de la manera que solian estar ántes de la guerra, é que luego fuese el agua por sus caños á entrar en aquella ciudad de México; é que luego limpiasen todas las calles de México de aquellas cabezas y cuerpos de muertos, que todas las enterrasen, para que quedasen limpias, y sin que hubiese hedor ninguno en toda la ciudad, y que todas las calzadas y puentes, que las tuviesen tan bien aderezadas como de ántes estaban; y que los palacios y casas que las hiciesen nuevamente, y que dentro de dos meses se volviesen á vivir en ellas, y les señaló Cortés en qué parte habian de poblar, y la parte que habian de dexar desembarazada, para en que poblásemos nosotros. Dexémonos destos mandados, y de otros que ya no me acuerdo, y digamos como el Guatemuz, y todos sus Capitanes, dixéron á nuestro Capitan Cortés, que muchos Capitanes y soldados que andaban en los ber-

gantines, y de los que andábamos en las calzadas batallando, les habiamos tomado muchas hijas, y mugeres de algunos principales; que le pedian por merced, que se las hiciesen volver: y Cortés les respondió, que serian muy malas de las haber de poder de los compañeros que las tenian, é que las buscasen y traxesen ante él, é que veria si eran Christianas, ó se querian volver á casa de sus padres y de sus maridos, y que luego se las mandaria dar, y dióles licencia para que las buscasen en todos tres Reales, é un mandamiento, para que el soldado que las tuviese, luego se las diese, si las Indias se querian volver de buena voluntad con ellos: y andaban muchos principales en busca dellas de casa en casa, y eran tan solícitos que las halláron, y las mas dellas no quisiéron ir con sus padres ni madres, ni maridos, sino estarse con los soldados con quien estaban, y otras se escondian, y otras decian, que no querian volver á idolatrar, y aun algunas dellas estaban ya preñadas; y desta manera no lleváron sino tres, que Cortés mandó expresamente, que las diesen. Dexemos desto, y digamos, que luego mandó hacer unas atarazanas, y fortaleza, en que estuviesen los bergantines, y nombró Alcaide que estuviese en ellas, y paréceme que fué á Pedro de Alvarado, hasta que vino de Castilla un Salazar que se decia de la Pedrada. Digamos de otra materia, como se recogió todo el oro y plata, y joyas, que se hubiéron

en México, é fué muy poco, segun pareció, porque todo lo demas hubo fama que lo mandó echar Guatemuz en la laguna quatro dias ántes que se prendiese: é que demas desto que lo habian robado los Tlascaltecas, y los de Tezcuco, y Guaxocingo, y Cholula, y todos los demas de nuestros amigos que estaban en la guerra: y demas desto, que los que andaban en los bergantines, robáron su parte, por manera que los Oficiales del Rey decian y publicaban, que Guatemuz lo tenia escondido, y Cortés holgaba dello de que no lo diese, por habello el todo para sí, y por estas causas acordáron de dar tormento á Guatemuz, y al Señor de Tacuba, que era su primo, y gran privado: y ciertamente le pesó mucho á Cortés, porque á un señor como Guatemuz, Rey de tal tierra, que es tres veces mas que Castilla, le atormentasen por codicia del oro, que ya habian hecho pesquisas sobre ello, y todos los Mayordomos de Guatemuz decian que no habia mas de lo que los Oficiales del Rey tenian en su poder, y eran hasta trescientos ochenta mil pesos de oro, porque ya lo habian fundido y hecho barras, y de allí se sacó el Real quinto, é otro quinto para Cortés: y como los conquistadores que no estaban bien con Cortés, viéron tan poco oro, y al Tesorero Julian de Alderete le decian algunos dellos, que tenian sospecha que por quedarse Cortés con el oro, no queria que prendiesen al Guatemuz, ni le diesen

tormento: y porque no lo achacasen algo á Cortés, y no lo podia escusar, consintió que le atormentasen, y le quemáron los pies con aceyte ansí al Guatemuz, como al señor de Tacuba: y lo que confesáron fué, que quatro dias ántes que le prendiesen lo echáron en la laguna, ansí el oro como los tiros, y escopetas y ballestas que de nosotros tenian de quando nos echáron de México, y quando desbaratáron agora á la postre á Cortés; y fuéron adonde Guatemuz habia señalado, y entráron buenos nadadores, y no halláron cosa ninguna: y lo que yo ví, que fuimos con el Guatemuz á las casas adonde solia vivir, y estaba una como alberca grande de agua honda, y de aquella alberca sacamos un sol de oro como el que nos hubo dado el gran Montezuma, y muchas joyas, y piezas de poco valor, que eran del mismo Guatemuz: y el señor de Tacuba dixo, que él tenia en unas casas grandes, que estaban de Tacuba obra de quatro leguas, ciertas cosas de oro, é que le llevasen allá, é que diria donde estaba soterrado, y lo daria, y fué Pedro de Alvarado, y seis soldados con él, é yo fuí en su compañía, y quando allegamos dixo, que por morirse en el camino habia dicho aquello, é que le matasen, que no tenia oro ni joyas ningunas, y ansí nos volvimos sin ello, y ansí se quedo, que no hubimos mas oro que fundir: verdad es, que la recámara del Montezuma que despues poseyó el Guatemuz,

no se habia llegado á muchas joyas, y piezas de oro, que todo esto tomó, para que con ello sirviésemos á su Magestad: y porque habia muchas joyas de diversas hechuras, y primas labores, y si me parase á escribir cada cosa, y hechura dello por sí, seria y es gran prolixidad, lo dexaré de decir en esta relacion, mas dixéron allí muchas personas, é yo digo de verdad, que valia dos veces mas, que la que habia sacado para repartir, el Real quinto de su Magestad: todo lo qual enviamos al Emperador nuestro Señor con Alonso de Avila, que en aquel tiempo vino de la Isla de Santo-Domingo, y con Antonio de Quiñones; lo qual diré adelante, como y donde, en que manera, y quando fuéron. Y dexemos de hablar dello, y volvamos á decir, que en la laguna donde decia Guatemuz que habia echado el oro, entré yo, y otros soldados á zabullidas, y siempre sacábamos pecezuelas de poco precio, lo qual luego nos lo demandó Cortés, y el Tesorero Julian de Alderete, y ellos mismos fuéron con nosotros adonde lo habiamos sacado, y lleváron consigo buenos nadadores, y sacáron obra de noventa ó cien pesos de sartalejos de cuentas, y anades, y perrillos, y pinjantes, y collarejos, y otras cosas de no nada, que ansí se puede decir, segun habia la fama en la laguna del oro que de ántes habia echado. Dexemos de hablar desto, y digamos, como todos los Capitanes y soldados estábamos algo

pensativos de ver el poco oro que parecia, y las partecillas que dello nos daban: y el Padre Fray Bartolomé de Olmedo de la Orden de la Merced, y Alonso de Avila, que entónces habia vuelto de la Isla de Santo-Domingo, de quando le enviáron por Procurador, y Pedro de Alvarado, y otros caballeros, y Capitanes, dixéron á Cortés, que pues que habia poco oro, que las partes que habian de caber á todos, que las diesen y repartiesen á los que quedáron mancos, y cojos, y ciegos, y tuertos, y sordos, y á otros que se habian quemado con la pólvora, y á otros que estaban dolientes de dolor de costado, que aquellos les diese todo el oro, y que para aquellos seria bien dárselo, é que todos los demas que estábamos sanos, lo habriamos por bien: y si esto le dixéron á Cortés, fué sobre cosa pensada, creyendo que nos daria mas que las partes que nos venian, porque habia mucha sospecha, que lo tenian escondido todo: y lo que respondió fué, que veria las partes que cabian, é que visto, en todo pondria remedio: y como todos los Capitanes y soldados queriamos ver lo que nos cabia de parte, dábamos priesa para que se echase la cuenta, y se declarase á que tantos pesos saliamos; y despues que lo hubiéron tanteado, dixéron, que cabian los de á caballo á cien pesos; y á los ballesteros, y escopeteros, y rodeleros, que no se me acuerda bien: y desque aquellas partes nos señaláron, ningun soldado

lo quiso tomar, y entónces murmuramos de Cortés, y del Tesorero Alderete, y el Tesorero por descargarse decia, que no podia haber mas, porque Cortés sacaba otro quinto del monton como el de su Magestad para él, y se pagaba de muchas costas de los caballos que se habian muerto : y tambien dexaban de meter en el monton otras muchas piezas que habiamos de enviar á su Magestad, y que riñésemos con Cortés, y no con él: y como en todos tres Reales habia soldados que habian sido amigos y paniaguados del Diego Velazquez Gobernador de Cuba, de los que habian pasado con Narvaez, que no estaban bien con Cortés, como viéron que no les daban las partes del oro que ellos quisieran, no lo quisiéron recebir lo que les daban; y como Cortés estaba en Cuyoacan, y posaba en unos grandes palacios que estaban blanqueados y encaladas las paredes, donde buenamente se podia escribir con carbon, y con otras tintas, amanecian cada mañana escritos motes, unos en prosa, y otros en versos algo maliciosos á manera como Mase-Pasquines, é nivelos, y unos decian, que el sol, y la luna, y el cielo, y estrellas, y la mar, y la tierra tienen sus cursos, é que si algunas veces salen mas de la inclinacion para que fuéron criados mas de sus medidas, que vuelven á su ser, y que ansí habia de ser la ambicion de Cortés en el mandar: y otros decian, que mas

conquistados nos traia que la misma Conquista que dimos á México, y que no nos nombrásemos Conquistadores de Nueva-España, sino conquistados de Hernando Cortés: y otros decian, que no bastaba tomar buena parte del oro como General, sino tomar parte de quinto como Rey, sin otros aprovechamientos que tenia: y otros decian, ó que triste está el alma mia, hasta que la parte vea: otros decian, que Diego Velazquez gastó su hacienda, é descubrió toda la costa hasta Panuco, y la vino Cortés á gozar: y decian otras cosas como estas, y aun decian palabras que no son para decir en esta relacion. Y como Cortés salia cada mañana, y lo leia, y como estaban unas chanzonetas en prosa, y otras en metro, y por muy gentil estilo y consonancia á cada mote y copla, lo que iba inclinada, y á la fin que tiraba su dicho, y no como yo aquí lo digo: y como Cortés era algo poeta, y se preciaba de dar respuestas inclinadas á loas de sus heróycos hechos, y deshaciendo los del Diego Velazquez, y Grijalva, y Narvaez, respondió tambien por buenos consonantes, y muy apropósito en todo lo que escribia, y de cada dia iban mas desvergonzados los metros, hasta que Cortés escribió: pared blanca papel de necios, y amanecia mas adelante, y aun de sabios, y verdades: y aun bien supo Cortés quien lo escribia, y fué un fulano Tirado amigo de Diego Velazquez, yerno que fué de Ramirez el viejo, que vivia en la

Puebla, y un Villalobos, que fué á Castilla, y otro que se decia Mansilla, y otros que ayudaban de buena para Cortés á los puntos que le tiraban: y de tal manera andaba la cosa, que Fray Bartolomé de Olmedo le dixó á Cortés, que no permitiese que aquello pasase adelante, sino que con cordura vedase que no escribiesen en la pared. Fué buen consejo, y mandó Cortés, que no se atreviese ninguno á poner letreros, ni perques de malicias, que castigaria á los desvergonzados que escribiesen, con graves penas: y á fe que aprovechó. Dexemos desto, y digamos, que como habia muchas deudas entre nosotros, que debiamos de ballestas á quarenta y á cincuenta pesos, y de una escopeta ciento, y de un caballo ochocientos y mil, y á veces mas, y una espada cincuenta, y desta manera eran tan caras las cosas que habiamos comprado: pues un Cirujano que se llamaba Maestre Juan, que curaba algunas malas heridas, y se igualaba por la cura á escesivos precios, y tambien un Médico que se decia Murcia, que era boticario, y Barbero, tambien curaba: y otras treinta trampas, y zarrabusterias que debiamos, demandaban que les pagásemos de las partes que nos daban, y el remedio que Cortés dió fué, que puso dos personas de buena conciencia, que sabian de mercaderías, que apreciasen qué podian valer las mercaderías, y cosas de las que habiamos tomado fiado, y que lo apreciasen: llamábanse

los apreciadores, el uno Santa Clara, persona muy honrada, y el otro se decia fulano de Llerena; y se mandó, que todo aquello que aquellos apreciadores dixesen que valia cada cosa de las que nos habian vendido, y las curas que habian hecho los Cirujanos, que pasasen por ello, é que si no teniamos dineros, que aguardasen por ello tiempo de dos años. Otra cosa tambien se hizo, que todo el oro que se fundió, echáron tres quilates mas de lo que tenia de ley, porque ayudasen á las pagas, y tambien porque en aquel tiempo habian venido mercaderes, y navíos á la villa Rica, y creyendo que en echarle los tres quilates mas que ayudasen á la tierra, y á los Conquistadores, y no nos ayudó en cosa ninguna, ántes fué en nuestro perjuicio, porque los mercaderes porque aquellos tres quilates saliesen á la cabal de sus ganancias, cargaban en las mercaderías, y cosas que vendian cinco quilates, y así anduvo el oro de tres quilates Tepuzque, que quiere decir en la lengua de Indios cobre: y así agora tenemos aquel modo de hablar, que nombramos á algunas personas que son preeminentes, y de merecimiento, el señor Don fulano de tal nombre, Juan. ó Martin, ó Alonso, y otras personas que son de tanta calidad, les decimos no mas de su nombre, y por haber diferencia de los unos á los otros, decimos fulano de tal nombre Tepuzque. Volvamos á nuestra plática, que viendo que no era justo que el oro andu-

viese de aquella manera, se envió á hacer saber á su Magestad para que se quitase, y no anduviese en la Nueva-España, y su Magestad fué servido de mandar, que no anduviese mas, é que todo lo que se le hubiese de pagar en almoxarifazgo, y penas de Cámara, que se le pagase de aquel oro malo, hasta que se acabase, y no hubiese memoria dello, y desta manera se llevó todo á Castilla. Y quiero decir, que en aquella sazon que esto pasó ahorcaron dos plateros que falseaban las marcas, y las echaban cobre puro. Mucho me he detenido en contar cosas viejas, y salir fuera de mi relacion. Volvamos á ella, y diré, que como Cortés vió que muchos soldados se le desvergonzaban, y le pedian mas partes, y le decian, que se lo tomaba todo para sí, y le pedian prestados dineros, acordó de quitar de sobre sí aquel dominio, y de enviar á poblar á todas las provincias que le pareció que convenia que se poblasen. A Gonzalo de Sandoval mandó que fuese á poblar á Tustepeque, é que castigase unas guarniciones Mexicanas, que matáron quando salimos de México sesenta personas, y entre ellas seis mugeres de Castilla que allí habian quedado de los de Narvaez, é que poblase á Medellin, é que pasase á Guacacualco, é que poblase aquel puerto, y tambien mandó que fuesen á conquistar la provincia de Panuco: y á Rodrigo Rangel, que se estuviese en la villa Rica, y en su compañía Pedro de Ircio: y á Juan

Velazquez Chico mandó que fuese á Colima y á un Villa-Fuerte á Zacatula: y á Christóbal de Oli, que fuese á Mechoacan: ya en este tiempo se habia casado Christóbal de Oli con una señora Portuguesa, que se decia Doña Filipa de Araujo: y envió á Francisco de Horozco á poblar á Guaxaca, porque en aquellos dias que habiamos ganado á México, como lo supiéron en todas estas provincias que he nombrado, que México estaba destruida, no lo podian creer los Caciques y Señores dellas como estaban lejos, y enviaban principales á dar á Cortés el parabien de las vitorias, y á darse y ofrecerse por vasallos de su Magestad, y á ver cosa tan temida, como dellos fué México, si era verdad que estaba por el suelo, y todos traian grandes presentes de oro que daban á Cortés, y aun traian consigo á sus hijos pequeños, y les mostraban á México; y como solemos decir, aquí fué Troya, y se lo declaraban. Dexemos desto, y digamos una plática, que es bien que se declare, porque me dicen muchos curiosos Lectores, ¿que qué es la causa que los verdaderos conquistadores que ganamos la Nueva-España, y la grande y fuerte ciudad de México, por que no nos quedábamos en ella á poblar, y no nos veniamos á otras provincias? Tienen razon de lo preguntar, quiero decir la causa porque, y es esto que diré. En los libros de la renta de Montezuma mirábamos de qué partes le traian el oro, y donde habia minas,

y cacao, y ropa de mantas, y de aquellas partes que veiamos en los libros que traian los tributos del oro para el gran Montezuma, queriamos ir allá: en especial viendo que salia de México un Capitan principal, y amigo de Cortés, como era Sandoval, y tambien como viamos que en los pueblos de la redonda de México no tenian minas de oro, ni algodon, ni cacao, sino mucho maiz, y maqueyales de donde sacaban el vino, y á esta causa la teniamos por tierra pobre, y nos fuimos á otras provincias á poblar, y en todos fuimos muy engañados. Acuérdome que fui á hablar á Cortés, que me diese licencia para que fuese con Sandoval, y me dixo: en mi conciencia, hermano Bernal Diaz del Castillo, que vives engañado, que yo quisiera que quedarades aquí conmigo, mas si es vuestra voluntad ir con vuestro amigo Gonzalo de Sandoval, id en buena hora, é yo tendré siempre cuidado de lo que se os ofreciere, mas bien sé que os arrepentireis por me dexar. Volvamos á decir de las partes del oro, que todo se quedó en poder de los oficiales del Rey por las esclavas que habiamos sacado en las almonedas. No quiero poner aquí por memoria que tantos de á caballo, ni ballesteros, ni escopeteros, ni soldados, ni en quantos dias de tal mes despachó Cortés á los Capitanes para que fuesen á poblar las provincias por mí arriba dichas, porque seria larga relacion, basta que digo pocos dias despues de ganado

México, é preso Guatemuz; de ahí á otros dos meses envió á otro Capitan á otras provincias. Dexemos agora de hablar en Cortés, y diré que en aquel instante vino al puerto de la villa Rica con dos navíos un Christóbal de Tapia, Veedor de las fundaciones que se hacian en Santo Domingo, y otros decian, que era Alcaide de aquella fortaleza que está en la isla de Santo Domingo, y traia provisiones y cartas misivas de Don Juan Rodriguez de Fonseca Obispo de Burgos, é se nombraba Arzobispo de Rosano, para que le diésemos la Gobernacion de la Nueva-España al Tapia, é lo que sobre ello pasó diré adelante.

CAPITULO CLVIII.

Como llegó al puerto de la Villa-Rica un Cristóbal de Tapia, que venia para ser Gobernador.

Pues como Cortés hubo despachado los Capitanes y soldados por mí ya dichos, á pacificar y poblar Provincias, en aquella sazon vino un Christóbal de Tapia, Veedor de la Isla de Santo Domingo, con provisiones de su Magestad, guiadas y encaminadas por Don Juan Rodriguez de Fonseca, Obispo de Burgos, y Arzobispo de Rosano, porque ansi se llamaba, para que le admitiesen á la Gobernacion de la Nueva-España, y además de las provisiones traia muchas cartas misivas del mismo Obispo para Cortés, y para otros muchos conquistadores y Capitanes de los que

habian venido con Narvaez, para que favoreciesen al Christóbal de Tapia: y demas de las cartas que traia cerradas y selladas del Obispo, traia otras en blanco, para que el Tapia en la Nueva-España pusiese todo lo que quisiese y le pareciese, y en todas ellas traia grandes prometimientos, que nos haria muchas mercedes, si dábamos la Gobernacion al Tapia, y por otra parte muchas amenazas, y decia, que su Magestad nos enviaria á castigar. Dexemos desto, que Tapia presentó sus provisiones en la Villa-Rica de la Vera Cruz delante de Gonzalo de Alvarado, hermano de Pedro de Alvarado, que estaba en aquella sazon por Teniente de Cortés, porque un Rodrigo Rangel que solia estar allí por Alcalde mayor, no sé qué desatinos habia hecho quando allí estaba, y le quitó Cortés el cargo: y presentadas las provisiones, el Gonzalo de Alvarado las obedeció, y puso sobre su cabeza como provisiones y mando de su Rey y Señor, é que en cuanto al cumplimiento, que se juntarian los Alcaldes y Regidores de aquella Villa, é que platicarian, y verian como y de qué manera eran ganadas y habidas aquellas provisiones, é que todos juntos las obedecian, porque él solo era una persona, y tambien porque querian ver si su Magestad era sabidor que tales provisiones se enviasen: y esta respuesta no le quadró bien al Tapia, y aconsejáronle que se fuese luego á México adonde estaba Cortés con

todos los mas Capitanes y soldados, y que allá las obedecerian, y demas de presentar las provisiones, como dicho tengo, escribió á Cortés de la manera que venia por Gobernador; y como Cortés era muy avisado, si muy buenas cartas le escribió el Tapia, y vió las ofertas y ofrecimientos del Obispo de Burgos, y por otra parte las amenazas; si muy buenas palabras, y muy llenas de cumplimientos él le escribió, otras muy mejores y mas halagüenas, y blandosamente, y amorosas, y llenas de cumplimientos le escribió Cortés en respuesta: y luego Cortés rogó y mandó á ciertos de nuestros Capitanes que se fuesen á ver con el Tapia, los quales fuéron Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval, y Diego de Soto el de Toro, y un Valdenebro, y el Capitan Andres de Tapia, á los quales envió á llamar por la posta, que dexasen de poblar por entónces las provincias en que estaban, é que fuesen á la Villa-Rica, donde estaba el Christóbal de Tapia, y con ellos mandó que fuese un Frayle que se decia Fray Pedro Melgarejo de Urrea. Ya que el Tapia iba camino de México á se ver con Cortés, encontró con nuestros Capitanes, y con el Frayle por mí nombrados, y con palabras y ofrecimientos que le hiciéron, volvió del camino para un pueblo que se decia Cempoal, y allí le demandaron que mostrase otra vez las provisiones, y que verian cómo y de qué manera lo mandaba su Magestad, y si

venia en ellas su Real firma, ó era sabidor dello, é que los pechos por tierra las obedecerian en nombre de Hernando Cortés, y de toda la Nueva-España, porque traian poder para ello: y el Tapia les tornó á notificar y mostrar las provisiones, y todos aquellos Capitanes á una las obedeciéron, y pusiéron sobre sus cabezas, como provisiones de nuestro Rey y Señor: é que en quanto al cumplimiento, que suplicaban dellas para ante el Emperador nuestro Señor, y dixéron que no era sabidor dellas, ni de cosa ninguna, é que el Christóbal de Tapia no era suficiente para ser Gobernador, é que el Obispo de Burgos era contra todos los conquistadores que serviamos á su Magestad, y andaba ordenando aquellas cosas, sin dar verdadera relacion á su Magestad, y por favorecer al Diego Velazquez y al Tapia, por casar con uno dellos á una Doña fulana de Fonseca sobrina del mismo Obispo: y luego que el Tapia vió que no aprovechaban palabras, ni provisiones, ni cartas de ofertas, ni otros cumplimientos, adolesció de enojo: y aquellos nuestros Capitanes le escribian á Cortés todo lo que pasaba, y le avisáron que enviase tejuelos de oro y barras, é que con ellos amansaria la furia del Tapia, lo qual el oro vino por la posta, y le compráron unos negros y tres caballos, y el un navío, y se volvió á embarcar en el otro navío, y se fué á la isla de Santo Domingo de donde habia salido; é quan-

do allá llegó la Audiencia Real que en ella residia, y los Frayles Gerónimos que estaban por Gobernadores notáron bien su vuelta de aquella manera, y se enojáron con él, porque ántes que saliese de la isla para ir á la Nueva-España, le habian mandado expresamente, que en aquella sazon no curase de venir, porque seria causa de quebrar el hilo y conquistas de México, y no les quiso obedecer, ántes con favor del Obispo de Burgos Don Juan Rodriguez de Fonseca se resolvió, que no osaban hacer otra cosa los Oidores, sino lo que el Obispo de Burgos mandaba, porque era Presidente de Indias, porque su Magestad estaba en aquella sazon en Flandes, que no habia venido á Castilla. Dexemos esto del Tapia, y digamos como luego envió Cortés á Pedro de Alvarado á poblar á Tustepeque, que era tierra rica de oro. Y para que bien lo entiendan los que no saben los nombres destos pueblos, uno es Tutepeque, adonde fué Gonzalo de Sandoval, y otro es Tustepeque adonde en esta sazon va Pedro de Alvarado, y esto declaro, porque no me culpen que digo que dos Capitanes fuéron á poblar una Provincia de un nombre, y son dos Provincias; y tambien habia enviado á poblar el rio de Panuco, porque Cortés tuvo noticia que un Francisco de Garay hacia grande armada para la venir á poblar: porque segun pareció se lo habia dado su Magestad al Garay por gobernacion y conquista, segun mas larga-

mente lo he dicho y declarado en los capítulos pasados, quando hablaba de todos los navíos que envió adelante Garay, que desbaratáron los Indios de la misma Provincia de Panuco; é hizolo Cortés, porque si viniese el Garay la hallase por Cortés poblada. Dexemos desto, y digamos como Cortés envió otra vez á Rodrigo Rangel por Teniente de Villa-Rica, y quitó al Gonzalo de Alvarado, y le mandó que luego le enviase á Pánfilo de Narvaez donde estaba poblando Cortés en Cuyoacan, que aun no habia entrado á poblar á México, hasta que se edificasen todas las casas y palacios adonde habia de vivir: y envió por el Pánfilo de Narvaez; porque segun le dixéron, que quando el Christóbal de Tapia llegó á la Villa-Rica con las provisiones que dicho tengo, el Narvaez habló con él, y en pocas palabras le dixo: Señor Tapia, paréceme que tan buen recaudo traeis, y tal le llevareis como yo: mirá en lo que yo he parado trayendo tan buena armada, mirá por vuestra persona no os maten, y no os cureis de perder tiempo, que la ventura de Cortés, é sus soldados no es acabada; entended en que os den algun oro por esas cosas que traeis, é idos á Castilla ante su Magestad, que allá no faltará quien os ayude, y direis lo que pasa, en especial teniendo como teneis al Señor Obispo de Burgos, y esto es mejor consejo. Dexemonos desta plática, y diré como Narvaez fué su camino á México, y vió aquellas grandes

ciudades y poblaciones, y quando llegó á Tezcuco se admiró, y quando vió á Cuyoacan mucho mas, y desque vió la gran laguna, y ciudades que en ella estan pobladas, y despues la gran ciudad de México : y como Cortés supo que venia, le mandó hacer mucha honra, y llegado ante él, se hincó de rodillas, y le fué á besar las manos, y Cortés no lo consintió, y le hizo levantar, y le abrazó, y le mostró mucho amor, y le hizo asentar cabe sí, y entónces el Narvaez le habló, y le dixo : Señor Capitan, agora digo de verdad, que la menor cosa que hizo v. merced y sus valerosos soldados en esta Nueva-España fué desbaratarme á mí, y prenderme, y aunque traxera mayor poder del que truxe, pues he visto tantas ciudades y tierras que ha domado y sujetado al servicio de Dios nuestro Señor, y del Emperador Carlos Quinto; y puedese v. merced alabar y tener en tanta estima, que yo ansi lo digo, y dirán todos los Capitanes muy nombrados, que el dia de hoy son vivos, que en el universo se puede anteponer á los muy afamados é ilustres varones que ha habido, y otra tan fuerte ciudad como México no la hay, y v. merced, y sus muy esforzados soldados son dignos que su Magestad les haga muy crecidas mercedes, y le dixo otras muchas alabanzas : y Cortés le respondió, que nosotros no eramos bastantes para hacer lo que estaba hecho, sino la gran misericordia de Dios nuestro Señor, que siempre nos

ayudaba, y la buena ventura de nuestro gran César. Dexemonos desta plática, y de las ofertas que hizo Narvaez á Cortés que le seria servidor, y diré como en aquella sazon se pasó Cortés á poblar la insigne y gran Ciudad de México, y repartió solares para las Iglesias y Monasterios, y casas Reales, y plazas, y á todos los vecinos les dió solares: y por no gastar mas tiempo en escribir, segun y de la manera que agora está poblada, que segun dicen muchas personas que se han hallado en muchas partes de la christiandad, otra mas populosa y mayor ciudad, y de mejores casas, y muy bien pobladas no se ha visto. Pues estando dando la órden que dicho tengo, al mejor tiempo que estaba Cortés algo descansando, le viniéron cartas del Panuco, que toda la Provincia estaba levantada, é puesta en armas, y que era gente muy belicosa, y de muchos guerreros, porque habian muerto muchos soldados que habia enviado Cortés á poblar, y que con brevedad enviase el mayor socorro que pudiese: y luego acordó Cortés de ir él mismo en persona, porque todos los Capitanes habian ido á sus conquistas; y llevó todos los mas soldados que pudo, y hombres de á caballo, y ballesteros y escopeteros, porque ya habian llegado á México muchas personas de las que el Veedor Tapia traia consigo, y otros que allí estaban de los de Lucas Vazquez de Ayllon, que habian ido con él á la Florida, y otros que habian venido de

las Islas en aquel tiempo : y dexando en México buen recaudo, y por Capitan del á Diego de Soto, natural de Toro, salió Cortés de México, y en aquella sazon no habia herrage sino muy poco para los muchos caballos que llevaba, porque pasaban de ciento y treinta de á caballo, y docientos y cincuenta soldados y contados entre los ballesteros y escopeteros y de á caballo, y tambien llevó diez mil Mexicanos : y en aquella sazon ya habia vuelto de Mechoacan Christóbal de Oli, porque dexó aquella Provincia de paz, y traxo consigo muchos Caciques, y al hijo del Cacique Conci, que ansi se llamaba, y era el mayor Señor de todas aquellas Provincias, y traxo mucho oro baxo, que lo tenian revuelto con plata y cobre : y gastó Cortés en aquella ida que fué á Panuco mucha cantidad de pesos de oro, que despues demandaba á su Magestad, que le pagase aquella costa, y los oficiales de la Real hacienda no se los quisiéron recebir en cuenta, ni le quisiéron pagar cosa dello; porque respondiéron que si habia hecho aquel gasto en la conquista de aquella Provincia, que lo hizo por se apoderar della, porque Francisco de Garay que venia por Gobernador no la hubiese, porque ya tenia noticia que venia de la Isla de Jamayca, con gran pujanza y armada. Volvamos á nuestra relacion, y diré como Cortés llegó con todo su exército á la Provincia de Panuco, y los halló de guerra, y los envió á llamar

de paz muchas veces, mas no quisiéron venir, é tuvo con ellos en algunos dias muchos rencuentros de guerra, y en dos batallas que le aguardáron, le matáron tres soldados, y le hiriéron mas de treinta, y matáron quatro caballos, y hubo muchos heridos, y muriéron de los Mexicanos sobre ciento, sin otros mas de docientos que quedáron heridos, porque fuéron los Guastecas, que ansi se llaman en aquellas Provincias, sobre mas de sesenta mil hombres guerreros quando aguardáron á nuestro Capitan Cortés, mas quiso nuestro Señor que fuéron desbaratados, y todo el campo adonde fuéron estas batallas, quedó lleno de muertos y heridos de los Naguatecas naturales de aquellas Provincias, por manera que no se tornáron mas á juntar por entónces para dar guerra: y Cortés estuvo ocho dias en un pueblo que estaba allí cerca, donde habian sido aquellas reñidas batallas, por causa de que se curasen los heridos, y se enterrasen los muertos, y habia muchos bastimentos, y para tornarle á llamar de paz envió al Padre Fray Bartolomé de Olmedo, y diez Caciques, personas principales de los que se habian prendido en aquellas batallas, y Doña Marina y Gerónimo de Aguilar, que siempre Cortés los llevaba consigo, y el Padre Fray Bartolomé de Olmedo les hizo un parlamento muy discreto, y les dixo: qué como se podian defender todos los de aquellas Provincias de no

se dar por vasallos de su Magestad, pues han visto y tenido nueva que con el poder de México, siendo tan fuertes guerreros, estaba asolada la ciudad y puesta por el suelo, é que vengan luego de paz y no hayan miedo, é que lo pasado de las muertes que Cortés en nombre de su Magestad se lo perdonaria, y tales palabras les dixo el buen Fray Bartolomé de Olmedo con amor, y otras llenas de amenazas, que como estaban hostigados, y habian visto muertos muchos de los suyos, y abrasados y asolados todos sus pueblos, viniéron de paz, y todos traxéron joyas de oro, aunque no de mucho precio, que presentáron á Cortés: y él con halagos y mucho amor les recibió de paz, y dende allí se fué Cortés con la mitad de sus soldados á un rio, que se dice Chila, que está de la mar obra de cinco leguas, y volvió á enviar mensageros á todos los pueblos de la otra parte del rio á llamalles de paz, y no quisiéron venir, porque como estaban encarnizados de los muchos soldados que habian muerto en obra de dos años que habian pasado de los Capitanes que Garay envió á poblar aquel rio, como dicho tengo en el capítulo que dello habla, ansi creyeron que harian á nuestro Cortés: y como estaban entre grandes lagunas, y rios, y cienagas, que es muy grande fortaleza para ellos, la respuesta que diéron fué matar á los mensageros que Cortés les habia enviado á hablar sobre las paces,

y á estos de agora tuviéron presos ciertos dias; y estuvo Cortés aguardando para ver si podria acabar con ellos, que mudasen su mal propósito, y como no viniéron mandó buscar todas las canoas que en el rio pudo haber, y con ellas y unas barcas que se hiciéron de madera de navíos viejos de los de Garay, y pasáron de noche de la otra parte del rio ciento y cincuenta soldados, y los mas dellos ballesteros y escopeteros, y cincuenta de á caballo: y como los principales de aquellas Provincias velaban sus pasos y rios, como los viéron, dexáronlos pasar, y estaban aguardando de la otra parte; y si mucho Guastecas se habian juntado en las primeras batallas que diéron á Cortés, muchos mas estaban juntos esta vez y vienen como leones rabiosos á se encontrar con los nuestros; y á los primeros encuentros matáron dos soldados, é hiriéron sobre treinta, y tambien matáron tres caballos, é hiriéron otros quince y muchos Mexicanos, mas tal priesa les diéron los nuestros, que no paráron en el campo, é luego se fuéron huyendo, y quedáron dellos muertos y heridos gran cantidad: y despues que pasó aquella batalla, los nuestros se fuéron á dormir á un pueblo que estaba despoblado, que se habian huido los moradores dél, y con buenas velas, y escuchas, y rondas, corredores del campo estuviéron, y de cenar no les faltó: y quando amaneció, andando por el pueblo viéron estar en un

Cu é adoratorio de Idolos colgados muchos vestidos, y caras de soldados adobadas como cueros de guantes, y con sus barbas y cabellos que eran de los soldados que habian muerto á los Capitanes que habia enviado Garay á poblar el rio de Panuco, y muchas dellas fuéron conocidas de otros soldados que decian que eran sus amigos, y á todos se les quebró los corazones de lástima de las ver de aquella manera, y las quitáron de donde estaban, y las lleváron para enterrar: y dende aquel pueblo se pasáron á otro lugar, y como conocian que toda la gente de aquella provincia era muy belicosa, siempre iban muy recatados, y puestos en ordenanza para pelear, no les tomasen desapercebidos: y los descubridores del campo diéron con unos grandes esquadrones de Indios que estaban en celadas, para que quando estuviesen los nuestros en las casas apeados, dar en los caballos y en ellos: y como fuéron sentidos no tuviéron lugar de hacer lo que querian, mas todavía saliéron muy denodadamente, y peleáron con los nuestros como valientes guerreros, y estuviéron mas de media hora que los de á caballo y escopeteros no les podian hacer retraer, ni apartar de sí, y matáron dos caballos, y hiriéron otros siete, y tambien hiriéron quince soldados, y muriéron tres de las heridas. Una cosa tenian estos Indios, que ya que los llevaban de vencida se tornaban á rehacer, y aguadáron tres veces en la pe-

lea, lo qual pocas veces se ha visto acaecer entre estas gentes: y viendo que los nuestros les herian y mataban se acogiéron á un rio caudaloso, é corriente, y los de á caballo, y peones sueltos fueron en pos de ellos, é hiriéron muchos: é otro dia acordáron de correrles el campo, é ir á otros pueblos que estaban despoblados, y en ellos halláron muchas tinajas de vino de la tierra, puestas en unos soterraños á manera de bodegas: y estuviéron en estas poblaciones cinco dias corriéndoles las tierras, y como todo estaba sin gentes y despoblados se volviéron al rio de Chile: y Cortés tornó á enviar á llamar de paz á todos los mismos pueblos que estaban de guerra de aquella parte del rio; y como les habian muerto mucha gente, temiéron que volverian otra vez sobre ellos, y á esta causa enviáron á decir que vendrian de ahí á quatro dias, que buscaban joyas de oro para le presentar: y Cortés aguardó todos los quatro dias que habian dicho que vendrian, y no viniéron por entónces: y luego mandó á un pueblo muy grande que estaba cabe una laguna, que era muy fuerte por sus cienagas y rios, que de noche escuro, y medio lloviznando, que en muchas canoas que luego mandó buscar, atadas de dos en dos, y otras sueltas, y en barcas bien hechas pasasen aquella laguna á una parte del pueblo en parte y paraje que no fuesen vistos, ni sentidos de los de aquella poblacion, y pasáron muchos amigos

Mexicanos, y sin ser vistos dan en el pueblo, el qual pueblo destruyéron, y hubo muy gran despojo y estrago en él: allí cargáron los amigos de todas las haciendas de los naturales que dél tenian; y desque aquello viéron, todos los mas pueblos comarcanos, dende á cinco dias acordáron de venir de paz, excepto otras poblaciones que estaban muy á trasmano, que los nuestros no pudiéron ir á ellos en aquella sazon: y por no me detener en gastar mas palabras en esta relacion de muchas cosas que pasáron, las dexaré de decir: si no que entónces pobló Cortés una Villa con ciento y treinta vecinos, y entre ellos dexó veinte y siete de á caballo, y treinta y seis escopeteros y ballesteros, por manera que todos fuéron los ciento y treinta; llamábase esta villa San-Esteban del Puerto, y está obra de una legua de Chile, y en los vecinos que en aquella villa pobláron repartió y dió por encomienda todos los pueblos que habian venido de paz, y dexó por Capitan dellos, y por su Teniente á un Pedro Vallejo: y estando en aquella villa de partida para México, supo por cosa muy cierta, que tres pueblos que fuéron cabeceras para la rebelion de aquella Provincia, y fuéron en la muerte de muchos Españoles, andaban de nuevo despues de haber ya dado la obediencia á su Magestad, y haber venido de paz, convocando y atrayendo á los demas pueblos sus comarcanos, y decian que despues que

Cortés se fuese á México con los de á caballo y soldados, que á los que quedaban poblados, que diesen un dia ó noche en ellos, y que tendrian buenas hartazgas con ellos: y sabido por Cortés la verdad muy de raiz, les mandó quemar las casas, mas luego se tornáron á poblar. Digamos que Cortés habia mandado ántes que partiese de México para ir á aquella entrada, que dende la Vera-Cruz le enviase un barco cargado con vino, y vituallas y conservas, y bizcocho y herraje; porque en aquella sazon no habia trigo en México para hacer pan: é yendo que iba el barco su viage á la derrota de Panuco cargado de lo que fué mandado, parece ser que hubo muy recios Nortes, y dió con él en parte que se perdió, que no se salváron sino tres personas que aportáron en unas tablas á una isleta donde habia unos muy grandes arenales, seria tres ó quatro leguas de tierra, donde habia muchos lobos marinos, que salian de noche á dormir á los arenales, y matáron de los lobos, y con lumbre que sacáron con unos palillos, como la sacan en todas las Indias las personas que saben como se ha de sacar, tuviéron lugar de asar la carne de los lobos, y cabáron en mitad de la isla, é hiciéron unos como pozos, y sacáron agua algo salobre, y tambien habia una fruta que parecian higos, y con la carne de los lobos marinos, y la fruta y agua salobre se mantuviéron mas de dos meses: y como aguardaban en

la villa de San-Esteban el refresco, y bastimento, y herrage, escribió Cortés á sus Mayordomos á México, que como no enviaban el refresco, y quando viéron la carta de Cortés, tuviéron por muy cierto que se habia perdido el barco, y enviáron luego los Mayordomos de Cortés un navio chico de poco porte en busca del barco que se perdió, y quiso Dios que se topáron en la isleta donde estaban los tres Españoles de los que se perdiéron, con ahumadas que hacian de noche é de dia: é desque viéron el barco se alegráron, y embarcados viniéron á la villa, y llamábase el uno dellos fulano Celiano, vecino que fué de México. Dexémonos desto, y digamos; como en aquella sazon nuestro Capitan Cortés se venia ya para México, tuvo noticia que en unos pueblos que estaban en unas sierras que eran muy agras se habian rebelado, y hacian grande guerra á otros pueblos que estaban de paz, y acordó de ir allá ántes que entrase en México: é yendo por su camino los de aquella provincia lo supiéron, é aguardáron en un paso malo, y diéron en la rezaga del fardaje, y le matáron ciertos Tamemes y robáron lo que llevaban, y como era el camino malo, por defender el fardaje los de á caballo que los iban á socorrer, rebentáron dos caballos: y llegados á las poblaciones, muy bien se lo pagáron, que como iban muchos Mexicanos nuestros amigos, por se vengar de lo que les robáron en el puerto

y camino malo, como dicho tengo, matáron y cantiváron muchos Indios, y aun el Cacique y su Capitan muriéron ahorcados despues que hubiéron vuelto lo que habian robado; y esto hecho, Cortés mandó á los Mexicanos que no hiciesen mas daño, y luego envió á llamar de paz á todos los principales y Papas de aquella poblacion, los quales viniéron y diéron la obediencia á su Magestad: y el Cacicazgo mandó que lo tuviese un hermano del Cacique que habian ahorcado, y los dexó en sus casas pacíficos y muy bien castigados: y entónces se volvió á México. Y ántes que pase adelante, quiero decir, que en todas las provincias de la Nueva España otra gente mas sucia y mala, y de peores costumbres no la hubo como esta de la provincia de Panuco, y sacrificadores y crueles en demasía, y borrachos, y sucios, y malos, y tenian otras treinta torpezas: y si miramos en ello fuéron castigados á fuego y á sangre dos ó tres veces, y otros mayores males les vino en tener por Gobernador á Nuño de Guzman, que desque le diéron la gobernacion, los hizo casi á todos esclavos, y los envió á vender á las islas, segun mas largamente lo diré en su tiempo y lugar. Volvamos á nuestra relacion, y diré despues que Cortés volvió á México, en lo que entendió é hizo.

CAPITULO CLIX.

Como Cortés y todos los oficiales del Rey acordáron de enviar á su Magestad todo el oro que le habia cabido de su Real quinto de los despojos de México, y como se envió de por sí la recámara del oro y joyas que fuéron de Montezuma y de Guatemuz, y lo que sobre ello acaeció.

Como Cortés volvió á México de la entrada de Panuco, anduvo entendiendo en la poblacion y edificacion de aquella ciudad: y viendo que Alonso de Avila, ya otra vez por mí nombrado en los capítulos pasados, habia vuelto en aquella sazon de la isla de Santo Domingo, y traxó recaudo de lo que le habian enviado á negociar con la Audiencia Real, é Frayles Gerónimos que estaban por Gobernadores de todas las islas; é los recaudos que entónces traxo fué, que nos daban licencia para poder conquistar toda la Nueva España, y herrar los esclavos, segun y de la manera que lleváron en una relacion, y repartir y encomendar los Indios, como en las islas Española, é Cuba, é Jamayca se tenia por costumbre: y esta licencia que diéron fué hasta en tanto que su Magestad fuese sabidor dello, ó fuese servido mandar otra cosa, de lo qual luego le hiciéron relacion los mismos Frayles Gerónimos, y enviáron un navío por la posta á Castilla, y entónces su Magestad estaba en Flandes, que era mancebo, y allá supo los recaudos que

los Frayles Gerónimos le enviaban; porque el Obispo de Burgos, puesto que estaba por presidente de Indias, como conocian dél, que nos era muy contrario, no le daban cuenta dello, ni trataban con él otras muchas cosas de importancia, porque estaban muy mal con sus cosas. Dexemos esto del Obispo, y volvamos á decir, que como Cortés tenia á Alonso de Avila por hombre atrevido, y no estaba muy bien con él, siempre le queria tener muy lejos de sí, porque verdaderamente si quando vino el Christóbal de Tapia con las provisiones, el Alonso de Avila se hallara en México, porque entónces estaba en la isla de Santo Domingo, y como el Alonso de Avila era servidor del Obispo de Burgos, é habia sido su criado, y le traian cartas para él, fuera gran contraditor de Cortés y de sus cosas: y á esta causa siempre procuraba Cortés de tenello apartado de su persona, y quando vino deste viage que dicho tengo, por consejo de Fray Bartolomé de Olmedo por le contentar y agradar, le encomendó en aquella sazon el pueblo de Guatitlan, y le dió ciertos pesos de oro, y con palabras y ofrecimientos, y con el depósito del pueblo por mí nombrado, que es muy bueno, y de mucha renta, le hizo tan su amigo y servidor que le envió despues á Castilla, y juntamente con él á su Capitan de la Guarda, que se decia Antonio de Quiñones, los quales fuéron por Procuradores de la Nueva-España y

de Cortés, y lleváron dos navíos, y en ellos ochenta y ocho mil Castellanos en barras de oro; y lleváron la recámara que llamamos del gran Montezuma, que tenia en su poder Guatemuz, y fué un gran presente, en fin para nuestro gran César, porque fuéron muchas joyas muy ricas, y perlas tamañas algunas dellas como avellanas, y muchos chalchiuies, que son piedras finas como esmeraldas, y por ser tantas, y no me detener en escribirlas, lo dexaré de decir y traer á la memoria: y tambien enviamos unos pedazos de huesos de gigantes, que se halláron en un Cu é adoratorio en Cuyoacan, que eran segun, y de la manera de otros grandes zancarrones que nos diéron en Tlascala, los quales habiamos enviado la primera vez, y eran muy grandes en demasía, y le lleváron tres tigres, y otras cosas que ya no me acuerdo: y con estos Procuradores escribió el Cabildo de México á su Magestad; y ansimismo todos los mas conquistadores escribimos con el Cabildo juntamente, é Fray Bartolomé de Olmedo de la Orden de la Merced, y el Tesorero Julian de Alderete; y todos á una deciamos de los muchos y buenos é leales servicios que Cortés y todos nosotros los conquistadores le habiamos hecho, y á la contina haciamos, y todo lo por nosotros sucedido desde que entramos á ganar la ciudad de México, y como estaba descubierta la mar del Sur, y se tenia por cierto que era cosa muy rica: y suplicamos á su Ma-

gestad que nos enviase Obispo, y religiosos de todas Ordenes, que fuesen de buena vida y doctrina, para que nos ayudasen á plantar mas por entero en estas partes nuestra santa Fe Católica, y le suplicamos todos á una, que la gobernacion desta Nueva-España, que le hiciese merced della á Cortés, pues tan bueno y leal servidor le era, y á todos nosotros los conquistadores nos hiciese merced para nosotros y para nuestros hijos, que todos los oficios Reales, ansí de Tesorero, Contador, y Fator, y Escribanías públicas é Fieles Executores, y Alcaydias de fortalezas, que no hiciese merced dellas á otras personas sino que entre nosotros se nos quedase; y le suplicamos que no enviase Letrados, porque en entrando en la tierra la pondrian en revuelta con sus libros, é habria pleytos y disensiones: y se le hizo saber lo de Christóbal de Tapia, como venia guiado por Don Juan Rodriguez de Fonseca Obispo de Burgos, y que no era suficiente para gobernar, y que se perdiera esta Nueva-España, si él quedara por Gobernador, y que hubiese por bien de saber claramente, que se habian hecho las cartas y relaciones que le habiamos escrito, dando cuenta de todo lo que habia acaecido en esta Nueva-España, porque teniamos por muy cierto, que el mismo Obispo no se las enviaba, y ántes le escribia al contrario de lo que pasaba en favor de Diego Velazquez su amigo, y de Christóbal de Tapia, por ca-

salle con una parienta suya, que se decia Doña Pretonila de Fonseca; y como presentó ciertas provisiones que venian firmadas, é guiadas por el dicho Obispo de Burgos, y que todos estábamos los pechos por tierra para las obedecer, como se obedeciéron: mas viendo que el Tapia no era hombre para guerra, ni tenia aquel ser, ni cordura para ser Gobernador, que suplicáron de todas las provisiones, hasta informar á su Real Persona de todo lo acaecido, como agora le informamos, y le haciamos sabidor como sus leales vasallos, é somos obligados á nuestro Rey y Señor; y que agora quo de lo que mas fuere servido mandar, que aquí estamos los pechos por tierra para cumplir su Real mando: y tambien le suplicamos que fuese servido de enviar á mandar al Obispo de Burgos, que no se entremetiese en cosas ningunas de Cortés, ni de todos nosotros, porque seria quebrar el hilo á muchas cosas de conquistas que en esta Nueva-España nosotros entendiamos, y en pacificar provincias, porque habia mandado el mismo Obispo de Burgos á los oficiales que estaban en la casa de la Contratacion de Sevilla, que se decian Pedro de Isasaga, y Juan Lopez de Recalte, que no dexasen pasar ningun recaudo de armas, ni soldados, ni favor para Cortés, ni para los soldados que con él estaban: y tambien se le hizo relacion como Cortés habia ido á pacificar la provincia de Panuco, y la dexó de paz, y

las muy recias y fuertes batallas que con los naturales della tuvo, y como era gente muy belicosa y guerrera, y como habian muerto los de aquella provincia á los Capitanes que habia enviado Francisco de Garay, y á todos sus soldados, por no se saber dar maña en las guerras; y que habia gastado Cortés en la entrada sobre sesenta mil pesos, y que los demandaba á los oficiales de su Real Hacienda, y no se los quisiéron pagar. Tambien se le hizo sabidor, como agora hacia el Garay una armada en la isla de Jamayca, y que venian á poblar el rio de Panuco, y porque no le acaeciese como á sus Capitanes, que se los matáron, que suplicábamos á su Magestad, que le enviase á mandar que no salga de la isla hasta que esté muy de paz aquella provincia, porque nosotros se la conquistaremos, y se la entregaremos, porque si en aquella sazon viniese, viendo los naturales de aquestas tierras dos Capitanes que manden, tendrán divisiones y levantamientos, especial los Mexicanos, y escribiósele otras muchas cosas. Pues Cortés por su parte no se le quedó nada en el tintero; y aun de manera hizo relacion en su carta de todo lo acaecido, que fuéron veinte y una plana, é porque yo las leí todas, é lo entendí muy bien, lo declaro aquí como dicho tengo. Y demas desto enviaba Cortés á suplicar á su Magestad que le diese licencia para ir á la isla de Cuba á prender al Gobernador della, que se decia Diego

Velazquez, para enviársele á Castilla, para que allá su Magestad le mandase castigar, porque no le desbaratase mas, ni revolviese la Nueva-España, porque enviaba desde la isla de Cuba á mandar que matasen á Cortés. Dexémonos de las cartas, y digamos de su buen viage que lleváron nuestros Procuradores despues que partiéron del puerto de la Veracruz, que fué en veinte dias del mes de Diciembre de mil y quinientos é veinte y dos años, y con buen viage desembarcáron por la canal de Bahama: y en el camino se les soltáron dos tigres de los tres que llevaban, é hiriéron á unos marineros, y acordáron de matar al que quedaba, porque era muy bravo, y no se podian valer con él y fuéron su viage hasta la isla que llaman de la Tercera: y como el Antonio de Quiñones era Capitan, y se preciaba de muy valiente, y enamorado, parece ser que se revolvió en aquella isla con una muger, é hubo sobre ella cierta qüestion, y diéronle una cuchillada en la cabeza de que al cabo de algunos dias murió, y quedó solo Alonso de Avila por Capitan. E ya que iba el Alonso de Avila con los dos navíos camino de España, no muy lejos de aquella isla, topa con ellos Juan Florin, Frances corsario, y toma todo el oro y navíos, y prende al Alonso de Avila, y llevanle preso á Francia. Y tambien en aquella sazon robó el Juan Florin otro navío que venia de la isla de Santo Domingo, y le tomó sobre veinte

mil pesos de oro, y muy gran cantidad de perlas, y azucar, y cueros de vacas, y con todo esto se volvió á Francia muy rico, é hizo grandes presentes á su Rey, é al Almirante de Francia de las cosas é piezas de oro que llevaba de la Nueva-España, que toda Francia estaba maravillada de las riquezas que enviábamos á nuestro gran Emperador: y aun al mesmo Rey de Francia le tomaba codicia de tener parte en la isla de la Nueva-España, y entónces es quando dixo, que solamente con el oro que le iba á nuestro César destas tierras, le podia dar guerra á su Francia, y aun en aquella sazon no era ganado, ni habia nueva del Pirú, sino como dicho tengo, lo de la Nueva-España, y las islas de Santo Domingo, y San Juan, y Cuba, y Jamayca: y entónces dice que dixo el Rey de Francia, ó se lo envió á decir á nuestro gran Emperador que ¿como habian partido entre él y el Rey de Portugal el mundo sin darle parte á él? que mostrasen el testamento de nuestro Padre Adan, si les dexó á ellos solamente por herederos y señores de aquellas tierras, que habian tomado entre ellos dos sin dalle á él ninguna dellas, ó que por esta causa era licito robar y tomar todo lo que pudiese por la mar: y luego tornó á mandar á Juan Florin, que volviese con otra armada á buscar la vida por la mar: y de aquel viage que volvió, ya que llevaba otra gran presa de todas ropas entre Castilla y las islas de Canaria dió con tres ó quatro

navíos recios y de armada Vizcaynos, y los unos por una parte y los otros por otra envisten con el Juan Florin, y le rompen y desbaratan, y prendenle á él y á otros muchos Franceses, y les tomáron sus navíos y ropa, y á Juan Florin, y á otros Capitanes lleváron presos á Sevilla á la casa de la Contratacion, y los enviáron presos á su Magestad, y despues que lo supo mandó que en el camino hiciesen justicia dellos; y en el puerto del Pico los ahorcáron : y en esto paró nuestro oro, y Capitanes que lo llevaban, y el Juan Florin que lo robó. Pues volvamos á nuestra relacion, y es, que lleváron á Francia preso á Alonso de Avila, y le metiéron en una fortaleza, creyendo haber dél gran rescate, porque como llevaba tanto oro á su cargo, guardábanle bien: y el Alonso de Avila tuvo tales maneras y conciertos con el caballero Frances que lo tenia á cargo, ó le tenia por prisionero, que para que en Castilla supiesen de la manera que estaba preso, y le viniesen á rescatar, dixo que fuesen por la posta todas las cartas y poderes que llevaba de la Nueva-España, y que todas se diesen en la Corte de su Magestad al Licenciado Nuñez primo de Cortés, que era Relator del Real Consejo, ó á Martin Cortés padre del mismo Cortés, que vivia en Medellin, ó á Diego de Ordas que estaba en la Corte: y fuéron á todo buen recaudo que las hubiéron á su poder, y luego las despacháron para Flandes á su Magestad, porque al Obispo de Burgos no

e diéron cuenta ni relacion dello, y todavía lo alcanzó á saber el Obispo de Burgos, y dixo que se holgaba que se hubiese perdido y robado todo el oro. Dexemos al Obispo, y vamos á su Magestad; que como luego lo supo, dixéron quien lo vió y entendió que hubo algun sentimiento de la pérdida del oro, y de otra parte se alegró, viendo que tanta riqueza le enviaban, é que sintiese el Rey de Francia, que con aquellos presentes que le enviábamos que le podria dar guerra: y luego envió á mandar al Obispo de Burgos, que en lo que tocaba á Cortés, é á la Nueva-España, que en todo le diese favor y ayuda, y que presto vendria á Castilla, y entenderia en ver la justicia de los pleitos y contiendas de Diego Velazquez y Cortés. Y dexemos esto, y digamos como luego supimos en la Nueva-España la pérdida del oro y riquezas de la recámara, y prision de Alonso de Avila, y todo lo demas aquí por mí memorado, y tuvimos dello gran sentimiento: y luego Cortés con brevedad procuró de haber é llegar todo el mas oro que pudo recoger, y de hacer un tiro de oro baxo, y de plata de lo que habian traido de Mechoacan, para enviar á su Magestad; y llamóse el tiro Fenix. Y tambien quiero decir, que siempre estuvo el pueblo de Guatitlan, que dió Cortés á Alonso de Avila, por el mismo Alonso de Avila, porque en aquella sazon no le tuvo su hermano Gil Gonzalez de Venavides hasta mas de tres años adelante, que el Gil Gonzalez

vino de la isla de Cuba, é ya el Alonso de Avila estaba suelto de la prision de Francia, y habia venido á Yucatan por Contador; y entónces dió poder al hermano para que se sirviese dél, porque jamas se le quiso traspasar. Dexémonos de cuentos viejos que no hacen á nuestra relacion, y digamos todo lo que acaeció á Gonzalo de Sandoval, y á los demas Capitanes, que Cortés habia enviado á poblar las Provincias por mi ya nombradas, y entretanto acabó Cortés de mandar forjar el tiro, é allegar el oro para enviar á su Magestad. Bien sé que dirán algunos curiosos Lectores, que por qué quando envió Cortés á Pedro de Alvarado y á Gonzalo de Sandoval, y los demas Capitanes á las conquistas y pacificaciones ya por mí nombradas, no concluí con ellos en esta mi relacion lo que habian hecho en ellas, y en lo que en las jornadas á cada uno ha acaecido; y lo vuelvo ahora á recitar, que es volver muy atras de nuestra relacion: y las causas que agora doy á ello es, que como iban camino de sus Provincias á las conquistas, y en aquel instante llegó al puerto de la Villa-Rica el Christóbal de Tapia, otras muchas veces por mí nombrado, que venia para ser Gobernador de la Nueva-España; y para consultar Cortés lo que sobre el caso se podria hacer, é tener ayuda y favor dellos, como Pedro de Alvarado, é Gonzalo de Sandoval eran tan experimentados Capitanes y de buenos consejos, envió por la posta á los lla-

mar, y dexáron sus conquistas é pacificaciones suspensas; é como he dicho, viniéron al negocio de Christóbal de Tapia, que era mas importante para el servicio de su Magestad, porque se tuvo por cierto, que si el Tapia se quedara para gobernar, que la Nueva-España y México, se levantaran otra vez: y en aquel instante tambien vino Christóbal de Oli de Mechoacan, como era cerca de México, y la halló de paz, y le diéron mucho oro y plata, y como era recien casado, y la muger moza y hermosa, apresuró su venida. Y luego tras esto de Tapia, aconteció el levantamiento de Panuco, y fué Cortés á lo pacificar, como dicho tengo en el capítulo que dello habla; y tambien para escribir á su Magestad, como escribimos, y enviar el oro, y dar poder á nuestros Capitanes y Procuradores por mí ya nombrados; y por estos estorbos, que fuéron los unos tras los otros, lo torno aquí á traer á la memoria, y es desta manera que diré.

CAPITULO CLX.

Como Gonzalo de Sandoval llegó con su exército á un pueblo que se dice Tustepeque, y lo que allí hizo, y despues pasó á Guacacualco, y todo lo mas que le avino.

Llegado Gonzalo de Sandoval á un pueblo que se dice Tustepeque, toda la provincia le vino de paz, excepto unos Capitanes Mexicanos, que fuéron en la muerte de sesenta Españoles y mu-

geres de Castilla, que se habian quedado malos en aquel pueblo, quando vino Narvaez; y era en el tiempo que en México nos desbaratáron, entónces los matáron en el mismo pueblo: é dende obra de dos meses que hubiéron muerto los por mí dichos, porque entónces fuí con Sandoval, yo posé en una como torrecilla, que era adoratorio de ídolos, adonde se habian hecho fuertes, quando les daban guerra, y allí los cercáron, y de hambre y de sed, y de heridas les acabáron las vidas: y digo que posé en aquella torrecilla, á causa que habia en aquel pueblo de Tustepeque muchos mosquitos de dia, é como está muy alto, é con el ayre, no habia tantos mosquitos como abaxo, y tambien por estar cerca del aposento donde posaba el Sandoval. Y volviendo á nuestra plática, procuró el Sandoval de prender á los Capitanes Mexicanos que les diéron la guerra, y les matáron los sesenta soldados que dicho tengo; y prendió el mas principal dellos, y hizo justicia, y por justicia lo mandó quemar; otros muchos habia juntamente con él, que merecian pena de muerte y disimuló con ellos, y aquel pagó por todos: y quando fué hecho, envió á llamar de paz unos pueblos Zapotecas, que es otra Provincia, que estará obra de diez leguas de aquel pueblo de Tustepeque, y no quisiéron venir, y envió á ellos para los traer de paz á un Capitan, que se decia Briones (otras muchas veces ya lo he nombrado) que

fué Capitan de bergantines, y habia sido buen soldado en Italia, segun él decia, y le dió sobre cien soldados, y entre ellos treinta ballesteros y escopeteros, y mas de cien amigos de los pueblos que habian venido de paz: é yendo que iba el Briones con sus soldados, y con buen concierto, pareció ser los Zapotecas supiéron que iba á sus pueblos, y echanle una celada en el camino, que le hiciéron volver mas que de paso rodando unas cuestas y laderas abaxo, y le hiriéron mas de la tercia parte de los soldados que llevaba, é murió uno de las heridas, porque aquellas sierras donde están poblados aquellos Zapotecas, son tan agras y malas que no pueden ir por ellas caballos, y soldados habian de ir á pie por unas sendas muy angostas por contadero, uno á uno siempre; hay neblinas y rocíos, y resvalaban en los caminos: y tienen por armas unas lanzas muy largas mayores que las nuesras, con una braza de cuchilla de navajas de pedernal, que cortan mas que nuestras espadas, é unas pavesinas que se cubren con ellas todo el cuerpo, y mucha flecha, y vara, y piedra, y los naturales muy sueltos y cenceños á maravilla, y con un silvo ó voz que dan entre aquellas sierras, resuena y retumba la voz por un buen rato, digamos ahora como ecos. Por manera que se volvió el Capitan Briones con su gente herida, y aun él tambien truxo un flechazo; llámase aquel pueblo que le desbarató, Tiltepeque: y despues

que vino de paz el mismo pueblo, se dió en Encomienda á un soldado, que se dice Ojeda el tuerto, que ahora vive en la villa de San Ildefonso. Pues quando el Briones volvió á dar cuenta al Sandoval de lo que le habia acaecido, y se lo contaba, como eran grandes guerreros, y el Sandoval como era de buena condicion, y el Briones se tenia por muy valiente, y solia decir que en Italia habia muerto, y herido, hendido cabezas y cuerpos de hombres, le decia el Sandoval: parécele, señor Capitan, que son estas tierras otras que las donde andũvo militando? y el Briones respondió medio enojado, y dixo que juraba á tal, que mas quisiera batallar contra tiros y grandes exércitos de contrarios, así de Turcos, como de Moros, que no con aquellos Zapotecas, y daba razones para ello, que parecia que quadraban, y todavía el Sandoval le dixo que no quisiera haberle enviado, pues así fué desbaratado, que creyó que pusiera otras fuerzas, como él se alababa que habia hecho en Italia; porque este Briones habia poco tiempo que vino de Castilla, y le dixo el Sandoval: que dirán ahora los Zapotecas que no somos tan varones como creian que eramos? Dexemos desta entrada, pues no aprovechó, ántes dañó, y digamos como el mismo Gonzalo de Sandoval envió á llamar de paz á otra Provincia, que se dice Xaltepeque, que tambien eran Zapotecas, que confinan con otra Provincia y pueblos, que se

decian los Minxes, gentes muy sueltas y guerreros, que tenian diferencias con los de Xaltepeque, que ahora como digo son los que enviaba á llamar, y viniéron de paz obra de veinte Caciques y principales, y truxéron un presente de oro en grano, que entónces habian sacado de las minas en diez cañutillos, y joyas de muchas hechuras, y traian vestidas aquellos principales unas ropas de algodon muy largas, que les daba hasta los pies, con muchas labores en ellas labradas, y eran digamos ahora á la manera de albornoces Moriscos: y como vinieron delante el Sandoval con mucho acato se lo presentáron, y lo recibió con alegría, y les mandó dar cuentas de Castilla, y les hizo honra y halagos, y demandáron al Sandoval que les diese algunos Teules, que en su lengua así nos llamaban á los Españoles, para ir juntamente con ellos contra los pueblos de los Minxes sus contrarios, que les daban guerra: y el Sandoval como no tenia soldados en aquella sazon para les dar ayuda como la demandaban, porque los que llevó el Briones estaban todos heridos, y otros habian adolecido, é quatro muertos, por ser la tierra muy calurosa é doliente, con buenas palabras les dixo, que él enviaria á México á decir á Malinche, que así decian á Cortés, que les enviase muchos Teules, é que se reportasen hasta que viniesen, y que entre tanto que irian con ellos diez de sus compañeros para ver los pasos

y tierra para ir á dar guerra á sus contrarios los Minxes: y esto no lo decia el Sandoval, sino para que viésemos los pueblos y minas donde sacaban el oro que truxéron: y desta manera los despidió, excepto á tres dellos, que mandó que quedasen para ir con nosotros: y luego despachó para ir á ver los pueblos y minas, como he dicho á un soldado que se decia Alonso del Castillo el de lo pensado; y me mandó el Sandoval que yo fuese con él, y otros seis soldados, y que mirásemos muy bien las minas, y la manera de los pueblos. Quiero decir, porque se llamaba aquel Capitan que iba con nosotros por caudillo, Castillo el de lo pensado, y es por esta causa que diré. En la Capitanía del Sandoval habia tres soldados que tenian renombre, Castillos, el uno dellos era muy galan, y preciábase dello en aquella sazon, que era yo, y á esta causa me llamaban Castillo el galan: los otros dos Castillos, el uno dellos era de tal calidad, que siempre estaba pensativo, y quando hablaban con él, se paraba mucho mas á pensar lo que habia de decir, y quando respondia ó hablaba era un descuido, ó cosas que teniamos que reir, y por esto le llamábamos Castillo de los pensamientos: y el otro era Alonso del Castillo, que ahora iba con nosotros, que de repente decia qualquiera cosa, y respondia muy á propósito de lo que preguntaban, y se decia Castillo el de lo pensado. Dexemos de contar donaires, y volvamos á decir co-

mo fuimos á aquella Provincia á ver las minas, y llevamos muchos Indios de los de aquellos pueblos, y con unas como hechuras de bateas laváron en tres rios delante de nosotros, y en todos tres sacáron oro, é hinchéron quatro cañutillos dello, que era cada uno del tamaño de un dedo de la mano el de en medio, y eran poco ménos que cañones de patos de Castilla, y con aquella muestra de oro volvimos donde estaba el Gonzalo de Sandoval, y se holgó, creyendo que la tierra era rica: y luego entendió en hacer los repartimientos de aquellos pueblos y provincia, á los vecinos que habian de quedar allí poblados, y tomó para sí unos pueblos que se dicen Guazpaltepeque, que en aquel tiempo era la mejor cosa que habia en aquella provincia muy cerca de las minas, y aun le dieron luego sobre quince mil pesos de oro, creyendo que tomaba una muy buena cosa: y la provincia de Xaltepeque donde truximos el oro, depositó en el Capitan Luis Marin que le daba un Condado, y todos saliéron muy malos repartimientos, así lo que tomó el Sandoval, como lo que dió á Luis Marin; y aun á mí me mandaba quedar en aquella provincia, y me daba muy buenos Indios, y de mucha renta, que pluguiera á Dios que los tomara, que se dice Maltlatan y Orizaba, donde está ahora el ingenio del Virrey; y otro pueblo que se dice Ozotequipa, y no los quise, por parecerme que si no iba en compañía del Sandoval, teniéndole

por amigo, que no hacia lo que convenia á la calidad de mi persona: y el Sandoval verdaderamente conoció mi voluntad, y por hallarme con él en las guerras, si las hubiese adelante, lo hice. Dexemos desto, y digamos que nombró á la villa que pobló Medellin, porque así le fué mandado por Cortés; porque el Cortés nació en Medellin de Extremadura: y era en aquella sazon el puerto, un rio que se dice Chalchocueca, que es el que hubimos puesto por nombre rio de Vanderas, donde se rescatáron los diez y seis mil pesos: y por aquel rio venian las barcas con la mercadería que venia de Castilla, hasta que se mudó á la Vera-Cruz. Dexemos desto, é vamos camino de Guacacualco, que será de la villa de la Vera-Cruz, que dexamos poblada, obra de sesenta leguas, y entramos en una provincia, que se dice Citla, la mas fresca y llena de bastimentos, y bien poblada que habiamos visto, y luego vino de paz: y es aquella provincia que he dicho de doce leguas de largo, y otras tantas de ancho, muy poblado todo. Y llegamos al gran rio de Guacacualco, y enviamos á llamar los Caciques de aquellos pueblos, que era cabecera de aquellas provincias, y estuviéron tres dias que no viniéron, ni enviaban respuesta; por lo qual creimos que estaban de guerra, y aun así lo tenían consultado, que no nos dexasen pasar el rio, y despues tomáron acuerdo de venir de ahí á cinco dias, y truxéron de comer, y unas joyas

de oro muy fino, y dixéron, que quando quisiésemos pasar, que ellos traerian muchas canoas grandes, y Sandoval se lo agradeció mucho, y tomó consejo con algunos de nosotros, si nos atreveriamos á pasar todos juntos de una vez en todas las canoas: y lo que nos pareció y aconsejamos, que primero pasasen quatro soldados, y viesen la manera que habia en un pueblezuelo que estaba junto al rio, y que mirasen y procurasen de inquirir y saber si estaban de guerra, y ántes que pasásemos tuviésemos con nosotros el Cacique mayor, que se dice Tochel; y así fuéron los quatro soldados, y viéron todo á lo que les enviamos, y se volviéron con relacion á Sandoval, como todo estaba de paz, y aun vino con ellos el hijo del mismo Cacique Tochel, que así se decia, y truxo otro presente de oro, aunque no de mucha valía; entónces le halagó el Sandoval, y le mandó que truxesen cien canoas atadas de dos en dos, y pasamos los caballos un dia despues de Pascua de Espíritu Santo: y por acortar de palabras volvamos en el pueblo que estaba junto al rio abaxo, y pusímosle por nombre la villa del Espíritu Santo; é pusimos aquel sublimado nombre: lo uno, porque en Pascua de Espíritu Santo desbaratamos á Narvaez, y lo otro, porque aquel Santo nombre fué nuestro apellido, quando le prendimos y desbaratamos: lo otro, por pasar aquel rio aquel mismo dia: y porque todas aquellas tierras viniéron de paz

sin dar guerra; y allí poblamos toda la flor de los caballeros y soldados que habiamos salido de México á poblar con el Sandoval, y el mismo Sandoval, y Luis Marin, y un Diego de Godoy, y el Capitan Francisco de Medina, y Francisco Marmolejo, y Francisco de Lugo, y Juan Lopez de Aguirre, y Hernando de Montes de Oca, y Juan de Salamanca, y Diego de Azamar, y un Mantilla, y otro soldado que se decia Mexía Rapapelo, y Alonso de Grado, y el Licenciado Ledesma, y Luis de Bustamante, y Pedro Castellar, y el Capitan Briones, é yo, y otros muchos caballeros, é personas de calidad, que si los hubiese aquí de nombrar á todos, es no acabar tan presto; mas tengan por cierto, que soliamos salir á la plaza, á un regocijo é alarde sobre ochenta de á caballo, que eran mas entónces aquellos ochenta, que ahora quinientos: y la causa es esta, ó no habia caballos en la Nueva-Espana, sino pocos y caros, y no los alcanzaban á comprar, sino qual ó qual. Dexemos desto, y diré como repartió Sandoval aquellas provincias y pueblos en nosotros, despues de las haber enviado á visitar, é hacer la division de la tierra, y ver las calidades de todas las poblaciones; y fuéron las provincias que repartió lo que ahora diré. Primeramente á Guacacualco, Guazpaltepeque, é Tepeca, é Chinanta, é los Zapotecas: é de la otra parte del rio, la provincia de Copilco, é Cimatan, y Tabasco, y las

sierras de Cachula, todos los Zoqueschas, Tacheapa, é Cinacantan, é todos los Quilenes, y Papanachasta : y estos pueblos que he dicho teniamos todos los vecinos que en aquella villa quedamos poblados en repartimiento, que valiera mas que allí yo no me quedara, segun despues sucedió ; la tierra pobre, y muchos pleytos que truximos con tres villas, que despues se pobláron : la una fué la villa Rica de la Vera-Cruz, sobre Guazpaltepeque, y Chinanta, y Tepeca : la otra con la villa de Tabasco, sobre Cimatan y Copilco : la otra con Chiapa, sobre los Quilenes y Zoques : la otra con Santo Ildefonso, sobre los Zapotecas, porque todas estas villas se pobláron despues que nosotros poblamos á Guacacualco : y á nos dexar todos los términos que teniamos, fuéramos ricos : y la causa porque se pobláron estas villas que he dicho, fué que envió á mandar su Magestad, que todos los pueblos de Indios mas cercanos, y en comarca de cada villa, le señaló términos ; por manera que de todas partes nos cortáron las faldas, y nos quedamos en blanco, y á esta causa el tiempo andando se fué despoblando Guacacualco ; y con haber sido la mejor poblacion, y de generosos Conquistadores que hubo en la Nueva-España, es ahora una villa de pocos vecinos. Volvamos á nuestra relacion : y es que estando Sandoval entendiendo en la poblacion de aquella villa, y llamando otras provincias de paz, le viniéron cartas como ha-

bia entrado un navío en el rio de Aguayalco, que es puerto, aunque no bueno, que estaba de alli quince leguas, y en él venia de la isla de Cuba la señora Doña Catalina Juarez la Marcayda, que así tenia el sobrenombre, muger que fué de Cortés, y la traia un su hermano Juan Juarez, el vecino que fué el tiempo andando de México, y la Zambrana y sus hijos de Villegas el de México y sus hijas, y aun la abuela y otras muchas señoras casadas: y aun me parece que entónces vino Elvira Lopez la larga, muger que entónces era de Juan de Palma, el qual Palma vino con nosotros, que murió ahorcado, que despues esta Elvira fué muger de un Argueta: y tambien vino Antonio Diosdado, el vecino que fué de Guatimala: y viniéron otros muchos, que ya no se me acuerdan sus nombres. Y como el Gonzalo de Sandoval lo alcanzó á saber, él en persona con todos los mas Capitanes y soldados fuimos por aquellas señoras, y por todas las mas que traia en su compañía. E acuérdome que en aquella sazon llovió tanto, que no podiamos ir por los caminos, ni pasar rios ni arroyos, porque venian muy crecidos, que saliéron de madre, y habia hecho grandes Nortes, y con el mal tiempo, por no dar al traves, entráron con el navío en aquel puerto de Aguayalco: y la señora Doña Catalina Juarez la Marcayda, y toda su compañía se holgáron con nosotros: luego las truximos á todas aquellas señoras y su com-

pañía á nuestra villa de Guacacualco, y lo hizo saber el Sandoval muy en posta á Cortés de su venida, y las llevó luego camino de México, y fuéron acompañándola el mismo Sandoval, y Briones, y Francisco de Lugo, y otros caballeros. Y quando Cortés lo supo, dixéron que le habia pesado mucho de su venida, puesto que no lo demostró, y les mandó salir á recebir; y en todos los pueblos les hacian mucha honra, hasta que llegáron á México; y en aquella ciudad hubo regocijos y juego de cañas: y dende á obra de tres meses que hubiéron llegado, oimos decir que esta señora murió de asma. Y digamos de lo que le acaeció á Villafuerte, el que fué á poblar á Zacatula, y á un Juan Alvarez Chico, que tambien fué á Colima, y al Villafuerte le diéron mucha guerra, y le matáron ciertos soldados, y estaba la tierra levantada, que no les querian obedecer, ni dar tributos, y al Juan Alvarez Chico ni mas ni ménos: y como lo supo Cortés le pesó dello, y como Christóbal de Oli habia venido de lo de Mechoacan, y venia rico, y la habia dexado de paz, y le pareció á Cortés que tenia buena mano para ir á asegurar y pacificar aquellas dos provincias de Zacatula y Colima, acordó de le enviar por Capitan, y le dió quince de á caballo, y treinta escopeteros y ballesteros: é yendo por su camino, ya que llegaba cabe Zacatula, le aguardáron los naturales de aquella provincia muy gentilmente á un mal

paso, y le matáron dos soldados, y le hiriéron quince, é todavía les venció, y fué á la villa donde estaba Villafuerte con los vecinos que en ella estaban poblados, que no osaban ir á los pueblos que tenian en encomienda, porque no los acapillasen, y le habian muerto quatro vecinos en sus mismos pueblos; porque comunmente en todas las provincias y villas que se pueblan, á los principales les dan Encomenderos, y quando les piden tributos se alzan y matan los Españoles que pueden: pues quando el Christóbal de Oli vió que ya tenia apaciguada aquella provincia, y le habian venido de paz, fué desde Zacatula á Colima, y hallóla de guerra, y tuvo con los naturales della ciertos rencuentros, y le hiriéron muchos soldados, y al fin los desbarató, y quedáron de paz. El Juan Alvarez Chico que habia ido por Capitan, no sé qué se hizo dél, paréceme que murió en aquella guerra. Pues como el Christóbal de Oli hubo pacificado á Colima, y le pareció que estaba de paz, como era casado con una Portuguesa hermosa, que ya he dicho que se decia Doña Filipa de Araujo, dió la vuelta para México, y no se hubo bien vuelto, quando se tornó á levantar lo de Colima y Zacatula: y en aquel instante habia llegado á México Gonzalo de Sandoval con la señora Doña Catalina Juarez Marcayda, y con el Juan Juarez, y todas sus compañias, como ya otra vez dicho tengo en el capítulo que dello habla, acordó Cortés de

enviarle por Capitan para apaciguar aquellas provincias, y con muy pocos de á caballo que entónces le dió, y obra de quince ballesteros y escopeteros, conquistadores viejos, fué á Colima, y castigó á dos Caciques, y tal maña se dió, que toda la tierra dexó muy de paz, y nunca mas se levantó, y se volvió por Zacatula, é hizo lo mismo, y depresto se volvió á México. Y volvamos á Guacacualco, y digamos como luego que se partió Gonzalo de Sandoval para México con la señora Doña Catalina Juarez se nos rebeláron todas las mas provincias de las que estaban encomendadas á los vecinos, é tuvimos muy gran trabajo en los tornar á pacificar: y la primera que se levantó fué Xaltepeque Zapotecas que estaban poblados en altas y malas sierras, y tras esto se levantó lo de Cimatan y Copilco, que estaban entre grandes rios y cienagas, y se levantáron otras provincias, y aun hasta doce leguas de la villa hubo pueblos que matáron á su Encomendero, y lo andábamos pacificando con grandes trabajos. Y estando que estábamos en una entrada con el Capitan Luis Marin, é un Alcalde Ordinario, y todos los Regidores de nuestra villa, viniéronnos cartas, que habia venido al puerto un navío, y que en él venia Juan Bono de Quexo Vizcayno, é que habia subido el rio arriba con el navío, que era pequeño hasta la villa, é que decia que traia cartas é provisiones de su Magestad para nos

notificar que luego fuésemos á la villa, é dexásemos la pacificacion de la provincia: y como aquella nueva supimos, y estábamos con el Teniente Luis Marin, así Alcaldes y Regidores, fuimos á ver que queria. Y despues de nos abrazar, y dar el para bien venido los unos á los otros, porque el Juan Bono era muy conocido de quando vino con Narvaez, dixo, que nos pedia por merced, que nos juntásemos en Cabildo, que nos queria notificar ciertas provisiones de su Magestad, y de Don Juan Rodriguez de Fonseca Obispo de Burgos, que traia muchas cartas para todos. Y segun pareció traia el Juan Bono cartas en blanco con la firma del Obispo: y entre tanto que nos fuéron á llamar en la pacificacion donde estábamos, se informó el Juan Bono quien eramos los Regidores, y las cartas que traia en blanco, escribió en ellas palabras de ofrecimientos que el Obispo nos enviaba, si dábamos la tierra á Christóbal de Tapia, que el Juan Bono no creyó que era vuelto para la isla de Santo Domingo: y el Obispo tenia por cierto que no le recebiriamos, é á aquel efecto envió á Juan Bono con aquellos recaudos, é traia para mí como Regidor, una carta del mismo Obispo, que escribió el Juan Bono. Pues ya que habiamos entrado en Cabildo, y vimos sus despachos y provisiones, que nunca nos habia querido decir lo que era hasta entónces, depresto le despachamos, con decir que ya el Tapia era vuelto

á Castilla, é que fuese á México adonde estaba Cortés, é allá le diria lo que le conviniese : é quando aquello oyó el Juan Bono, que el Tapia no estaba en la tierra, se puso muy triste, y otro dia se embarcó, é fué á la villa Rica, é desde allí á México, y lo que allá pasó yo no lo sé; salvo que oi decir que Cortés le ayudó para la costa, y se volvió á Castilla. Y dexemos de contar mas cosas, que habia bien que decir, como siempre que en aquella villa estuvimos, nunca faltáron trabajos y conquistas de las provincias que se habian levantado, y volvamos á decir de Pedro de Alvarado, como le fué en lo de Tutepeque, y en su poblacion.

CAPITULO CLXI.

Como Pedro de Alvarado fué á Tutepeque á poblar una villa, y lo que en la pacificacion de aquella provincia, y poblar la villa le acaeció.

Es menester que volvamos algo atras para dar relacion desta ida, que fué Pedro de Alvarado á poblar á Tutepeque: y es así, que como se ganó la ciudad de México, y se supo en todas las comarcas y provincias, que una ciudad tan fuerte estaba por el suelo, enviaban á dar el parabien de la vitoria á Cortés, y á ofrecerse por vasallos de su Magestad, y entre muchos grandes pue-

blos que en aquel tiempo viniéron, fué uno que se dice Tutepeque Zapotecas, y truxéron un presente de oro á Cortés, y dixéronle que estaban otros pueblos algo apartados, que se decian Tutepeque, muy enemigos suyos, é que les venian á dar guerra, porque habian enviado los de Guantepeque á dar la obediencia á su Magestad, y que estaban en la costa del Sur, y que era gente muy rica, así de oro que tenian en joyas, como de minas, y le demandáron á Cortés con mucha importunacion les diese hombres de á caballo, y escopeteros y ballesteros para ir contra sus enemigos; é Cortés les habló muy amorosamente, y les dixo que queria enviar con ellos al Tonacio, que así le llamaban al Pedro de Alvarado: y dixo á Fr. Bartolomé que fuese con Alvarado, y luego le dió sobre ciento y ochenta soldados, y entre ellos treinta y cinco de á caballo, y le mandó que en la provincia de Guaxaca, donde estaba un Francisco de Orozco por Capitan, pues estaba de paz aquella provincia, que le demandase otros veinte soldados, y los mas dellos ballesteros: y así como le fué mandado ordenó su partida, y salió de México en el año de veinte y dos, é mandóle Cortés que luego fuese, é viese ciertos Peñoles, que decian que estaban alzados; y entónces todo lo halló de paz y de buena voluntad, y tardó mas de quarenta dias en llegar á Tutepeque, y el señor dél y todos los principales, desque supiéron que estaban

ya cerca de su pueblo, le saliéron á recebir de paz, y les lleváron á aposentar en lo mas poblado del pueblo adonde el Cacique tenia sus adoratorios y sus grandes aposentos, y estaban las casas muy juntas unas de otras, y son de paja; porque en aquella provincia no tenian azuteas, porque es tierra muy caliente: y dixo Fr. Bartolomé á Alvarado con sus Capitanes y soldados, que no era bien aposentarse en aquellas casas tan juntas unas de otras, porque si ponian fuego no se podrian valer, y parecióle bien el consejo á Alvarado, y fué acordado que se fuesen en cabo del pueblo: y como fué aposentado, el Cacique le llevó muy grandes presentes de oro y bien de comer, y cada dia que allí estuviéron, le llevó presentes muy ricos de oro: y como el Alvarado vido que tanto oro tenian, le mandó hacer unas estriveras de oro fino, de la manera de otras que le dió para que por ellas las hiciese, y se las truxéron hechas: y dende á pocos dias echó preso al Cacique, porque le dixéron los de Teguantepeque al Pedro de Alvarado, que le querian dar guerra toda aquella provincia, é que quando le aposentáron entre aquellas casas, donde estaban los ídolos y aposentos, que era por les quemar, é que allí muriesen todos, y á esta causa le echó preso. Otros Españoles de fe y de creer, dixéron que por sacalle mucho oro, é sin justicia murió en las prisiones: ahora sea lo uno ó lo otro, aquel Cacique dió á Pedro de Al-

varado mas de treinta mil pesos, y murió de enojo, y de la prision: y aunque Fr. Bartolomé de Olmedo le animaba y consolaba, no bastó para que no se muriese encorajado y de pesar, é quedó á un su hijo el Cacicazgo, y le sacó Alvarado mucho mas oro que al padre: y luego envió á visitar los pueblos de la comarca, y los repartió entre los vecinos, y pobló una villa que se puso por nombre Segura, porque los mas vecinos que allí pobláron, habian sido de ántes vecinos de Segura de la Frontera, que era Tepeaca. Y como esto estuvo hecho, y tenia ya llegado buena suma de pesos de oro, y se lo llevaba á México para dar á Cortés. Y tambien le dixéron que Cortés le escribió que todo el oro que pudiese haber, que lo truxese consigo para enviar á su Magestad, por causa que habian robado los Franceses lo que habian enviado con Alonso de Avila é Quiñones, é que no diese parte ninguna de ello á ningun soldado de los que tenia en su compañía: é ya que el Alvarado queria partir para México, tenian hecha ciertos soldados una conjuracion, y los mas dellos ballesteros y escopeteros, de matar otro dia á Pedro de Alvarado y á sus hermanos, porque les llevaban el oro sin dar partes, y aunque se las pedian muchas veces no se lo quiso dar, y porque no les daba buenos repartimientos de Indios: y esta conjuracion si no se lo descubriera á Fr. Bartolomé de Olmedo un soldado que se decia Trebejo, que

era en la misma trama, aquella noche que venia habian de dar en ellos; y como el Alvarado lo supo del Frayle que se lo dixo á hora de vísperas, yendo á caballo á caza por unas cabañas, é iban en su compañía á caballo de los que entraban en la conjuracion, para disimular con ellos dixo: señores á mí me ha dado dolor de costado, volvamos á los aposentos, y llamenme un barbero que me sangre. Y como volvió envió á llamar á sus hermanos Jorge y Gonzalo Gomez, todos Alvarados, é á los Alcaldes y Alguaciles, y prenden los que eran en la conjuracion, y por justicia ahorcáron á dos dellos, que se decia el uno fulano de Salamanca, natural del Condado, que habia sido piloto, é á otro que se decia Bernardo Levantisco, y muriéron como buenos Christianos, que el Fr. Bartolomé trabajó mucho con ellos, y con estos dos apaciguó los demas: y luego se fué para México con todo el oro, y dexó poblada la villa: y quando los vecinos que en ella quedaban, viéron que los repartimientos que les daban no eran buenos, y la tierra doliente y muy calurosa, é habian adolecido muchos dellos, é las Naborias é esclavos que llevaban se les habian muerto, y aun muchos murciélagos y mosquitos, y aun chinches, y sobre todo, que el oro no lo repartió el Alvarado entre ellos, y se lo llevó; acordáron de quitarse de mal ruido, y despoblar la villa, y muchos dellos se viniéron á México, y otros á Guaxaca, é á Guatimala, y se

derramáron por otras partes, Y quando Cortés lo supo envió á hacer pesquisa sobre ello, y hallóse que por los Alcaldes y Regidores en el Cabildo, se concertó que se despoblase, y sentenciáron á los que fuéron en ello á pena de muerte; mas el Fr. Bartolomé pidió á Cortés que no los ahorcase, y eso con mucho ahinco, y así fué despues la pena un destierro : y desta manera sucedió en lo de Tutepeque, que jamas nunca se pobló, y aunque era tierra rica, por ser doliente : y como los naturales de aquella tierra viéron esto, que se habian despoblado, é la crueldad que Pedro de Alvarado habia hecho sin causa ni justicia ninguna, se tornó á rebelar, y volvió á ellos el Pedro de Alvarado, y los llamó de paz, y sin dalle guerra volviéron á estar de paz. Dexemos esto, é digamos que como Cortés tenia ya llegados sobre ochenta mil pesos de oro para enviar á su Magestad, y el tiro Fenix forjado, vino en aquella sazon nueva, como habia venido á Panuco Francisco de Garay con grande armada, y lo que sobre ello se hizo diré adelante.

CAPITULO CLXII.

Como vino Francisco de Garay de Jamayca con grande armada para Panuco, y lo que le aconteció y muchas cosas que pasáron.

Como he dicho en otro capítulo que habla de Francisco de Garay, como era Gobernador en la isla de Jamayca, é rico, y tuvo nueva que habiamos descubierto muy ricas tierras, quando lo de Francisco Hernandez de Córdoba, é Juan de Grijalva, y habiamos llevado á la isla de Cuba veinte mil pesos de oro, y los hubo Diego Velazquez, Gobernador que era de aquella isla, y que venia en aquel instante Hernando Cortés á la Nueva España con otra armada, tomóle gran codicia á Garay de venir á conquistar algunas tierras, pues tenia mejor caudal que otros ningunos; y tuvo nueva plática de un Anton de Alaminos, que fué el Piloto mayor que habiamos traido quando lo descubrimos, como estaban muy ricas tierras, y muy pobladas desde el rio de Panuco adelante, é que aquello podia enviar á suplicar á su Magestad que le hiciese merced. Y despues de bien informado el mismo Garay del piloto Alaminos, y de otros pilotos que se habian hallado juntamente con el Alaminos en el descubrimiento, acordó de enviar á un su Mayor-

domo, que se decia Juan de Torralva, á la Corte con Cartas y dineros, á suplicar á los Caballeros que en aquella sazon estaban por Presidente é Oidores de su Magestad, que le hiciesen merced de la Gobernacion del rio de Panuco, con todo lo demas que descubriese, é estuviese por poblar: y como su Magestad en aquella sazon estaba en Flandes, y estaba por Presidente de Indias Don Juan Rodriguez de Fonseca, Obispo de Burgos, é Arzobispo de Rosano, que lo mandaba todo, y el Licenciado Zapata, y el Licenciado Vargas, y el Secretario Lope de Conchillos, le truxéron provisiones, que fuese Adelantado y Gobernador del rio de San Pedro y San Pablo, con todo lo que descubriese : y con aquellas provisiones envió luego tres navíos con hasta docientos y quarenta soldados con muchos caballos, y escopeteros y ballesteros, y bastimentos, y por Capitan dellos á un Alonso Alvarez Pineda ó Pinedo, otras veces por mí ya nombrado. Pues como hubo enviado aquella armada, ya he dicho otras veces que los Indios de Panuco se la desbaratáron, y matáron al Capitan Pineda, y á todos los soldados y caballos que tenia, excepto obra de sesenta soldados que viniéron al puerto de la villa Rica con un navío, y por Capitan dellos un Camargo, que se acogiéron á nosotros, y tras aquellos tres navíos, viendo el Garay que no tenia nuevas dellos, envió otros dos navios con muchos soldados y caballos, y bastimentos,

y por Capitan dellos á Miguel Diaz de Ajuz, é á un Ramirez, los quales se viniéron tambien á nuestro puerto: y como viéron que no halláron el rio de Panuco, pelo ni uso de los soldados que habia enviado Garay, salvo los navíos quebrados; todo lo qual tengo ya dicho otra vez en mi relacion; mas es necesario que se torne á decir desde el principio, para que bien se entienda. Pues volviendo á nuestro propósito y relacion, viendo el Francisco de Garay que ya habia gastado muchos pesos de oro, é oyó decir de la buena ventura de Cortés, y de las grandes ciudades que habia descubierto, y del mucho oro y joyas que habia en la tierra, tuvo envidia y codicia, y le vino mas la voluntad de venir él en persona, y traer la mayor armada que pudiese, buscó once navíos y dos bergantines, que fuéron trece velas, y allegó ciento y treinta y seis de á caballo, y ochocientos y quarenta soldados, los mas ballesteros y escopeteros, y basteciéles muy bien de todo lo que hubiéron menester que era pan cazave, é tocinos, é tasajos de vacas, que ya habia harto ganado vacuno, que como era rico, y lo tenia todo de su cosecha no le dolia el gasto: y para ser hecha aquella armada en la isla de Jamayca, fué demasiada la gente y caballos que allegó: y en el año de mil y quinientos y veinte y tres años salió de Jamayca con toda su armada para San Juan de Junio, é vino á la isla de Cuba, á un puerto que se dice Xagua,

y allí alcanzó á saber, que Cortés tenia pacificada la provincia de Panuco, é poblada una villa, y habia gastado en la pacificar mas de sesenta mil pesos de oro, é que habia enviado á suplicar á su Magestad le hiciese merced de la gobernacion della, juntamente con la Nueva España; y como le decian de las cosas heróycas que Cortés y sus compañeros habiamos hecho, y como tuvo nueva que con docientos y sesenta y seis soldados habiamos desbaratado á Pánfilo de Narvaez, habiendo traido sobre mil y trecientos soldados, con ciento de á caballo, y otros tantos escopeteros y ballesteros, y diez y ocho tiros, temió la fortuna de Cortés: é en aquella sazon que estaba el Garay en aquel puerto de Xagua, le viniéron á ver muchos vecinos de la isla de Cuba, y viniéronse en su compañía del Garay ocho ó diez personas principales de aquella isla, y le vino á ver el Licenciado Zuazo, que habia venido á aquella isla á tomar residencia á Diego Velazquez por mandado de la Real Audiencia de Santo Domingo; y platicando el Garay con el Licenciado sobre la ventura de Cortés, que temia que habia de tener diferencias con él sobre la provincia de Panuco, le rogó que se fuese con el Garay en aquel viage, para ser intercesor entre él y Cortés, y el Licenciado Zuazo respondió que no podia ir por entónces sin dar residencia, mas que presto seria allá en Panuco: y luego el Garay mandó dar velas, é va su derrota

para Panuco, y en el camino tuvo un mal tiempo, y los pilotos que llevaba subiéron mas arriba hácia el rio de Palmas, y surgió en el propio rio dia de Señor Santiago, y luego envió á ver la tierra, y á los Capitanes y soldados que envió no les pareció buena, y no tuviéron gana de quedar allí, sino que se viniese al propio rio de Panuco á la poblacion é villa que Cortés habia poblado por estar mas cerca de México: y como aquella nueva le traxéron, acordó el Garay de tomar juramento á todos sus soldados que no le desmampararian sus banderas, é que le obedecerian como á tal Capitan General, é nombró Alcaldes y Regidores, y todo lo perteneciente á una villa: dixo que se habia de nombrar la villa Garayana: mandó desembarcar todos los caballos y soldados de los navíos desembarazados, envió los navíos costa á costa con un Capitan que se decia Grijalva, y él y todo su exército se vino por tierra costa á costa cerca de la mar, y anduvo dos dias por malos despoblados, que eran cienagas: pasó un rio que venia de unas sierras que viéron desde el camino, que estaban de allí obra de cinco leguas; y pasáron aquel gran rio en barcas, é en unas canoas que halláron quebradas. Luego en pasando el rio estaba un pueblo despoblado de aquel dia, é halláron muy bien de comer maiz, é gallinas, é habia muchas guayabas muy buenas. Allí en este pueblo el Garay, prendió unos Indios que entendian la lengua

Mexicana, y halagóles y dióles camisas, envióles por mensageros á otros pueblos que le decian que estaban cerca, porque le recibiesen de paz, y rodeó una cienaga, fué á los mismos pueblos, recibiéronle de paz, diéronle muy bien de comer, y muchas gallinas de la tierra, é otras aves como á manera de ansarones, que tomaban en las lagunas: é como muchos de los soldados que llevaba Garay iban cansados, y parece ser no les daban de lo que los Indios traian de comer, se amotináron algunos, é se fuéron á robar á los Indios de aquellos pueblos por donde venian, é estuviéron en este pueblo tres dias; otro dia fuéron su camino con guias, llegáron á un gran rio, no le podian pasar, sino con canoas que les diéron los de los pueblos de paz, donde habia estado, procuráron de pasar cada caballo á nado, y remando con cada canoa un caballo que le llevasen del cabestro, y como eran muchos caballos, y no se daban maña se les ahogáron cinco caballos: sale de aquel rio, dan en unas malas cienagas, y con mucho trabajo llegáron á tierra de Panuco; é ya que en ella se halláron, creyéron tener de comer, y estaban todos los pueblos sin maiz ni bastimentos, y muy alterados, y esto fué á causa de las guerras que Cortés con ellos habia tenido poco tiempo habia, y tambien si alguna comida tenian, habianla alzado y puesto en cobro, porque como viéron tantos Españoles y caballos, tuviéron miedo de-

llos, y despoblaban los pueblos, é adonde pensaba Garay reposar, tenia mas trabajo: y demas desto como estaban despobladas las casas donde posaba, habia en ellas muchos murciélagos, é chinches y mosquitos, é todo les daba guerra: é luego sucedió otra malaventura, que los navíos que venian costa á costa, no habian llegado al puerto, ni sabian dellos, porque en ellos traian mucho bastimento; lo qual supiéron de un Español que los vino á ver, ó halláron en un pueblo que era de los vecinos que estaban poblados en la villa de Santisteban del puerto, que estaba huido por temor de la justicia, por cierto delito que habia hecho; el qual les dixo como estaban poblados en una villa muy cerca de allí, y como México era muy buena tierra, é que estaban los vecinos que en ella vivian ricos: é como oyéron los soldados que traia Garay al Español, que con él habláron muchos, que la tierra de México era buena, é la de Panuco no era tan buena, se desmandáron, y se fuéron por la tierra á robar, é ibanse á Mexico, y en aquella sazon viendo el Garay que se le amotinaban sus soldados, y no los podia haber, envió á un su capitan que se decia Diego de Ocampo, á la villa de Santisteban á saber que voluntad tenia el Teniente que estaba por Cortés, que se decia Pedro de Vallejo, y aun le escribió haciéndole saber como traia provisiones y recaudos de su Magestad para gobernar y ser Adelantado de aquellas provincias,

é como habia aportado con sus navíos al rio de Palmas, é del camino é trabajos que habia pasado: y el Vallejo hizo mucha honra al diego de Ocampo, y á los que con él iban, y le dió buena respuesta, y les dixo que Cortés holgara de tener tan buen vecino por Gobernador; mas que le habia costado muy caro la conquista de aquella tierra, y que su Magestad le habia hecho merced de la gobernacion, y que venga quando quisiere con sus exércitos, é que se le hará todo servicio; é que le pide por merced que mande á sus soldados que no hagan injusticias, ni robos á los Indios, porque se le han venido á quexar dos pueblos: y tras esto muy en posta escribió el Vallejo á Cortés, y aun le envió la carta del Garay, é hizo que escribiese otra al mismo Diego de Ocampo, y le envió á decir, que qué mandaba que se hiciese, é que depresto enviasen muchos soldados, ó viniese Cortés en persona. Y desque Cortés vió la carta envió á llamar á Fr. Bartolomé, é á Pedro de Alvarado, é á Gonzalo de Sandoval, é á un Gonzalo de Ocampo hermano del otro Diego de Ocampo que venia con Garay, y envió con ellos los recaudos que tenia, como su Magestad le habia mandado que todo lo que conquistase tuviese en sí, hasta que se averiguase la justicia entre él y Diego Velazquez, que se lo notificasen al Garay. Dexemos de hablar desto, y digamos que luego como Gonzalo de Ocampo volvió con la respues-

ta del Vallejo al Garay, y le pareció buena respuesta, se vino con todo su exército á se juntar mas cerca de la villa de Santisteban del Puerto, é ya el Pedro de Vallejo tenia concertado con los vecinos de la villa, é con aviso que tuvo de cinco soldados que se habian ido á la villa, que eran del mismo Garay de los amotinados, y como estaban muy descuidados, é no se velaban; é como quedaban en un pueblo bueno é grande que se dice Nachaplan, y los del Vallejo sabian bien la tierra, dan en la gente de Garay, y le prenden sobre quarenta soldados, y se los lleváron á su villa de Santisteban del Puerto, y ellos tuviéron por buena su prision: y la causa que dixo el Vallejo, porque los prendió, era porque sin presentar las provisiones y recaudos que traian, andaban robando la tierra: y viendo esto Garay hubo gran pesar, y tornó á enviar á decir al Vallejo que le diese sus soldados, amenazándole con la justicia de nuestro Rey y Señor: y el Vallejo respondió, que quando vea las Reales provisiones, que las obedecerá y pondrá sobre su cabeza, é que fuera mejor que quando vino Ocampo las traxera y presentara para las cumplir: é que le pide por merced, que mande á sus soldados que no roben, ni saqueen los pueblos de su Magestad: y en este instante llegáron Fr. Bartolomé, é Alvarado, los Capitanes que Cortés enviaba con los recaudos: y como el Diego de Ocampo era en aquella sazon Alcal-

de mayor por Cortés en México, comenzó de hacer requerimientos al Garay, que no entrase en la tierra, porque su Magestad mandó que la tuviese Cortés; y en demandas y respuestas en que andaba el Fr. Bartomolé, se pasáron ciertos dias, y entre tanto cada dia se le iban al Garay muchos soldados, que anochecian y no amanecian en el Real, y vió Garay que los Capitanes de Cortés traian mucha gente de á caballo y escopeteros, y de cada dia le venian mas, y supo que de sus navíos que habia mandado venir costa á costa, se le habian perdido dos dellos con tormenta de Nortes, que es travesía, y los demas navíos que estaban en la boca del puerto, y que el Teniente Vallejo les envió á requerir, que luego se entrasen dentro del rio, no les viniese algun desman y tormenta como la pasada, sino que los tenia por corsarios que andaban á robar; y los Capitanes de los navíos respondiéron que no tuviese Vallejo que entender, ni mandar en ello, que ellos estarian donde quisiesen; y en este instante el Francisco de Garay temió la buena fortuna de Cortés, y como andaban en estos trances, el Alcalde mayor Diego de Ocampo, y Pedro de Alvarado, y Gonzalo de Sandóval, tuviéron pláticas secretas con los de Garay, y con los Capitanes que estaban en los navíos en el puerto, y se concertáron con ellos, que se entrasen en el puerto, y se diesen á Cortés: y luego un Martin de San Juan

Lepuzcuano, y un Castromocho maestres de navíos, se entregáron é diéron con sus naos al Teniente Vallejo por Cortés: é como los tuvo fué en ellos el mismo Vallejo á requerir al Capitan Juan de Grijalva que estaba en la boca del puerto, que se entrase dentro á surgir, ó se fuese por la mar donde quisiese, y respondióle con tirarle muchos tiros, y luego enviáron en una barca Escribano del Rey, que se decia Vicente Lopez á le requerir que se entrase en el puerto, y aun llevó cartas para el Grijalva, del Pedro de Alvarado, y de Fr. Bartolomé, con ofertas y prometimientos que Cortés le haria mercedes: y como vió las cartas, y que todas las naos habian entrado en el rio, así hizo el Juan de Grijalva con su nao Capitana, y el Teniente Vallejo le dixo que fuese preso en nombre del Capitan Hernando Cortés: mas luego le soltó á él, y á quantos estaban detenidos, á causa que le decia Fr. Bartolomé: hagamos nuestra cosa sin sangre, pues podemos, y serán Dios y el César mas agradados. O! desque el Garay vió el mal recaudo que tenia, y sus soldados huidos y amotinados, y los navíos todos al traves, y los demas estaban tomados por Cortés, si muy triste estuvo ántes que se los tomasen, mas lo estuvo despues que se vido desbaratado: y luego demandó con grandes protestaciones que hizo á los Capitanes de Cortés que le diesen sus naos, y todos sus soldados que se

queria volver al rio de Palmas, y presentó sus provisiones y recaudos que para ello traia, y que por no tener debates, ni qüestiones con Cortés que se queria volver: y aquellos caballeros le respondiéron, que fuese mucho en buena hora, y que ellos mandarian á todos los soldados que estaban en aquella provincia, y por los pueblos amotinados, que luego se vengan á su Capitan, y vayan en los navíos, y le mandáron proveer de todo lo que hubiese menester, así de bastimentos, como de armas y tiros, é pólvora, é que escribirian á Cortés lo proveyese muy cumplidamente de todo lo que hubiese menester: y el Garay con esta respuesta y ofrecimientos estaba contento, y luego se diéron pregones en aquella villa, y en todos los pueblos enviáron Alguaciles á prender los soldados amotinados para los traer al Garay, y por mas penas que les ponian era pregonar en valde, que no aprovechaba cosa ninguna, y algunos soldados que traian presos, decian que ya habian llegado á la provincia de Panuco, y que no eran obligados á mas le seguir, ni cumplir el juramento que les habia tomado, y ponian otras perentorias que decian que no era Capitan el Garay para saber mandar, ni hombre de guerra: y como vió el Garay que no aprovechaban pregones, ni la buena diligencia que le parecia que ponian los Capitanes de Cortés en traer sus soldados, estaba desesperado. Pues viéndose

desmamparado de todos, aconsejáronle los que venian por parte de Cortés, que le escribiese luego al mismo Cortés, é que ellos serian intercesores con él, para que volviese al rio de Palmas, y que tenian á Cortés por tan de buena condicion que le ayudaria en todo lo que pudiese, y que el Pedro de Alvarado y el Frayle serian fiadores dello, y luego el Garay escribió á Cortés, dándole relacion de su viage y trabajos, que si su merced mandaba, que le iria á ver y comunicar cosas cumplideras al servicio de Dios y de su Magestad, encomendándole su honra y estado, y que lo ordenase de manera que no fuese disminuida su honra : y tambien escribió Fr. Bartolomé y Pedro de Alvarado, y el Diego de Ocampo, y Gonzalo de Sandoval, suplicando al Cortés por las cosas del Francisco de Garay, para que en todo fuese ayudado, pues en los tiempos pasados habian sido grandes amigos: y Cortés viendo aquellas cartas, tuvo lástima del Garay, y le respondió con mucha mansedumbre, y que le pesaba de todos sus trabajos, y que se venga á México, que le promete que en todo lo que pudiere ayudar, lo hará de muy buena voluntad, y que á la obra se remite : y mandó que por do quiera que viniese le hiciesen honra, y le diesen todo lo que hubiese menester, y aun le envió al camino refresco: y quando llegó á Tezcuco le tenian hecho un banquete; y llegado á México el mismo Cor-

tés, y muchos caballeros le saliéron á recibir, y el Garay iba espantado de ver tantas ciudades, y mas quando vió la gran ciudad de México: y luego Cortés lo llevó á sus palacios, que entónces nuevamente los hacia : y despues que se hubiéron comunicado él y el Garay, y el Garay le contó sus desdichas y trabajos, encomendándole que por su mano fuese remediado, y el mismo Cortés se lo ofreció muy de voluntad, y Fr. Bartolomé, y Pedro de Alvarado, y Gonzalo de Sandovál le fuéron buenos medianeros: y de ahí á tres ó quatro dias que hubo llegado, porque la amistad suya fuese mas duradera y segura, trató Fr. Bartolomé que se casase una hija de Cortés, que se decia Doña Catalina Cortés ó Pizarro, que era niña, con un hijo de Garay, el mayorazgo que traia consigo en el armada, é le dexó por Capitan de su armada, y Cortés vino en ello, y le mandó en dote con Doña Catalina gran cantidad de pesos de oro, y que Garay fuese á poblar el rio de Palmas, é que Cortés le diese lo que hubiese menester para la poblacion y pacificacion de aquella provincia, y aun le prometió Capitanes y soldados de los suyos, para que con ellos descuidase en las guerras que hubiese : y con estos prometimientos, y con la buena voluntad que Garay halló en Cortés, estaba muy alegre : yo tengo por cierto, que así como lo habia capitulado y ordenado Cortés, lo cumpliria. Dexemos esto del casamiento, y de

las promesas, y diré como en aquella sazon fué á posar el Garay en casa de un Alonso de Villanueva, porque Cortés hacia sus casas y palacio muy grandes, y de tantos patios, que era admiracion: y Alonso de Villanueva, segun pareció, habia estado en Jamayca, quando Cortés lo envió á comprar caballos, que esto no lo afirmo si era entonces ó despues; era muy grande amigo de Garay, y por el conocimiento pasado, suplicó el Garay á Cortés para pasarse á las casas del Villanueva, y se le hacia toda la honra que podia; y todos los vecinos de México le acompañaban. Quiero decir como en aquella sazon estaba en México Pánfilo de Narvaez, que es el que hubimos desbaratado, como dicho tengo otras veces, y fué á ver y hablar al Garay, y abrazáronse el uno al otro, y se pusiéron á platicar cada uno de sus trabajos y desdichas: y como el Narvaez era hombre que hablaba muy entonado, de plática en plática, medio riendo, le dixo el Narvaez; señor Adelantado Don Francisco de Garay, hanme dicho ciertos soldados de los que se han venido huyendo y amotinados, que solia decir v. m. á los caballeros que traia en su armada: mirad que hagamos como varones, y peleemos muy bien con estos soldados de Cortés, no nos tomen descuidados, como tomáron á Narvaez, pues señor Don Francisco de Garay, á mí peleando me quebráron este ojo, y me robáron, y me quemáron quanto tenia, y hasta que me matá-

ron el Alferez, y muchos soldados, y prendiéron mis Capitanes, nunca me habian vencido tan descuidado como á v. m. le han dicho: hágole saber que otros mas venturosos en el mundo no ha habido que Cortés; y tiene tales Capitanes y soldados, que se podian nombrar tan en ventura cada uno en lo que tuvo entremanos, como Octaviano, y en el vencer como Julio César, y en el trabajar y ser en las batallas, mas que Anibal: y el Garay respondia que no habia necesidad que se lo dixesen, que por las obras se veia lo que decia, y que ¿qué hombre hubo en el mundo que con tan pocos soldados se atreviese á dar con los navíos al traves, y meterse en tan recios pueblos y grandes ciudades, á les dar guerra? y respondia Narvaez recitando otros grandes hechos de Cortés: y estuviéron el uno y el otro platicando en las conquistas desta Nueva-España, como á manera de coloquio. Y dexemos estas alabanzas que entre ellos se tuvo, y diré como Garay suplicó á Cortés por el Narvaez, para que le diese licencia para volver á la isla de Cuba con su muger, que se decia María de Valenzuela, que estaba rica de las minas, y de los buenos Indios que tenia el Narvaez; y demas de se lo suplicar el Garay á Cortés con muchos ruegos, la misma muger de Narvaez se lo habia enviado á suplicar á Cortés por cartas, le dexase ir á su marido: porque

segun parece, se conocian quando Cortés estaba en Cuba, y eran compadres, y Cortés le dió licencia, y le ayudó con dos mil pesos de oro: y quando el Narvaez tuvo la licencia se humilló mucho á Cortés, con prometimientos que primero le hizo, que en todo le seria servidor, y luego se fué á Cuba. Dexemos de mas platicar desto, y digamos en qué paró Garay y su armada: y es que yendo una noche de Navidad del año de mil y quinientos é veinte y tres, juntamente con Cortés á Maytines, que los cantáron muy bien, y Fr. Bartolomé dixo lindamente la Misa del Gallo; despues de vueltos de la Iglesia almorzáron con mucho regocijo, y desde ahí á una hora con el ayre que le dió al Garay, que estaba de ántes mal dispuesto, le dió dolor de costado con grandes calenturas; mandáronle los Médicos sangrar, y purgáronle, y desque viéron que arreciaba el mal, le dixéron á Fr. Bartolomé, que le dixese á Garay que se moria, que se confesase, y que hiciese testamento; lo qual luego lo hizo Fr. Bartolomé, y le dixo como llegaba su acabamiento, que se dispusiese como buen Christiano y honrado caballero, é que no perdiese su ánima, ya que habia perdido la hacienda. El Garay le respondió: teneis razon Padre, yo quiero que me confeseis esta noche, y recebir el santo cuerpo de Jesu-Christo, é hacer mi testamento; é cumpliólo muy honradamente: y desque hubo comulgado hizo su testa-

mento, y dexó por Albaceas á Cortés, y á Fr. Bartolomé de Olmedo, y luego dende á quatro dias que le dió el mal, dió el alma á nuestro Señor Jesu-Christo que la crió : y esto tiene la calidad de la tierra de México, que en tres ó quatro dias mueren de aquel mal de dolor de costado, que esto ya lo he dicho otra vez, y lo tenemos bien experimentado de quando estábamos en Tezcuco, y en Cuyoacan, que se muriéron muchos de nuestros soldados. Pues ya muerto Garay, perdonele Dios, amen, le hiciéron muchas honras al enterramiento, y Cortés y otros caballeros se pusiéron luto : y murió el Garay fuera de su tierra en casa agena, y léjos de su muger é hijos. Dexemos de contar desto, y volvamos á decir de la provincia del Panuco, que como el Garay se vino á México, y sus Capitanes y soldados como no tenian cabeza, ni quien les mandase, cada uno de los soldados que aquí nombraré, que el Garay traia en su compañía, se querian hacer Capitanes; los quales se decian Juan de Grijalva, Gonzalo de Figueroa, Alonso de Mendoza, Lorenzo de Ulloa, Juan de Medina el tuerto, Juan de Villa, Antonio de la Cerda y un Taborda: este Taborda fué el mas bullicioso de todos los del Real de Garay, y sobre todos ellos quedó por Capitan un hijo del Garay que queria casar Cortés con su hija, y no le acataban, ni hacian cuenta dél, todos los que he nombrado, ni ninguno de los de su Capita-

nía; ántes se juntaban de quince en quince, y de veinte en veinte, y se andaban robando los pueblos, y tomando las mugeres por fuerza, y mantas y gallinas, como si estuvieran en tierra de Moros robando lo que hallaban. Y como aquello viéron los Indios de aquella provincia, se concertáron todos á una de los matar, y en pocos dias sacrificáron y comiéron mas de quinientos Españoles, y todos eran de los de Garay, y en pueblos hubo que sacrificáron mas de cien Españoles juntos, y por todos los demas pueblos no hacian sino á los que andaban desmandados, matallos y comer, y sacrificar: y como no habia resistencia, ni obedecian á los vecinos de la villa de Santisteban que dexó Cortés poblada, é ya que salian á les dar guerra, era tanta la multitud que salia de guerreros que no se podian valer con ellos; y á tanto vino la cosa y atrevimiento que tuviéron, que fuéron muchos Indios sobre la villa, y la combatiéron de noche y de dia de arte, que estuvo en gran riesgo de se perder, y si no fuera por siete ó ocho Conquistadores viejos de los de Cortés, y por el Capitan Vallejo, que ponian velas, y andaban rondando y esforzando á los demas, ciertamente les entraran en su villa: y aquellos Conquistadores dixéron á los demas soldados de Garay, que siempre procurasen de estar juntamente con ellos, y que allí en el campo estaban muy mejor, y que allí los hallasen los contrarios, y que no se volvie-

sen á la villa, y así se hizo, y peleáron con ellos tres veces, y puesto que matáron al Capitan Vallejo, é hiriéron otros muchos, todavía los desbaratáron, y matáron muchos Indios dellos: y estaban tan furiosos todos los Indios naturales de aquella provincia, que quemáron y abrasáron una noche quarenta Españoles, y matáron quince caballos, y muchos de los que matáron eran de los de Cortés en un pueblo, y todos los demas fuéron de los de Garay: y como Cortés alcanzó á saber estos destrozos que hiciéron en esta provincia, tomó tanto enojo, que quiso volver en persona contra ellos, y como estaba muy malo de un brazo que se le habia quebrado, no pudo venir, y depresto mandó á Gonzalo de Sandoval que viniese con cien soldados y cincuenta de á caballo, y dos tiros, y quince arcabuceros y ballesteros, y le dió ocho mil Tlascaltecas y Mexicanos; y le mandó que no viniese sin que les dexase muy bien castigados, de manera que no se tornasen á alzar. Pues como el Sandoval era muy ardidoso, y quando le mandaban cosa de importancia, no dormia de noche, no se tardó mucho en el camino, que con gran concierto da órden como habian de entrar y salir los de á caballo en los contrarios: porque tuvo aviso que le estaban esperando en dos malos pasos todas las Capitanías de los guerreros de aquellas provincias; y acordó enviar la mitad de todo su exército al un mal paso, y él se estuvo con la

otra mitad de su compaña á la otra parte, y mandó á los escopeteros y ballesteros, no hiciesen sino armar unos y soltar otros, y dar en ellos, hasta ver si los podria hacer poner en huida, y los contrarios tiraban mucha vara, y flecha, y piedra, é hiriéron á muchos soldados, y de nuestros amigos: y viendo Sandoval que no les podia entrar, estuviéron en aquel mal paso hasta la noche, y envió á mandar á los demas que estaban en aquel otro mal paso que hiciesen lo mismo, y los contrarios nunca desampararáron sus puestos; é otro dia por la mañana viendo Sandoval que no aprovechaba cosa estarse allí como habia dicho, mandó enviar á llamar á las demas Capitanías que habia enviado al otro mal paso, é hizo que levantaba su Real, y que se volvia camino de México como amedrantado; y como los naturales de aquellas provincias que estaban juntos, les pareció que de miedo se iban retrayendo, salen al camino, é iban siguiéndole dándole grita, y diciéndole vituperios, y todavía el Sandoval, aunque mas Indios salian tras él no volvia tras ellos, y esto fué por descuidalles, para como habian ya estado aguardando tres dias, volver aquella noche, y pasar depresto con todo su exército los malos pasos, é así lo hizo, que á media noche volvió, y tomóles algo descuidados, y pasó con los de á caballo: y no fué tan sin grande peligro que le matáron tres caballos, é hiriéron muchos sol-

dados; y quando se vió en buena tierra, y fuera del mal paso con sus exércitos, él por una parte, y los demas de su Capitanía por otra, dan en grandes esquadrones que aquella misma noche se habian juntado, desque supiéron que volvió, y eran tantos que el Sandoval tuvo rezelo no le rompiesen y desbaratasen, y mandó á sus soldados que se tornasen á juntar con él para que peleasen juntos; porque vió y entendió de aquellos contrarios, que como tigres rabiosos se venian á meter por las puntas de las espadas, y habian tomado seis lanzas á los de á caballo, como no eran hombres acostumbrados á la guerra; de lo qual Sandoval estaba tan enojado, que decia que valiera mas que traxera pocos soldados de los que él conocia, y no los que truxo: y allí les mandó á los de á caballo de la manera que habian de pelear, que eran nuevamente venidos: y es que las lanzas algo terciadas, y no se parasen á dar lanzadas, sino por los rostros, y pasar adelante, hasta que les hayan puesto en huida: y les dixo, que vista cosa es, que si se parasen á alancear, que la primera cosa que el Indio hace desque está herido, es echar mano de la lanza, y como les vean volver las espaldas, que entónces á media rienda les han de seguir, y las lanzas todavía terciadas, y si les echaren mano de las lanzas, porque aun con todo esto no dexan de asir dellas, que para se las sacar depresto de sus manos, poner piernas al ca-

ballo, y la lanza bien apretada con la mano asida, y debaxo del brazo para mejor se ayudar, y sacarla del poder del contrario, y si no la quisiere soltar, traerle arrastrando con la fuerza del caballo. Pues ya que les estuvo dando órden como habian de batallar, y vió á todos sus soldados, y de á caballo juntos, se fué á dormir aquella noche á orilla de un rio, y allí puso buenas velas y escuchas, y corredores del campo, y mandó que toda la noche tuviesen los caballos ensillados; y así mismo ballesteros y escopeteros, y soldados muy apercebidos, y mandó á los amigos Tlascaltecas y Mexicanos, que estuviesen sus Capitanías algo apartadas de los nuestros, porque ya tenia experiencia de lo de México; porque si de noche viniesen los contrarios á dar en los Reales que no hubiese estorbo ninguno en los amigos: y esto fué, porque el Sandoval temió que vendrian, porque vió muchas Capitanías de contrarios que se juntaban muy cerca de sus Reales, y tuvo por cierto, que aquella noche les habian de venir á combatir, é oia muchos gritos y cornetas, é atambores muy cerca de allí: é segun entendian, habianle dicho nuestros amigos á Sandoval, que decian los contrarios que para aquel dia quando amaneciese habian de matar á Sandoval, y á toda su compañía, y los corredores del campo viniéron dos veces á dar aviso, que sentian que se apellidaban de muchas partes, y se juntaban; y quan-

do fué de dia claro, Sandoval mandó salir á todas sus compañas con gran ordenanza, á los de á caballo les tornó á traer á la memoria, como otras veces les habia dicho; y vanse por el camino adelante por unas caserías, adonde oian los atambores y cornetas: y no hubo bien andado medio quarto de legua, quando le salen al encuentro tres esquadrones de guerreros, y le comenzáron á cercar, y como aquello vió, manda arremeter la mitad de los de á caballo por una parte, y la otra mitad por la otra, y puesto que le matáron dos soldados de los nuevamente venidos de Castilla, y tres caballos, todavía les rompió de tal manera, que fué desde allí adelante matando é hiriendo en ellos, que no se juntasen como de ántes. Pues nuestros amigos los Mexicanos y Tlascaltecas hacian mucho daño en todos aquellos pueblos, y prendiéron mucha gente, y abrasáron todos los pueblos que por delante hallaban, hasta que el Sandoval tuvo lugar de llegar á la villa de Santisteban del Puerto, y halló los vecinos tales, y tan debilitados, unos muy heridos, y otros muy dolientes, y lo peor que no tenian maiz que comer, ellos y veinte y ocho caballos, y esto á causa que de noche y de dia les daban guerra, y no tenian lugar de traer maiz, ni otra cosa ninguna, é hasta aquel mismo dia que llegó Sandoval, no habian dexado de los combatir; porque entónces se apartáron del combate: y des-

pues de haber ido todos los vecinos de aquella villa á ver y hablar al Capitan Sandoval, y dalle gracias y loores, por los haber venido en tal tiempo á socorrer, le contáron los de Garay, que si no fuera por siete ó ocho Conquistadores viejos de los de Cortés que les ayudáron mucho, que corrian mucho riesgo sus vidas, porque aquellos ocho salian cada dia al campo, y hacian salir los demas soldados, é resistian que los contrarios no les entrasen en la villa, y tambien porque como los capitaneaban, é por su acuerdo se hacia todo, é habian mandado que los dolientes y heridos se estuviesen dentro en la villa, y que todos los demas aguardasen en el campo, y que de aquella manera se sostenian con los contrarios, y Sandoval los abrazó á todos, y mandó á los mismos Conquistadores que bien los conocia, y aun eran sus amigos, en especial Fulano Navarrete y Carrascosa, y un Fulano de Alamilla, y otros cinco, que todos eran de los de Cortés, que repartiesen entre ellos de los de á caballo, y ballesteros y escopeteros que el Sandoval traia, é que por dos partes fuesen, é enviasen maiz é bastimento, é hiciesen guerra, é prendiesen todas las mas gentes que pudiesen, en especial Caciques: y esto mandó el Sandoval, porque él no podia ir, que estaba mal herido en un muslo, y en la cara tenia una pedrada: y asimismo entre los de su compaña traia otros muchos soldados heridos, y porque se curasen estuvo en

la villa tres dias que no salió á dar guerra; porque como habia enviado los Capitanes ya nombrados, y conoció dellos que lo harian bien, y vió que de presto enviáron maiz y bastimeno, con esto estuvo los tres dias, y tambien le enviáron muchas Indias y gente menuda que habian preso, y cinco principales de los que habian sido Capitanes en las guerras, y Sandoval les mandó soltar á todas las gentes menudas, escepto á los principales, y les envió á decir, que desde allí adelante que no prendiesen, sino fuesen á los que fuéron en la muerte de los Españoles, y no mugeres, ni muchachos, y que buenamente les enviasen á llamar, é así lo hiciéron: y ciertos soldados de los que habian venido con Garay, que eran personas principales, que el Sandoval halló en aquella villa; los quales eran por quien se habia revuelto aquella provincia, que ya los he nombrado á todos los mas dellos en el capítulo pasado; viéron que Sandoval no les encomendaba cosa ninguna para ir por Capitanes con soldados, como mandó á los siete Conquistadores viejos de los de Cortés, comenzáron á murmurar dél entre ellos, y aun convocaban á otros soldados á decir mal del Sandoval y de sus cosas, y aun ponian en pláticas de se levantar con la tierra, socolor de que estaba allí con ellos el hijo de Francisco de Garay, como adelantado della: y como lo alcanzó á saber el San-

doval, les habló muy bien, y dixo: señores, en lugar de me lo tener á bien, como gracias á Dios os hemos venido á socorrer, me han dicho que decis cosas que para caballeros como sois, no son de decir: yo no os quito vuestro ser y honra, en enviar los que aquí hallé por caudillos y Capitanes, y si hallara á vuesas mercedes que erades caudillos, harto fuera yo de ruin si les quitara el cargo. Querria saber una cosa, porque no lo fuisteis quando estabades cercados: lo que me dixistes todos á una, es que si no fuera por aquellos siete soldados viejos que tuvierades mas trabajo, y como sabian la tierra mejor que vuesas mercedes, por esta causa los envié: así que, señores, en todas nuestras conquistas de México no mirábamos en estas cosas é puntos, sino en servir lealmente á su Magestad: así os pido por merced, que desde aquí adelante lo hagais, é yo no estaré en esta provincia muchos dias, si no me matan en ella, que me iré á México; el que quedare por Teniente de Cortés, os dará muchos cargos, é á mí me perdonad: y con esto concluyó con ellos, y todavia no dexáron de tenelle mala voluntad: y esto pasado, luego otro dia sale Sandoval con los que truxo en su compañía de México, y con los siete que habia enviado, y tiene tales modos, que prendió hasta veinte Caciques, que todos habian sido en la muerte de mas de seiscientos Españoles que matáron de los de Garay, y de los que quedáron

poblados en la villa de los de Cortés, y á todos los mas pueblos envió á llamar de paz, y muchos dellos viniéron, y con otros disimulaba, aunque no venian: y esto hecho escribió muy en posta á Cortés dándole cuenta de todo lo acaecido, é que mandaba que hiciese de los presos; porque Pedro de Vallejo, que dexó Cortés por su Teniente, era muerto de un flechazo, á quien mandaba que quedase en su lugar: y tambien le escribió, que lo habian hecho muy como varones los soldados ya por mí nombrados: y como el Cortés vió la carta, se holgó mucho en que aquella provincia estuviese ya de paz, y en la sazon que le diéron la carta á Cortés, estábanle acompañando muchos caballeros conquistadores, é otros que habian venido de Castilla: é dixo Cortes delante dellos: O Gonzalo de Sandoval, en quan gran cargo os soy, y como me quitais de muchos trabajos, y allí todos le alabáron mucho, diciendo que era un muy extremado Capitan, y que se podia nombrar entre los muy afamados. Dexemos destas loas, y luego Cortés le escribió, que para que mas justificadamente castigase por justicias á los que fuéron en la muerte de tanto Español, y robos de hacienda y muertes de caballos, que enviaba al Alcalde mayor Diego de Ocampo, para que se hiciese informacion contra ellos, é lo que se sentenciase por justicia, que lo executase: y le mandó que en todo lo que pudiese les aplaciese

á todos los naturales de aquella provincia, é que no consintiese que los de Garay ni otras personas ningunas los robasen, ni les hiciesen malos tratamientos: y como el Sandoval vió la carta, y que venia el Diego de Ocampo, se holgó dello, y desde á dos dias que llegó el Alcalde mayor Ocampo, hiciéron proceso contra los Capitanes y Caciques, que fuéron en la muerte de los Españoles, y por sus confesiones por sentencia que contra ellos pronunciáron quemáron y ahorcáron ciertos dellos, é á otros perdonáron, y los Cacicazgos diéron á sus hijos y hermanos, á quien de derecho les convenian. Y esto hecho, el Diego de Ocampo parece ser traia instrucciones, é mandamientos de Cortés, para que inquiriese quien fuéron los que entraban á robar la tierra, é andaban en bandos y rencillas, y convocando á otros soldados que se alzasen, y mandó que les hiciese embarcar en un navío, y los enviase á la isla de Cuba, y aun envió dos mil pesos para Juan de Grijalva, si se queria volver á Cuba, é si quisiese quedar, que le ayudase y diese todo recaudo para venir á México: é en fin de mas razones, todos de buena voluntad se quisiéron volver á la isla de Cuba, donde tenian Indios, y les mandó dar mucho bastimento de maiz é gallinas, é de todas las cosas que habia en la tierra, y se volviéron á sus casas é isla de Cuba: y esto hecho, nombráron por Capitan á un fulano de Vallecillo, é dié-

ron la vuelta el Sandoval y el Diego de Ocampo para México, y fuéron bien recebidos de Cortés, y de toda la ciudad, que temian todos algun mal desbaratamiento de los nuestros, y se alegráron y solazáron mucho quando viéron venir á Sandoval con vitoria. Y Fray Bartolomé de Olmedo dixo á Cortés, que se diesen loores á Dios, y ansi se hizo una fiesta á nuestra Señora, y predicó muy santamente Fray Bartolomé de Olmedo, y como buen Letrado, que lo era el Frayle: y dende en adelante no se tornó mas á levantar aquella provincia. Y dexemos de hablar mas en ello, é digamos lo que le aconteció al licenciado Zuazo en el viage que venia de Cuba á la Nueva-España.

CAPITULO CLXIII.

Como el Licenciado Alonso de Zuazo venia en una caravela á la Nueva-España con dos Frayles de la Merced, amigos de Fray Bartolomé de Olmedo, y dió en unas isletas que llaman las Víboras, é de la muerte de uno de los Frayles, y lo que mas le aconteció.

Como ya he dicho en el capítulo pasado, que hablé de quando el Licenciado Zuazo fué á ver á Francisco de Garay al pueblo de Xaqua, que es la isla de Cuba, cabe la villa de la Trinidad: y el Garay le importunó que fuese con él en su armada para ser medianero entre él y Cortés; porque bien entendido tenia que habia de tener diferencias sobre la gobernacion de Panuco: y

el Alonso de Zuazo le prometió, que ansi lo haria en dando cuenta de la Residencia del cargo que tuvo de Justicia en aquella isla de Cuba, donde al presente vivia, y en hallándose desembarazado, luego procuró de dar Residencia y hacerse á la vela, é ir á la Nueva-España, adonde habia prometido, é llevó consigo dos Frayles de la Merced, que se decia el uno Fray Gonzalo de Pontevedra, y el otro Fray Juan Varillas natural de Salamanca; é este era muy amigo del Padre Fray Bartolomé de Olmedo, é habia pedido licencia á sus Prelados para ir en busca suya, é le ayudar, é estaba con Fray Gonzalo en Cuba á la ventura de si hábia ocasion de ir con el Fray Bartolomé y el Zuazo, que se decia pariente del Fray Juan, le pidió se fuese con él, y se embarcáron en un navío chico, é yendo por su viage, é salidos de la punta que llaman de Sant-Anton, y tambien se dice por otro nombre la tierra de los Gamatabeis, que son unos salvajes que no sirven á Españoles, y navegando en su navío que era de poco porte, ó porque el piloto erró la derrota, ó descayó con las corrientes, fué á dar en unas isletas, que son entre unos baxos que llaman las Vívoras, y no muy lexos destos baxos están otros que llaman los Alacranes, y entre estas isletas se suelen perder navíos grandes, y lo que le dió la vida al Zuazo fué ser su navío de poco porte. Pues volviendo á nuestra relacion, porque pudiesen llegar con el navío á una isleta que

viéron que estaba cerca que no bañaba la mar, echáron muchos tocinos al agua, y otras cosas que traian para matalotaje, para aliviar el navío para poder ir sin tocar en tierra hasta la isleta, y cargáron tantos tiburones á los tocinos, que á unos marineros que se echáron al agua á mas de la cinta, los tiburones encarnizados en los tocinos apañáron á un marinero dellos, y le despedazáron y tragáron, y si depresto no se volvieran los demas marineros á la caravela, todos perecieran, segun andaban los tiburones encarnizados en la sangre del marinero que matáron: pues lo mejor que pudiéron allegáron con su caravela á la isleta, y como habian echado á la mar el bastimento y cazave, y no tenian que comer, y tampoco tenian agua que beber, ni lumbre, ni otra cosa con que pudiesen sustentarse, salvo unos tasajos de vaca que dexáron de arrojar á la mar, fué ventura que traian en la caravela dos Indios de Cuba, que sabian sacar lumbre con unos palicos secos que halláron en la isleta adonde aportáron, é dellos sacáron lumbre: y cabáron en un arenal, y sacáron agua salobre, y como la isleta era chica, y de arenales, venian á ella á desovar muchas tortugas, é ansi como salian las trastornaban los Indios de Cuba las conchas arriba, é suele poner cada una dellas sobre cien huevos tamaños como de patos, é con aquellas tortugas é muchos huevos, tuviéron bien con que se sustentar tre-

ce personas que escapáron en aquella isleta: y tambien matáron los marineros que salian de noche al arenal los lobos marinos de la isleta, que fuéron harto buenos para comer. Pues estando desta manera, como en la caravela acertáron á venir dos carpinteros de Ribera, y tenian sus herramientas, que no se les habian perdido, acordáron de hacer una barca para ir con ella á la vela, é con la tablazon é clavos, estopas é xarcias, y velas que sacáron del navío que se perdió, hacen una buena barca como batel, en que fuéron tres marineros é un Indio de Cuba á la Nueva-España, y para matalotaje lleváron de las tortugas, y de los lobos marinos asados, y con agua salobre, y con la carta, é aguja de marear, despues de se encomendar á Dios, fuéron su viage, é unas veces con buen tiempo, é otras veces con contrario, llegáron al puerto de Calchocuca, que es el rio de Vanderas, adonde en aquella sazon se descargaban las mercaderías que venian de Castilla, y dende allí fuéron á Medellin, adonde estaba por Teniente de Cortés un Simon de Cuenca: y como los marineros que venian en la barca le dixéron al Teniente el gran peligro en que estaba el Licenciado Alonso Zuazo, luego sin mas dilacion el Simon de Cuenca buscó marineros, é un navío de poco porte, y con mucho refresco lo despachó á la isleta adonde estaba el Zuazo: y el Simon de Cuenca le escribió al mismo Licenciado, como Cortés se



holgaria mucho con su venida, é ansimismo le hizo saber á Cortés todo lo acaecido, y como le envió el navío bastecido, de lo qual se holgó Cortés del buen aviamiento que el Teniente hizo, y mandó que en aportando allí al puerto que le diesen todo lo que hubiese menester, y vestidos, y cavalgaduras, é que le enviasen á México: y partió el navío, é fué con buen viage á la isleta, con el qual se holgó el Zuazo y su gente. Volvamos á decir, como quando llegó el navío se habia muerto en pocos dias de no poder comer bocado de las viandas el Frayle Fray Gonzalo, de que habian habido gran pesar Fray Juan é Zuazo, é habiéndole encomendado á Dios su alma se embarcáron en él, y depresto con buen tiempo llegáron á Medellin, é se les hizo mucha honra, y fuéron á México, y Cortés les mandó salir á recebir, y le llevó á sus palacios, y se regocijó con ellos, y le hizo su Alcalde mayor al Licenciado Alonso de Zuazo, y en esto paró su viage. Dexemos de hablar dello, y digo que esta relacion que doy, es por una carta que nos escribió á la villa de Guacacualco Cortés al Cabildo della, adonde declaraba lo por mí aquí dicho, é porque dentro en dos meses vino al puerto de aquella villa el mismo barco en que viniéron los marineros á dar aviso del Zuazo, é allí hiciéron un barco del descargo de la misma barca, y los marineros nos lo contaban segun de la manera que aquí lo escribo. Dexemos esto, y diré como

Cortés envió á Pedro de Alvarado á pacificar las provincias de Guatimala.

CAPITULO CLXIV.

Como Cortés envió á Pedro de Alvarado á la provincia de Guatimala para que poblase una villa, y los traxese de paz, y lo que sobre ello se hizo.

Pues como Cortés siempre tuvo los pensamientos muy altos y de señorear, quiso en todo remedar á Alexandro Macedonio : y con los muy buenos Capitanes y extremados soldados que siempre tuvo, despues que se hubo poblado la gran ciudad de México, é Guaxaca, é Zacatula, é Colima, é la Vera-Cruz, é Panuco, é Guacacualco, y tuvo noticia que en la provincia de Guatimala habia recios pueblos de mucha gente, é que habia minas, acordó de enviar á la conquistar y poblar á Pedro de Alvarado, é aun el mismo Cortés habia enviado á rogar á aquella provincia que viniesen de paz, é no quisiéron venir, é dióle al Alvarado para aquel viage sobre trescientos soldados, y entre ellos ciento y veinte escopeteros y ballesteros, y mas le dió ciento y treinta y cinco de á caballo, y quatro tiros, y mucha pólvora, y un artillero que se decia fulano de Usagre, y sobre docientos Tlascaltecas,

y Cholultecas, y cien Mexicanos que iban sobresalientes. Fray Bartolomé de Olmedo que era amigo grande de Alvarado, le demandó licencia á Cortés para irse con él, é predicar la Fe de Jesu-Christo á los de Guatimala: mas Cortés que tenia con el Frayle siempre harta comunicacion, decia que no, y que iria con Alvarado un buen Clérigo que habia venido de España con Garay, é que tuviese voluntad de quedarse para predicar la Pascua del Nacimiento de Jesu-Christo: mas el Frayle tanto le cansó que se hubo de ir con el Alvarado, aunque con poca voluntad de Cortés, que siempre con él hablaba de todos los negocios. Y despues de dadas las instrucciones en que le mandaba á Alvarado que con toda diligencia procurase de los atraer de paz sin darles guerra; é que con ciertas lenguas que llevaba les predicase Fray Bartolomé de Olmedo las cosas tocantes á nuestra santa Fe, é que no les consintiese sacrificios, ni sodomías, ni robarse unos á otros, é que las cárceles é redes que hallase hechas, adonde suelen tener presos Indios á engordar para comer, que las quebrase, y que los saquen de las prisiones, y que con amor y buena voluntad los atraya á que den la obediencia á su Magestad, y en todo se les hiciese buenos tratamientos: entónces Fray Bartolomé de Olmedo pidió que se fuese con ellos el Clérigo ya por mí arriba memorado, que vino con Garay para que le ayudase; y el Clérigo era bueno, y

Cortés se le dió, y dixo que fuese en buen hora. Pues ya despedido el Pedro de Alvarado de Cortés, y de todos los caballeros amigos suyos que en México habia, y se despidiéron los unos de los otros, partió de aquella ciudad en trece dias del mes de Diciembre de mil y quinientos y veinte y tres años; y mandóle Cortés que fuese por unos peñoles que cerca del camino estaban alzados en la provincia de Guantepeque, los quales Peñoles traxo de paz: llamanse el Peñol de Guelamo, que era entónces de la Encomienda de un soldado que se dice Guelamo: y dende allí fué á Tecuantepeque pueblo grande, y son Zapotecas, y le recibiéron muy bien, porque estaban de paz, é ya se habian ido de aquel pueblo, como dicho tengo en el capítulo pasado que dello habla, á México, y dado la obediencia á su Magestad, é á ver á Cortés, y aun le lleváron un presente de oro: y dende Tecuantepeque fué á la provincia de Soconusco, que era en aquel tiempo muy poblada de mas de quince mil vecinos, y tambien le recibiéron de paz, y le diéron un presente de oro, y se diéron por vasallos de su Magestad: y dende Soconusco llegó cerca de otras poblaciones, que se dicen Zapotitlan, y en el camino en un puente de un rio, que hay allí un mal paso, halló muchos esquadrones de guerreros que les estaban aguardando para no dexalle pasar, y tuvo una batalla con ellos, en que le matáron un caballo, é hiriéron muchos

soldados, y uno murió de las heridas, y eran tantos los Indios que se habian juntado contra Alvarado, no solamente los de Zapotitlan, sino de otros pueblos comarcanos, que por muchos dellos que herian no los podian apartar, y por tres veces tuviéron rencuentros; y quiso nuestro Señor Dios que los venció, y le viniéron de paz: y dende Zapotitlan iba camino de un recio pueblo que se dice Quetzaltenango, y ántes de llegar á él tuvo otros rencuentros con los naturales de aquel pueblo, y con otros sus vecinos, que se dice Utatlan, que era cabecera de ciertos pueblos que están en su contorno á la redonda del Quetzaltenango, y en ellos le hiriéron ciertos soldados, puesto que el Pedro de Alvarado y su gente matáron é hiriéron muchos Indios: y luego estaba una mala subida de un puerto que dura legua y media, y con ballesteros y escopeteros, y todos sus soldados puestos en gran concierto lo comenzó á subir; y en la cumbre del puerto halláron una India gorda que era hechicera, y un perro de los que ellos crian, que son buenos para comer, que no saben ladrar, sacrificados, que es señal de guerra, y mas adelante halló tanta multitud de guerreros que le estaban esperando, y le comenzáron á cercar; y como eran los pasos malos y en sierra muy agra, los de á caballo no podian correr, ni revolver, ni aprovecharse dellos, mas los ballesteros y escopeteros, y soldados de espada y rodela tuviéron re-

ciamente con ellos pie con pie, y fueron peleando las cuestas y puerto abaxo, hasta llegar á unas barrancas donde tuvo otra muy reñida escaramuza con otros muchos esquadrones de guerreros, que allí en aquellas barrancas esperaban, y era con un ardid que entre ellos tenian acordado, y fué desta manera; que como fuese el Pedro de Alvarado peleando, hacian que se iban retrayendo, y como les fuese siguiendo hasta adonde le estaban esperando sobre seis mil Indios guerreros, y estos eran de los de Utatlan, y de otros pueblos sus sujetos, que allí los pensaban matar; y Pedro de Alvarado y todos sus soldados peleáron con ellos con grande ánimo, y los Indios le hiriéron tres soldados y dos caballos, mas todavía los venció y puso en huida: y no fuéron muy lexos, que luego se tornáron á juntar y rehacer con otros esquadrones, y tornáron á pelear como valientes guerreros, creyendo desbaratar al Pedro de Alvarado y á su gente, é fué cabe una fuente, adonde le aguardáron de arte, que se venian ya pie con pie con los de Pedro de Alvarado, y muchos Indios hubo dellos que aguardáron dos ó tres juntos á un caballo, y se ponian á fuerzas para derrocalle, é otros los tomaban de las colas, y aquí se vió el Pedro de Alvarado en gran aprieto, porque como eran muchos los contrarios, no podian sustentar á tantas partes de los esquadrones que les daban guerra á él y todos los suyos: y como hubiéron

gran corage con el ánimo que les daba Fray Bartolomé de Olmedo, diciéndoles que peleasen con intencion de servir á Dios, y extender su santa Fe, que él los ayudaria, y que habian de vencer ó morir sobre ello, é con todo temian no los desbaratasen, porque se viéron en gran aprieto, y danles una mano con las escopetas y ballestas, y á buenas cuchilladas les hiciéron que se apartasen algo. Pues los de á caballo no estaban de espacio, sino alancear, y atropellar, y pasar adelante hasta que los hubiéron desbaratado que no se juntáron en aquellos tres dias, é como vió que ya no tenia contrarios con quien pelear, se estuvo en el campo sin ir á poblado, rancheando y buscando de comer, y luego se fué con todo su exército al pueblo de Quetzaltenango: y allí supo que en las batallas pasadas les habia muerto dos Capitanes señores de Utatlan: y estando reposando y curando los heridos tuvo aviso que venia otra vez contra él todo el poder de aquellos pueblos comarcanos, y se habian juntado mas de dos Xiquipiles, que son diez y seis mil Indios, que cada Xiquipil son ocho mil guerreros, é que venian con determinacion de morir todos ó vencer: y como el Pedro de Alvarado lo supo se salió con su exército en un llano, y como venian tan determinados los contrarios, comenzáron á cercar el exército de Pedro de Alvarado, y tirar vara, y flecha, y piedra y con lanzas: y como era muy llano, y podian muy bien correr

á todas partes los caballos, dan en los esquadrones contrarios, de tal manera, que depresto les hizo volver las espaldas: aquí le hiriéron muchos soldados, é un caballo, y segun pareció muriéron ciertos Indios principales, ansi de aquel pueblo, como de toda aquella tierra, por manera que dende aquella vitoria ya temian aquellos pueblos mucho á Alvarado: y concertáron toda aquella comarca de le enviar á demandar paces, é le traxéron un presente de oro de poca valía, porque acetase las paces, é fué con acuerdo de todos los Caciques de aquella provincia, porque otra vez se tornáron á juntar muchos mas guerreros que de ántes, y les mandáron á sus guerreros que secretamente estuviesen entre las barrancas de aquel pueblo de Utatlan, y que si enviaban á demandar paces, era que como el Pedro de Alvarado y su exército estaba en Quetztlatenango haciendo entradas y corredurías, é siempre traian presas de Indios é Indias, y por llevalle á otro pueblo muy fuerte, y cercado de barrancas, que se dice Utatlan, para que quando le tuviesen dentro, y en parte que ellos creian aprovecharse dél, y de sus soldados, dar en ellos con los guerreros que ya estaban aparejados, y escondidos para ello. Volvamos á decir, como fuéron con el presente delante de Pedro de Alvarado muchos principales: y despues de hechá su cortesía á su usanza le demandáron perdon

por las guerras pasadas, ofreciéndose por vasallos de su Magestad, y le ruegan que porque su pueblo es grande, y está en parte mas apacible, donde le puedan servir, é junto á otras poblaciones, que se vaya con ellos á él. Y el Pedro de Alvarado los recibió con mucho amor, y no entendió las cautelas que traian : y despues de les haber respondido, el mal que habian hecho en salir de guerra, acetó sus paces: é otro dia por la mañana fué con su exército con ellos á Utatlan, que ansi se dice el pueblo; é desque hubo entrado dentro, é viéron una casa tan fuerte, porque tenia dos puertas, y la una de ellas tenia veinte y cinco escalones ántes de entrar en el pueblo, y la otra puerta con una calzada que era muy mala, y deshecha por todas partes, y las casas muy juntas, y las calles muy angostas, y en todo el pueblo no habia mugeres, ni gente menuda, cercado de barrancas, é de comer no les proveian sino mal y tarde, y los Caciques muy demudados en los parlamentos: avisáron al Pedro de Alvarado unos Indios de Quetztlaltenango que aquella noche los querian matar á todos en aquellos pueblos, si allí se quedaban, é que tenian puestos entre las barrancas muchos esquadrones de guerreros, para en viendo arder las casas juntarse con los de Utatlan, y dar en nosotros, los unos por una parte, é los otros por otra, é con el fuego é humo no se podrian valer, é que entónces los que-

marian vivos : y como el Pedro de Alvarado entendió el gran peligro en que estaban, depresto mandó á sus Capitanes, é á todo su exército, que sin mas tardar se saliesen al campo, y les dixo el peligro que tenian, y como lo entendiéron no tardáron de se ir á lo llano cerca de unas barrancas, porque en aquel tiempo no tuviéron mas lugar de salir á tierra llana de enmedio de tan recios pasos: é á todo esto el Pedro de Alvarado mostraba buena voluntad á los Caciques y principales de aquel pueblo, y de otros comarcanos; les dixo, que porque los caballos eran acostumbrados de andar paciendo en el campo un rato del dia, que por esta causa se salió del pueblo, porque estaban muy juntas las casas y calles, y los Caciques estaban muy tristes porque ansi los viéron salir: é ya el Pedro de Alvarado no pudo mas disimular la traicion que tenian urdida, y sobre ello y sobre los esquadrones que tenia juntos en las barrancas, mandó prender al Cacique de aquel pueblo, y por justicia le mandó quemar : é Fray Bartolomé de Olmedo pidió á Alvarado que queria ver si podria enseñarle, y predicarle la Fe de Christo para le bautizar ; y el Frayle pidió un dia de término, y no lo hizo en dos, pero al fin quiso Jesu-Christo, que el Cacique se hizo Christiano, y le bautizó el Frayle, y pidió á Alvarado que no le quemasen, sino que le ahorcasen, y el Alvarado se lo concedió, y dió el señorío á su hijo, y luego se salió á tierra

llana fuera de las barrancas, y tuvo guerra con los esquadrones que tenian aparejados para el efecto que he dicho: y despues que hubiéron probado sus fuerzas y mala voluntad con los nuestros fuéron desbaratados. Y dexemos de hablar de aquesto, y digamos como en aquella sazon en un gran pueblo que se dice Guatimala, se supo las batallas que Pedro de Alvarado habia habido despues que entró en la provincia, y en todas habia sido vencedor, y que al presente estaba en tierra de Utatlan, y que dende allí hacia entradas, y daba guerras á muchos pueblos, y segun pareció, los de Utatlan y sus sujetos eran enemigos de los de Guatimala, é acordáron los de Guatimala de enviar mensageros con presentes de oro á Pedro de Alvarado, y darse por vasallos de su Magestad, y enviáron á decir, que si habian menester algun servicio de sus personas para aquellas guerras, que ellos vendrian, y el Pedro de Alvarado los recibió de buena voluntad, y les envió á dar muchas gracias por ello; y para ver si era como se lo decian, y como no sabia la tierra, para que le encaminasen les envió á demandar dos mil guerreros, y esto por causa de muchas barrancas y pasos malos que estaban cortados, porque no pudiesen pasar los nuestros, para que si fuesen menester los adobasen, y llevar el fardaje: y los de Guatimala se los enviáron luego con sus Capitanes: y Pedro de Alvarado estuvo en la

provincia de Utatlan siete ú ocho dias haciendo entradas, y eran de los pueblos rebelados que habian dado la obediencia á su Magestad, y despues de dada se tornaban á alzar, y herráron muchos esclavos é Indias, y pagáron el Real Quinto, y los demas repartiéron entre los soldados, y luego se fué á la ciudad de Guatimala, y fué bien recebido y hospedado : y desque fuéron allí llegados le contaba Alvarado á Fray Bartolomé de Olmedo, y á los Capitanes suyos, que nunca tan apretado se habia visto, como en batallar con los de Utatlan, é que eran corajudos, é buenos guerreros, y que se habia hecho buena hacienda, mas Fray Bartolomé de Olmedo le replicó que Dios lo habia hecho, é que para que tuviese por bien é le pluguiese de les ayudar en adelante, que no seria malo darle gracias y hacer fiesta á Dios y á su Madre, é que la gente oyese Misa, y que él predicase á los Indios : dixo Alvarado y todos los Capitanes, esa es la verdad Padre, hagase una fiesta á la Virgen, y se aparejó un altar, é confesáron en dia y medio todos, é los comulgó Fray Bartolomé de Olmedo, é despues de la Misa predicó, é habia alli muchos Indios, y les declaró muchas cosas de nuestra santa Fe, porque dixo muy buenas Teologías, que el Frayle dicen que la sabia : y le plugó á Dios que mas de treinta Indios quisiesen ser bautizados, é los bautizó de alli á dos dias el Frayle, é estaban otros deseando bautizarse, por

ver como hablaban, é comunicaban mas los nuestros con los bautizados que no con ellos, é todos generalmente estaban con alegría con Alvarado : y los Caciques de aquella ciudad le dixéron, que muy cerca de allí habia unos pueblos junto á una laguna, é que tenian un Peñol muy fuerte, é que eran sus enemigos, é que les daban guerra, é que bien sabian los de aquel pueblo que no estaba lexos, é como estaba allí el Pedro de Alvarado, y que no venian á dar la obediencia como los demas pueblos, y que eran muy malos, y de malas condiciones, el qual pueblo se dice Atitan : y el Pedro de Alvarado les envió á rogar que viniesen de paz, y que serian dél muy bien tratados, y otras blandas palabras : y la respuesta que enviáron fué que maltratáron los mensageros, y viendo que no aprovechaban, tornó á enviar otros Embaxadores para les traer de paz, porque tres veces les envió á traer de paz, y todas tres les maltratáron de palabra, y fué Pedro de Alvarado en persona á ellos, y llevó sobre ciento y quarenta soldados, y entre ellos veinte vallesteros y escopeteros, y quarenta de á caballo, y con dos mil Guatimaltecas ; é quando llegó junto al pueblo les tornó á requerir con la paz, y no le respondiéron sino con arcos y flechas que comenzáron á flechar : y quando aquello vió que no llegó muy lexos de allí, y estaba dentro en el agua, salenle al encuentro dos buenos esquadrones de Indios guer-

reros con grandes lanzas, y buenos arcos y flechas, y con otras muchas armas, y coseletes, y tañendo sus atabales, y con sus penachos y divisas, y peleó con ellos buen rato, é hubo muchos heridos de los soldados, mas no tardáron mucho en el campo los contrarios, que luego fuéron huyendo á acogerse al Peñol: y el Pedro de Alvarado con sus soldados tras ellos, y de presto les ganó el Peñol, y hubo muchos muertos y heridos, é mas hubiera si no se echaran todos al agua, y se pasáron á una isleta; y entónces se saqueáron las casas que estaban pobladas junto á la laguna, y se saliéron á un llano adonde habia muchos maizales, y durmió allí aquella noche. Otro dia de mañana fuéron al pueblo de Atitlan, que ya he dicho que ansi se dice, y estaba despoblado: y entónces mandó que corriesen la tierra, é las huertas de cacaguatales que tenian muchos, é traxéron presos dos principales de aquel pueblo; y el Pedro de Alvarado les envió luego aquellos principales, con los que estaban presos del dia ántes, á rogar á los demas Caciques vengan de paz, y que les dará todos los prisioneros, y que serán dél muy bien mirados y honrados, y que si no vienen que les dará guerra como á los de Quetzaltenango, é Utatlan, é les cortará sus árboles de cacaguatales, y hará todo el daño que pudiere: en fin de mas razones con estas palabras y amenazas, luego viniéron de paz, y traxéron un pre-

sente de oro, y se diéron por vasallos de su Magestad, y luego el Pedro de Alvarado y su exército se volvió á Guatimala : é se ocupaba el Fray Bartolomé de Olmedo en predicarles la santa Fé á los Indios, é decia Misa en un altar que hiciéron, en que pusiéron una Cruz que la adoraban ya los Indios, como miraban que nosotros la adorábamos; é tambien puso el Frayle una imágen de la Virgen que habia traido Garay, é se la dió quando muriera, era pequeña, mas muy hermosa, é los Indios se enamoraban della, y el Frayle les decia quien era, y ellos la adoraban : é estando algunos dias sin hacer cosa mas de lo por mí memorado, viniéron de paz todos los pueblos de la comarca, y otros de la costa del Sur, que se llaman los Pipiles, y muchos de aquellos pueblos que viniéron de paz, se quexáron que en el camino por donde venian, estaba una poblacion que se dice Izcuintepeque, y que eran malos, y que no les dexaban pasar por su tierra, y les iban á saquear sus pueblos, y diéron otras muchas quexas dellos : y el Pedro de Alvarado los envió á llamar de paz, y no quisiéron venir, ántes enviáron á decir muy soberbias palabras, é acordó de ir á ellos con todos los mas soldados que tenia, y de á caballo, y escopeteros y ballesteros, y muchos amigos de Guatimala, y sin ser sentidos da una mañana sobre ellos, en que se hizo mucho daño y presa; que valiera mas que nunca se hiciera, sino conforme

á justicia que fué mal hecho, y no conforme á lo que su Magestad mandó. E ya que hemos hecho relacion de la conquista y pacificacion de Guatimala y sus provincias, y muy cumplidamente lo dice en una memoria que dello tiene hecha un vecino de Guatimala, deudo de los Alvarados, que se dice Gonzalo de Alvarado, lo qual verán mas por estenso, si yo en algo aquí faltare: y esto digo, porque no me hallé en estas conquistas, hasta que pasamos por aquestas provincias estando todo de guerra, en el año de mil y quinientos y veinte y quatro años, é fué quando veniamos de las Higueras é Honduras con el Capitan Luis Marin, que nos volvimos para México; y mas digo, que tuvimos en aquella sazon con los de Guatimala algunos reencuentros de guerra, y tenian hechos muchos hoyos, y cortados en pasos malos pedazos de sierras para que no pudiésemos pasar con las grandes barrancas: y aun entre un pueblo que se dice Juanagazapa y Petapa, en unas quebradas hondas, estuvimos allí detenidos guerreando con los naturales de aquella tierra, dos dias, que no podiamos pasar un mal paso, y entónces me hiriéron de un flechazo, mas fué poca cosa, y pasamos con harto trabajo, porque estaban en el paso muchos guerreros Guatimaltecas, y de otros pueblos: y porque hay mucho que decir, y por fuerza tengo de traer á la memoria algunas cosas en su tiempo y lugar, y esto fué en el

tiempo que hubo fama que Cortés era muerto, y todos los que con él fuimos á las Higueras, lo dexaré por agora, y digamos de la armada que Cortés envió á las Higueras y Honduras. Tambien digo que esta provincia de Guatimala no eran guerreros los Indios, porque no esperaban sino en barrancas, y con sus flechas no hacian nada, y no aguardaban á que los rompieran en campo llano.

CAPITULO CLXV.

Como Cortés envió una armada para que pacificase y conquistase aquellas provincias de Higueras y Honduras, y envió por Capitan della á Christóbal de Oli, y lo que pasó diré adelante.

Como Cortés tuvo nueva que habia ricas tierras, y buenas minas en lo de Higueras é Honduras, é aun le hiciéron creer unos pilotos que habian estado en aquel parage, ó bien cerca dél, que habian hallado unos Indios pescando en la mar, y que les tornáron las redes, é que las plomadas que en ellas traian para pescar que eran de oro revuelto con cobre, y le dixéron que creyéron que habia por aquel parage estrecho, y que pasaban por el de la banda del Norte á la del Sur; y tambien segun entendimos, su Magestad le encargó y mandó á Cortés por cartas, que en todo lo que descubriese mirase, é inquiriese con grande diligencia y

solicitud de buscar el estrecho, ó puerto ó parage para la especería, agora sea por lo del oro, ó por buscar el estrecho, Cortés acordó de enviar por Capitan de aquella jornada á un Christóbal de Oli, que fué Maestre de Campo en lo de México, lo uno porque le habia hecho de su mano, y era casado con una Portuguesa que se decia Doña Filipa de Araujo (ya le he nombrado otras veces), y tenia el Christóbal de Oli buenos Indios de repartimiento cerca de México, creyendo que le seria fiel y haria lo que le encomendase: y porque para ir por tierra tan largo viage era grande inconveniente, y trabajo y gasto, acordó que fuese por la mar, porque no era tan grande estorbo é costa; y dióle cinco navíos y un bergantin muy bien artillados, y con mucha pólvora, y bien bastecidos, y dióle trecientos y setenta soldados, y en ellos cien ballesteros y escopeteros, y veinte y dos caballos, y entre estos soldados fuéron cinco conquistadores de los nuestros, que pasáron con el mismo Cortés la primera vez habiendo servido á su Magestad muy bien en todas las conquistas, y tenian ya sus casas y reposo: y esto digo ansi, porque no aprovechaba cosa decir á Cortés, Señor, dexame descansar, que harto estoy de servir, que les hacia ir adonde mandaba por fuerza, é llevó consigo á un Briones natural de Salamanca, é habia sido Capitan de bergantines, y soldado en Italia: y este Briones era muy bulli-

cioso y enemigo de Cortés; y llevó otros muchos soldados que no estaban bien con Cortés, porque no les dió buenos repartimientos de Indios, ni las partes del oro, y le querian muy mal: y en las instrucciones que Cortés le dió fué, que dende el puerto de la Villa-Rica fuese su derrota á la Habana, y que allí en la Habana hallaria á un Alonso de Contreras soldado viejo de Cortés natural de Orgaz, que llevó seis mil pesos de oro para que comprase caballos, y cazabe, é puercos y tocinos, y otras cosas pertenecientes para el armada: el qual soldado envió Cortés adelante de Christóbal de Oli, por causa de que si veian ir el armada los vecinos de la Habana encarecerian los caballos y todos los demas bastimentos; y mandó al Christobal de Oli, que en llegando á la Habana tomase los caballos que estuviesen comprados, y de allí fuese su derrota para Higueras, que era buena navegacion y muy cerca, y le mandó que buenamente sin haber muertes de Indios, quando hubiese desembarcado, procurase poblar una villa en algun buen puerto, é que á los naturales de aquellas provincias los atraxese de paz, y buscase oro y plata, y que procurase de saber é inquirir si habia estrecho, ó qué puertos habia por la banda del Sur, si allá pasase: y le dió dos Clérigos, que el uno dellos sabia la lengua Mexicana, y le encargó que con diligencia les predicasen las cosas de nuestra santa Fe, y que no consintiesen

sodomías, ni sacrificios, sino que buena y mansamente se los desarraygasen, y le mandó que todas las casas de madera adonde tenian Indios é Indias á engordar encarcelados para comer, que se las quebrasen y soltasen los tristes encarcelados: y le mandó que en todas partes pusiese cruces, y le dió muchas imágenes de nuestra Señora, para que pusiese en los pueblos; y le dixo estas palabras: mira hijo Christóbal de Oli, de esa manera lo procurad hacer; y despues de abrazados y despedidos con mucho amor y paz, se despidió el Christóbal de Oli de Cortés, y de toda su casa, y fué á la Villa-Rica donde estaba toda su armada muy apunto, y en ciertos dias del mes é año que no me acuerdo, se embarcó con todos sus soldados, y con buen tiempo llegó á la Habana, y halló los caballos comprados, y todo lo demas de bastimentos, y cinco soldados que eran personas de calidad de los que habia echado de Panuco Diego de Ocampo, porque era muy vandolero y bullicioso, y á estos soldados ya los he nombrado algunos dellos como se llamaban en el capítulo pasado quando la pacificacion de Panuco, y por esta causa los dexaré ahora de nombrar: y estos soldados aconsejáron al Christóbal de Oli, pues que habia fama de tierra rica donde iba, y llevaba buena armada, y bien bastecida, y muchos caballos y soldados que se alzase desde luego á Cortés, y que no le conociese dende allí por su-

perior, ni le acudiese con cosa ninguna; el Briones otra vez por mí nombrado se lo habia dicho muchas veces secretamente al Christóbal de Oli sobre el caso, é al Gobernador de aquella isla, que ya he dicho otras muchas veces que se decia Diego Velazquez, enemigo mortal de Cortés: y el Diego Velazquez vino donde estaba la armada, y lo que se concertáron fué que entre él y Christóbal de Oli tuviesen aquella tierra de Higueras y Honduras por su Magestad, y en su Real nombre Christóbal de Oli, y que el Diego Velazquez le proveeria de lo que hubiese menester, é haria sabidor dello en Castilla á su Magestad para que le truxesen la gobernacion, y desta manera se concertó la compañía del armada: y quiero decir la condicion y presencia de Christóbal de Oli: era valiente por su persona ansi á pie como á caballo, era estremado varon, mas no era para mandar, sino para ser mandado, y era de edad de treinta y seis años, natural de cerca de Baeza ó Linares, y su presencia y altor era de buen cuerpo y membrudo, y de grande espalda, bien entallado, é algo rubio, y tenia muy buena presencia en el rostro, y traia el bezo debaxo siempre como hendido á manera de grieta: en la plática hablaba algo gordo y espantoso, y era de buena conversacion, y tenia otras buenas condiciones, de ser franco, y era al principio quando estaba en México, gran servidor de Cortés, sino que esta ambicion de

mandar y no ser mandado le cegó, y con los malos consejeros, y tambien como fué criado en casa de Diego Velazquez quando mozo, y fué lengua de la isla de Cuba, reconoció el pan que en su casa habia comido, aunque mas obligado era á Cortés que no á Diego Velazquez. Pues ya hecho este concierto con Diego Velazquez, viniéron en compañía con el Christóbal de Oli muchos vecinos de la isla de Cuba, especialmente los que he dicho que fuéron en aconsejarle que se alzase. Y de que no tenia mas en que entender en aquella isla en los navíos, metido todo su matalotage, mandó alzar velas á toda su armada, fué á desembarcar con buen tiempo obra de quince leguas adelante á puerto de Caballos en una comba, y allegó á tres de Mayo: á esta causa nombró á una villa Triunfo de la Cruz, é hizo nombramiento de Alcaldes y Regidores á los soldados que Cortés le habia mandado quando estaba en México, que honrase y diese cargos: y tomó la posesion de aquellas tierras por su Magestad, y de Hernando Cortés en su Real nombre, é hizo otros votos que convenian: y todo esto que hacia era porque los amigos de Cortés no entendiesen que iba alzado para ver si pudiese hacer dellos buenos amigos de que alcanzasen á saber las cosas; y tambien que no sabia si acudiria la tierra tan rica y de buenas minas como decian, y tiró á dos hitos, como dicho tengo, el uno que si habia buenas

minas, y la tierra muy poblada alzarse con ella, y el otro que si no acudiese tan buena, volver á México á su muger y repartimientos, y desculparse con Cortés con decille, que la compañía que hizo con Diego Velazquez fué, porque le diese bastimentos y soldados, y no acudirle en cosa ninguna, é que bien lo podia ver, pues tomó la posesion por Cortés, y esto tenia en el pensamiento, segun muchos de sus amigos dixéron con quien lo habia comunicado. Dexemoslo ya poblado el Triunfo de la Cruz, que Cortés nunca supo cosa ninguna hasta mas de ocho meses. Y porque por fuerza tengo de volver otra vez á hablar en él, lo dexaré ahora, y diré lo que nos acaeció en Guacacualco, y como Cortés me envió con el Capitan Luis Marin á pacificar la provincia de Chiapa.

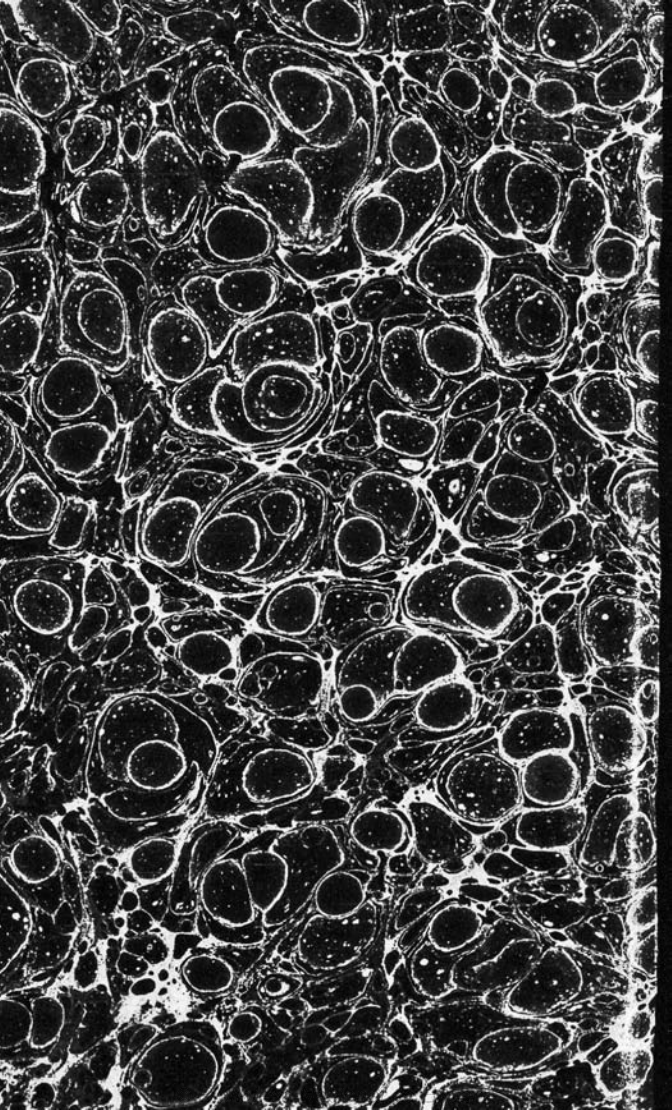
FIN DEL TOMO TERCERO.

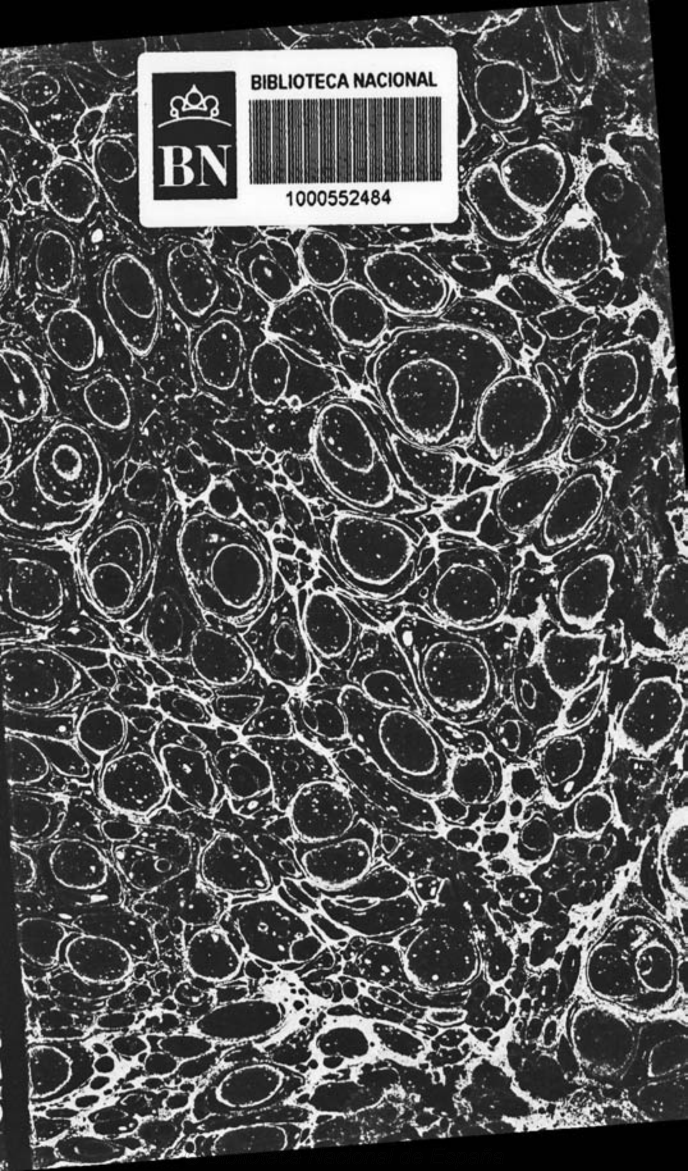
TABLA

DE LOS CAPITULOS DE ESTE TERCER TOMO.

FIN DE LA TABLA DEL TOMO TERCERO.






BIBLIOTECA NACIONAL
BN
1000552484

